




LA NEGRA LAZO

Memorias de una pasión política

CARMEN LAZO / ELIANA CEA

 Planeta

CARMEN LAZO • ELIANA CEA

LA NEGRA LAZO

Memorias de una pasión política

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2005, Carmen Lazo y Eliana Cea

Diseño de cubierta: Ilúvatar

Diagramación: Antonio Leiva

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para:

todos los países de lengua castellana

© 2005, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. 11 de Septiembre 2353, 16° piso. Santiago, Chile.

1ª edición: septiembre de 2005

Inscripción N° 149.264

ISBN 956-247-383-X

Impreso en: Andros Impresores

Índice

I. Montaña y puerto	9
II. El partido.....	35
III. Tres historias y dos retoños.....	65
IV. Personas y borregos	77
V. Mujeres, vejez e infancia.....	93
VI. Fidel y Cuba	107
VII. Doble estándar	115
VIII. FRAP, UP y otros recuerdos	123
IX. Campañas, triunfos y derrotas.....	135
X. Ata tu carro a una estrella.....	177
XI. Pinochet y el exilio	187
XII. China y Vietnam.....	223
XIII. Socialismo y democracia.....	237
Epílogo	261

I

Montaña y puerto

Si quieren saber cómo soy diré escuetamente: una mujer como cualquiera otra mujer chilena. Ni más ni menos. Con harta experiencia, bien viajada y bien navegada, con ochenta y cinco años muy movidos y más, encima, con carnet del Partido Socialista desde los trece años. Puedo agregar que me crié en plena cordillera de los Andes, corriendo y jugando en la nieve, libre como un pájaro, feliz y apasionada por las ideas de justicia e igualdad de los seres humanos. De mis padres bebí una savia tan sustanciosa que hasta hoy siento que fue una herencia privilegiada, que me llevó a valorar la autenticidad y el orgullo de pertenecer a la clase proletaria y respetar a la especie humana. Se me ha criticado por ser agresiva en mi lenguaje y vehemente en mi accionar. Sobre eso sólo puedo comentar que son las armas que me dio la vida y que usaré, como hasta ahora, para seguir defendiendo lo que considero justo y verdadero.

Mi nombre es Carmen Lazo Carrera. La diputada Lazo para los que trabajaron conmigo durante tres períodos parlamentarios, y la *Negra Lazo* para quienes se apasionaron y vivieron a concho el cotidiano devenir de un país que tenía una democracia, no perfecta pero respetable, mirada desde la distancia. Tal vez la mejor época de un pueblo que era muy alegre, participativo, deseoso de lograr una sociedad más pensante y creativa; un mundo donde nuestros hijos pu-

dieran ser felices, libres y principalmente dignos. Recalco lo de dignos y felices porque hoy estamos aún muy lejos de recuperar la alegría que nos fue robada y el respeto que merecemos por pertenecer a la especie humana.

Hoy, en el quinto año del siglo XXI, cuando subo a la micro, porque afortunadamente sigo siendo tan proleta como hace setenta años, miro a la gente y la veo tan triste y deprimida que intento hablarles, pero rehúyen la conversación. Nadie opina, como si pensarán que lo que uno quiere es «sapear». Hay mucha desconfianza. Recuerdo que en mi época las viejas comentaban la vida doméstica, los precios tan altos, contaban sus problemas. Luego, bajaban del bus, se despedían y no se veían nunca más. Pero se desahogaban, tiraban para afuera sus penas y regresaban más contentas a sus casas.

Setenta años de vida militante no surgen de la noche a la mañana. Mi existencia está unida al partido desde mi infancia, aunque nadie me impulsó a tener una actuación en política. Mi padre, Manuel Lazo Aguilera, trabajaba como jefe de maestranza en el mineral de Chuquicamata, cuando un día 19 de septiembre de 1920 llegué a este mundo.

La década de los veinte era agitada, tanto en lo político y social como en lo cultural. Había nuevos actores sociales, como se dice ahora; huelgas y violentos enfrentamientos; emergía una clase trabajadora luchadora y una clase media que también quería jugar un papel importante. También era la época del *Cielito lindo* y el *León de Tarapacá*, como le decían a Arturo Alessandri Palma, quien aparecía a los ojos de la derecha como una especie de amenaza que podría hacer una revolución social tipo ruso. Fue la época en que estrenaron las campañas del terror, como hoy las conocemos, ante cualquier eventualidad de cambios, aunque fuera un demagogo como Alessandri quien los impulsara.

El primer ejemplo de corrección lo recibí de mi padre. Él era muy culto e inteligente y tenía un gran sentido de jus-

ticia. Hay un hecho de mi infancia que lo pinta entero. Un día, el gerente de la empresa minera en la cual trabajaba, lo citó muy formalmente a su oficina:

—Señor Lazo —le dijo con tono paternal—, nosotros lo apreciamos mucho, pero hemos sabido que su hija acaba de ingresar al Partido Socialista y eso no nos parece muy bien.

Mi padre se sorprendió, pero luego respondió muy serio, tal como era él:

—¿Usted me está echando o me está dando el azul?

—Le aconsejo que lo piense. Usted es su padre y puede decirle que se retire y se acabó el problema.

A estas alturas, mi padre estaba muy molesto y dio un «no» en el tono que usaba cuando advertía que lo estaban pasando a llevar.

—Señor gerente, yo respeto mucho a mi hija y todo lo que ella hace. Estimo que es dueña de entrar donde quiera, así es que no me pida eso. Dígame sencillamente si me va a echar, porque soy capaz de comer piedras cocidas con mi familia, pero jamás le voy a imponer nada a mi hija. A mí no me gusta que me obliguen. Yo a usted no le pregunto a qué partido pertenece.

Yo nací en Chuqui, pero ese episodio ocurrió en el mineral El Tofo, que queda al interior de La Serena. Ahora allí sólo existe el hoyo, porque el fierro se lo llevaron todo.

Mi papá nunca me obligó a nada que yo no quisiera hacer. Él era feliz cuando nos veía realizados, actitud mucho más valiosa aún por el apoyo de doña Jesús Carrera, que era mi madre. Tuvieron siete hijos; cada dos años traían un niño al mundo. Yo soy la mayor y puedo decir con orgullo que ella era mi mejor cómplice. Destacaba por ser una mujer muy buena moza, delgadita, de nariz respingada o «medio parada», como le decíamos. Me quería tanto que siempre sentí como que era su chiche. Cuando fui candidata a regidora, ella ejercía la presidencia de un centro de madres, y te-

nía a todas las «viejujas» para que votaran por su hija. Tanto doña Jesús como mi padre estuvieron siempre a favor no sólo de mis intereses, sino de los de cada uno de mis hermanos. Nos tenían una confianza absoluta. Por supuesto que nosotros también hacíamos méritos para que ellos estuvieran orgullosos de sus hijos. Sin embargo, sabían ser severos cuando correspondía.

Al ambiente de cariño, familiaridad y fe en el ser humano debo agregar el paisaje en que se desarrollaba nuestra infancia. Me crié en plena cordillera de los Andes. Cuando empiezo a tener conciencia de lo que pasa a mi alrededor aparece la escuela de Potrerillos, muy al interior y muy en la cima de las montañas. Siempre que digo que soy de las alturas es por eso. Mis primeras nociones son de muchos pequeños jugando en la nieve. Creo que en esa época era una de las niñas más felices del mundo. Tenía muchos amigos e inventábamos juegos basados en las películas de cowboys que veíamos en el teatro del mineral. Algunas veces yo era la «niña» de la historia y me amarraban arriba en el cerro para que me viniera a salvar el «jovencito». Me acuerdo que un día me dejaron atada a un árbol en una parte muy alta. Se fueron todos y empezó a nevar. Yo me sentía como la niña abandonada. Nadie vino a socorrerme. Menos mal que alguien adulto se dio cuenta y me liberó. El teatro de Potrerillos estaba en la mina, a dieciséis kilómetros de nuestro hogar, y antes de empezar la película había una persona que tocaba el piano. Era una de las grandes entreteniciones en el lugar. Los gringos siempre hacían distinción entre sus empleados y obreros. Mi papá tenía una buena casa, porque era el jefe de la maestranza. Lo paradójico es que mi abuelo también trabajaba en el mismo lugar, pero él era obrero y vivía en el área de los solteros. La maestranza quedaba a dieciséis kilómetros de la escuela y a dieciséis kilómetros de la pulpería. Los niños íbamos a pie al colegio, felices jugando con los copos o haciendo pelotas de nieve para

lanzarnos. Estábamos tan acostumbrados a caminar que no sentíamos los viajes. Pero muchas veces las personas que pasaban en algún vehículo nos adelantaban.

Mi casa era cómoda. Tenía en el patio una especie de bodega, la que llenaban de mercadería para no salir permanentemente a comprar. Ese patio, que era muy grande, daba a un cerro, que parecía una prolongación de la casa. También la cocina era enorme. Como había carbón de piedra a destajo, la cargaban en la mañana y la prendían todo el día. Entonces, había agua caliente para bañarse a cualquiera hora.

Mis padres acudían, cada quince días, a la pulpería para comprar todo lo que hacía falta. Traían en cantidades carne, café, harina, porotos, lentejas, garbanzos, tarros de leche y de duraznos en conserva; en suma, todo lo que era necesario para un tiempo largo, pues no se podía —por las distancias— comprar a diario. Fue en una de esas oportunidades, cuando yo tenía como ocho años, en que me quedé sola en casa, y como era una chica supermetida, me encaramé en un aparador para limpiar. Estaba en ese ajetreo cuando sentí que golpeaban a la puerta. Cuando abrí, un hombre con sombrero me saludó con gran respeto y cortesía.

—Señorita, soy cesante de Copiapó.

La palabra «cesante» no existía en mi vocabulario. Me impresionó tanto que supuse que cesante quería decir pobre. Observé que llevaba un saco grande, donde la gente le había pasado sábanas y ropa de cama en general. Además, cargaba un bolso de mano con algunos productos de primera necesidad. De inmediato me metí en nuestra despensa y saqué unos tarros de duraznos y otros de leche. El hombre quedó muy agradecido y se despidió sacándose el sombrero con mucha humildad. Me quedé con la bala pasada. Fue así que apenas regresaron mis padres y mi abuelo pregunté:

—¿Qué significa la palabra cesante?

—Es un obrero que está sin trabajo.

La palabra «cesante» me quedó tan grabada que nunca olvidé este hecho, que inició mis inquietudes por los temas de los trabajadores y las injusticias sociales.

Como ya he señalado, nací en Chuquicamata, pero estuve muy poco tiempo ahí. Mis padres se trasladaron, primero a Potrerillos, donde empecé a ir a la escuela, y luego seguimos a El Tofo, en la IV Región. Como yo era muy buena alumna, mis padres resolvieron mandarme a Valparaíso para completar mi educación primaria y entrar después a estudiar en el Instituto Comercial, pues querían que fuera contadora a los dieciséis años. En el puerto viví en la casa de mi abuela, que era una vieja muy «paltona». Los hermanos de mi padre, uno era abogado y el otro ingeniero. Doña Carmen Aguilera, viuda de Lazo, era una mujer muy conocida. Se vestía elegantemente. Usaba un refajo colorado y una enagua de elegantes bordados bajo la falda, y botas de charol y un manto fino sobre los hombros. Mientras caminaba mostraba su donaire, porque era una vieja muy bonita, pero bastante chica. Iba por la calle saludando a todos los que se le cruzaban que tuvieran alguna connotación social. No se le escapaba ni el intendente, a quien solía parar con toda soltura, inquiriéndolo con un «¿cómo te va, niño?, ¿qué cuentas de nuevo?».

Fue un cambio de ambiente terrible para mí, pues pasé de un hogar maravilloso, como el de mis padres, a la casa de unas tías muy beatas, que junto con mi abuela me empezaron a hacer la vida imposible. Esta «vieja de mierda» me pegaba todos los días. Los golpes venían por la más mínima niñería: porque un día se me ocurría bailar charlestón, otro día porque corría o saltaba. Y es que mi carácter era así, inquieto. Yo diría que era bien locaria y la vieja no aceptaba que fuera tan vivaz y alegre. Fue una adolescencia bastante frustrante, al lado de estas señoras que me odiaban.

Lo primero que hizo fue mandarme a una escuela pública, la número 13. Para fortuna mía, allí hacía clases una profesora que era muy puntuda. Le gustaba enseñarnos a cantar los himnos socialistas y solía mostrarnos y leernos los poemas que escribía. No me acuerdo de su nombre, pero sí de su seudónimo, que era Luz Muriel. Digo que era puntuda porque en una oportunidad nos informó:

—Hoy traen a Marmaduke Grove desde la isla de Pascua, adonde estaba desterrado. ¡A ver, niñitas, la que sea valiente que me siga, porque vamos a ir a esperarlo al puerto!

En ese momento me di cuenta que yo estaba absolutamente dispuesta a ir, pese a saber que en el lugar se iban a producir incidentes. Seguramente, ese fue el inicio de mis simpatías por el Partido Socialista y de mis conexiones con *don Marma*. Lo conocí mucho, porque fui pocos años después dirigente y fundadora de la Juventud Socialista, y luchamos contra los nazis durante la guerra. Me tocó, siendo muy joven, estar sentada frente a Grove en el mismo Comité Central. Me acuerdo que la sede estaba en Alameda con Bandera. Era Santiago tan lindo y ese sector parecía sacado de un cuadro, no como la lesera que es hoy.

Mientras viví con la vieja de mi abuela, muchos rumores y comentarios se hacían. Escuché, por ejemplo, que Ibáñez tenía una guerra con los maricones, los obreros y los profesores. Yo no entendía nada de lo que pasaba, pero empezaba a tener interés en esa sociedad que buscaba mejores caminos para su clase trabajadora. Mientras tanto, mi abuela me pegaba casi a diario. Fue entonces cuando la directora del colegio le escribió a mis padres, informándoles que yo sufría mucho, porque no estaba acostumbrada a tanto castigo. Por suerte, mis viejos recogieron el mensaje y vinieron a Valparaíso a rescatarme.

Hasta los diez años estuve en la escuela pública, y luego, cuando mis padres se vinieron a quedar conmigo, entré al Instituto Comercial, donde hice estudios secundarios.

Cuando tenía entre doce y trece años y estaba en El Tofo, en la IV Región, sentí que muchas de las cosas que vi y escuché en Valparaíso me habían infectado y me habían quedado dando vueltas. Eran un montón de ideas que tenía que relacionar y darles cierta lógica. Había un secretario seccional del partido en esa zona. Era un viejo que todavía está vivo, que tiene más de cien años. Este personaje, don David Santander, fue muy importante en mi vida. Un día se me acercó y me propuso:

—Carmelita, usted que es buena para todo, le gusta recitar, actuar y es tan activa, ¿por qué no entra a militar con nosotros?

Acepté y me hizo la ficha con tinta roja, porque encontraba que ese color reflejaba la pasión que sentía por mis nuevas ideas.

Era tan entusiasta que salía de El Tofo a lomo de mula para visitar los lavaderos de oro. Por supuesto que mi papá les pedía a mis hermanos que me acompañaran, porque en ese tiempo te cuidaban el «traste». Bueno, es que yo a los trece años ya era una niña con muy bonito pelo y cierta gracia que obligaba a que me vigilaran, aunque yo era muy seria, pues mis padres me habían criado con tanto cariño y tanta confianza que yo jamás los habría hecho sufrir con una conducta inadecuada. Te educaban bien y debías responder con lealtad. Nunca los habría decepcionado.

El encargado de salir conmigo a terreno era Manolo, a quien adoraba. Siempre que pienso en él me dan ganas de llorar. Cuando yo estaba en el exilio, él trabajaba en Rancagua, en una empresa automotriz. Un día que iba saliendo con unos amigos a comer en un local de la ciudad, lo paró un oficial de Carabineros y le dijo insolentemente:

—¿No te hai dado cuenta la hora que es?

—Pero, señor, ¡si aún falta un cuarto de hora para el toque de queda y sólo vamos a comer!

El paco se enardeció y lo llevó preso, con el pretexto de que era «muy aniñado». En la comisaría le sacó la mierda, le cortó el pelo a tijeretazos y después lo conminó:

—Y esto no va a terminar aquí. Te tenís que presentar todos los viernes acá, huevón.

Y todos los viernes mi pobre hermano iba y todos los viernes le pegaban y todos los viernes le tijereteaban el pelo. Hasta que un día el pobre Manolo no resistió más y le dio un ataque al corazón y murió. Esto ocurrió entre los años 75 y 76. Alcanzó a concurrir durante dos meses al cuartel policial, pero su corazón y su dignidad no resistieron.

Volviendo a mi relato de adolescente socialista, mi familia me cuidaba, aunque, como dije, era graciosa pero excesivamente flaca. Lo único que tenía exuberante eran las pechugas. Mis padres eran muy finos para advertirme: «Mire, hija, usted va a ir a tal parte, pero la dejamos porque le tenemos plena confianza». Eso significaba para mí no caer en leseras con las que suelen tropezar los jóvenes. Ellos jamás me dijeron «no te vayas a meter con gallos» o cosas que los padres suelen decir. Yo sentía que me querían tanto que habría sido una traidora si hubiera hecho estupideces.

Mucho se afirma sobre que la gente de mi época era muy pacata, pero mi madre no lo era. La recuerdo tan sacrificada, pero nunca se quejó. Antiguamente, las mujeres no tenían los medios tan modernos que hay ahora para hacer la limpieza del hogar. Mi mamá enceraba la casa a pulso y pasaba el «chancho», que era un artefacto bastante pesado. La casa estaba siempre soplada, las lozas y las ollas brillantes, los muebles sin polvo. ¡Y cómo se lavaba la ropa en esa época! Era tremendo. Primero se remojava, después venía el jabonado y luego el escobillado. Pero no se terminaba ahí, venía el hervido con desmanche y después el enjuagado con azulillo, para terminar con el tendido de la ropa, el planchado, con el almidón correspondiente en los puños y cuellos de las

camisas de los hombres, las blusas y los delantales escolares. Los viejos se iban a trabajar almidonaditos, y los niños, impecables al colegio con sus delantales.

A pesar de la intensa actividad doméstica, mi madre se daba tiempo para leer. Le encantaban Dostoievski, Tolstoi, Gogol, Alejandro Dumas, Victor Hugo y otros, pero leía las obras por capítulo. Nosotros la escuchábamos cómo se inquietaba los días en que aparecía el semanero y cómo juntaba la plata sin afectar los gastos. Ella se conocía todos los personajes de la literatura rusa y francesa. Por la casa desfilaron las amarguras de Margarita Gautier en *La dama de las camelias*, las desgracias de Jean Valjean en *Los miserables*, los problemas de conciencia de Raskolnikof en *Crimen y castigo*, la fatalidad de madame Bovary en la obra de Flaubert o los infortunios de Nana en la novela de Zola. Estas historias venían por fascículos y ella comentaba semana a semana los avatares de estos seres desgraciados, cuyos autores influyeron en la literatura chilena y cautivaron a miles de lectores de todas las edades y clases sociales. Siempre se recuerda que Chile, en aquellas décadas, tenía el récord de contar con los mejores lectores de América Latina. En una sola época se pudo equiparar y superar el entusiasmo de aquellos años por la lectura: durante el gobierno de la Unidad Popular. La Editorial Quimantú puso los libros al alcance de todos. Salieron a la venta miles de textos al precio de un diario o un pasaje de micro. La gente respondió con entusiasmo a esta política cultural.

Si a mi madre le gustaba leer, a mí me encantaba recitar, y era famosa en la escuela por las presentaciones en los actos del colegio. Me hubiera gustado cantar, pero yo era la rota más desabrida que hay. Había muchas fiestas, especialmente a fin de año. Mi abuelo, que era el bonito de la familia, porque era muy buen mozo, canosito, con un bigotito como se usaba en esos tiempos, me adoraba, porque yo era la

primera alumna del curso. Entonces él, en todas las ceremonias de fin de año, se ponía un chaleco rojo, que era de pana, y se colocaba un reloj con una leontina de oro, que era una moda y una elegancia en esos momentos. Él decía que se arreglaba porque estaba seguro que yo iba a sacar un diploma. Siempre obtenía los primeros lugares y él subía al estrado a recibir los honores por mi buen desempeño.

Yo no era estudiosa, como todos creían. Lo que pasa es que era diabla. Ponía atención. Antes, la profesora explicaba, después hacía escribir o copiar lo que ella enseñaba. La última fase era estudiar estos textos en la casa. Pero yo, como ponía atención a lo que la vieja decía, y después escribía, ya no necesitaba más. Eso sí, mis cuadernitos eran muy ordenados, con dibujos y siempre impecables. Fui la primera alumna sin esforzarme tanto, porque tuve muy buena memoria. Lo que más me favorecía era que tenía memoria visual. Yo me sé poemas que aprendí cuando era chica y tenían más de treinta estrofas. Por ejemplo, se me viene a la mente: «Madre, la selva canta/ y canta el bosque/ y canta la llanura/ el roble que en las nubes se levanta/ y la flor que se dobla en la espesura/ y canta la oropéndola/ de allí el pino/ y en el trigal las amapolas/ en su cauce el arroyo cristalino/ los troncos, los tallos, las corolas/ la tierra, el cielo azul...», y sigue. Es lo más lindo. A mí me encanta ese poema. Tenía una memoria privilegiada. Yo me leía una cosa en el día y listo. Pero todavía la tengo. Por ejemplo, de repente surgen cosas como la que me pasó hace como tres años en Viena. Me invitaron con tres meses de anticipación. Sin embargo, me avisaron de un día para otro que tenía que dar, a una hora determinada, una charla acerca de «El socialismo como yo lo quiero». Me tomó de sorpresa, porque nadie me había hablado acerca de una intervención con ese tema. ¿Qué hice, entonces? Volví a leer los textos de Julio César Jobet, de Raúl Ampuero y Clodomiro Almeyda.

Esto fue en el Congreso Regional Europeo de Partidos Socialistas. Como corolario, yo debía dar una charla y resultaba que el presidente del congreso tenía, igual que yo, más de setenta años. Era el doctor Jorge Mac Guinty, un señor más viejo que yo. Cuando nos encontramos, nos abrazamos, y él me dijo:

—Estoy tan feliz porque vienes a dar una conferencia aquí.

—Yo también estoy muy feliz porque tú presides esta reunión. Pero te voy a proponer que nos luzcamos.

Y acto seguido nos lucimos y demostramos a los jóvenes, porque en este evento había mucha juventud, que no éramos los viejos huevones que hablan puras leseras y que muchos creen que están «gagá», porque ahora no se valora la experiencia y el saber que otorgan los años.

Volviendo a mi infancia, pienso que nunca fuimos religiosos. No íbamos a la iglesia ni nadie rezaba, pero lo curioso es que mi mamá bautizó a todos sus hijos y tenía una gran cantidad de compadres. Lo que pasa es que ella era una dama porque la parieron dama. Solía decirme: «No podemos llegar a una casa adonde nos han invitado sin llevar un regalo». Cuando iba por primera vez a un lugar obsequiaba al menos una flor. Esas sí que eran viejas sólidas, de tremendo temperamento. Pienso que si yo soy una mujer con ideales revolucionarios se los debo la ella, porque siempre me advertía: «Si usted cree en una cosa, tiene que ser firme en lo que cree». Era incondicional de mis proyectos y la primera en ir a sufragar cuando yo era candidata. Pensando en ella fue que una vez Allende me dijo: «¡Es que tú bebiste de una leche...!». Se refería también a mi papá, especialmente a la anécdota del gerente que le trataba de imponer mi salida del Partido Socialista. Él decía, con mucho orgullo, como lo conté anteriormente: «Comeremos piedras, pero nadie nos obligará a pensar o a hacer lo que no queremos». Y comimos piedras, nos recagamos de hambre, pero los dos eran de una sola línea.

Como vivíamos en plena cordillera, teníamos libertad absoluta y podíamos jugar donde quisiéramos. Nos sobraban cerros y montañas para correr tras los pájaros. Sabíamos cazarlos. Hacíamos jaulas de palos superpuestos, a los que les poníamos un cordel, colocábamos comida en el interior y cuando venía un lote de pájaros tirábamos el cordelito. Por supuesto que sólo jugábamos, nunca los matábamos, pero cuando se moría alguno, le hacíamos un funeral. No eran funerales de imitación de las costumbres católicas, sino a la usanza de los indios coya. Por ejemplo, cuando se moría un chico lo velaban como atado a una silla y vestido de angelito. Violeta Parra tiene canciones en que se habla de estos angelitos. Ella vio eso y yo también lo observé muchas veces cuando era chica. Les ponían una flor en la boquita, porque se les tiende a deformar por la posición, pues los tenían sentados. Cuando vi eso me impresioné harto, pero mi mamá me calmó: «No se preocupe, hija, lo que pasa es que la gente cree que así se pueden ir al cielo». Los sentaban en esas sillas pequeñas que siempre se tienen para los niños; generalmente, hacían el velorio en el comedor. Ponían una silla grande y sobre ella colocaban otras sillas chicas y sentaban al pequeño cubierto con una tela de lienzo blanco y le hacían alitas. Todo eso lo vi en el norte, pero se practicaba en otras partes de Chile. Creo que era una costumbre de los coya. Son formas culturales. Especialmente hay un refrán muy ilustrativo: «A la tierra que fueres haz lo que vieres».

Es cosa de leer la historia para saber que cuando hubo grandes crisis en nuestro país, como la que ocurrió en tiempos de Ibáñez, la gente emigraba buscando trabajo. Y así se van adquiriendo y conociendo los usos de otras regiones. Claro que, conociendo como eran mis padres, estoy segura que si se nos hubiera muerto un hermanito, ellos no hubieran hecho eso. Pero respetaban la usanza de los deudos. No creían que los niños, al ser enterrados con esa ceremonia fue-

ran a ir al cielo. Nos dejaban bien en claro que era porque los padres creían que así podían ir al cielo.

Siempre en la escuela había profesoras que de repente anunciaban: «El 8 de septiembre, que es el día de las Marías, todas las niñas que deseen comulgar y hacer la primera comunión vengan con un velo blanco sobre la cabeza». Y las madres mandaban a sus hijas con el velo. Yo le preguntaba entonces a mi mamá: «¿Qué es eso de la primera comunión?». Ella me indicaba que eso lo hacía la gente que quería. En vista de eso, fui y comulgué junto con una amiga, pero me advirtieron que no podía comer, que debía estar en ayunas. Cuando el sacerdote puso la hostia en mi boca me sentí mal, porque se me quedó pegada en el paladar y no la podía tragar. Estaba tan complicada, porque además la compañera me había dicho que no se podía jugar ni cantar y que ser buenita significaba estar estática. Entonces, yo me arrepentí de haber comulgado. Cuando llegué a la casa le conté a mi mamá que como todos comulgaron, yo también lo hice. «Bueno, hija, tome once entonces», me respondió. Me di cuenta que ella no le dio ni pelota a lo que yo había hecho.

El asistir a clases, a mis hermanos y a mí nos significaba tomar un desayuno regio, pero no alcanzábamos a almorzar porque la escuela estaba muy lejos de la casa. Solíamos partir luego de tomar el «cocho», que era como se le decía en esa zona al ulpo con leche, y si queríamos un bistec con huevos, también nos lo daban. O sea, que al desayuno se podía comer lo que se quería, y en mi casa había alimentos a destajo. Para la hora de almuerzo había que llevar unas bolsitas que eran tejidas por mi madre, y en ellas se colocaban nueces, pasas, maní, pan y queso, que podía ser de chanco o de cabra. Uno de los sándwiches que más me gustaban era uno enorme que hacía mi vieja con dulce de membrillo y queso. A veces había cabras que me decían «convídate algo. La mansa cuestión que traís». Y yo les convidaba, porque era una

costumbre. Y mi mamá era la más dadivosa: «Siempre que lleve de más y alguien le pida, convide. No se venga con cosas para la casa». Ella nos enseñaba a repartir lo que teníamos. Mis padres tenían algo que era ancestral de nuestra raza: compartir lo poco que se tiene.

Desgraciadamente, mi vida se vio alterada cuando mis padres estimaron que como era tan aplicada en el colegio debía seguir estudios en Valparaíso y me mandaron donde las viejas paltonas con plata, que, como ya dije, eran mi abuela y mis tías por parte de padre. Sufrí bastante, pero mi mamá me había enseñado tantas cosas... Una de las que más recuerdo era que ella no podía mentir. Y me advertía con sabiduría innata: «Sólo los tontos mienten; el inteligente siempre dice la verdad, porque sabe que la mentira, tarde o temprano, va a ser descubierta. Las personas que mienten, generalmente tienen un complejo de inferioridad; mienten porque se sienten menos que los que los rodean. Lo hacen para darse importancia».

Mi mamá tenía tantas cualidades: era trabajadora, inteligente y sabía guardar sus penas. Siempre estaba con nosotros. Esperaba a mi papá todos los días. Tenía la certeza de que era tremendamente mujeriego, pero se hacía como que no sabía. Yo estaba segura de que lo sabía y que le importaba que él fuera tan díscolo, pero no hacía un incendio con la hoguera. Lo sufría calladamente. Lo más raro es que después que ella falleció, mi padre vivió muchos años, pasó los cien, y sin embargo nunca se volvió a casar; claro que tuvo cualquier cantidad de amantes. Bueno, él era así.

El tiempo que pasé en Valparaíso con mi abuela y mis tías fue espantoso. Apenas llegué a su casa, me reprochó: «Tú no has hecho la primera comunión. No me extraña de tu padre, que fue mi único hijo mediocre. Él te está criando como si fueras un cabrito suelto, igual como son esos animalitos». Ella estaba diciendo la verdad, pues para mí los

cabritos eran seres libres y felices. Así me sentía en la casa de mis padres.

Mi abuela era tan jodida que para ella era un problema que yo fuera morena. Me creía poco menos que un engendro. Cuando íbamos a misa me ponía harto polvo en la cara y me colocaba un velo para que se me viera lo menos posible el rostro. Yo aceptaba ir a la iglesia con mucho gusto, porque el lugar me parecía hermosísimo. La Matriz era para mí un descubrimiento. Miraba los vitrales y echaba a volar mi imaginación. Esto se exaltaba más aún con los coros de niños. Siempre me gustaron los cantos religiosos, y con el correr de los años me he hecho muy adicta de los cantos gregorianos, los «negro espiritual». Todo eso me ha encantado, por gusto estético más que nada.

La veterana buscaba cualquier pretexto para pegarme. Mis tías también lo hacían, y me llegué a convertir en lo que llaman un «bombo en fiesta». Es decir, me pegaban matiné, vermut y noche. La verdad es que sufría demasiado. En mi casa solamente una vez vi a mi papá pegarle a un hermano, porque era terrible, y usó una correa. Recuerdo que mi mamá impidió por lo menos dos o tres veces que cayera un chicotazo sobre el niño. Ella nunca hacía escándalos y menos delante de los hijos. Aprovechando que él fue al dormitorio, escuché que le reclamaba: «Manuel, yo sé que el niño hizo mal, pero peor es lo que hizo usted». Lo que ella logró fue que mi papá nunca más chicoteara a ninguno de nosotros. Era una mujer que se imponía sin aspavientos, sin hablar fuerte, sino que hacía razonar a las personas cuando actuaban mal.

Mi abuela era tan cruel que tengo grabada una escena que sucedió mientras ella limpiaba el servicio de plata que se usaba en su casa. Tenía una gran cantidad de cucharas en su mano y sin decir agua va me plantó un golpe en mis manos. Fue tan doloroso el impacto del metal en mi carne que

caí desmayada. ¿Cuál había sido mi pecado?: enseñarle a bailar charlestón a unas niñitas vecinas. Vivíamos en una casa muy señorial y hermosa. La abuela con mis tías me «sapeaban» cuando venía del colegio con otras cabras, y como a mí me gustaba mucho bailar, siempre le estaba enseñando a mis compañeras. Ese día, la vieja salió indignada gritando: «Ésta va a ser una maraca cuando grande». Me golpeó con lo que tenía en la mano, con tanta violencia que perdí el conocimiento de puro dolor.

Otro hecho de mi infancia con esta abuela fue cuando ingresé al coro de la iglesia. A mí me encantan las canciones religiosas, como ya lo comenté. Hay cantos de misa, del mes de María y de novenas que me los sé de memoria. Hay gente que no puede creer que yo, siendo marxista y leninista, me sepa este tipo de cánticos. Cuando tenía como once años y me estaban saliendo unas peras en el pecho, viene el cura de la parroquia y dice que quiere anotar a todas las niñas que quieran entrar al coro. De inmediato paré el dedo y subimos varias a la parte superior de la iglesia donde cantaban los niños. Yo era harto desabrida, y el cura, que estaba solo en el lugar, escuchaba a cada niña cantar algunas notas y acto seguido iba desechando a las que él pensaba que cantaban más o menos nomás. Cuando llegó a mí me dijo con voz muy solemne: «Tú tienes una voz grave». Yo sabía que tenía voz grave, porque siempre fui un poco ronca. «Pero vamos a ver», me dice, «Te quiero oír cantar». Pero a continuación me dio una pasada con sus manos por mis partes más protuberantes. Por puro instinto salí arrancando, y cuando llegué a la casa, poco menos que con la lengua afuera por correr tanto, mis tías me preguntaron:

—¿Por qué volviste tan temprano?

—Porque el cura me agarró las tetas.

—¿Cómo puedes ser tan mala e inventarle cosas tan horribles a un pobre sacerdote?

Con el correr de los años me he hecho muy amiga de curas, porque los que conozco son personas muy respetables. En realidad, aquel episodio lo memorizo como el de un sacerdote que me quiso manosear por el pecho. Hoy en día, estudiando mi reacción, creo que lo que pasó fue que me sentí atropellada, no respetada por alguien en quien yo confiaba. Pero para mí lo más duro y terrible fue que mi abuela y mis tías no me creyeran y pensarán que era tan perversa como para inventar una historia de ese tipo. Esperaba, con la ingenuidad de una niña de once años, que una de ellas hubiera ido a reclamar, y me habría quedado feliz y conforme, pero más encima me pegaron. Siempre me quedó la idea de que las mujeres que tienen una fe tan ciega no le creen a los niños; más aún, sólo creen en lo que ellas quieren creer. Ese capítulo me hizo decir chao a todo lo que fuera religioso. Insisto que he sido amiga de curas y conozco a grandes personas que en determinados momentos actuaron de tal forma que los aprecio y los admiro, pero de ahí a ser religiosa estoy muy lejos.

Me dirán que mis padres, a pesar de todo, bautizaban a sus hijos, pero los bautizaban porque los compadres eran amigos para toda la vida. En mi época, el compadrazgo formaba parte de la cultura popular. Ahora, esta costumbre como que ha desaparecido un poco. Antes, los compadres o los padrinos de los niños pasaban a ser como de la familia. Había un caballero que llegaba a mi casa, que era el compadre Contreras, a quien mi papá le había encontrado pega en la maestranza. Él nos respetaba mucho y nosotros también a él. Creo que esta costumbre tiene que ver con lo de proletas, porque Miguel, mi esposo, siempre me dice: «Serás socialista y todo, pero tienes la “cachá” de ahijados y compadres en San Miguel». Cuando era diputada nos pidieron a mí y a Mario Palestro que fuéramos padrinos de unos gemelos en San Miguel. Y fuimos porque teníamos que cumplirle a la gente. El cabrito que me tocó a mí, con el correr de los años, estaba trabajando de mo-

zo en la Radio Chilena. Cuando, por diversas razones, me entrevistaban allí, él siempre me estaba esperando y le decía a los demás: «Llegó mi madrina, ¿no es cierto?». Y me daba tremendos abrazos. Entonces, no se trata ya de una cuestión religiosa, sino que el compadrazgo era una especie de institución nacional. Y pienso que lo sigue siendo. Para los chilenos, el dar a un niño como ahijado es una muestra de cariño muy grande, de confianza y respeto.

En esto de la religión hay quienes piensan que soy contradictoria, porque me declaro agnóstica. Me dicen que hay que tener fe y creer en algo, pero yo digo con todo mi corazón que yo creo en los seres humanos. Nunca pienso que los seres humanos sean capaces de hacerle daño a otros seres. Siempre me acuerdo de un hecho que me produjo mucha rabia, porque, como digo, soy muy confiada. Un día pasa por mi casa un tipo de esos que venden primores, como se dice. Me entusiasmo con las primeras papayas o las aceitunas o los huesillos. Y salgo, porque soy muy golosa, y le digo:

—Sabe, me gustaría comprarle unas aceitunas, pero no puedo porque tengo un billete de diez mil pesos.

En esa época, diez mil pesos era mucho como para dar vuelto. Pero el hombre, con ademán de querer solucionar el caso, me responde:

—Pero no se aprobele. Mi hermano anda vendiendo en la otra calle y él tiene vuelto. Páseme el billete y yo se lo cambio al tiro.

Se lo pasé confiada, porque siempre parto de la base que la gente no puede ser tan caradura. No lo vi más, pero el capítulo me dejó con una ira que la sentía por todas partes de mi cuerpo. Pero la vida tiene muchas vueltas. Pasaron como tres años y yo me recordaba que el huevón que me robó la plata era un tipo que llamaba la atención por su altura y, además, digamos que era moreno, de buen aspecto, tenía una cara muy seria y andaba bien vestido. Fue durante la cam-

pañía de Jorge Arrate, quien estaba de candidato a concejal, cuando recorriamos la Vega Central, veo al tipo y corro tras él, lo agarro a patadas y lo increpo por abusar de la buena fe de las personas:

—¡Pero cuándo le he quitado algo a usted! —me dice.

Yo lo tenía sujeto y le daba patadas en las canillas. Todo esto ocurría a la vista de unos compañeros que me había encontrado en la vega. El hombre seguía alegando que él nunca me había robado nada. Con mucha rabia le reproché:

—¿Creís que soy tonta o estúpida? Haz cuenta que te regalé los diez mil pesos, mierda.

Lo más cómico era que las otras personas que me acompañaban me miraban con asombro, y yo les expliqué:

—Es que ese gallo me hizo lesa hace como tres años, y no puedo contener la ira.

Pese a ese capítulo, siempre he pensado que frente a otro ser humano no se puede partir desconfiando. Para mí es fundamental creer en el hombre como tal. No creo en el más allá. Para mí, todo es parte de la vida misma. Lo más hermoso es amarse, pero todo eso pasa, todo se acaba. Sin embargo, hay muestras de amor en todas las especies animales. No hace mucho, viendo televisión, observé en la pantalla cómo corría el agua de un río en una enorme selva, y la cámara captó cuando un puma atacó a un osito y lo hirió en tal forma que el animalito empezó a dar unos quejidos muy fuertes que alertaron a su madre. Cuando la osa apareció, el maricón del puma huyó, pero la osa no se preocupó para nada del agresor, sino que pescó a su oseño y sacó una lengua impresionantemente larga y ancha con la que le dio unos lengüetazos enormes a su retoño y le limpió la sangre de la herida, después se lo llevó a la osera y se tendió igual que una madre humana y lo amamantó con una tremenda ternura. De vez en cuando levantaba la vista para mirar con absoluta serenidad a la cámara que estaba filmándola. Los anima-

litos son una especie de compañeros de ruta en este vehículo espacial que es la Tierra, inserto en un universo infinito. Frente a esto, no se puede menos que empezar a pensar en el sentido de la vida.

Nosotros, los marxistas, no sólo entendemos el humanismo hacia el ser humano, sino que a todos los seres vivos. Recuerdo que en una de mis últimas intervenciones en la Cámara hablé de este tema, cuando se discutía acerca de un proyecto que legislaba en defensa de los animales que sufren crueldades inenarrables de parte de quienes debieran ser sus amigos. En esa oportunidad dije:

«El animal, para nosotros, es no sólo un ser que acompaña al hombre, sino que es un ente necesario, pues como ustedes saben, especialmente los señores científicos, cuando cualquier especie es eliminada se produce un desnivel ecológico. Claro que hay una especie que a mí me gustaría que fuera eliminada: la de los chacales, la de los chacales de la política, los bandidos y los hipócritas. Ellos se parecen a algunas especies animales; pero no hay ningún animal, en realidad, tan despiadado como los que acabo de describir».

Esa intervención estaba destinada a aprobar una iniciativa que llevaba ya años de tramitación en el Congreso (eran los últimos meses de la Unidad Popular, los golpistas habían escondido los alimentos y la gente debía sufrir un desabastecimiento ficticio y hacer largas y sacrificadas colas para conseguir los productos básicos).

«Concuerdo que se despache este proyecto —proseguí—, porque es vergonzoso que esta Cámara se haya entretenido seis años con él, porque todos nosotros, con mediana cultura, comprendemos que es una iniciativa necesaria. Pero deseo dejar en claro, una vez más, cómo hay un desnivel inmenso en el modo de pensar de los parlamentarios. Cuando hace unos instantes yo reclamaba sobre el proyecto de delito económico, una señora que es profesora de primaria se oponía a que

habláramos de eso, en circunstancias que la gente tiene que estar horas de horas expuesta al sol, en colas creadas por una escasez artificial, por un acaparamiento, y tiene que sufrir un mercado negro impulsado por elementos que conocemos, a los que se les han descubierto cantidades inmensas de mercaderías. Sobre eso se niegan a legislar. Lo que quería decir, señor presidente [de la Cámara], es que quienes votaron en el Senado en contra de ese proyecto carguen con la responsabilidad de haber negado al pueblo que conociera la verdad sobre esta materia. Volviendo al tema de los animales, debo decir que nos interesa esta materia, pero mucho más nos preocupa que no se juegue, sobre todo en esta época pre-lector, con los seres humanos engañándolos, como la confabulación derechista en estos momentos».

Relacionado también con el ser humano, me impactó cuando vi en la televisión la vida de Stephen Hawking, quien es uno de los más grandes científicos vivos. Con una esclerosis lateral, su sistema neuromuscular se fue debilitando desde que tenía diecisiete años. Cuando cumplió los veintiuno, los médicos vaticinaron una muerte temprana para él, justo en la época en que se graduaba en cosmología en la Universidad de Cambridge. Hoy, ya cercano a los sesenta años, casi totalmente paralizado, carente de cuerdas vocales y de movimiento, se comunica a través de un computador y, pese a esas condiciones, es el más importante físico de nuestro tiempo, sólo comparable a Einstein. Sus teorías acerca de la física cuántica, de los hoyos negros y del comienzo del universo, o sea del big bang, son las que se discuten en el mundo científico, no obstante que hoy él ha reconocido errores. Este tipo es genial, su cerebro es tremendo, y aunque su cuerpo se le empezó a destruir, fue capaz de construirse una silla que él maneja a control remoto. Lo vi en la Estación Mapocho y observé cómo usaba su computador y era capaz de hablar con conocimiento acerca del origen del universo;

el porqué es como es y cómo podría terminar todo; ¿por qué se está expandiendo?, ¿qué puede pasar? Este hombre, con todas sus limitaciones, es capaz de buscar las respuestas científicas. Además, ha tenido tiempo para formar una familia. Está casado (con una mujer que, desgraciadamente, se dice lo maltrata) y tiene tres hijos. Cuando hablaba me fijé mucho en lo que decía y la forma en que ve el mundo y el universo. Así se destierran todas las teorías religiosas, ya sea la budista, la islámica, la cristiana y otras. Si hubiera Dios tendría que ser tan poderoso que por el peso de su autoridad y de su poder deberían respetarlo todas las razas. No podría ser que los judíos tengan un Jehová, los árabes un Alá y los cristianos un Jesús que es hijo de Dios. Hawking describe el universo y nosotros somos una ínfima parte de este mundo, somos como una molécula. Entonces, ¿por qué algunos estiman que tienen tanta trascendencia? Yo me conformo con ser esta ínfima parte de este universo y trato de vivir de acuerdo con la ética que a mí me enseñaron y con los principios que tengo, que me exigen respetar al otro y aceptar lo que éste piense, y que ese otro también debe tolerar lo que yo siento, porque también tengo una formación moral. Vuelvo a recordar a la osa que defendía a su osito, porque sentí que el animal actuaba como lo hubiera hecho una mujer normal. No siguió al puma para castigarlo, porque ella podría haberlo matado, pero en su instinto animal sintió que era más importante su cachorro. Allí primó el amor, porque la osa sabía que genéticamente estaba defendiendo a su especie, ella se siente transcendida no en el acto de matar al puma, sino en el deseo de defender otra vida, que es la del ser que ha criado.

Hace muchos años me sentí muy impactada por los avances de la ciencia espacial, contemplando el cielo vi una estela luminosa y desconocida y luego supe que un hombre estaba girando en torno a nuestro planeta. Muchos pensa-

mos que con Yuri Gagarin se iniciaba una verdadera revolución del pensamiento y de la imaginación. Creímos que entonces saltaban hechos añicos los cimientos de algunas civilizaciones, de algunas religiones y de cierta filosofía. No imaginábamos que tan pronto se iba a lograr que el hombre llegara a la Luna. Eso nos parecía sólo un sueño y una ilusión, porque muchos de nosotros, por nuestra condición, en algunos instantes de nuestra vida hemos tenido que mirar el avance científico y tecnológico como algo muy distante, muy lejano del alcance de nuestras manos.

Por eso, cuando en esas horas de la madrugada vi a los astronautas norteamericanos correr en la superficie selenita, sentí que debía hablar en la Cámara sobre este hecho tan trascendental:

«Hace algunos instantes, cuando esos jóvenes muchachos saltaban en la Luna, paseaban por sobre su superficie, escarbaban buscando sus secretos, pensamos que nosotros no podemos decir en qué va a terminar esta era que inició Gagarin y que van a ver mañana nuestros hijos o nuestros nietos. Tenemos que pensar, sí, que somos una generación asombrada; nuestros muchachos ya no se asombran del hombre en el espacio; nuestros muchachos ya no se asombran de la aventura de Valentina Tereshkova [primera mujer cosmonauta]; no se asombran como nosotros, porque nosotros pertenecemos a otra generación, porque a nosotros nos cuesta imaginarnos lo que será capaz de hacer el hombre del siglo XXI y permítaseme, esta tarde, cuando hablo de aquellos tremendos titanes de la ciencia y la tecnología, recordar también a aquel otro titán de la idea, del pensamiento y de la pasión por el hombre, quiero poner junto a Valentina, a Gagarin, a Armstrong, a Aldrin y Collins, a Ernesto Che Guevara.

»Ellos están por encima de nosotros. Los hombres científicos que en Estados Unidos o en la Unión Soviética, o sean de la nacionalidad que sean, han estado abriendo esta enor-

me perspectiva, no pertenecen ni a una nacionalidad determinada ni tampoco creo que pertenezcan a ningún credo religioso en especial. Están por encima de esas cosas, porque el pensamiento científico sólo es posible llevarlo adelante en la medida en que se aúnen las inteligencias, en la medida en que se sumen el talento y la imaginación, porque esta suma ha hecho posible que algunos miráramos asombrados a esos jóvenes que, tal vez inconscientes de la hazaña que realizaban al pisar otro planeta, estaban también destruyendo viejos conceptos de la imaginería del siglo pasado.

»Saludamos esta inmensa aventura y pensamos en la alegría que particularmente debe haber sentido hace algunas horas el pueblo norteamericano. Y al saludar esta tarde lo que ellos han hecho, al saludar la audacia, la juventud que representa su gesto, deseamos pedir al pueblo norteamericano que adopte una actitud de vanguardia no sólo en el terreno científico y tecnológico, sino también en el plano del pensamiento político. Le pedimos que retire a sus hombres de Vietnam y consiga así, por fin, el respeto de toda la humanidad».

La vida nos depara momentos muy tristes y otros maravillosos. Amo profundamente a todos los seres humanos y los respeto como tales, pues yo soy una de ellos. Otra vez la existencia nos gratifica con grandes cariños, como es el que tenemos a nuestros padres, a nuestros hijos, a nuestros amores, etc. Pero llega en algún momento la pérdida. Uno de los recuerdos más fuertes fue el instante en que me enteré de que mi madre tenía cáncer. Para mí fue el derrumbe, me volví loca, me encallé, pero en esos tiempos no había los adelantos de ahora. Yo le quería tener lo mejor, y un médico amigo me aconsejó: «No te endeudes tanto, porque tu madre no te durará más de tres meses». Pero uno piensa que si no da la lucha, después se va a culpar pensando por qué no me esforcé más. La interné en una clínica que me recomendaron, que estaba en la tercera cuadra de Providencia. Allí la

radiaron, y siento que más fue lo que sufrió, pero la verdad es que uno siente que tiene que hacer lo posible y a veces no resulta ser lo mejor. La muerte de mi madre me produjo una depresión tremenda, porque siempre pensamos que abusamos con estos seres, porque uno siente que es el pilar y las cargas contándoles tus aciertos y tus errores. En la educación y la forma de vida actual, los jóvenes de quince años ya no permiten que los padres se preocupen de ellos, y creo que eso es bueno, porque los dejan vivir un poco su existencia. Mi mamá murió joven. Tenía sesenta años.

Mi padre tuvo muchos amores, no se volvió a casar y vivió haciendo lo que él quería hasta pasados los cien años. Recuerdo que al periodista de *Clarín* Eugenio Lira le conté algunas de las gracias de mi viejo y las reprodujo con mucho humor en uno de sus libros. Él decía allí que para conocerme a mí había que conocer primero a mi padre. La verdad es que don Manuel Lazo Aguilera trabajó en su taller de herrero hasta muy avanzada edad. Un día se le produjo una obstrucción al hígado y los médicos estimaron que éste sería el final. Pero mi padre, haciendo lo que él quería, como siempre, se tomó un litro y medio de aceite de bacalao y siguió machacando fierros por casi veinte años más. Para Lira, yo heredé esa porfía. Creo que Eugenio tenía razón, soy tremendamente obstinada cuando siento que estoy en lo cierto.

II

El partido

Mi historia en el partido empezó muy joven, y muy joven pasé a integrar el Comité Central, porque venía del norte muy recomendada. Como era buena para hablar, mis amigos me decían la *Pico de Oro*. En esa época estaba en el partido Orlando Millas, quien después se hizo comunista. Pero debo reconocer que fue quien escribió la mejor historia de la colectividad socialista. Otros que recuerdo son Ampuero, Coloma y Pizarro. Éramos muchos dirigentes jóvenes, y cuando no teníamos donde almorzar nos íbamos al Santos, que en esa época quedaba en el subterráneo del Teatro Plaza. Llegábamos ahí, y los viejos que atendían y nos conocían ponían las bandejas llenas de pan con miel, mermeladas, leche, café y té, y eso era lo que comíamos para todo el día. En ocasiones, estábamos tan hambrientos que nos ponían la bandeja dos veces, pero nosotros pagábamos lo correspondiente a un té de la casa. En esa época, también había muchas mujeres muy interesantes. Recuerdo a una que todavía está viva. Se llama Violeta de la Cruz y debe tener más de noventa años. Fue la primera mujer arquitecto que hubo en Chile. Había otras, como María Luisa Sepúlveda y Amelia Jivovic, y una argentina, que era Leonilda Barrancos, quien nos daba clases de educación política. Era profesora de filosofía y sociología, y me tocó vivir en su casa en Córdoba cuando era enviada por el partido a Argentina. En la

historia de Gonzalo Vial figuramos las mujeres socialistas de aquellos tiempos, y se dice que éramos «musas de las brigadas socialistas: bonitas, femeninas y de un coraje a toda prueba». Yo me siento muy halagada, pues me nombra, al igual que a Millas. Nosotros fuimos jóvenes que nos granjeamos el cariño y el respeto de los jerarcas, como eran Marmaduke Grove y Óscar Schnake.

Cuando tenía apenas veintitrés años fui elegida regidora por Santiago. Ya en esa época había nacido mi hijo Claudio. La seccional de la Quinta Comuna, formada en su mayoría por médicos y estudiantes de medicina, me hizo la campaña, y con el entusiasmo y esfuerzo de ellos logré la banca en la municipalidad, entre los años 1943 y 1947.

Fue un período muy agitado e interesante, en que yo realmente debía hacerme notar, pues mi aspecto era el de una adolescente, lo que hacía que mucha gente me ignorara porque no sabían quién era. Además, me vestía en forma muy sencilla. Decentemente, pero sencilla. Usaba el pelo muy largo y ondulado y me lo tomaba con dos pinches. En una de las tantas veces que entré al ascensor del municipio, un jefe de servicio me quedó mirando y me dijo en tono sentencioso y didáctico a la vez:

—Señorita, perdone, pero este ascensor es solamente para las autoridades. Así es que tiene que subir por la escalera.

No le dije nada y salí tranquilamente del ascensor y me fui por donde el señor me indicaba.

Cuando llegué a mi oficina le pregunté a mi secretaria:

—¿Quién es ese señor que acaba de salir del ascensor?

—Es uno de los directores de la municipalidad.

—Vaya a buscarlo y dígame que necesito hablar con él.

Cuando el funcionario entró a mi oficina me quedó mirando muy sorprendido:

—¡Chitas, es la regidora Lazo! Señora, discúlpeme, por favor. ¡Cómo iba a imaginar que usted era tan joven!

—No se trata de eso —le repliqué—. Se trata de que ese ascensor es para cuatro personas y usted iba solo. ¿Cómo le iba a molestar que una muchacha joven subiera con usted? Eso fue lo que a mí no me gustó. El problema no es que por ser yo autoridad tuviera el mismo derecho que usted. No, lo que humanamente le correspondía, como caballero que veo que es, era dejar que una muchacha subiera con usted, ¿qué le iba a pasar?

—Sí, estoy de acuerdo, fue una tontería de mi parte, pero lo que pasa es que el alcalde y los funcionarios siempre reiteran que el ascensor es exclusivamente para los señores regidores, el señor alcalde y algunos funcionarios y nadie más.

—Tratemos, desde ahora, que sea más democrático el ascensor, y que de vez en cuando pueda subir una señora joven o alguien que no esté en condiciones de hacerlo por la escalera.

Hubo otro capítulo en el que pasé un muy mal momento. Sucedió que fui invitada a Brasil, a un congreso de regidores de América Latina. Allí me regalaron un anillo con una piedra muy grande, originaria de Minas Gerais. Me gustó tanto que siempre lo usaba.

En esa época, yo solía andar muy apurada y almorzaba en el centro, en un naturista, que estaba en la calle Ahumada, frente al Café Haití.

Un día me encontré con un amigo pintor, Fernando Marcos, quien me invitó a comer en otro local que, según él, era mejor y más barato. Mientras esperábamos nuestro almuerzo observé que en muchas mesas colocaban unas tazas con un plato encima. Sin tener idea de qué se trataba, le comenté a Fernando:

—Fíjate, que ponen unas tacitas en algunas mesas.

—¡Cállate, tonta! Si es vino —me dijo en voz baja.

Como era regidora, apenas terminé de almorzar me acerqué al dueño del local y le pasé un parte por expender vino

cuando estaba prohibido. Al tipo no le quedó más remedio que aceptarlo, pues destapé una de las tazas que había en una de las mesas.

Pasaron varios días, y cuando estaba trabajando en mi oficina en el segundo piso de la municipalidad, vino una secretaria y me comunicó: «Señora Lazo, el señor alcalde quiere que vaya a su oficina». Este personaje, creo que se llamaba Domingo Errázuriz, era un viejo muy estirado. Se vestía muy elegantemente y le brillaban el reloj y otros atuendos de oro que usaba.

—¿Qué se le ofrece? —le pregunté.

—Señora Lazo, siéntese, que quiero conversar con usted. Supe que pasó un parte y clausuró un negocio.

—Efectivamente, lo cursé y quedó clausurado.

—Fíjese que esas personas vinieron a hablar aquí y me dijeron que por desconocimiento habían cometido ese error y que no lo iban a hacer más, y me dejaron este chequecito para que usted se compre un embeleco.

Tomé el cheque, lo miré, eran veinticinco mil pesos. En ese tiempo, veinticinco mil pesos equivalían a mucha plata. Con mucha rabia se lo lancé, al mismo tiempo que di un puñetazo en la mesa, que era entera de vidrio, y le dije:

—¿Qué se ha creído usted, viejo de mierda?

Pero en el mismo instante escuché un ruido espantoso, y veo que el vidrio de la mesa se va partiendo rápidamente desde el extremo en que yo estaba hasta el sector de Errázuriz. Me di cuenta recién que había golpeado la mesa con el anillo de Minas Gerais. Fue una crujidera espantosa, y el viejo se alteró y me gritó:

—¡Señora! ¿Qué ha hecho?

—Nada —respondí con seguridad—. Lo único que hago es decirle a usted ahora que se meta el cheque en el culo.

Se armó un tremendo escándalo, y la secretaria corría mientras el alcalde gritaba:

—¡Tráiganme un vaso de agua, que esta mujer me puede matar!

Afortunadamente, en el segundo piso había empleados que me apreciaban y me calmaron:

—No le haga caso, Carmencita. No se amilane. Usted siga siendo igual como es, nomás

—Pero si yo no le hice nada a ese viejo. Lo único es que lo mandé a la mierda, porque me insultó ofreciéndome plata para que levantara un parte.

Ese capítulo se corrió en toda la municipalidad, y salió hasta en los diarios de la época.

Sentí que el viejo me menospreciaba, porque debe haber pensado que yo era repobre y repicante, y que me iba a deslumbrar con el cheque. Esto era lo que se llamaba y se sigue llamando coimas.

No fue la única vez que me trataron de coimear. En otra oportunidad, una señora me fue a pedir que por favor le hiciera sacar un árbol, porque estaba levantando una casa. Para hacer eso se necesitaba un permiso, porque hay una ley de parques y jardines que lo prohíbe.

Días después llegó un diputado que empezó por decirme que la gente me quería tanto y que era tan popular. Enseguida, agregó que la familia de esa señora estaba desesperada, porque el árbol iba a acabar con su casa. Yo entendí que la situación era difícil, pero desgraciadamente no tenía ningún poder para ordenar que sacaran el árbol, y le expliqué:

—Creo que el caso amerita que se saque el árbol, pero no me lo pueden pedir a mí sola, porque estas disposiciones son resultado de acuerdos entre todos los municipios.

—Pero, Carmen, piénselo, porque ellos le harían un buen obsequio.

—Menos, entonces. Salga inmediatamente de aquí.

No sé si al final sacaron el árbol, porque no se trataba de coimear a un regidor, sino que tenían que haberse coimea-

do a todos los regidores, porque se necesitaba un consenso para revocar las disposiciones imperantes.

En la municipalidad tuve muy buena relación con varios alcaldes. Sin embargo, hubo uno con el que realmente me hice muy amiga. Fue don José Santos Salas, quien había sido candidato presidencial en el año 1924. En esa época yo tenía apenas cuatro años. Por eso, pienso que para mí fue un privilegio conocerlo. No era un tipo como para olvidarlo fácilmente. Se contaba que él mismo había diseñado su campaña presidencial con un eslogan que decía: «Salas sale solo». Físicamente, impresionaba por su estatura, y tenía una cara de cuchillo y una forma de ser bastante seca.

Me tomó mucho afecto desde que llegó a la municipalidad, y cualquier cosa me la consultaba. Se corrían muchos rumores acerca de él, tanto en los pasillos municipales como en la calle. Se decía que era homosexual.

Había otro regidor al que yo admiraba mucho, pero que era un poco amargado y de nadie hablaba bien. Era René Frías Ojeda, hombre muy inteligente y poeta. Diría que era



Hablando en la Vega Central en 1944. A mi espalda, el alcalde de Santiago José Santos Salas.

bastante peculiar, pues escribió un solo poema que figura en todas las antologías chilenas. Estaba dedicado a una maestra. Hasta yo me lo aprendí de memoria. Decía, más o menos, así: una escuela pequeña/ que abrió tu corazón/ mi adolescencia triste/ que fui a matricular/ yo fui el primer alumno que te dio la lección/ y tú fuiste la única que supiste enseñar.

Una vez, René Frías, que usaba unos lentes gruesos, estaba hablando con otro regidor acerca de lo refinado que era el alcalde. Sucedió que en esa época sobraba la plata en la municipalidad, y Santos Salas anunció que se haría un hermoso palco en el Teatro Municipal, exclusivo para los regidores. Como nosotros no teníamos plata, él pensó que así podríamos asistir al teatro y ver a los grandes artistas de la época sin tener que andar mendigando por una entrada. Con este objeto se nos entregó una tarjeta que era sólo para los regidores y que indicaba que podíamos ocupar el citado palco. El alcalde lo hizo adornar con unos cortinajes rojos. Un día me encuentro con Frías y otro edil que están comentando que «el alcalde puso todas esas cortinas para ocultar maricones en ese lugar». Me dio tanta rabia que los increpé:

—Más maricones son ustedes, que andan hablando detrás de la gente.

Pasó algún tiempo, y un día Santos Salas me contó que tenía una casa muy grande y que vivía solo con un sobrino.

—Carmencita, quiero invitarla a almorzar a mi casa. Si usted acepta, yo la mando a buscar, porque le prepararé personalmente la comida, y ya elegí el plato, que será una especialidad mía, que se llama «pollo a la médica».

Concurrí a su hogar, que estaba en la avenida Pedro de Valdivia. Ese día almorcé una de las comidas más ricas que he probado en mi vida.

Fue tanto lo que me gustó, que él me enseñó a cocinar el famoso guiso. Se elegía un pollo grande, de esos que traían del

campo en esa época, y que eran muy lindos y muy gordos. Los huasos los vendían personalmente al público en la Estación Central. Una vez que se le torcía el pescuezo al ave, sin matarla definitivamente, se la colgaba y se le inyectaba leche y mantequilla en la rabadilla y en la pechuga y se la dejaba así hasta que adquiría el *rigor mortis*. Sólo en ese momento se la pelaba y se echaba a asar, y además se le agregaban inyecciones de aguardiente. Parece ser que en el pollo recién muerto aún tiene actividad la corriente sanguínea, esparciéndose la leche, la mantequilla y el aguardiente por todo el cuerpo.

Santos Salas no sólo me invitó a almorzar, sino que me mostró su casa, que era enorme y preciosa. Había cuadros y porcelanas, gran variedad de artesanías y otras expresiones artísticas. Hasta para entrar a la casa había que usar una campana, que era la que anunciaba las visitas. Salas era tan buen coleccionista de cosas que entre sus creaciones en el municipio se destacó el Mercado Persa, que él en ese tiempo llamó «Mercado de las Pulgas», imitando el nombre que se usaba en París. Este primer persa funcionó en las orillas del Mapocho.

Antes de almorzar, Salas me dijo: «Le quiero mostrar algunas cosas». Fue así como me encontré ante impresionantes muebles de estilo, de una elegancia increíble, pero lo más interesante fue un sector en que tenía finísimos álbumes de fotografías, que revelaban su buen gusto. Me empezó a mostrar un gran número de fotos en que aparecían damas con aristocráticos trajes y caballeros muy elegantes. En todas me llamó la atención que había una pequeña, que era siempre la misma.

—Esa niñita soy yo —me dijo.

Me quedé sorprendida, y él siguió contando:

—Lo que pasa es que mis padres esperaban una niñita. Me criaron como si fuera una niñita, y por eso soy afeminado, pero le aseguro que no soy homosexual. Lo que pasa es que soy asexuado. No me interesan ni los machos ni las hem-

bras. Soy indiferente a eso. Le doy esta explicación porque supe que usted me defendió delante de varios caballeros y que fue la única persona que sin conocerme no aceptó que se hablara mal de mi sexualidad. Fue por eso que la invité a mi casa, porque quería contarle mi verdad.

Fuimos amigos desde entonces, y yo diría que fuimos en realidad grandes amigos.

Salas era un hombre muy gracioso, pero a su manera. No sé si fue por influencia de él que me propusieron para la presidencia de la Comisión de Cultura y, en virtud de ese cargo, pasé a formar parte de la dirección del Teatro Municipal.

Para mí fue un desafío tremendo, porque yo era todavía una cabra que militaba en las Juventudes Socialistas, saliendo a pelear cuerpo a cuerpo contra los fascistas. Me encontré de repente en un oasis de cultura, en el que yo tenía que ver y, además, era una autoridad. Tenía poder de decisión.

Cuando llegaban artistas de la talla de Carmen Amaya, le pedía permiso a Óscar Dahm, quien era director del teatro, para llevar a Claudio, que tenía dos años. A éste le gustaba tanto lo que veía, que a la salida de las funciones me confidenciaba:

—Mamá, ¿sabes? Estoy enamorado de la Carmen Amaya.

Cada vez que venían estos invitados me tocaba almorzar con ellos. Me acuerdo, entre otros, de Fritz Kreisler. Una vez estábamos almorzando con Arrau, que era un joven estupendo y que me encantaba como pianista, cuando un regidor de derecha le confidenció:

—¿Usted no sabe, señor Arrau, que aquí, ahora, tenemos una regidora revolucionaria?

Arrau lo escuchó y luego me miró.

—Sí. Soy militante del Partido Socialista —me apresuré a decir.

Entonces, él, muy serenamente, acotó:

—Yo no soy militante, pero a mí me gusta el socialismo.

Años después leí unas memorias de Arrau, donde él dice abiertamente que era de tendencia socialista.

Estas son experiencias que me sirvieron mucho en la vida. En una oportunidad hubo un concurso de poesía, y la municipalidad daba un premio en dinero, pero lo principal era la publicación de un libro. Como era jurado, tuve que leerme todo lo que me llegó. Lo que más me gustó fue un libro que se llamaba *Réquiem*, escrito por Humberto Díaz Casanueva, en homenaje a su madre recién fallecida. Lo encontré tan lindo, pese a que era corto, que peleé con los otros miembros del jurado hasta que logré que le dieran el premio. Eso fue el inicio de una gran amistad con Humberto, la que duró hasta que murió. Hoy sigo frecuentando a su segunda mujer, Eleonora.

También conocí, siendo regidora, a don Arturo Alessandri Palma, el padre de Jorge, el *Paleta*. El *León*, como le decía la gente, era un viejo bastante zorro.

En una oportunidad leí en el diario que habían invitado a don Arturo al Club de Señoras. No me llegó invitación, pero como allí también estaban los obreros municipales decidí que podía ir. Me encaché y arreglé para asistir al evento. Cuando llegué, ya estaba hablando el *León*, con una pinta de tribuno romano, con la mano atrás y diciendo, más o menos: «Miren, mijos, todo lo bueno que hay en este país lo he hecho yo». Se refirió a la Ley 4.054 y a otros textos que él exhibía como trofeos. Como era muy buen orador, los asistentes aplaudían y vitoreaban a rabiar. Los tenía encandilados a todos. Cuando terminó de hablar, en medio de grandes ovaciones, subió al estrado un gallo que ofreció la palabra:

—¿Quién quiere hablar? ¿Quién quiere decirle algo a nuestro invitado?

Empezaron a pasar el micrófono por la platea y nadie quería decir ni pío. Estaban todos para adentro, pues el viejo era muy admirado. Cuando ya parecía que nadie iba a hacer uso de la palabra, yo, que estaba muy callada e indignada

con la frescura del líder, levanté la mano. Siempre fui muy filuda e insolente cuando el momento lo ameritaba:

—Señora Lazo, ¿usted quiere decir algo? —preguntó el tipo que oficiaba de presentador.

—Sí, quiero decir algo —afirmé en tono fuerte y duro—. El señor Alessandri señala con mucho orgullo que él ha hecho todas las leyes buenas que hay en el país, pero quiero recordarle que él ha sido el gestor de todas las matanzas que han impactado a nuestro pueblo.

Le saqué en cara las masacres de Ranquil, La Coruña, el Seguro Obrero y le enumeré todas aquellas cosas que había considerado execrables en sus gobiernos. Y mientras yo me desahogaba ante una concurrencia que parecía solamente admirarlo, el viejo zorro llamó discretamente a su secretario y le preguntó: «¿Sabes quién es esa mujer? ¿Cómo se llama? ¡Qué bien habla! ¡Qué buena moza! Me la tienen que presentar». Le importaba un coco lo que yo estuviera hablando. Cuando terminé me llamó muy relajado:

—Venga a darle un abrazo a su enemigo. Podemos conversar acerca del tema...

Yo me fui sin hablar con él, pues tenía fama de lacho. Es conocido el hecho de que cuando murió estaba fornicando, pese a que ya era bastante viejo.

Sin querer, tuve otra anécdota con este personaje. Era mi costumbre atender a mucha gente, tanto cuando fui parlamentaria como siendo regidora. Se hacían grandes colas ante mi oficina. Mi deseo era ayudar el máximo posible a la gente. Cuando estaba en la municipalidad, un día llegó una viejita que quería pedirme un favor. Habló con mi secretaria, Florencia Campbell, quien era muy tímida y solía sonrojarse por todo. La viejita, que era muy fregada, me dijo:

—Señora Lazo, fíjese que he oído que usted es muy amiga de don Arturo Alessandri. Así que quiero que me dé una tarjetita de recomendación para hablar con él.

—¿Dónde la vio, señora? —le respondí bastante molesta por asignarme una amistad que jamás habría tenido.

—Bueno, no importa —me contestó—. Igual usted me puede dar una tarjetita. Total, él la debe conocer, y así me va a recibir para pedirle un favor.

Como la señora estaba decidida a pedir una audiencia a Alessandri a nombre mío, le dije a Florencia que hiciera una tarjeta sin solicitarle nada, sino señalando solamente que me permitía presentarla.

Recuerdo que la secretaria, toda ruborizada, escribió la tarjeta, la que empezaba: «Señor Arturo Alessandri Palma, presidente del Senado [porque en ese tiempo ocupaba ese cargo]: me permito presentarle a la señora fulana de tal», y no decía más, salvo que coloqué mi firma. Pasaron como quince días, cuando Florencia me informó: «Señora Carmen. ¡Mire quién está en la cola!». Era la señora con un tremendo ramo de gladiolos. Venía a agradecerme el favor. Cuando pasaron los años y estaba de diputada en el Parlamento, conocí a un funcionario del Senado que era hijo de esta señora, quien había ingresado a ese trabajo como resultado de mi tarjeta a Alessandri. Así es el mundo de pequeño. Ahí me vine a enterar de lo que quería la viejita.

Pero antes de entrar en otras materias quiero recordar que conocí a Allende cuando era apenas una adolescente. No hay que olvidar que ingresé al partido a los trece años. Tengo en mi memoria momentos muy intensos y bellos con el compañero *Chicho*. A veces, cuando me siento «ninguneada» en el partido, especialmente cuando llamo a un ministro y me contesta una secretaria y me pasan por el desvío, me siento compensada con las charlas que doy en las distintas escuelas universitarias. No hace mucho, estudiantes de derecho me pidieron que les hablara de cómo era Allende, de su consecuencia política, cómo fue su evolución. La verdad es que lo conocí bastante y puedo decir que fue una gran persona.



Con Salvador Allende.

La primera vez que lo vi en el partido era un jovencito como de unos veintiséis años, muy engominado, con unos lentes de fino marco de oro, muy buen mocito y muy elegante, por algo le decían el *Pije Allende*, pues le gustaba vestir bien. Se creó una cosa magnética entre ambos. Yo tenía que hablar en público. Era la primera vez que lo hacía y en realidad no me costó nada, y por supuesto hubo muchos que se preguntaron: «¿Y esa niñita de dónde salió?». En esa oportunidad tuve que hablar ante dos mil obreros. Estaba muy nerviosa, pero detrás de mí se ubicaba una uruguaya que se llamaba Blanca Luz Brum, que era muy buena moza y regia, y traía loquitos a todos los compañeros. Yo tenía un discurso escrito, pero me sentía insegura y la Brum, con personalidad, me gritó:

—¡Habla así nomás, cabra, improvisa, es lo mejor!

Y me largué a hablar sin texto, y desde entonces siempre he improvisado. En esa oportunidad, Allende me escuchó, pero sólo unos días después me abordó. Me habían invitado

a La Higuera, en la bajada del mineral El Tofo, donde estaba la seccional del partido, para dar cuenta de nuestra labor política, cuando se acercó el joven de lentes con marco de oro y me invitó:

—Venga, morena. Siéntese a mi lado.

Yo, cabrita joven, me senté al lado de él. Me indicó que observara cómo hablaban los otros dirigentes.

—Fíjese, morena, cómo se expresan.

Escuché que todos empezaban muy parecido; decían algo así como «compañeros, nosotros tenemos treinta y cinco militantes varones, quince jóvenes y diez mujeres, y todos cotizamos y compramos el diario *Consigna*» (que era el periódico oficial del partido).

—¿Le puedo dar un consejo? —me dijo Allende—. Usted tiene que dar una cuenta parecida, ¿no es cierto? Bueno, diga puras cifras, pero no cuente el cuento como lo han hecho los otros, con exceso de detalles.



Con el diputado González, en 1973.

Como yo era muy despierta, entendí de inmediato el consejo que me estaba dando. Así que cuando me correspondió me limité a decir: «Mi seccional tiene tantos militantes, tantos adultos, tantos jóvenes, tantas mujeres y todos cotizamos». En esa época, si no se cotizaba no había derecho a discutir ninguna cosa. Y así di la cuenta en forma breve, pero con gran efecto en los jerarcas del partido. No hay que olvidar que a estos lugares llegaban figuras como Óscar Schnake, Marmaduke Grove y otros. Pronto me convertí en el chiche, y a los diecisiete años ya estaba metida en Santiago en la Juventud Socialista y pasé, en muy poco tiempo, al Comité Central.

El propio Allende, después que terminé de hablar en La Higuera, me dijo:

—¿Se da cuenta, morena, cómo todos quedaron felices con su intervención?

Después supe que Schnake había dicho: «¡Oye, qué bien habla esa muchacha! Hay que llevársela a Santiago». Hubo que conversar con mi papá y mi mamá, porque ellos estaban preocupados por mi estada en Santiago. ¿Dónde iba a vivir? Afortunadamente, tenía una amiga, Inés Floto, mayor que yo, que de inmediato planteó: «No se preocupen. Yo me la llevo». Ella era una persona muy respetable y, además, contaba con los medios para tener a un alojado más en su casa. Vivía a dos cuadras de La Moneda, en un edificio de departamentos de tres pisos y no tenía ascensor. Inés Floto era arquitecta. Tenía el mismo apellido de una cerveza famosa en La Serena. Posteriormente se fue del departamento y me lo dejó. Era una habitación grande, con baño privado y con el derecho a usar el tejado para tomar el sol. Seguí estudiando, pero también empecé a trabajar como secretaria, dejando el tiempo suficiente para ir a las reuniones del partido, a la hora que fueran.

Éramos jóvenes que buscábamos la forma de atraer a la gente. Entre éstos recuerdo al *Chico* Lobos, un tipo muy en-

cachado, que desgraciadamente murió cuando recién se había recibido de abogado. Con él solíamos pararnos en el monumento a O'Higgins, en la Alameda, y empezábamos a hablar igual que los canutos. Yo, por ejemplo, me largaba a contar una historia como que «yo era una mujer pecadora, que andaba por la vida muy perdida hasta que encontré el norte... bla, bla, bla». Cuando ya habíamos juntado a unas pocas personas, les contábamos que éramos jóvenes socialistas, que luchábamos por la libertad y por la igualdad entre los seres humanos, pero eso lo hacíamos cuando ya veíamos que había un grupo más o menos grande.

Siendo aún muy joven me invitó a Argentina el Colegio Libre de Estudios Superiores. Fui en mi calidad de dirigente de la Juventud Socialista. Estuve ocho meses en Buenos Aires y después me fui a Córdoba. Por mis actividades me llegué a convertir en dirigente de los jóvenes socialistas argentinos, y ellos me incorporaron a su Comité Central.

Cuando estaba en Córdoba me invitaron a una mesa redonda. Uno de los organizadores me informó que debería hablar acerca de Martín Fierro. De inmediato salí corriendo a comprar el famoso libro de José Hernández. Me correspondía exponer al día siguiente, así es que en la noche me leí toda la obra, y como tenía una memoria «caballa», me aprendí muchas partes. Cuando a las cuatro de la tarde del día señalado me tocó intervenir, me aparecí con mi mejor pinta y el cabello bien peinado, y empecé así: «Hacete amigo del juez, llevate de mi consejo/ que el diablo sabe por diablo/ pero más sabe por viejo». Y por ahí me fui y les dije que Martín Fierro era un gaucho ladino que, al igual que otros personajes populares de nuestra historia, forma parte del ser latinoamericano.

Hice referencia al huaso chileno, establecí una comparación entre el roto y el gaucho, y se me fue calentando la lengua. El improvisar se me hizo cada vez más fácil. Mi en-

tusiasmo se desbordaba y les traspasaba mi forma de sentir a los oyentes. Pero, al mismo tiempo, se me iba secando la boca en tal forma que empezó a pegárseme la lengua. Miré a la mesa deseando que hubiera un vaso con agua, pero desgraciadamente a nadie se le ocurrió colocar uno. Lo único que observé fue un florero con un hermoso clavel rojo que fue puesto por los invitantes como un homenaje a la joven compañera chilena. Mi necesidad de agua era tan grande que, en medio de la exaltación de mis palabras, agarré con una rapidez increíble el delicado adorno, saqué el clavel, me tomé toda el agua y luego coloqué la flor en el tiesto y seguí hablando como si nada hubiera sucedido. Los asistentes celebraron mi salida del libreto con aplausos.

Cuando terminé vinieron los abrazos y besos. Todos se sentían mis amigos y, a mi vez, estaba feliz porque percibía un tremendo afecto. Cuando salía del lugar vino hacia mí un bedel, que era la forma más elegante que se tenía para denominar al portero. El hombre me dijo: "Por favor, no se vaya, señorita, porque antes debe pasar por caja a pagarse». Recién ahí supe que estas charlas eran pagadas. Me sorprendió, porque a mí nunca me habían pagado por hablar; me pareció casi insólito. Pero como el dinero estaba disponible y en Argentina los artículos de cuero son muy baratos, compré varios pares de zapatos para mí y para toda mi familia.

Lo que más me entristece de recordar aquellos tiempos es que conocí a otros personeros del socialismo, hoy todos muertos, que al igual que Allende me impactaron. Entre ellos, a Aniceto Rodríguez y Raúl Ampuero. Y a otro personaje del que ya hice referencia, que fue un gran miembro del Partido Socialista y que después hizo historia, pero en el Partido Comunista. Él era Orlando Millas. En esa época era el secretario general de la Juventud Socialista.

En el primer lugar de estos recuerdos está Allende. Compañeros del partido pusieron una página en Internet que se

llama *Allende vive*. Cuento esto porque soy de aquellas personas que creen que muchas de las cosas que Allende hizo o dijo están más vigentes que nunca, diría que están vivas, que están latentes.

Una vez planteó, con mucha fuerza, que «en mi gobierno se podrán meter las patas, pero jamás las manos». Eso quería decir que nos podíamos equivocar, pero nunca íbamos a robar, como se hace hoy, que llega a dar vergüenza, sin mencionar cómo se robó durante la dictadura de Pinochet, que se hizo tan descaradamente y que hasta hoy nadie pide una explicación de tanta corrupción, de tanta frescura. Pero hay cosas que me gusta decir de frente. Nunca he creído que Carlos Cruz, el ex ministro de Obras Públicas, haya metido las manos. Hasta hoy pienso que él no es un ladrón, como se ha dicho, y por eso lo fui a ver a Capuchinos, porque además me molestó que Camilo Escalona, en su calidad de dirigente máximo del PS, prohibiera ir a visitarlo. A mí nadie me impone algo así.

Bueno, regresando a la figura de Allende, él tenía unos valores muy difíciles de igualar. Mucha gente habla de lo buen orador que era. Pocos saben que él tenía un problema muy serio a la vista, porque se le habían desprendido las retinas, muchos años antes de llegar a la Presidencia de la República. Como tenía memoria auditiva, retenía con facilidad e improvisaba sus intervenciones en el Congreso o sus discursos públicos. Tenía un secretario personal, Miguel Labarca, un tipo muy inteligente y culto, que siempre gustaba manejarse en un segundo plano. Este hombre sabía mucho, pero no era ostentoso. No se pavoneaba acerca de lo que conocía. Era muy decente. No le gustaba darse ínfulas, sino que con toda modestia cultivaba un bajo perfil. Tenía un carácter fuerte y, a poco de conversar con él, uno se iba dando cuenta que, además de grandes conocimientos, tenía una tremenda energía. Había muchos personajes

que rodearon a Allende que presentaban estas características. La forma de ser de Salvador era tan carismática que hombres tan sabios como carentes de ambiciones personales se convertían en irrestrictos amigos y se ponían a su servicio, haciendo gala de una total honestidad y gran lealtad. Esta especie de respeto y reverencia que sentían los que le rodeaban era la demostración más evidente de su calidad de líder.

Su modestia y respeto por el resto de sus camaradas y amigos hacía que los momentos trabajados junto a él fueran muy provechosos. Un ejemplo de esto lo tuve en una gira que hicimos por Antofagasta. Un día se me acercó y me dijo:

—Morena, tenemos que ir a grabar a la radio y quiero que me acompañes tú, porque tengo que mandarles un mensaje a los obreros del cobre.

Lo primero que hicimos fue discutir acerca de lo que cada uno de nosotros pensaba que debía ser el mensaje para los mineros. Era lo suficientemente sencillo para escuchar cuáles eran nuestros planteamientos y respetaba las ideas que le aportábamos. Tenía otra gracia: aceptaba humildemente las recomendaciones que le hacíamos cuando ya estaba hablando. Generalmente, me colocaba frente a él y le iba señalando que subiera la voz o que la bajara. Nuestro mensaje de «amplíate» o «achícate» lo entendía y hacía caso de todo lo que se le indicara mediante nuestra mímica. Él nunca se creyó el «hoyo del queque» y siempre siguió nuestras señales.

Me tocó acompañar a Allende en todas sus campañas presidenciales. Durante las jornadas de 1952 éramos unos picantes que andábamos con las patas y el buche, pues nos costaba mucho lograr financiar nuestro recorrido por el país. En uno de nuestros viajes íbamos con don Elías Lafferte, quien ya en esa época era un viejito. Por tal motivo, Allende lo cuidaba mucho. Estábamos en la feria de Iquique, donde el candidato compró una bufanda y un jockey. Luego se los

fue a dejar al dirigente, recomendándole: «Acuéstese temprano, don Elías». Mientras manejaba el vehículo en el que viajábamos, Allende llevaba una petaca con whisky, y me decía casi sin mover los labios: «Convídame un poquito». Yo le sacaba la botella y él se pegaba unas chupadas. Y cuando me la devolvía, a mi vez me pegaba otra chupada. Luego la escondía para que no la viera don Elías.

En esa misma gira íbamos con Volodia Teitelboim, a quien conozco de aquellos años, o sea hace más de cincuenta. Yo le tenía mucho cariño y él a mí. Un día me dijo:

—¿Sabes, Carmen? Creo que Allende es un ladrón intelectual.

Me quedé pensando por qué Volodia decía eso, y me acordé que cada vez que llegábamos a una oficina salitrera, yo, cansada de discursar, empezaba confidenciando:

—Miren, compañeros, yo ya estoy cansada de hablar bien de este caballero, así que ahora les voy a contar un cuento.

Empezaba a narrar las andanzas del gigante y los enanos de Gulliver. Y cuando ya había hecho el cuento agregaba:

—Bueno, ustedes ya habrán comprendido que el gigante es América Latina y los enanos que amarraron al gigante hasta dejarlo inmovilizado son los intereses económicos, por el cobre, por la plata, el platino, el fierro y todas nuestras riquezas naturales.

Este cuento resultó muy ilustrativo, pues nuestros invitados entendían cabalmente cuál era el problema de nuestro subdesarrollo.

Cuando dejamos ese lugar para ir a otro, Allende me advirtió:

—Morena, olvídense del gigante, porque en la otra oficina salitrera lo voy a usar yo.

Esto motivó el comentario de Volodia, y por supuesto que lo usaba y le sacaba mucho más partido al cuento del gigante y los enanos.

Todo esto se daba en términos de gran fraternidad. Era agradable y lindo hacer estas giras. Cuando no manejaba Allende iba haciéndolo Luis Corvalán. Siempre me colocaba al lado de ellos. Muchas veces iba leyendo. Allende me regaló *Los versos del capitán*, de Neruda. Pero en la época en que lo leí era una obra anónima, pues estaba inspirada en su amor por Matilde Urrutia, cuando aún tenía una relación clandestina con ella.

Como tengo buena memoria, me iba recitando todo el camino: «Quítame el pan si quieres/ niégame el aire/ pero no me quites tu risa». Mis acompañantes se encantaban con estos versos y yo continuaba: «No me quites la rosa/ la lanza que desgrana la pretendida ola de plata/ que te nace del agua/ que de pronto estalla en tu arena».

Pero no sólo les gustaba escucharme. También a Allende le encantaba cantar y me decía: «Morena, cantemos». Y nos largábamos con los versos: «¿Que de adónde, amigo, vengo?, de una casita que tengo más abajo del triga!». Éramos tan desabridos que surgían voces de todos lados: «¡Ya, pues, cállense!; ¡cabréense...!».

Mi marido, Miguel, y mi hija Millaray, cada vez que me pongo a cantar me hacen callar. Si tuviera buena voz, nadie me podría interrumpir. Hay una canción de la pampa que me fascina. Dice: «Canto de la pampa, la tierra triste/ retrova tierra de maldición/ que de verdores jamás se viste/ ni en lo maduro de la estación/ en donde el ave nunca gorjea/ en donde nunca la flor creció/ ni del arroyo que serpentea/ el cristalino aullir se oyó/ año tras año por los salares/ el desolado tamarugal/ lento cruzando va por millares/ los tristes parias/ sudor amargo su sien/ trotando llanto sus ojos/ los infelices van acopiando/ montes de oro para el burgués». Sí, es en verdad muy linda esa canción.

En el partido, al igual que el compañero Presidente, había dirigentes muy hábiles y eruditos, que marcaron épo-

ca, aunque después de muchos años he concluido que el mejor de todos era Allende, lo que me hace ser intensamente allendista.

En mi época surgieron las famosas «aes» del socialismo. Aniceto, Ampuero, Allende, Altamirano, Almeyda, Adonis. Por liderazgo no nos quedábamos, pero la consecuencia política de Allende superó a todos los de su época.

Un personaje del socialismo que no puedo dejar de mencionar es Baltasar Castro, que se distinguió por ser muy independiente. Además de dirigente, parlamentario y escritor, fue un vibrante orador, que era capaz de seducir a las masas con su palabra. Me acuerdo de un famoso discurso de Castro en el Teatro Caupolicán, cuando se formó el FRAP. Allí declaró *Juan Pueblo* a cada uno de los presentes. Pero habló creando suspenso y haciendo silencios que conmovían a los presentes: «*Juan Pueblo* —dijo— es el hombre de Magallanes,



En un acto en el Teatro Caupolicán en 1971.

que trabaja en las estepas, que produce la lana y la carne de las ovejas, que trabaja en la madera. *Juan Pueblo* es el hombre de la costa que saca alimento del mar. *Juan Pueblo* son las mujeres y los hombres que viven en las islas; las mujeres y hombres que surcan la tierra; el minero que saca la riqueza de la montaña. *Juan Pueblo* son los obreros, los trabajadores de la construcción y todos los que laboran en fábricas, caminos, puertos y ciudades».

En fin, nadie se escapó de esta denominación, incluyendo a los políticos que estaban en el Caupolicán y todo el público presente, formado por diferentes sindicatos y gremios. Baltasar tenía un discurso muy agarrador. Mi opinión definitiva es que él era un hombre muy buena persona, muy bien nacido y muy caballero.

Siempre que me acuerdo de Aniceto Rodríguez se me vienen a la cabeza los textos que Eugenio Lira le dedicó en uno de sus libros acerca del Congreso y sus parlamentarios. Lira decía que Aniceto parecía cargador de pianos.

Con el correr de los tiempos se puso más pije; muchos que lo conocieron como senador observaron que era bastante elegante para vestirse.

Yo quise mucho a Aniceto Rodríguez, lo respeté enormemente mientras estuvimos trabajando en el partido. Sin embargo, después me correspondió observarlo en el exilio en Venezuela y lo vi cambiar y aburguesarse tanto que no recibía ni a los amigos. Antes que viniera el golpe de Estado, en nuestra colectividad había varias tendencias. Estaban los guatones de Aniceto, incluida yo; había otro sector, que era el de los amigos de Allende, y los otros, los ultra de Altamirano, que también eran unos pijes. El que no corría en esos tiempos, Ampuero, no le tenía afecto a Allende. La verdad es que si Allende no hubiera estado en el partido, las posibilidades presidenciales de Ampuero habrían sido enormes. No obstante, después de los sucesos del 11 de septiembre, Ampuero escri-

bió un libro a favor de Allende. Antes de eso, él dividió al partido, formando la Usopo (Unión Socialista Popular).

Mi marido, Miguel, fue de los ampueristas. Yo me quedé con Allende. Al final, para la historia, el único que se salvó fue Allende. Aunque rescato a Ampuero, porque siempre fue un hombre muy honesto, muy decente e incorruptible. Pero de otros, ¿qué sé podría decir? Para mí, esos eran unos falaces. No hay otra palabra para catalogarlos, porque no tuvieron consecuencia. ¿Qué consecuencia podrían tener quienes afirmaron «arderá Chile de Arica a Magallanes», y acto seguido salieron arrancando?

Después pasaron los años y regresaron al país totalmente renovados. Muchos de esos renovados fueron en el pasado gente modesta. Hace poco vimos a uno en un auto de treinta millones de pesos. ¿Cómo se puede llegar a eso, cuando fue un personaje que yo calificaría de un «pobre picante», un tipo que sacrificó sus principios socialistas por una posición privilegiada en el mundo neoliberal? Pero ese es uno. La verdad es que son muchos los que han derivado a lo mismo.

Creo que hay esperanzas aún, porque los jóvenes son capaces de darse cuenta que hay capas de dirigentes que se han enriquecido a costa del gobierno. Son muchos los muchachos y muchachas universitarios que captan esta forma de hacer política y ellos la rechazan; hay mucha gente, muy valiosa. Mientras en el partido me ningunean, cuando llamo a algún ministro o subsecretario, me sale una secretaria con la clásica respuesta que dan cuando tramitan: «¿Me puede dar el recado?, porque ahora está en una reunión». Si eso se lo hacen a uno, cómo será con otros. Pero los cabros se dan cuenta, y ellos sí quieren escucharme.

Cada vez me invitan más a las escuelas universitarias. Muchas son de planteles de la UDI. Allí hay jóvenes que no se tragan el cuento con el que los han venido haciendo cormulgar y ellos preguntan: «¿Cómo era realmente la Unidad

Popular?, ¿cómo era Salvador Allende?». Cada vez hay más entusiasmo por saber cada uno de los pasos que dio este líder: sus discursos, sus declaraciones y principalmente su consecuencia política, porque ella es un ejemplo a seguir. Eso me llena de alegría, porque la solidez de su figura es cada vez más apreciada y ha ido creando la necesidad de conocer más acerca de este hombre. Creo que él se alza como el único ejemplo válido para las nuevas generaciones, porque desgraciadamente no hay nadie vivo que le haga el peso.

Los jóvenes, en mi época, éramos bastante aguerridos, salíamos a pelear con los grupos nazis que proliferaban. Prácticamente íbamos desarmados, y cuando se producían los choques terminábamos usando como defensa y ataque nuestros cinturones. Eran jornadas muy bravas, que probaban que los jóvenes izquierdistas estaban en todos los frentes para defender sus ideas.

El gran problema que enfrentan hoy las nuevas generaciones es que sienten que no valen nada y se dedican a perder el tiempo en leseras. Es común ver a las niñas tomando y fumando; o sea, empiezan a ningunearse. Se faltan el respeto a sí mismas y dejan que cualquier tipo las basuree. Creo que pertenecemos a una generación en que teníamos bastante amor propio. Aunque fuéramos pobres, siempre encontrábamos la forma para hacernos valer. No nos dejábamos humillar.

Durante una conferencia del partido trabajé en una comisión que presidía Jaime Ahumada, y en ella logramos rescatar acuerdos que conforman las grandes matrices del socialismo. Entre ellos, los documentos fundacionales de 1933 y 1934; el programa denominado «Por una democracia de trabajadores», de Eugenio González, de 1947; «En la vía chilena al socialismo», interrumpida por el golpe militar de 1973, y varios otros documentos resolutivos que fueron reafirmados y enriquecidos en una conferencia nacional efectuada en agosto de 2002.

En el mes de febrero de 2003, en la conferencia que señalé antes, elaboramos un proyecto de identidad socialista, en el que hice un llamado, destacando que «hace muchos años que venimos bregando por rescatar a nuestro querido partido de las posiciones centristas y obsecuentes con el sistema de dominación. Entretanto, el modelo económico se desmorona estrepitosamente con el resultado de una cruel cesantía, la desesperación de millones de chilenos y las necesidades insatisfechas de niños y ancianos que merecen otra vida. Todo esto en un país que tiene recursos suficientes para hacer la felicidad de todos. El problema es que la riqueza se queda atrapada en unos cuantos financistas».

Esto de los acuerdos es importante. En el año 1947, el que fue rector de la Universidad de Chile, gran pensador y socialista, Eugenio González, hablaba de un socialismo marxista y revolucionario. Si uno buscara documentos escritos por él en las aulas universitarias, encontraría un material riquísimo en ideas y posibles de llevar a la realidad. No sé por qué quienes ostentan el poder y dicen que son de izquierda no han hecho nada por los pobres de siempre, que votan y nunca más nadie se acuerda de ellos. Se ha carecido de audacia para concretar cosas, y hoy todavía estamos gobernados por la Constitución de la dictadura. Se ha farreado una serie de oportunidades, por conciliar con los depredadores de siempre.

En cierta ocasión, una periodista joven me preguntaba:

—Señora Carmen, ¿es posible un socialismo como el que usted quiere?

—¿Por qué no? El socialismo como yo lo quiero es revolucionario y, en segundo término, latinoamericanista, porque este continente representa, para los que lo habitamos, una historia en común, una lengua que se enraíza con el latín mismo (español-portugués), en conquistadores y emigrantes que vinieron del viejo mundo, se mezclaron con nuestros ancestros indígenas, lo que derivó en que seamos

pueblos muy parecidos. Este continente es increíble. Tiene riquezas inconmensurables en su suelo y un patrimonio cultural maravilloso. No hay nada más que imaginarse los grupos étnicos que había a lo largo y ancho de esta parte del planeta. Hoy no existen ni los mayas ni los aztecas ni los incas. No hemos dejado desarrollarse a los mapuches, a los picunches o a los pehuenches, pero nos encontramos en el norte con los aymaras y los quechuas, que hablan en esas lenguas y en el sur con los mapuches, que aún dan la pelea por conservar lo que indudablemente era de ellos. Esas increíbles historias del pasado están todavía latentes, están como soterradas, enterradas casi, pero aún las sentimos con una fuerza casi cósmica.

Estuve en México para el 11 de septiembre de 2003 y tenía ganas de ir a Chiapas. Me encanta el subcomandante Marcos. Al parecer, algo pasa porque está como lejano para quienes deseamos verlo. Por algo será. En esa oportunidad anduve recorriendo las pirámides que hay en Ciudad de México, que corresponden a la parte antigua. Son mucho más interesantes que las pirámides de Egipto, y la fuerza que uno siente de sólo mirarlas hace pensar: si uno es revolucionario tiene que mirar a América Latina como es, no como aparece ahora, porque, para nuestra desgracia, ha sido agredida por los gringos, que han hecho lo que se les ha dado la gana con todos los países que la integran. El señor Bush viene y se mete en Venezuela y en Colombia. Antes lo hicieron sangrientamente en Chile, en Argentina, Uruguay y Brasil. También están en Perú, manejando a gobernantes corruptos, como fue el caso de Fujimori y su asesor Montesinos. También en Bolivia compran políticos. Por eso admiro profundamente a Fidel Castro. Los cubanos son pobres pero dignos.

He conocido pocos pueblos más íntegros que el cubano. Ellos, hoy día, no le deben nada a nadie, aunque los yanquis han tratado desde asesinar a Fidel hasta invadir la isla y fi-

nanciar a los que discrepan. Pese a todo, hoy tienen el mejor sistema de salud del continente, la mejor educación, corroborada por la UNESCO como una de las más notables a nivel mundial. Tienen una medicina reconocida en el mundo entero, y jóvenes negros y blancos campeones mundiales en deportes. Son los únicos capaces de calificar en torneos como las Olimpiadas y los Juegos Panamericanos. Hay que destacar la igualdad que hay entre blancos y negros. Es uno de los pocos países donde la discriminación racial no existe.

El señor Kissinger y el señor Nixon se reunían con el dueño de *El Mercurio*, don Agustín Edwards, para buscar la fórmula de hacer mierda la economía que estaba poniendo en práctica la Unidad Popular y liquidar el Programa de las 40 Medidas de Salvador Allende, la primera de las cuales era asegurar medio litro de leche diario a todos los niños de Chile e impedir, por falta de recursos, que muchos pequeños que no tenían buena alimentación en sus primeros meses de vida, tuvieran que sufrir durante toda su existencia los problemas que acarrea el retraso mental.

La identidad que nos han legado los pueblos aborígenes es algo que debiera enorgullecernos, porque son de una tremenda sabiduría. Tengo una amiga muy platuda que vive en Norteamérica, quien apareció justo en Chile un 20 de septiembre, o sea un día después de mi cumpleaños.

—Sé que vengo atrasada, porque la celebración fue ayer —fue su comentario—. Sin embargo, te vengo a invitar para que viajemos a Mamiña.

Luego, mirando a Miguel, esperó una respuesta. Mi marido, que siempre es muy prudente y sabio, respondió con un «tú sabrás».

Al día siguiente partimos para el norte. Fue un viaje que me llenó de vitalidad, porque salíamos a caminar, y como mi amiga es una admiradora y defensora de los paisajes que revelan la maravillosa historia de nuestros pueblos, disfruta-

mos. Claro que ella tiene un pasar que le permite llamar por teléfono o usar el Internet para pedir las reservas de pasajes y se puede dar el lujo de llegar a un lugar y arrendar un auto para recorrer a su gusto todo lo que quiere ver.

Muchos pensarán que es muy fácil andar por el mundo así. Yo también lo pensé, pero era la suertuda que tenía una amiga que podía ofrecerme este viaje como regalo de cumpleaños. Bueno, no quedaba nada más que disfrutarlo. Observé en el lugar todas esas señales que fueron dejando nuestros antepasados, como una prueba de que tenían una avanzada economía. Hay costumbres que todavía se practican en el lugar. Los aborígenes, que siguen sembrando en terrazas, ¿de quiénes aprendieron a sembrar así? Pues de los incas. Baste recordar esa sucesión de terrazas que hay en Machu Picchu y que sorprenden a los que visitan esas ruinas en Perú. Son la muestra evidente de una economía agraria de corte socialista, y no se trata sólo de los incas. También están los mayas y los aztecas, como dijera antes.

Creo que si pudiéramos pensar y hacer las cosas como las hacían ellos, estaríamos por lo menos más avanzados en la justicia que uno sueña para la humanidad. De repente parece una locura hablar de socialismo revolucionario, pero están pasando muchas cosas en América Latina. Pienso en Venezuela, Colombia, Panamá y tantos otros países donde la solución sólo se puede dar con un cambio radical en la conducción de la economía. Recuerdo que cuando se efectuó en Chile el encuentro de la Copal, que duró tres días, conocí allí a una mujer impresionante. Era una comandante, morena, joven y atractiva, con la película muy clara y tremendamente habilidosa. Nos entendimos muy bien.

Pensando en todas esas cosas, siento que es posible una vida más justa en este continente, que tiene de todo para alimentar al total de sus habitantes y darles una vida digna. Para poner en práctica este socialismo se necesitaría una

generación entera de jóvenes que también tuvieran la película bien clara de cómo se está manejando el mundo. Observar cómo a todo lo que los imperialistas nos proponen, nosotros les decimos muy sueltos de cuerpo: «Yes». Se quieren apoderar del petróleo de todo el planeta, y por eso están haciendo la guerra en el mundo entero, pero siempre que la guerra no les llegue a su país. Eso es intocable. Por dos torres que les botaron han asesinado impunemente a miles de hombres, mujeres y niños en el Medio Oriente y se han encargado de poner en pie de guerra a media humanidad. Los que no están con ellos están contra ellos. No me imagino qué pasaría si les mandaran un par de misiles.

III

Tres historias y dos retoños

Si sembramos con amor cosecharemos los frutos que merecemos. Mi vida afectiva la conforman básicamente tres seres: Claudio y Millaray, mis hijos, y Miguel, mi esposo, el mejor compañero que la vida me deparó. También hay cuatro nietos maravillosos.

¿Pero cómo empezó todo?

Me casé a los veinte años y a los veintidós ya estaba separada. Mi primer marido se llama Gustavo Vidal, y digo se llama porque está vivo. Lo conocí durante mi entusiasta accionar en el partido. Al igual que yo, era miembro de las Juventudes Socialistas, un tipo muy inteligente. Siempre me dio la sensación de ser un poco amargado, y desgraciadamente muy débil de carácter, con una mamá muy beata, pero beata beata. No puedo dejar de reconocer que Gustavo estaba muy enamorado de mí. Sin embargo, las cosas empezaron mal. La señora me invitó un día a tomar once, pues deseaba conocerme, y ella, como sabía que nos íbamos a casar, me anunció:

—No se preocupe por el traje de novia, porque yo se lo voy a regalar.

—Discúlpeme —repliqué—, pero no soy católica, así es que no necesito el traje blanco, porque no me voy a casar por la Iglesia.

En ese mismo instante inició la guerra. A pesar de eso, Gustavo, que me quería mucho, se casó conmigo. Ellos con-



Con Miguel, mi esposo.

formaban una familia como de clase medio apirulada. No eran mala gente, pero sí muy tradicionales. Testigos de mi matrimonio, por el civil, fueron Allende y el *Pato* Elgueta, un médico.

Gustavo es experto en pesca. Debo reconocer que es un tipo muy culto. Pasó el tiempo y me empecé a dar cuenta que mi suegra lo manejaba demasiado. Almorzaba todos los sábados con la vieja y me dejaba sin ninguna razón valedera. Yo me molestaba porque quería que él estuviera conmigo y con Claudio, que fue el resultado más hermoso de esta unión. Un día que iba saliendo a almorzar con la mamá, lo llamé y le dije:

—Bueno, si usted se va donde su mamita no vuelva más. Quédese con ella para siempre.

Con esta advertencia dejé la escoba, pero estaba decidida y lo abandoné nomás. Ellos se vengaron buscando todas las fórmulas posibles para separarme de Claudio, y lo metieron al Patrocinio San José. Allí, el niño sufría porque estaba alejado de mí. Era tan terrible para él que decía que estaba en el «Presidio San José». Cuando llevaba como tres años en ese lugar me hice muy amiga de un cura. Aprovechándome de esa circunstancia, me atreví a pedirle:

—Sabe, padre, ¿por qué no le da permiso a Claudio para que me acompañe a una gira que tengo que hacer a El Teniente?

—Bueno, si quiere que la acompañe, lléveselo.

Fue esa la gran oportunidad para no regresar nunca más con él al famoso Patrocinio. Además, quedó otra escoba con la beata familia Vidal. Gustavo me llamó indignado, pero fui tajante:

—El niño se queda conmigo para siempre. Anda a pelear donde quieras, pero para mí esta situación se acabó.

Claudio estaba feliz, pero no simplemente feliz, estaba dichoso. Él y la Millaray, hija de mi segundo matrimonio, son mi chochera. Claudio es hoy un sociólogo con una serie de postgrados y trabaja como académico en una universidad en Vancouver. Está casado con una canadiense-japonesa y tiene dos cachorros preciosos. Es tan regalón que llama todos los días y me cuenta sus andanzas, sus penas y éxitos. Él siguió viendo a su padre, pero más de lejos, aunque actualmente creo que casi no tiene contactos con él. La verdad es que Claudio cultiva una tremenda relación conmigo y le comenta a todo el mundo, con muy buen humor: «Yo no soy marxista-leninista, sino que soy un mamista-leninista».

Mi segundo marido fue Carlos Videla. Me casé con él cuando yo tenía treinta y un años y él diez más que yo. Nos enamoramos, simplemente. Para variar, lo conocí en el partido. Era un tipo muy preparado. Pertenecía a la corriente trotskista, con gran conocimiento del marxismo. Fui muy feliz con él, pero duró apenas seis años ese júbilo de tener a tu lado a alguien con quien compartes todo. Tenía problemas cardíacos y fumaba como condenado. Nunca hizo caso a mis consejos y a los de los médicos. Siguió fumando y un día le dio un ataque al corazón y murió. Yo tenía treinta y seis años. Me quedé sola con Claudio y Millaray, que es hija de Videla. Tenía cinco años cuando falleció su papá y no podía consolarla. Tampoco yo podía disimular mi aflicción.

La pena que me causó su muerte la logré superar con la ayuda del compañero Allende. Él me sacó del estado de abatimiento en que estaba:

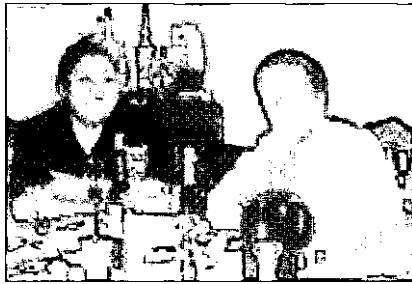
—Morena, me parece increíble que usted esté así. Piense en su hijita. Le quiero proponer que usted nos acompañe en el Tren de la Victoria.

—Por ningún motivo, porque yo a mi niñita no la dejo.

—¿Quién le dijo que la va a dejar? Mire, ahí está su hermana Norma. Invítela para que nos acompañe y se haga cargo de Millaray mientras nosotros hablamos en las concentraciones.

Eso ocurrió en 1958. Partimos y fue santo remedio para mí y para la niña. En todas las estaciones esperaban al *Chicho* con flores. Eran ramos y canastos de camelias blancas y rosadas, y él le regalaba las flores a la Millaray. La niña corría feliz, jugando en el coche-comedor. Cuando uno se iba a sentar encontraba los asientos llenos de flores, porque Allende había pedido que la dejaran jugar libremente. Al bajar en un pueblo, para reunirnos con la gente, él le decía a Norma y a otro compañero que sacaran a la niña a algún parque. La Millaray adoraba a Allende. Fue siempre muy regalona del compañero Presidente. Cuando ella se enamoró de un cubano y se casó, quedándose en La Habana, Allende le escribió a Fidel y le pidió que ayudara a mi hija. Castro, que es muy receptivo, se preocupó que la muchacha y su esposo encontraran vivienda.

No solamente con mi hija salía de giras, sino que también con Claudio. Desde la época en que lo rescaté de su cárcel, en el Patrocinio San José y me lo llevé a El Teniente, fue un eterno compañero de mis campañas. Mientras yo hablaba, debajo del escenario mi muchachito aplaudía y decía «tao, tao». Cuando tenía como diez años se le podía distin-



Mi hija Millaray y su marido.

guir del resto porque andaba de cuello y corbata y todo almidonado. En una oportunidad yo explicaba a la gente los alcances de la Ley 10.383, y en medio de los aplausos con que finalizaba mi intervención vi a mi retoño parar un dedito, tomar el micrófono y decir:

—Se le olvidó explicar la ley de viudedad.

Él se sabía toda la ley, pues habíamos andado en muchas giras analizando sus alcances. Lo que pasa es que en esa época, en el Servicio de Seguro Social había un departamento de relaciones gremiales, y los que entonces sabíamos más de esas materias dábamos charlas en los sindicatos para que se conocieran los alcances de la Ley 10.383, relativa a dicho servicio.

Si miro mi vida hacia el pasado, la relación con mis hijos es una de las más maravillosas que he tenido. Nadie podría decir que ellos eran unos pobres niños botados, porque me preocupaba personalmente de ambos. Mi contacto hoy es a diario. Como conté, Claudio llama todos los días desde Canadá, y la Millaray, que vive en Santiago, viene a verme permanentemente y me llama varias veces al día. La preocupación de ellos es tanta que me hago la lesa cuando tengo algún problema, porque se desviven por mí, así como yo por ellos.

Recientemente, me quemé la mano con una taza de té y tuve que curarme las ampollas y se notaba que me había sucedido algo. Cada vez que me encontraba con Millaray escondía la mano, porque si me veía la herida podía desmayarse. Ellos reaccionan así. Nunca los crié a la buena de Dios, como se dice. Jamás tuvieron una atención que fuera al lote. Para mí, estaban en un lugar privilegiado.

Los pobres vivieron momentos muy amargos, porque cuando ocurrió el golpe militar, Millaray estaba en Cuba y Claudio en Londres. Ambos escucharon informaciones que decían que a Carlos Altamirano y a Carmen Lazo los habían detenido y luego habían sido lanzados desde un helicóptero al mar. Las penas que pasaron estos muchachos fueron terri-

bles, pues no había comunicación desde Chile al exterior, menos a La Habana. Estaba todo intervenido. Vivieron horas de angustia hasta que pude informarles cómo me hallaba.

Este tremendo amor que he tenido por mis hijos fue el que me permitió seguir viviendo y luchando luego de la muerte de Carlos, mi segundo marido. Después de su deceso quedé como absolutamente reacia a tener una vida sentimental. Tenía treinta y seis años y dos experiencias matrimoniales, con un hijo de cada una; con eso me bastaba. Debía luchar para dar de comer a mi familia y también defender mis ideas políticas.

Muchos comentaban picarescamente que yo tenía algo con el *Pato* Phillips, diputado remomio del Partido Nacional. Eran puros chismes. La verdad es que éramos grandes amigos. Él y su mujer, Carmen Sáenz, fueron magníficas personas conmigo, antes y después del golpe. Cuando recién llegamos con Miguel del exilio, donde pasamos momentos muy difíciles, al revés de otros próceres que hicieron del exilio un gran negocio, nosotros no teníamos casa ni auto, pues el Fiat 600 —que era el vehículo que usaba en los tiempos de la Unidad Popular— fue robado, lo digo sin cambiar la expresión, me lo robaron los pacos; la casa había pasado a otras manos tras operaciones fraudulentas. Los señores de la dictadura habían robado a destajo y hoy se llenan la boca con la palabra probidad. Volviendo a lo del *Pato* Phillips, cuando arribamos a Pudahuel, procedentes de Venezuela, fue uno de los pocos amigos que nos esperaban. Veníamos, como se dice vulgarmente, con una mano por delante y otra por detrás, después de catorce años de una vida muy difícil. Phillips apareció con su esposa Carmen, quien era una mujer de tremenda personalidad, muy momia, muy rica, pero muy respetuosa de los que habíamos caído en la lucha por nuestras ideas. *Pato* nos dejó en una pensión de la calle San Martín, donde ya nos habían reservado algunos familiares. Era un lugar modesto, pero no teníamos nada más. En el mo-

mento en que *Pato* se fue me pasó un sobre y me dijo: «Creo que te pueden hacer falta», y partió. Cuando abrí el sobre encontré ciento cincuenta mil pesos, que por supuesto solucionaron muchos de los gastos en que tuvimos que entrar para radicarnos nuevamente en el país.

Por eso, cuando alguien insinúa algo sobre el *Pato* y yo, siento que la gente no sabe darse cuenta cuando hay una amistad en buena ley. Él me quería mucho desde que nos tocó enfrentarnos en la Cámara de Diputados. En los momentos más encendidos de los debates, cuando yo estaba más exaltada tratando de defender mis ideas, él, desde su sillón del lado derecho —donde estaba el Partido Nacional—, gritaba: «¡Esa es mi negra!... Siga dándole, nomás». Estábamos más allá de las inquinas políticas. Él era un caballero y, por supuesto, yo una dama. En una oportunidad me enfermé gravemente y me internaron con un pronóstico poco alentador. Estaba muy mal, porque había perdido mucha sangre. Me tenían en estricto reposo y con todas las visitas suspendidas. Nadie podía venir a verme. Cuando todo estaba en silencio apareció el *Pato* con un inmenso ramo de flores que llenaba todo el espacio. Venía con una tarjeta de doña Carmen deseándome una pronta recuperación. El *Pato*, para poder entrar, había tenido que sortear todo tipo de obstáculos, pero los venció, y la verdad es que me animó en ese momento en que yo tenía un pronóstico de cáncer. Él es una de las personas que, desgraciadamente, ya no están entre nosotros y que me hace pensar que los seres humanos bien nacidos — no digo de cuna, sino de alma— están en todas partes y hay que reconocerlos y quererlos.

Una vez, el *Pato* me contó que cuando juró la nueva Cámara y aparecían en el hemiciclo las parlamentarias nuevas, los hombres empezaban a decir cuáles les gustaban.

—A mí me tinca la Laura Allende —dijo uno.

—Yo prefiero a la Gladys —señaló otro.

Y el *Pato*, con la gracia que tenía, comentó:

—A mí déjenme a la *Negra*.

Después me confesó que era costumbre entre los diputados momios mirar a las parlamentarias de izquierda. Siempre que pienso en el *Pato* siento que tuve un gran amigo, de esos que no te abandonan cuando se te dan mal las cosas.

Además, para mí las lealtades, en todos los campos de la vida, son intransables. Siempre he sido fiel a mis principios y muy honrada, porque después de todo uno tiene una sola existencia, y lo mejor es vivir con la conciencia limpia.

Cuando apareció Miguel Ángel Morales Lobos en mi camino, ya había decidido que el amor estaba muerto para mí.

Este hombre es mi gran amor. Pude nuevamente querer y encontrar una lealtad a toda prueba. Muchas veces le escucho decir: «A Carmen la conozco tanto que yo sé más de ella que ella misma». Él siempre está cuidando de que yo no pase malos ratos. Hay una persona que viene a hacer el aseo a nuestra casa, pero como él sabe que yo soy fregada en eso, se preocupa de que todo esté impecable. Le gusta que yo tenga una vida entretenida. Cuando me ve aproblemada por algunas actividades del partido, trata de que salga de esos malos momentos buscándome otras tareas más entretenidas. Ambos vivimos de jubilaciones que no son muy sustanciosas, pero logramos llevar una vida modesta y digna.

Cuando Miguel me empezó a cortejar pude apreciar que su mamá era bastante hinchada mía. Parece que fue la primera que se fijó en mí. Cuando él me llevó a su casa observé que la mamá me hallaba, como quien dice, todas las gracias del mundo. A mí siempre me han gustado los hombres más o menos delicados. No me agradan esos gallos que llegan y creen que porque son ellos, uno se va a caer cuando los ve. Quería mucho a los Palestro, porque se preocupaban del bienestar de sus habitantes. En todas las elecciones, ellos ganaban lejos, y la zona se convertía en un territorio del Partido Socialista. Empe-

cé a salir con Miguel. Me invitaba a comer, a almorzar y, en fin, íbamos a todos lados. Cuando me llevaba a su casa, la mamá se desvivía por atenderme. Era una mujer encantadora, y el padre cantaba muy lindo las cuecas. Nunca olvidaré que ellos estaban construyendo una casa en El Tabito cuando mi futuro suegro se puso a cantar: «Déjate de andar tirando peñascos a las vecinas...». Eran las cuecas choras que hacían reír a todo el mundo por lo graciosas. Miguel siguió cortejándome y no me dejaba ni a sol ni a sombra.

Me buscaba por todos lados hasta que di el sí. Mi hijo Claudio fue el testigo. Cuando estábamos en el Registro Civil, con un montón de parientes y mis amigos que querían asistir a nuestra boda, Miguel se lució con sus tallas, y dijo:

—Parece que me están dando un cuadrillazo.

La verdad es que en el lugar estaban mi papá y mis hijos, que también son buenos para las tallas, por lo que respondieron en medio de un jolgorio general. Desde esa época hasta ahora han pasado cuarenta y dos años, y nuestro matrimonio está más sólido que nunca.

En el exilio se deshicieron muchos matrimonios. Sé de varios casos en que hombres dejaron a mujeres e hijos por ir tras esas bellezas rubias europeas que se volvían loquitas por nuestros machos con raíces indígenas. Hubo verdaderas tragedias griegas. Nosotros, con Miguel, jamás dejamos de estar juntos y de ser muy leales, pues la lucha para parar la olla era muy difícil, no tuvimos los tremendos beneficios que otros, que no sólo se acomodaron, sino que subieron de pe-laje y cambiaron hasta sus modos de vida. Ver tanta estupidez nos unió cada vez más.

Cuando regresamos a Chile nos invitaron a un encuentro acerca del exilio en el Teatro Providencia, programa que fue grabado. Allí, Miguel, haciendo gala de su buen humor, dijo:

—Yo soy el único huevón que se fue al exilio con una vieja y regresó a Chile con la misma vieja.

Luego de todas estas reflexiones acerca de mi vida sentimental, tendría que decir algo muy importante para mí: estoy muy contenta de cómo es mi existencia. Primero, porque la comparto con un hombre al que amo y tengo la certeza de que él también me quiere y me ama, y con quien lo paso bien. No salimos a ninguna parte, no veraneamos, porque él dice: «Para estar comiendo huevos duros con arena prefiero estar aquí». Hizo construir un segundo piso y un comedor aparte, con salida al jardín, porque las flores y las plantas son mi locura. Compré unos muebles antiguos que me encantan, porque son realmente muy hermosos. Mi vida se desarrolla entre el partido y la casa. Los dos leemos juntos y conversamos mucho. Siento que me cuida y soy muy feliz con él. Entre la vida doméstica y partidaria sigo preocupándome de la gente que necesita que le den una manito. Si tuviera que confesar alguna virtud, pasando por encima de las falsas modestias, tendría que decir que soy demasiado generosa. Tanto que me han pasado muchas tallas.

Me compré en una oportunidad un abrigo de pelo de camello, que era muy lindo y que constituía una de mis elegancias. Sin embargo, un día apareció en mi casa una mujer de buena apariencia. Llovía torrencialmente. Era más bien tímida. Le pedí que se sentara, pero ella no quiso:

—Discúlpeme, señora, pero no le quiero echar a perder los muebles.

La pobre estaba bastante mojada, así es que le insistí que se sentara mientras le preparaba una taza de té.

Se ubicó en una puntita del sillón, y pude observar que esta mujer, que era joven y muy hermosa, no tenía con qué protegerse de la lluvia, y el vestido se le había mojado a tal extremo que lo tenía pegado al cuerpo.

—Señora Lazo, como usted puede apreciar estoy en la más espantosa de las miserias. He venido a hablar con usted porque me han dicho que es una persona que sabe oír. Yo te-

nía una propiedad ahí en Santa Isabel, pero hubo problemas legales con ella y la intervención de abogados de la otra parte me dejó sin casa. La verdad es que me ha sucedido de todo. Este último tiempo ha sido terriblemente cruel. En este momento no tengo nada.

Mientras hablaba, yo veía que la pobre mujer tiritaba y mostraba estar tan indefensa que subí al segundo piso y saqué mi abrigo nuevo de pelo de camello. Siempre he pensado que cuando uno regala no debe desprenderse de esas cosas que a uno no le sirven. No se puede ser generosa obsequiando mierda o lo que a uno le sobra. La generosidad consiste en dar lo que a una le gusta y le sirve. Bajé entonces con el abrigo nuevo y le dije:

—Pruébeselo.

Ella reaccionó como negándose:

—Señora Lazo, por favor, ¿cómo le voy a aceptar que usted se desprenda de un abrigo tan lindo?

Pero la obligué a que lo recibiera. Como era más alta y delgada que yo, el abrigo le quedó muy bien.

Enseguida llamé por teléfono al *Colortín* Ravinet, que es una de las personas que me atiende deferentemente cuando he acudido a él. Es tan amable que si no puede responder de inmediato, me devuelve posteriormente la llamada. Le conté las desgracias de esta mujer y él ofreció hacer algo. Después supe que le dio una casa de esas básicas. Lo que fuera era importante para esta mujer, porque después de todo no tenía nada. No la volví a ver, pero sentí que en algo había ayudado a solucionar sus problemas de supervivencia.

IV

Personas y borregos

Tengo gran admiración por algunos demócrata cristianos que son de antología. Me refiero, entre otros, a Jaime Castillo Velasco, quien era una maravilla de hombre, sencillo y sabio, y a Bernardo Leighton, una persona encantadora, de una honestidad a toda prueba. Cuando pasó por mi casa en Caracas y él recién partía para Italia, nunca me voy a olvidar lo que me dijo delante de Miguel:

—Morena, otra vez que peleemos no vamos a echar nunca más el ring abajo.

Todo esto sin imaginar que todavía le quedaban otras pruebas más duras que pasar, como fue el atentado que dejó inválida a Anita, su esposa, y a él casi lo mandó al otro mundo. Pretendieron sacarlo de circulación, igual como hicieron con Orlando Letelier.

No puedo dejar de mencionar a Jorge Lavandero, que hoy enfrenta difícil situación judicial. No me cabe duda, como él dijo en *El Mercurio*, que esto es un asesinato político, porque precisamente es él quien ha planteado con más firmeza acerca del robo que se está haciendo del cobre chileno. Eso ocurrió pocos días después que se hiciera un acto tremendo en el salón de honor del ex Congreso Nacional. Allí había gente de todos los colores políticos, incluyendo ex ministros y otros connotados personeros del gobierno de Salvador Allende. El lugar estaba repleto de personas que desean

que el cobre vuelva a ser chileno. Pienso que este es un asesinato de imagen, y espero que Jorge salga bien de todo, porque estimo que ha sido un hombre correcto. No podemos olvidar que fue el primero que se levantó valientemente en contra de Pinochet; abrió espacios para luchar contra la soberbia dictadura; trabajó como hormiga para unir a los chilenos en marchas memorables. Eso lo hizo en una época en que actuar de ese modo era jugarse la vida.

Lavandero ha sido el denunciante permanente de ese robo descarado que practican las empresas extranjeras de la gran minería del cobre al no tributar lo que corresponde al Estado chileno. Él logró colocar el tema del royalty en un primer plano, materia que tendrá para mucho tiempo por la férrea oposición que hacen los grupos de siempre a favor de los intereses de los grandes capitales. Me temo que esto se acabará cuando estos explotadores dejen sólo hoyos en los cerros.

Muy comentada fue la vez que, en la década de los sesenta, durante una discusión en la Cámara de Diputados, tomé una copa y la lancé rompiéndole la cabeza a Jorge Lavandero, quien estaba vociferando en la bancada demócrata cristiana. Siempre se afirmó que le tiré un cenicero, pero no fue ese el artefacto que usé, sino una copa con una base de metal.

Me acuerdo que en mi primer período parlamentario, en el Congreso, Jorge se distinguía por ser muy vehemente, y durante una discusión acerca de la nacionalización del cobre empezó una guerra de dimes y diretes, y cada vez estábamos más aperrados. En medio de la batahola observé que el doctor Félix Garay, Lavandero y otros boys venían a pegarnos. Jorge era famoso porque cuando peleaba siempre ganaba. Al parecer, boxeaba muy bien. En un mecanismo de defensa agarré la copa, que tenía un pie de plata. La tomé con *tutti* y la lancé con fuerza, pero sin la intención de pegarle a nadie, sino de asustar a los atacantes. Desgraciadamente, atiné de pleno en la frente de Lavandero, y éste cayó sentado. Me

asusté y corrí donde estaba y con un pañuelo le limpié la nariz, que le sangraba. Él entendió que yo estaba muy nerviosa y aceptó mis explicaciones. Y desde entonces nos hicimos muy amigos.

Gabriel Valdés es otro demócrata cristiano al que tengo gran admiración. Considero que es el mejor parlamentario que hay en el Congreso. En eso no tengo ninguna duda. Es el más preparado, el más consecuente y cuando tiene algo que decir lo dice sin ambages. Lo respeto mucho, le tengo un gran cariño, porque creo que ha sido un



Con Gabriel Valdés.

hombre de una sola línea. No anda con ambigüedades, y a mí me parece que cuando se ha planteado terminar con el sistema binominal, cuando se ha querido terminar con la Constitución del 80, Gabriel Valdés jamás se ha quedado callado, como otros a quienes les conviene el sistema actual.

Otro personaje, ya no demócrata cristiano, gran amigo de Miguel y mío, fue Orlando Letelier, quien viajaba constantemente a Caracas y visitaba mucho a Aniceto Rodríguez. Era un gozador de la vida cotidiana. Cantaba y tocaba muy bien la guitarra; también le seducía probar buenos vinos. La última vez que lo vi le pasé unos dólares que acababa de comprar, y le pedí:

—Viejo, por favor, tráeme una calculadora Hewlett Packard de Estados Unidos, porque le quiero hacer un buen regalo a Miguel.

Nunca me olvidaré que cuando volvió a viajar se encontró con Miguel en la calle y gentilmente le dijo:

—Entrégale esto a la *Negra*.

Por supuesto que era la calculadora.

Pocos días después supimos del bestial asesinato de Orlando en Washington. Fue un dolor tremendo, porque, además de que lo queríamos tanto, la forma en que murió fue feroz.

Todos los exiliados que hacían actividades públicas en el exterior se dieron cuenta de que la dictadura estaba dispuesta a seguir ensañándose brutalmente con ellos. Personalmente, nunca he tenido temor, porque hay gente, como dice Miguel, que es insensata. El terror era la forma que usaron Pinochet y sus seguidores para aplastar a un país durante diecisiete años. Para ellos era fundamental que se les tuviera miedo, porque así podrían estar eternamente en el poder.

Sin embargo, sí he tenido grandes dolores. Uno de ellos, y tal vez el más fuerte, fue cuando murió Allende. Pensé que lo habían matado; después, me enteré que se había suicidado. Ese día supe de Allende por un ex cuñado, Héctor Videla López, que era auditor general de Carabineros y abogado. Él me estuvo llamando durante todo el día para darme a conocer la triste noticia.

Yo, en esos momentos, estaba en las Cristalerías Chile, porque hasta allí me habían enviado los «revolucionarios» del Comité Central. Me mandaron a poner la cara, porque a esa hora muchos comenzaban a esconderse. El día antes del golpe concurrí al Canal 13 para defender al Presidente, porque Altamirano se hallaba con migraña. Ahí estaba sola en el canal apoyando a nuestro gobierno. Cuando regresé a la casa, como a la una treinta de la madrugada, Miguel me dijo:

—Apúrese que la están llamando por teléfono.

Yo venía bastante asada, por lo sola que me habían dejado en esta pelea. Levanto el auricular y escucho la voz del cura Hasbún:

—La estaba llamando para felicitarla, porque parece ser que usted es el único hombre que está quedando en el Partido Socialista.

—Sí, conchaetumadre.

La respuesta me salió con toda la ira que me producía escuchar a ese personaje tan perverso, tan nefasto y tan hipócrita, que me revolvía la herida de sentir que todos quienes habían estado haciendo gárgaras con la palabra revolución, ahora se hallaban escondidos.

El mismo día del golpe sufrí lo indecible cuando estaba en las Cristalerías Chile. Mi marido, que fue el primer intendente de Santiago del gobierno de Allende, se había ido a San Miguel, en tanto que yo fui llamada a la fábrica mencionada. Miguel ya me había sugerido: «Señora, vaya donde usted tenga que ir». Era mi deber estar con los trabajadores en esos momentos. Las cristalerías quedaban en el lugar donde funciona hoy Megavisión. El sitio estaba lleno de trabajadores y cuando entré todos me aplaudieron, porque era muy popular y querida. Al ingresar, un viejo trabajador me dijo:

—No se preocupe, señora Carmen, porque tenemos con qué defendernos.

—¿Qué tiene, compañero?

Me dio una pena enorme cuando el pobre viejo sacó de una de sus mangas un fierrito.

—¿Usted va a pelear con un fierrito y esos gallos le van a disparar con una repetidora 42?

Cuando dicen que el pueblo estaba armado es una de las mentiras más grandes inventadas por la CIA, los momios y los milicos.

En ese momento, el golpe estaba en pleno desarrollo y los compañeros me pidieron que subiera a un estrado y les hablara. Mientras me preparaba vi a una compañera que estaba «gordita», es decir embarazada (era una secretaria). De pronto, un tipo me planteó:

—Señora Lazo, yo y un grupo queremos que nos encierren en una bodega o algo así, porque nosotros somos demócrata cristianos.

—¿Usted no es obrero de esta fábrica?

—Sí, por supuesto.

--Entonces, ¿de qué lo voy a esconder? Si usted es un trabajador como cualquiera de los que están aquí.

Luego, les hablé a todos señalándoles que no teníamos armas para responder. No había armas, nunca las hubo, pero los golpistas se llenaron la boca con esa mentira. Era difícil hablar a estos hombres que estaban dispuestos a dar su vida para defender al gobierno de la Unidad Popular.

—Compañeros, les pido que salgan de la fábrica en pequeños grupos y se dirijan a sus casas para que salven sus vidas.

Pero estaban los cabecitas calientes, a quienes habían azuzado los termocéfalos, que empezaron a gritar:

—¡Vamos a La Moneda a defender al Presidente!

Yo acababa de recibir el llamado de este ex cuñado, que me dijo escuetamente: «Carmen, me han informado que el Presidente está muerto. Acaban de tapar su cuerpo con un poncho».

Entonces, les digo con la pena enorme que sentía:

—El Presidente está muerto. Si ustedes me quieren a mí y me creen lo que les estoy diciendo, por favor retírense en pequeños grupos, como ya les he dicho.

Y me hicieron caso.

Como la vida tiene tantas vueltas, cuando regresé del exilio fui a dejar un pequeño artículo que había escrito para el *Fortín Mapocho*. Iba por la calle cuando un tremendo hombre se me tiró encima y me agarró a besos. Casi me ahogó, y yo le dije muy sorprendida:

—Compañero, ¿qué le pasa...?

—¿Cómo no la voy a querer si la encuentro ahora que ha vuelto a su patria? Yo era cabro chico cuando usted le salvó la vida a mi padre, en el momento que le pidió que sa-

liera de las Cristalerías Chile. Le habían metido en la cabeza tantas cosas esos loquitos que ahora se dicen renovados, y lo peor era que la gente les creía, y véalos cómo están todos gozando ahí de la economía de mercado y dándose la gran vida. Siempre la hemos tenido en nuestros recuerdos. Gracias a usted se salvó mi padre y podemos abrazarnos y llorar como lo estamos haciendo ahora.

El momento fue muy emocionante, pero también recordé a la muchacha embarazada, a punto de parir, que estaba en la fábrica y que no pude convencerla a que saliera porque tenía la cabecita caliente. Supe que estuvo presa, que lo pasó muy mal y que le quitaron la guagua.

Las cosas fueron sucediendo como en el gran teatro griego. Cada instante una tragedia, y cada vez más aberrante. Nos hemos mamado tantas historias que podríamos llenar bibliotecas enteras con ellas.

La vida ha sido muy cruel con muchas personas. Hay cosas que no se pueden olvidar. En el recuento debo decir que a las mujeres habría que ponerles nota siete por su comportamiento ante la adversidad. Los hombres apenas dan para un cuatro. Vi cómo se entretenían en levantarse las mujeres mientras estaban en las embajadas. Se jugaban «la talquina» entre ellos. En cambio, vi mujeres que se quedaron solas en la casa, con los chiquillos, plantándose con mucha decisión y valentía para defenderse de lo que venía. ¡Cuántas mujeres se hicieron cargo de sus hijos, jodidas, muertas de hambre! Lo sé porque viví el problema bastante de cerca. Cuando volví del exilio encontré a mi hermana Juana casi al borde de la muerte. Vivió algún tiempo más y me contó todas las que pasó. Fue terrible, y pienso en ella, que nació tan bella persona y tan inteligente y la vida la castigó sin haber hecho jamás daño a nadie. Lo que más me duele es que acudía frecuentemente a un almacén superpicante que había en el barrio donde ella vivía, y las otras mujeres proletas que eran sus ve-

cinas se secreteaban advirtiéndose: «¡Cuidado, que ésta es la hermana de Carmen Lazo, que se fue de Chile con la maleta llena de dólares». Desgraciadamente, siempre hay gente como ésta que se llama desclasada.

Cuando regresé supe que Marta Melo, una dirigente importantísima del partido, estaba enferma. Su problema era que después del golpe y por la fuerza de los acontecimientos se volvió alcohólica. Se tomaba una botella de pisco al día. Ella vive en esos departamentos que se ubican en los entresijos. Como usaba taco alto, se caía y se daba golpes. Para Santa Marta la fui a ver y le llevé una tortita; bromeando, le dije:

—¿Tenís a algún gallo que te pega?

Le señalé eso porque lucía un gran moretón en la cara.

—No. Es que me golpeé contra la nevera —me aclaró.

El exceso de licor la enfermó y hubo que operarle la cabeza, pues tenía dos aneurismas. La intervino el doctor Francisco Rivas. Hace como tres años casi no hablaba, pero me reconoció cuando la visité. La he visto recientemente y está mejor, no como una persona sana, pero mejor de todas maneras. Lo más increíble es que habiendo sido ella una dirigente tan importante, nadie se preocupa de su estado. Un empleado que tiene me comentó:

—No lo va a creer, pero la única persona del Partido Socialista que viene a verla es usted.

Casi prefiero no hablar, pero nadie sabe la decepción que siento cuando veo a Óscar Guillermo Garretón —con quien compartí nueve meses en la Embajada de Colombia, donde éramos como yunta— que ahora es un millonario que mira con indiferencia a los que todavía mantienen sus convicciones. Hoy es rico y comparte con los que tienen el poder en nuestro país. Lo mismo pienso de Fernando Flores y Enrique Correa, así como de los cabeza calientes que no fueron capaces de afrontar, con la misma soltura con que hablaban, los aconte-

tecimientos que se desataron en el país durante la dictadura y que hoy día gozan de los beneficios de ser renovados.

Envejecer en Chile y, en general, en los países de América Latina es como una lacra. Después de los sesenta años ya no hay cargos para los que pasaron esa barrera. Nadie confía en ellos. Es la peor de las desventajas, es como un estigma. Sin embargo, creo que la vejez, por lo menos a mí, me ha dado algunas enseñanzas. Siempre me acuerdo de un programa radial de Orson Welles. Pese a que anunció que era de ficción, todo el mundo creyó que habían llegado extraterrestres a Nueva York. Los americanos se volvieron locos y se lo creyeron. Hubo terror, muchos muertos y heridos. Luego, tenemos la experiencia del holocausto de las torres gemelas y el accionar inmediato de Bush. Él es el mandatario más ignorante del planeta, el menos culto, el más insensible; da las órdenes de actuar sin miramientos, y el que no está con él está contra él. Acto seguido invade lo que se le da la gana y borra la historia de la humanidad cuando arrasa Irak.

Digo esto porque hace muchos años leí un libro que se llamaba *Una nación de borregos*, y uniendo el actuar insensato de los que dirigen el mundo siento que el autor de esa obra plantea hechos que son realmente importantes. ¿Por qué un pueblo que las tiene todas acepta que lo gobierne un analfabeto? Un ejecutivo yanqui gasta en un día lo que un presidente latinoamericano gasta en un año. Los tipos se mandan a hacer trajes especiales con diseñadores de modas que son muy conocidos. La mayoría de estos empresarios se drogan. Lo leí en un trabajo científico que se hizo en Estados Unidos. Además, tienen amantes de lujo, mujeres muy caras, que usan para pasar uno o varios días, según sea su interés y necesidad.

Es así como a diario, en el mundo capitalista, se habla de los grandes escándalos financieros producidos por excesos de todo tipo. El americano medio es un pobre hombre que ape-

nas lee diarios y se entretiene con personajes tan horribles como *Los Simpson*, porque hasta esos monitos tienen que ser ridículos, a tal punto que parecen engendros. Hombres, mujeres y niños son igualmente feos. Además, todo se copia y se imita.

En Chile sucede que también importamos esos modelitos. Es revelador que la gente trate de buscar el facilismo y se niegue a pensar. Cuando estoy sola y quiero ver televisión elijo canales como ARTV o A&E Mundo. Prefiero conocer la vida de Beethoven o de Chaplin. Incluso, me parece tremendamente interesante un personaje de la vida norteamericana que refleja la crueldad de ese país hacia los seres humanos, como es el caso de Marilyn Monroe, verdadero mito y ejemplo de la perversión de un sistema que destruye al individuo.

Cuando se habló que venían los extraterrestres se lo creyeron, porque son una nación de borregos, y se volvieron locos. Si los de allá se asustan, ¿por qué no nos vamos a asustar nosotros? Cuando un americano medio te visita, si es un hombre fino trae flores, cosa que a mí me encantan porque soy deschavetada por las flores. Pero en Chile, a una amiga que estimo le puedo llevar un libro, porque si le llevo flores todo mi compromiso está en que las pido a una florería. Me las mandan y así salgo del compromiso. En cambio, si le regalo un libro, después tenemos que comentarlo y se va creando un vínculo intelectual, que es más profundo. Hablo de libros porque a mí me gusta mucho leer. Me encanta la poesía. Walt Whitman, Baudelaire, Paul Valery, Rimbaud; en fin, todos los poetas malditos me parecen tremendamente atractivos. Es decir, estamos en condiciones de hablar de temas más interesantes.

El libro aquel decía que el americano medio se levanta a tal hora, toma café con cereales, siempre de buen humor ayuda a su señora a lavar la loza y el servicio, y en determinado

momento recoge el diario que tiró un niño en su puerta. ¿Y qué lee? Primero, la tira cómica; mira la portada para tener una idea nada más. Se va a trabajar y no regresa a almorzar. Si es pobre, se come un «perro caliente» en la calle; si no es tan pobre, se va a un bar y se toma una cerveza, agregando un sándwich a su menú; si es más pobre, se lleva el sándwich de su casa y se lo come a la hora que le toca. Cuando vuelve a su hogar, mira el mismo diario de la mañana para buscar el canal en que puede ver el fútbol americano, el béisbol, el hockey, el boxeo o el básquetbol. Se planta a mirar televisión.

¿Qué pasaba en Chile en la época de la Unidad Popular? Como siempre he viajado en micro, observaba hasta de qué partido era un pasajero, porque llevaba un determinado diario. El comunista andaba con *El Siglo*, el socialista con *La Última Hora*, y era difícil ver a un momio en el bus mirando *El Mercurio*. La gente leía mucho, porque en esa época estaba la Editorial Quimantú. Personalmente, me lo leía todo, porque allí publicaban hasta mis poetas malditos, los románticos y los costumbristas, como el *Martín Fierro*. Cada vez que me pagaban subía a mi bus cargada de libros y también me alcanzaba para comprar obras empastadas en cuero, porque los momios, cuando se dedicaron a acaparar productos, se les olvidó lo cultural, y nunca hubo precios más baratos que en esa época. Logré tener las obras completas de Diego Barros Arana; también, las de Francisco Antonio Encina. Todo eso me lo robaron. Adquirirlos hoy día vale una fortuna, por lo que estimo que nunca volveré a tenerlos. Vivimos una época en que uno de los productos más caros que existen en nuestro país son los libros, y tal vez por eso se piratea tanto.

Esos fueron grandes momentos que vivió nuestra historia, aunque nadie quiera reconocerlo hoy día; notables períodos de la vida. Yo pertenecía a los que eran amigos de Allende. Mi posición era defender a como diera lugar al Presidente de la

República. Entendía a Allende, porque sabía que él tenía la razón, porque era hartito leninista cuando afirmaba: «Demos un paso hoy día, consolidemos ese paso y después damos otro». Yo estaba en eso cuando de repente aparecían unos cabros disfrazados de Che Guevara y me decían:

—Diputada Lazo, necesitamos que nos acompañe porque nos acabamos de tomar una fábrica.

Iba con ellos y cuando llegaba al lugar no había una fábrica, sino un tallercito donde se hacían tuercas y clavos. Siempre estaban el dueño y sus familiares trabajando, todos con las manos enteras untadas en aceite, y me planteaban con desesperación:

—No podemos entender por qué se han tomado esta fábrica.

El problema era que estos muchachitos estaban delirantes por hacer la revolución, y no distinguían qué era lo importante. Había un sector, al que llamaban Cordón Vicuña Mackenna, que en realidad eran pequeñas fábricas de gente que trabajaba con sus familiares. Recuerdo que otra vez llegaron estos jóvenes a decirme:

—Señora Carmen, nos tomamos una productora de telas.

Cuando llegué al lugar, el dueño se asombró y me preguntó:

—Diputada Lazo, ¿usted aquí?

—Es que vengo a ver de qué se trata.

—Por favor, vea aquí. Se supone que estos jóvenes me quieren quitar todo esto para ponerlo en un complejo industrial. Venga y mire esos telares. Están apolillados, y con solo sacarlos de aquí se van a destruir y ya no van a servir más.

Los muchachos creían haber hecho la tremenda toma. Eran talleres obreros donde se hacían, en pequeña escala, algunos productos como pañuelos finos para hombres. En realidad, eran pequeñas empresas, generalmente de familias y gente obrera que conocía y desarrollaba algunas especialida-

des. Todas estas personas se pusieron en contra de Allende y de la Unidad Popular porque les estaban quitando el pan, y lo peor de todo es que estos jóvenes lo hacían de buena fe. Pensaban que eso era hacer la revolución.

A mi hija Millaray, que vivía en Cuba, pues, como ya indiqué, se había casado con un cubano, pensaba regalarle una licuadora con un transformador eléctrico, que para nosotros era fácil de lograr, pero que en Cuba era un gran obsequio. Me dirigí a comprarlo a Somela. Llegué a la fábrica como a las once de la mañana, y el portero me reconoce y me dice en tono más que dicharachero:

—Diputada Lazo, ahí están sus compañeros reunidos en horas de trabajo.

La forma misma de decirlo me molestó. Entré y en una sala ante una mesa larga estaban los trabajadores. El humo era de cortarlo, y como voy derecho al grano dije con voz muy fuerte:

—¿Qué significa esto?

Uno de los encargados, un tipo joven, me respondió con prepotencia:

—Compañera, me extraña su falta de respeto. Estamos tratando problemas sindicales.

Le respondí en la misma forma:

—¿Y por qué no lo hacen como los dirigentes sindicales, después de las horas de trabajo?

Ahí mismo quedó la crema. Todos estaban furiosos conmigo. La gente, que eran jefes y dirigentes, fumaban y fumaban, tomaban té y café, y la fábrica sin producir. Me dio tanta rabia que les dije ahí mismo:

—Ustedes están conspirando contra nuestro gobierno.

Así como esto podría pasarme tardes enteras evocando decenas y decenas de historias que me tocó vivir.

Otro hecho que me quedó marcado fue cuando ejercía como diputada en el año 1965 y estaba en una de las salas

cosiendo los cuadernos del Plan Camelot y de la ITT. Se acercó un gallo y me dijo:

—Señora, la tengo que refichar en el Partido Socialista.

A continuación me hizo un cuestionario en el que lo menos que me preguntó fue si sabía usar armas. El tipo era de la CIA.

Una vez, en nuestra casa, un hombre comenzó a discutir con Miguel y de repente puso un revólver sobre la mesa. Actuaba como si fuera amigo nuestro, pero en realidad era un agente reclutado por la CIA. Por eso pienso cómo se iban a salvar el gobierno de la Unidad Popular, Salvador Allende y su programa si estábamos rodeados de espías y, lo que es peor, de compañeros que se las arreglaban para atornillar al revés. La verdad es que si a Allende lo hubieran dejado llevar adelante las cuarenta medidas nada más, Chile sería otro país, mucho mejor y más justo. Digo que nada más que eso porque Allende no tenía un programa loco o desmedido de revolucionario. Era un programa absolutamente aterrizado.

Son muchas las anécdotas que se me vienen a la cabeza. Un día andaba por el centro de Santiago, eran como las nueve y media de la mañana (el comercio abría a las diez), a esa hora iba por Huérfanos cuando vi una cola y una señora se salió y me atajó:

—Diputada Lazo, mire, no es justo que sean las nueve y media y todavía no abran.

—¿Y usted que está esperando? —pregunté.

—Es que quiero comprar mi televisor ANTU.

Miré todas las caras de las personas que estaban aguardando que abriera el local, indignadas porque no las empezaban a atender, en circunstancias que aún faltaba media hora para que se iniciara el día comercial. Una de las mujeres me mostró su mano llena de billetes para comprar el televisor. Entonces, le pregunté:

—Señora, ¿cuándo ha tenido usted tanta plata como para comprar un televisor al contado?

—La verdad es que nunca. Esto es gracias a nuestro gobierno.

—Entonces, cuide su gobierno, mijita, y no pelee por huevadas. Espere que abran y piense en sus compañeros vendedores que están cumpliendo con sus horarios.

Esto lo traigo a colación porque hoy los empleados de comercio deben levantarse a altas horas de la madrugada y trabajar hasta bien avanzada la noche, ¿y quién se pregunta de este exceso de horas? Los pobres tienen que estar diez, doce y hasta catorce horas diarias de pie. ¿Quién se preocupa de ellos?

Fue una época intensa en ideas y con mucha locura. Hasta los sobrinos de Allende estaban por las armas. Les dábamos a los medios de comunicación todos los argumentos para que pudieran derrocar al gobierno de la Unidad Popular. Así era que *El Mercurio* y todos los diarios de la empresa de Agustín Edwards —el mismo que visitó a Kissinger antes del golpe— tenían de sobra titulares para armar un ambiente golpista y antidemocrático. Había un caldo de cultivo para hacer todo más complicado. Yo digo que en su inocencia, en su afán de apresurar los acontecimientos, se echaron a perder las cosas, y con el apoyo de la CIA, del imperio del norte, todo terminó con las esperanzas de un pueblo que quería cambios. Una vez escuché a Collin Powell cuando era secretario de Estado norteamericano, dándose el gusto de decir en las Naciones Unidas que no debieron dar el golpe en Chile. Eso es el cinismo en su esencia. Mientras en Chile las viejas desgraciadas hablaban de «nuestros valientes soldados», ¿qué pasaba en las tiendas? Les pagaban para que no vendieran, como era el caso de Falabella, o como los millones de dólares que repartieron a camioneros, a gremios profesionales y a dueños de empresas periodísticas.

Para terminar con la idea diría que aquellos tiempos de la Unidad Popular fueron como la primavera de París. Es decir, prohibido prohibir. Baste recordar el Mayo del 68 en la Ciudad Luz. En esa época había un aire revolucionario tonificante que llenaba de ilusiones a los que creíamos en un mundo más justo. Vivimos soñando y quedamos tan marcados que lloramos hasta hoy día. Lo más triste es darse cuenta cómo mucha gente de nosotros ayudó al enemigo sin querer. Por eso pienso en la «nación de borregos». ¿Qué pasa hoy día?: la gente lee los mismos diarios destinados a adormecer las ideas; el gran paseo de los chilenos es el de los malls. Allí acuden sin plata en los bolsillos para ver qué es lo que compran los ricos o para caer en el sistema de tarjetas que los llevan a gastar el dinero plástico, que les come todos sus ingresos con plazos que aparecen atractivos, pero que a la larga terminan estrujando al pobre hasta reventarlo.

Cuando fui presidenta de la Comisión de Hacienda de la Cámara me daba gusto ver a los dirigentes llegar al Congreso. Venían a discutir de igual a igual con los parlamentarios, porque estaban en condiciones de hacerlo. Tenían un gran conocimiento de lo que se estaba legislando. Generalmente, interrumpían a los honorables y decían: «Discúlpeme, pero a nosotros no nos parece que el artículo quinto del título segundo de la Ley diecinueve mil y tantos diga así, cuando debería decir asá». Eran dirigentes que se habían dedicado a defender los intereses de sus pares, y se preocupaban de estudiar, de investigar y de saber cuándo les convenía o no les convenía un artículo de un proyecto de ley, y luchaban y defendían sus puntos de vista. Hoy están reducidos a la más mínima expresión. Antes había un refrán que se usaba mucho: «Con los bueyes que haya tenemos que arar». Pero ahora no tenemos ni bueyes.

V

Mujeres, vejez e infancia

He admirado a muchas mujeres de la más diversa índole. Nunca he sido sectaria en mi forma de pensar. Cuando estuve en el Oriente percibí que las mujeres asiáticas eran como de seda, sus atuendos son de seda y sus modales delicados. Finas en su cáscara y en su envoltura, pero firmes en sus acciones. Cuando hablo de la fuerza de las mujeres chinas me refiero a que son mujeres que han sido acostumbradas a seguir ciertas normas. Por ejemplo, cuando llegué por primera vez a China me mostraron como piezas de museo a esas viejitas que les deformaban el pie para que fueran del gusto de los mandarines.

Cuando miraba esa atrocidad me daba cuenta por qué había existido ahí una revolución tan profunda y, más aún, en un país tan grande y densamente poblado. Comparo mi mano, que es pequeña, con los pies de aquellas chinas, y la verdad es que eran más chicos. Lo que hacían con esas mujeres era muy cruel, pues las obligaban desde la infancia a vendarse los pies durante la noche y les echaban ungüentos que las deben haber hecho sufrir horriblemente. Esas pobres niñas tienen que haber llorado mucho, mientras sus huesitos se iban deformando y los pies se transformaban en miniaturas. Cuando vi eso entendí por qué las mujeres chinas usan hoy zapatos con un número más grande. Una de mis acompañantes me confidenció que esta costumbre es considerada un signo de liberación: «Nuestras abuelas y bisabue-

las fueron mártires de los pies chicos y nosotras decidimos que nadaríamos en zapatos más grandes».

Mi gran admiración por las mujeres empieza con la lectura de Gabriela Mistral. Voy a traer a colación un homenaje que le rendí a la poetisa en una legislatura extraordinaria de la Cámara, en el año 69. En esa oportunidad dije:

«Es muy difícil hablar de una persona que embelleció la palabra. Es un trabajo costoso tener que referirme a alguien que incluso embelleció el sonido de la piedra, a una persona que, nacida de lo más humilde de nuestro país y con una sencilla profesión, supo darnos una dimensión distinta de lo que es el amor y la ternura de los niños. Gabriela Mistral no tuvo hijos; sin embargo, es multitudinario el ejército de los suyos, que negros, rubios o pecosos van por todos los caminos del mundo. Para Gabriela Mistral, los niños no eran vistos con los ojos con que las mujeres que los han parido pueden verlos. Para ella, siempre fueron la sublimación de algo que no pudo realizarse, pero que grita al resto de las mujeres un concepto de dulzura, una tierna suavidad que muchas veces desconoce la que ha vivido la maternidad.

»¿Para qué hablar, cuando realmente seríamos incapaces de hacerlo, de la belleza que tuvo para ella su frustrado amor? Aquí se ha hablado de los libros que escribió Gabriela Mistral, pero la verdad es que toda ella se encuentra en dos cosas fundamentales: su inmenso amor por la infancia y su frustrado cariño por un hombre, por un empleado ferroviario, que nunca soñó, que jamás pensó que en un encuentro, como ella lo dijo, a lo mejor sin otras consecuencias que una esperanza fallida, hizo que fuera capaz de escribir cosas tan hermosas.

»Los que hemos leído *Tala y Desolación*; los que hemos leído las rondas de Gabriela Mistral y los que hemos tenido la suerte de recorrer ese Norte Chico que ella pintaba y sabía cantar, comprendimos la dulzura de nuestro norte en

aquellas rondas en que hacía cantar al viento, al monte, a las montañas y a la piedra.

»El homenaje de los socialistas es el que rendimos siempre a quien tiene un talento superior. El homenaje a Gabriela Mistral nos llega muy hondo, porque viene de las profundidades del talento de los hombres y de las mujeres que, desde su humildad, son capaces de sacar el brillo y el lustre legítimo de nuestra estirpe. Ella no tenía otra estirpe que la de ser una chilena neta. Incluso cambió palabras. Hay voces que en Gabriela tuvieron un sentido diferente. ¡Y el amor!, todo el amor que ella reflejaba tenía un sabor a tierra, un algo de cactus, o la simpleza de las ñañucas, flor que conocemos los que hemos vivido en tierras del norte.

»Cuando esa modesta profesora que fue amiga de los hombres mejores de su tiempo, de los más altos intelectuales de su tiempo y que seguirá cantada en las rondas de todas las escuelas de América Latina, especialmente en México, donde fue tan querida y respetada; cuando todo eso ocurre, nos sentimos llenos de un inmenso orgullo, nos sentimos, como ella lo expresara en algunas ocasiones, en la fealdad de nuestro cotidiano quehacer, embellecidos por haber vivido en Chile una mujer de la dulzura, ternura y dimensión artística de Gabriela Mistral».

Junto a Gabriela Mistral hay otro personaje que ha enriquecido nuestra cultura. Me refiero a Violeta Parra. Cuando ella, el 5 de febrero de 1967, acabó con su vida nos dejó un sabor muy amargo junto con un legado que ha ido creciendo con el correr de las décadas. El impacto de su muerte me hizo rendirle un homenaje en la Cámara sólo a pocas horas del trágico hecho:

«En medio de nuestra lucha y podríamos decir en medio de nuestra vida, que es una lucha constante, es necesario hacer un alto para recordar a una de las personalidades más importantes en el terreno artístico y auténtico de nuestro país.

»Hace pocas horas, nomás, Violeta Parra ha sido llevada al cementerio, y los que tuvimos el privilegio de conocerla pensamos que habría estado mejor enterrada allá por el sur, en la tierra agreste de nuestro país, y seguramente cubierta con ramas de menta, de hierbabuena o sencillamente de tomillo, porque Violeta Parra tuvo la virtud de hacer sentir lo que es el verdadero folclore de nuestra patria.

»Ella nos demostró, desenterrándolo de lo hondo, de los polvorientos caminos de nuestro país, lo que es el canto a lo divino y a lo humano, tocado en los viejos guitarrones que pulsaron nuestras abuelas, y nos enseñó a gustar esa alegría medio triste, medio dulce y medio pícara que representa el hombre de nuestra patria.

»Yo nunca olvido la impresión que me produjo hace años conocer a Violeta Parra. No era una mujer hermosa; podría decirse que era fea, pero era de esas feas con una belleza que, emergiendo desde adentro, hacen que uno se sienta ante una personalidad que irradia suavidad, que irradia dulzura y en un momento determinado, mirándola, uno se queda dudando si es tan fea o tan linda que no puede darse cuenta como es.

»Violeta Parra pintaba, hacía cerámica con sus manos, tejía choapinos, enseñó a cantar y, más que todo, enseñó a comprender el canto de nuestra tierra chilena. Creo que todos nos sentimos muy orgullosos cuando una mujer que había sido casi analfabeta pudo mostrar sus obras en el Louvre, y en Europa pudo lucir lo auténtico que tiene nuestro país, porque a veces se llama auténtico a un pie de cueca aprendido en una academia. Violeta nos enseñaba a bailarla con la cabeza agachada, como realmente la baila la mujer del pueblo en el campo.

»No deseo hablar de la muerte de Violeta Parra, porque, como en una ocasión me permití decir en esta Cámara, a mi modo de ver los artistas no mueren, viven una determinada

época, y su obra sigue perfumando los momentos duros de nuestra vida, a veces con el olor de un fino perfume o, como en el caso de Violeta, con el olor agreste del campo.

»Al rendirle homenaje y solicitar el acuerdo de la Cámara para hacerlo tenía presente que Violeta Parra, en cierto modo y por el cordón umbilical que ha unido a las grandes poetisas de Chile, tenía algo que ver con la mane-



Ensayando unos pasitos.

ra dura y dulce de ser de Gabriela Mistral, y con ese otro bello misterio que era María Luisa Bombal.

»Nosotros no nos enceguecemos con la falacia de la historia ni con el devenir de lo humano; tenemos los ojos bien abiertos para ver cuando pasamos cerca de una flor o cuando en el cielo brilla una estrella. Para nosotros, Violeta Parra, por su valer y personalidad, era una flor agreste, y en el alma del humilde chileno, de las humildes mujeres, muchas veces, en medio de sus penas y alegrías, supo brillar como estrella».

Esa fue mi despedida para Violeta. Hoy, a casi cuarenta años, siento que todo lo dicho acerca de esa alma maravillosa fue de justicia y sigue plenamente vigente no sólo en el alma de los chilenos, sino en todo el mundo donde los más connotados artistas cantan su *Gracias a la vida* o su *Volver a los diecisiete*. Transmitió a otros pueblos la dimensión real de nuestros valores.

También tengo gran respeto por otros personajes del mundo occidental. Uno de ellos es Geraldine Chaplin. Ella tiene una especie de lágrima bajo un ojo igual a la de su padre. En las películas que hizo con su ex marido, el español

Carlos Saura, se pueden apreciar sus grandes dotes interpretativas y, además, un perfecto castellano. Es una mujer tremendamente progresista y muy sencilla. En la actualidad está casada con un chileno. Su madre, Oona O'Neill, también es un personaje interesante, pues luchó contra viento y marea para casarse con Chaplin, pese a la oposición de su padre, el dramaturgo Eugene O'Neill. Me encanta que las mujeres luchan por lo que aman. Ella logró tener un matrimonio largo y feliz, con muchos hijos, junto al genio del cine.

Otra mujer impactante fue Marie Curie. Una investigadora incansable, de un sacrificio increíble. Logró descubrir el radio junto con su marido, Pierre Curie, con lo que obtuvieron el Premio Nobel de Física. Incluso, después de fallecido su esposo, fue galardonada con el Premio Nobel de Química.

Una francesa que marcó a las mujeres del mundo entero fue Simone de Beauvoir. Debe resultar muy difícil ser la compañera o pareja de un filósofo del existencialismo como lo fue Jean-Paul Sartre. Ellos llenaron las páginas de la vida intelectual de la década de los sesenta. Simone era una mujer superintensa y, al igual que él, se la jugaba por sus ideas. Fue capaz de tener amantes y seguir su relación. Él también tenía otros amores, pero al final no podían estar el uno sin el otro, pues se complementaban por afecto y por inteligencia. Se hacían el peso. Su visión de la mujer en la obra *El segundo sexo* sirvió como manual a las jóvenes de la época, al igual que lo fue para mí *La vejez*, libro que me regaló mi hijo Claudio cuando cumplí sesenta años. En él encontré muchas explicaciones que permiten visualizar nuevos cauces cuando uno inicia el camino del envejecimiento. Son muchas las mujeres que se amargan cuando entran a la tercera edad. Este libro permite sentir que se trata de un período interesante, digno de ser vivido.

Acá en Chile, desgraciadamente, cuando empezamos a envejecer es como iniciar una marcha regresiva, con todas las des-

ventajas que ello implica. Ser viejo en nuestro medio es como empezar a morir. Saco cuentas: ¿cuántas mujeres mayores de sesenta años son dirigentes de partido o tienen cargos de relevancia en los distintos centros de poder? En cambio, en Asia, sea en China o Vietnam, el hecho de ser viejo es un mérito. Allá te cuidan, te respetan y te sienten más sabio que el resto, pues tienes la experiencia acumulada por el tiempo.

Hay una mujer que me parece la más importante de todas: Rosa Luxemburgo. Antes siquiera de saber su gran relevancia me aprendí sus poemas de memoria. Evoco un verso de ella que decía: «Rosa roja, rosa pálida, madre nuestra derrotada en holocausto de los parias, etc., etc.». Eran tan lindos estos poemas; ella era una vieja anarquista, una brillante escritora y teórica. Sus libros revelan la pureza de sus pensamientos y su incondicionalidad junto a los trabajadores.

Yo hablo de las mujeres que admiro, pero no soy feminista ni machista. El mayor afecto y amor que tengo por una congénere es mi madre, y esto surge de muchas reflexiones. Mirando en retrospectiva, las mujeres de esta época tenemos hervor eléctrico, «chancho» eléctrico, lavadora eléctrica, horno microondas, etc. Faltaría que tuviéramos maridos eléctricos.

Mi vieja vivió toda la época en que el trabajo de la casa era terrible de pesado. Ella nunca se quejó, y le quedaba tiempo para regalarnos y para cultivarse en lo que le gustaba, como leer a los grandes escritores universales. Era estoica, pues a veces sufría mucho, pero callaba y no demostraba sus penas. Jamás se habría perdonado hacernos sufrir por su culpa. Pienso que, como ella, hay miles de mujeres tan abnegadas, buenas madres, cariñosas, trabajadoras, que pasan por la vida modestamente y en silencio, sin que nadie perciba sus dolores.

Unido al destino de las mujeres está el de los niños. Desgraciadamente, la situación de los menores no ha mejorado

con los años y cada vez sabemos de más iniquidades, aberraciones, crueldades y abusos que afectan a la infancia. Este tema me ha preocupado desde siempre y, lamentablemente, compruebo que la realidad es cada vez peor. Hace más de treinta años hablé en el Congreso acerca de la situación de la infancia en nuestro país, y lo que dije en aquella oportunidad sigue siendo válido para hoy. Planteé en aquel momento que nosotros «quisiéramos que la educación abarcara todos los estratos, llegara a todos los niños, y quisiéramos también que en nuestro país no tuvieran que deambular los pequeños a pie pelado y muchas veces sin tomar desayuno y mal vestidos para llegar a una modesta escuela rural, o a otra, ya sea en el norte o en el sur de nuestro país, situada a enorme distancia de sus hogares. También desearíamos que no sucediera lo que ocurre en estos momentos, a pesar de todos los esfuerzos que se han enunciado en materia de falta de mobiliario y útiles escolares. Hay tantas escuelas que no tienen bancos, que carecen de techo completo, que no ofrecen ningún calor ni ninguna posibilidad.

»Deseo rendir un homenaje a esos niños que son los parías de nuestro país; a esos niños que a veces entregan una canción en una micro y, en otras, están en calidad de delincuentes, no sólo en las cárceles de menores, sino que ocupando lugares en que ellos nunca debieran estar.

»Quisiera recordar la situación de aquellos niños que tienen que trabajar a muy temprana edad, desearía que pensáramos que no basta la existencia de una ley —la número 10.383, del Servicio Nacional de Salud— para estimar protegido al niño, como dice la letra de esa ley, porque sabemos muy bien que hay miles de niños que se quedan sin atención en los hospitales. Nosotros sabemos que faltan camas y que no hay atención para los niños en las policlínicas dentales. Sabemos que no existen todas las posibilidades para atender los males que los aquejan durante la infancia, especialmen-

te en casos de accidentes que son fruto precisamente de la primera edad del hombre.

»No basta con una ley de jardines infantiles, y no basta tampoco con las leyes vigentes que se han aprobado en una forma más o menos romántica, sacándole un poco el cuerpo a la crudeza de nuestra realidad social. A veces, basta dar una vuelta a las seis o siete de la tarde por los alrededores de la ciudad para ver cuántos niños hay abandonados y para tener en cuenta que esos niños son los futuros hombres de nuestro país.

»Muchos médicos, profesores, sociólogos, hombres de todas las categorías han hablado del problema de la infancia abandonada; pero pocas veces se ha tratado de buscar una solución de fondo para que nosotros no tengamos que avergonzarnos de que en nuestro país todavía deambulan niños a pie descalzo o vagando por no tener matrícula en las escuelas.

»Las que somos madres, las que somos mujeres no podemos conformarnos simplemente con un romántico homenaje a los niños. Nosotros quisiéramos, como una muestra de progreso y de humanidad, que los pequeños tuvieran un tratamiento especial; que cuando ellos suban a un vehículo de movilización colectiva, cuando vayan a la escuela, cuando quieran jugar, incluso cuando los niños deban vivir en una casa a cuyos padres a veces se les niega el arrendamiento por ser muchos, que los niños supieran que no son un mal, un daño que la naturaleza ha hecho al hombre y a la mujer, sino que son una distinción y un obsequio que se les ha dado a los seres humanos. Quisiera que todos comprendiéramos que esa edad es la más bella de la vida y que nuestro deber y obligación debería ser embellecerla más, porque así como hay niños felices que tienen un triciclo, un monopatín, un desayuno y una madre, así también hay muchos miles de niños que no saben de un juguete y que nunca han sabido de una ternura. Deberíamos preocuparnos de éstos, pues no se

sabe dónde están radicados el genio, el coraje, la inteligencia o el valor».

Estas palabras de tres décadas atrás tienen hoy plena vigencia, pero con el agravante de que las estadísticas nos indican que son varios los miles de niños que viven drogados, en la calle y en la prostitución, y quienes tienen la obligación de acabar o ponerle un límite a estos males están más preocupados de hacer lobby para mejorar su propia imagen, con el apoyo de los medios y los poderes fácticos.

Anteriormente me referí al problema de la vejez, y dije que éste se iba convirtiendo día a día en una cruel realidad que afectará a varios millones de chilenos en el futuro. Algo de eso viví en carne propia.

Cuando fui candidata el año 1997 cometí el error de aceptarle a Escalona en su distrito. No sólo no me ayudó, sino que retiró su oficina parlamentaria del lugar. Todo eso me hizo analizar algo que yo no quería entender. Cuando estaba haciendo mi campaña, un compañero invitó a su casa a un montón de gente para buscar no sólo el apoyo, sino financiar mi candidatura, que era una postulación muy pobre. Las personas que querían asistir debían cancelar dos mil pesos y tenían derecho a un pedazo de asado, ensaladas y una copa de vino. Cuando se estaba desarrollando esta reunión-comida se acercó un hombre de edad que quería conversar:

—Ojalá que regrese a la Cámara de Diputados, señora Lazo, porque tenemos muy buenos recuerdos de cuando usted fue parlamentaria. Deseo que así sea en lo más profundo de mi corazón. Los viejos la necesitamos, porque la verdad es que estamos requetebotados. Ya nadie nos toma en cuenta. Me conseguí los dos mil pesos para venir, pero no para comer o tomarme un trago, sino porque quería conversar con usted, y estoy tan feliz de poder hacerlo. ¿Sabe? Hay dos grandes camaradas que la quieren mucho y que son los padres del dueño de casa.

—¿Pero ellos no están aquí ahora? —pregunté.

—No. No están aquí en el salón, pero si usted los quiere ver se los muestro inmediatamente.

Me quedé un poco confusa por lo que me decía, pero lo seguí. Cruzamos un patio muy bonito. Luego, el hombre entró a una habitación muy sucia y húmeda de donde salía muy mal olor. Allí estaban los padres del dueño de casa, metidos en una cama, como si no existieran. Cuando el viejito me vio se largó a llorar, porque me reconoció y apenas pudo balbucear: «¿Y usted aquí?». Estaba aún bien de la cabeza, pero en esas condiciones es muy difícil mantenerse sin deterioros. Abracé a los ancianos. Estaba muy conmovida, así que decidí irme inmediatamente, porque si me quedo cinco minutos más les digo: «Son unos miserables conchas de su madre». No se puede tener a los padres ancianos en un cuarto asqueroso, horrendo, los dos acostados en una cama. La anciana estaba medio hinchada y él sollozaba, seguramente por la impotencia ante tanta adversidad. Desde entonces pienso que algo pasa con los viejos. No son valorados ni respetados.

Cuando salí del lugar, el hijo me siguió muy sorprendido por mi repentina partida.

—Pero, compañera, ¿qué pasa? ¿Por qué se va así?

—Simplemente, porque no puedo entender cómo puedes tener a tus padres tan abandonados, como si no existieran. A mí no me importa si haces un asado con ensaladas y sirves vinos en vasos bien lavados, si no eres capaz de lavar la taza en que toma té tu padre o tu madre. Esto que he visto en tu casa es como si me hubieras regalado una foto tuya en que aparecieras totalmente desnudo.

Perdí votos ahí, pero ¿qué me importaba frente a hechos tan deleznales? Total, al final perdí igual, por mil votos, pero por el camino aprendí muchas cosas.

El maltrato a los viejos lo encontré en muchos lugares. Mientras estaba en campaña tenía a mi servicio un chofer

que manejaba una camioneta que me prestaron. El muchacho era un gordito con el que hicimos una gran amistad. Era muy buena persona y yo me entretenía haciéndole preguntas, como ¿quién fue Einstein?, cuando íbamos por la avenida de ese nombre. Él se ponía colorado y yo le hacía bromas, pero al final le decía que Einstein era un científico, creador de la teoría de la relatividad. Otras veces atravesábamos la calle Irene Morales y yo le contaba sobre la importancia que habían tenido las mujeres en la Guerra del Pacífico. Generalmente, terminaba muy agradecido, recalcando: «¡Puchas que he aprendido con usted!».

En plena campaña, en la comuna de El Bosque, pude comprobar lo deleznable que era el alcalde socialista Sadi Melo. Cuando recorríamos la comuna con el cabro que me oficiaba de chofer, que era muy buena persona, como ya lo dije, el muchacho me confidenció muy tímidamente:

—Señora Carmen, usted me ha dicho que lo peor que existen son los chismes y los cahuines, pero no aguanto las ganas de contarle lo que escuché por casualidad mientras la estaba esperando en la Municipalidad de El Bosque. El alcalde daba instrucciones, y no se cuidó de hablar delante de mí, porque no me conocía y no sabía que yo era su chofer. Estaba al lado de la ventana cuando Melo dio instrucciones a un grupo de personas que había allí: «Bueno, huevones —les ordenó—, no se vayan a olvidar y lleven a la vieja por ahí nomás. No vaya a ser cosa que salga elegida esta vieja huevona».

Cuando pienso en todos esos pobres viejos que están solos evoco en especial a una hermana de Alejandro Chelén Rojas, la Domina. Ella es una mujer admirable, tremendamente inteligente y comprometida. Hoy vive sola y enferma. Camina sujetándose porque tiene una bolsa que creo hace las veces de vejiga. Quedó en esa situación de tanto que la torturaron, pero así y todo hace reuniones en su casa. Yo a veces la voy a visitar y le llevo algunos engaños para que no sienta que to-

dos la han olvidado. Afortunadamente, tiene una sobrina que también se preocupa de ella cuando puede. Domina contó con la ayuda monetaria de un hijo que vivía en Estados Unidos y que le enviaba mensualmente una cantidad de dinero que le permitía vivir más o menos decentita. Ella cuenta con una buena casa, más la ayuda de la sobrina, pero repentinamente se le murió el hijo. Cuando la fui a ver la encontré terriblemente triste y me dijo: «¿Qué voy a hacer ahora?».

Recurrí a Insulza, que es uno de los pocos a los cuales podía acudir en La Moneda, y es uno de los pocos de los que trago. Me agrada porque, pese a que sabe que lo van a tratar mal en las reuniones del partido, él asiste. Los otros ministros no aparecen, y yo les digo a mis camaradas: «¿Cómo lo vamos a retar si es el único que viene?».

Por esta simpatía con Insulza me acerqué a él, y le conté el caso de la hermana de Alejandro Chelén. Le solicité una pensión asistencial para ella, y él quedó de responderme. Afortunadamente, lo hizo y ahora ella recibe todos los meses la cantidad de ciento seis mil pesos. Yo le agradecí, pero la verdad es que esa pensión es una cagada.

Un tiempo después, como le tenía confianza, regresé a hablar con él.

—Mira, no sé si tú has oído hablar de una compañera que se llama Carmen Silva, que vive en el barrio Bellavista y que es una pintora estupenda, con presentaciones hasta en el Palacio de Bellas Artes. Sin embargo, hace poco estuvo enferma y no tuvo ni para comprar sus remedios.

Me escuchó y dijo que trataría de gestionar una pensión que se llama Presidente de la República, pero le agregué:

—Por favor, si le van a dar una ayuda que sea una cantidad decente, que no se parezca a la «cagá» que le dieron a la Domina Chelén.

Me permití ser atrevida con él, porque me conoce, y si no me aguanta, ¡mala suerte nomás! No creo que la pensión

pase de los doscientos cincuenta mil pesos, pero es algo. La Carmen, en tanto, me decía: «Me da no sé qué». Pero yo le insistí en que se dejara de leeras: «Tú necesitas tener algo que sea tuyo y seguro, aunque sea poco».

Cuento esto porque me preocupan los viejos que están cada vez más abandonados. ¡Cómo no se van a poner peor cuando no tienen a quién acudir, ni dinero para sus necesidades básicas! Pienso en mi propia vida. Tengo un hijo que está en Canadá, pero pasa preocupado de mí; mi hija está cerca, hablo con ella todos los días; un nieto maravilloso, que adoro y que vive conmigo, y Miguel, que es mi gran compañero y que pasa preocupado de mi entorno. No tengo ni siquiera que pensar que estoy obligada a hacer los menesteres de la casa, pero cocino para ellos porque me gusta. Mi marido me insta a que me dedique a lo mío, que haga las cosas que siempre me han gustado. Siento que, en relación con otros viejos, soy una privilegiada. Me quieren, y eso me hace sentir muy bien.

Cuando pienso más profundamente en este tema de los adultos mayores, me doy cuenta que quienes son los que hacen tira el voto en las elecciones o quienes votan en blanco son los viejos, y lo hacen porque están enojados, porque como el tiempo les permite leer y se enteran de lo que pasa, por experiencia saben que son y seguirán siendo los eternos postergados. No hace mucho vi un afiche que me mostró un anciano de Valparaíso. El texto era muy escueto y simple: «Sueldo del Presidente de la República: \$ 3.200.000; sueldo de un jubilado: \$ 210.000». Lo peor es que hay una gran cantidad que recibe mucho menos o casi nada.

VI Fidel y Cuba

Todos los que éramos jóvenes, a fines de la década de los cincuenta, fuimos fuertemente influenciados por la Revolución Cubana. Sin ningún problema digo que Fidel Castro es la gran figura histórica del siglo XX. Es un hombre de una tremenda cultura y de una gran oratoria; son miles y miles quienes se reúnen a escucharlo, pues siempre plantea ideas y reflexiones brillantes.

Lo admiro porque ha sido no sólo valiente, sino de una consecuencia enorme. Se planteó un ideal de sociedad socialista y ha trabajado intensamente para lograrlo; aunque los yanquis lo hayan bloqueado económicamente, Fidel ha logrado encontrar el camino para dar una vida más digna a su pueblo, como es el derecho a salir de la ignorancia y mejorar la salud de sus habitantes. No hay ningún país de América Latina que llegue a emular las cifras que ha alcanzado Cuba en el campo de la educación y de la salud.

Es probable que no vivan todo lo bien que se merecen, pero es porque han sido aislados. Pese a todo eso exhiben cifras óptimas en una sociedad global asolada por el analfabetismo, el hambre y las enfermedades. No tienen una deuda externa como la que aniquila a los países de nuestro continente. Es probable que sucedan hechos que molesten a la sociedad capitalista, pero si se hacen comparaciones se verá que la isla es un lugar donde no existen seres humanos agobiados por el desempleo, por la imposibilidad de acceder a la educación,

porque no tienen dinero o de sanar una enfermedad porque el acceso a la salud es un privilegio de los ricos.

También en Cuba se respeta a los viejos y a los niños, que tienen prioridades en las necesidades básicas. Ellos se enorgullecen cuando dicen que en el mundo se mueren muchos miles de menores diariamente, producto del hambre que afecta a gran parte de la humanidad, pero ninguno de esos niños es cubano. En Cuba no hay infantes ni viejos pidiendo limosna en las calles.

En la década de los sesenta, todos estábamos enamorados de la Revolución Cubana. Soñábamos con un mundo mejor, y esas ideas que veíamos que se iban a concretar en Cuba eran para nosotros un camino para mejorar la sociedad y hacerla más justa. También debo dejar en claro que el otro personaje que nos influenciaba muy fuertemente era el Che Guevara. ¡Qué hombre más consecuente! Porque él era de una familia medio aristócrata, médico, pero decidido a ponerse al servicio de la gente. Tenía, además, algo que hacía que las mujeres especialmente lo admiraran: era un hombre muy lindo por dentro y por fuera. Su influencia es aún enorme en los jóvenes. Veo a muchos en las calles con la imagen del Che. Siempre pensé que en Bolivia, Guevara no había sido valorado. Lo asesinaron allí, luego de ser traicionado y perseguido por agentes de la CIA, en concomitancia con algunos dirigentes de ese país. Estuve invitada a un congreso en La Paz, por el movimiento Bolivia Libre. Pude comprobar que muchos adolescentes usaban unas chaquetas con la imagen del Che y concluí que la figura del revolucionario tiende a ser cada vez más importante entre los jóvenes de ese país.

En el mismo congreso me llamó la atención que los asistentes se comportaban igual como lo hacían los participantes de los eventos socialistas de los años cuarenta y cincuenta, o sea que iba mucha gente; nadie se ponía a fumar en los pasillos y todos estaban atentos a los debates. Hubo algo más que



Con el comandante Fidel Castro.

me llamó la atención. Generalmente, los chilenos no respetamos al que vive al lado de nosotros o a veces está junto a uno, sin que nos importe su presencia, y resulta que son personas muy sencillas pero más cultas que nosotros. El hombre que dirigía el congreso en Bolivia tenía alrededor de cuarenta y cinco años, de apariencia modesta y figura delgada, que se presentó como profesor de una escuelita. No llamaba mayormente la atención, pero de pronto se transformó en el alma de la asamblea. Empezó a traducir el aymara, el quechua y otras lenguas que se hablaban en la reunión. Gracias a él podían participar en el evento representantes de todas las etnias. A las tres de la mañana, cuando hacía un frío que calaba los huesos, porque la altura de La Paz hace que las madrugadas

sean muy heladas, empezaron a repartir unos pocillos con una mezcla caliente de maíz morado y chuño. Eso era bueno para el frío. El debate siguió mientras el profesor traducía sin ningún problema las intervenciones de los delegados indígenas. En ese instante pensaba que los chilenos nos creemos tan recultos y nunca hemos visto que nuestros dirigentes hablen el mapudungun. Personalmente, apenas sé unas pocas palabras mapuches. En cambio, el dirigente boliviano tradujo todos los discursos. Me sentí inmensamente feliz de haber participado en ese congreso, así como me llamó la atención aquello de que los jóvenes estuvieran con casacas con la imagen de Guevara.

Volviendo a lo de mi admiración por Fidel, debo ser sincera. Cuando vino a Chile, en la época de la Unidad Popular, no me gustó nada que estuviera tanto tiempo. Cuando me preguntan si eso me agradó, respondo que no. Creo que se le pasó la mano, y dio la oportunidad a los momios para armar un ambiente en contra del gobierno de Allende y planificar campañas como las que ellos acostumbran.

No obstante lo anterior, mi relación con Fidel es excelente. Él es muy deferente y agradable conmigo. Esto me hace recordar que cuando vino a nuestro país, después que se instaló la democracia, luego de la larga noche de Pinochet, me sucedió algo que no esperaba.

Fidel fue invitado al Partido Socialista, donde se estaba haciendo un encuentro nacional. En esa época yo era miembro del Comité Central. Estaba presidiendo Camilo Escalona. Fue el año 1997. Fidel estaba en un sitio de honor junto a la directiva cuando Isabel Allende anunció que hablaría su madre, Hortensia Bussi. Acto seguido le pasó un discurso escrito a la *Tencha*, quien empezó a leerlo, destacando que Fidel se equivocaba en sus políticas.

Luego que terminó doña *Tencha*, habló Fidel, pero cuando se esperaba que aludiera al desatinado discurso de la viuda

de su amigo Salvador Allende, el comandante dirigió un saludo a todos los chilenos e hizo referencia a otros temas. Se produjo un clima terrible de ofensa al invitado, pero nadie se atrevió a decir nada. Por eso quedó la grande cuando, a la salida, los periodistas se acercaron a preguntarme por lo expuesto por la *Tencha*. Como no tengo pelos en la lengua, respondí:



Con Hortensia Bussi e Isabel Allende.

—Yo no puedo opinar nada porque el discurso se lo pasó Isabel a su madre, y la opinión de *Tencha* no me interesa, porque ella no es militante del Partido Socialista.

Al día siguiente acudieron todos los parlamentarios a desagrar a la *Tencha*, porque se estimaba que con mis declaraciones yo había ofendido a la viuda. Yo insistí: «Lo que ella ha dicho o leído, o sea el discurso que le pasó la hija, será la opinión de ella, pero esa no es la opinión de los socialistas».

Al revés de lo que sucedió en el partido, la gente de la calle, el pueblo corría detrás de Fidel. Había personas que le llevaban modestos obsequios, como una flor, pero era la expresión de cariño del chileno común. Lo que dije de Hortensia Bussi quedó en el ambiente porque, después de todo, ella es un icono, a la que le reconozco haber jugado un gran papel en su calidad de viuda de Allende. Se ganó un lugar en la historia, y la respeto por eso. En cuanto al discurso,

siento que no actuó en forma atinada o, por lo menos, debió hablar a título muy personal, pues no nos representaba a la mayoría de los que estábamos allí. Por supuesto, reconozco que por lo enfermiza que ha sido, con la terrible osteoporosis que la tiene bastante maltrecha y una serie de males que la aquejan, fue capaz de recorrer el mundo entero denunciando las brutalidades de la dictadura de Pinochet.

No soy una incondicional de Cuba, porque hay cosas que no me agradan. Sin embargo, entiendo que ellos han tenido que ceder en algunos puntos para poder sobrevivir. Se han convertido en un país turístico. Hay hoteles cinco estrellas, en circunstancias que cerquita, en La Habana misma, hay gente que no tiene ni agua potable. Estas cosas las digo con la mejor intención, pues quiero a los cubanos y tengo muchos amigos allí. Sigo respetando el que tengan la mejor educación del mundo, conceptualmente hablando, y la mejor medicina para su pueblo.

En Cuba suceden cosas tan increíbles como el derecho que tienen sus habitantes a ser bellos, pues pueden hacerse gratis la cirugía estética con los mejores cirujanos plásticos de la isla. El que quiere puede arreglarse la cara, mejorar la nariz, sacarse la papada o quitarse las arrugas. No obstante, hay algo que me duele mucho: la última vez que fui vi putas en la calle y me dio mucha lástima.

Creo, como ya lo he dicho, que Fidel Castro es el gran personaje del siglo XX. En el lugar que esté se convierte en el centro de la fiesta. A veces asiste a congresos y no va como orador, sino como simple espectador, y allí empieza a preguntar a los congresistas de todo el mundo acerca de la realidad que se vive en los pueblos tercermundistas. Sus interrogantes siempre son muy agudas y puntudas, lo que obliga a los delegados a estar muy bien informados, pues Fidel siempre lo está.

También me gusta conversar con los escolares cubanos, y es una delicia escuchar lo que quieren a Fidel; lo mismo

hablar con un taxista y preguntarle por sus problemas. Él generalmente responde: «Sí, tenemos muchas carencias, nos faltan muchas cosas, pero aquí tenemos democracia, aunque en otras partes se asegure lo contrario». La última vez que fui, un taxista estaba tan contento que hasta me cantó, y muchas que cantaba bien el negro.

Es común encontrarse con gente en las calles o mozos en los restaurantes, quienes te preguntan si ya has sacado entradas para el ballet o los festivales de teatro o cine. Todo el mundo, cualquiera sea su rango, ya están con las entradas en sus bolsillos, pues aprecian enormemente todo lo que es cultura y saben de cualquier tema; conversan de todo sin restricciones. Nunca he estado en Cuba conversando a media voz o tratando de saber algo *off the record*. Todo el mundo habla libremente y dice lo que piensa, por lo menos eso es lo que me ha pasado a mí. Otra cosa muy rescatable es que a los médicos tú los miras como a tus iguales. El tipo no está en la categoría de Dios.

Acá en Chile, el médico sigue siendo como un aristócrata al que hay que mirar de abajo para arriba. El médico en Cuba te tutea y tú lo tuteas a él, y además no te visita una vez, sino que sigue tu caso hasta que estás repuesto. Cuba no es una nación para gente egoísta.

Luego del discurso de *Tencha* recibí una invitación del propio comandante Castro para asistir a una comida de despedida de Chile. La reunión era más bien íntima. Del Partido Socialista estaban Camilo Escalona y Clodomiro Almeyda. Cuando me saludó Castro, lo hizo en forma muy cariñosa: «Carmen, a mí me habían hablado de ti los compañeros, pero ahora te conocí y ya sé que tú no aceptas ni embustes ni mentiras».

En ningún momento hizo referencia a lo de Hortensia e Isabel. Fue desagradable ver cómo mis correligionarios acusaban a desagaviar a la *Tencha* luego de mis dichos, pero a mí

ese capítulo me hizo sentir muy bien, pues demostré que soy una persona libre, digo lo que quiero y lo que siento cuando me da la gana.

Finalizando mis apreciaciones acerca de Cuba me enternezco con los cubanos, porque pasan meses comiendo lentejas, pero cuando hablan de su país se nota que lo aman, porque lo defienden desde el fondo de su alma, destacando lo bella que es la isla. Me impresionó cuando fue Jimmy Carter a La Habana y le preguntaba a los niños cómo estaban. Ellos respondían sin miedo y decían lo que pensaban; igual lo hacían los jóvenes. Ellos estaban hablando libremente.

Me impactó fuertemente la visita del Papa a Cuba. Llamó la atención del mundo el momento en que Juan Pablo II y Fidel estuvieron largos segundos tomados de las manos; fue una transmisión de energías, calor y empatía, porque no se puede tener largo rato tomadas las manos porque sí no más. En ese acto de amistad se estaba entregando y recibiendo algo. Así lo sentí. Fue como si se hubieran dicho: «Tú eres poderoso en esto y yo soy poderoso en esto otro, pero por encima de todo los dos somos hombres y amamos a los seres humanos». Yo no soy religiosa, pero ese gesto me conmovió; para mí no fue un simple apretón de manos, tenía otra connotación.

VII

Doble estándar

Uno de los problemas culturales más serios es la censura. ¿Quién soy yo para decir qué puede ver la gente?, sea en el cine, en el teatro, ballet, ópera o libros. ¿Por qué alguien, atribuyéndose poderes especiales, decide lo que uno deba leer o lo que uno pueda ver? ¿Por qué razón le voy a decir a una chica o a un muchacho: «Miren, jóvenes, no vayan a ver tal película»? De partida, estoy pensando que ellos son más tontos que yo o que son tan descriteriados que no están en condiciones de pensar por ellos mismos. Les estoy dando una calidad de minusválidos.

De lo que sí soy partidaria es de entregar una opinión o hacer un comentario. Si he leído un libro o he visto una obra de teatro, puedo decir lo que mi experiencia dicta acerca del texto o la representación. Tengo capacidad para opinar y decir que esto me parece así u opino esto o lo otro. Si se toman en cuenta dichos juicios, me parece bueno, y si no se los toma en cuenta, pues también. Porque uno se va haciendo sus propios conceptos, creencias, conocimientos o líneas de pensamiento a base de experiencia.

Si uno no experimenta y no se abre a nuevas ideas, se va metiendo en una burbuja. Como una vez lo dijo una ministra de Pinochet, que ella había vivido en una burbuja, por eso no se había dado cuenta que había injusticias. ¡Bien fresca la vieja esa! Se censuraba tanto que estaba ciega y sorda frente a lo que pasaba.

Un tema bastante discutido, y que en Chile estamos a años luz de abordarlo, es el aborto. Con todas mis letras digo que soy partidaria del aborto. Creo que la mujer es dueña de su cuerpo. Como máximo, le preguntaré a su pareja si puede tener el niño o no; hay casos de enfermedad y tantas otras situaciones que hacen muy difícil traer a un hijo al mundo. Todos los que gritan y pontifican que hay que dar un rotundo no al aborto son personas a las que les importa un bledo el problema de la mujer. Una vez me preguntaron:

—¿Usted no considera que el aborto es un crimen?

—Más crimen —respondí— es tener un niño muerto de hambre, botado en un rincón de una pieza y que el padre y la madre se estén drogando y emborrachando y que cuando el pequeño o la pequeña tenga dos o tres años lo abusen sexualmente o lo violen. Eso lo encuentro horroroso.

En cuanto al divorcio, siempre fui partidaria de legislar en esta materia. Chile era uno de los pocos países en que el divorcio estaba prohibido. Da la casualidad que quienes más se han opuesto a él son precisamente quienes tienen una doble vida; o sea, hacen del doble estándar su cotidianidad. Elizabeth Subercaseaux dice, en uno de sus libros, que los más pechoños son los que más se oponen al divorcio, pero son tremendamente infieles. Lo único que hacen es golpearse el pecho y arrepentirse, pero igual fornican fuera de la casa cuando se les da la gana.

También me han pedido la opinión acerca de los homosexuales. Para mí son personas que tienen una opción distinta al común de la gente. Tengo un gran amigo, Pedro Lemebel, que es homosexual, y recalco que no es amigo sólo de ahora, sino de siempre. Lo hallo encantador. En mi jardín tengo plantas que él me ha regalado. Cuando viene a verme, acostumbramos a hablar de flores y temas, en general, que se relacionan con la madre naturaleza. Es una persona encantadora.

Hace muchos años descubrí a Oscar Wilde, quien impactó a los londinenses por sus aventuras con un hijo de lord Douglas y que debió sufrir las penas del infierno por ese muchacho que verdaderamente se aprovechó de él. Era un tipo delicado y, además, un aristócrata. ¿Y qué pasó?, lo tomaron preso y lo obligaron a deshacer los nudos de los cordeles con que amarran los barcos, tarea que le hizo sangrar sus manos. El padre del muchacho tenía de alguna manera que hundir a Wilde, porque por sus poemas todo Londres se enteró de que su hijo era homosexual. Y el muchacho mismo abusó y explotó a Oscar. Con lo fino que era Wilde, le bastaba con escuchar los berrinches y pataleos del joven para pagarle los más mínimos caprichos. Fue una relación terrible, que destruyó al escritor.

Leyéndolo aprendí inglés. Cuando pienso en él me acuerdo de *El príncipe feliz*, *El ruiseñor y la rosa*, *El gigante egoísta* y tantos otros cuentos. Cuando leía que el príncipe feliz obligaba a la golondrina a sacarle sus ojos de zafiro para que se los llevara a una estudiante que estaba muriéndose de hambre, y así iba destrozando todo su cuerpo cubierto de oro para acudir en ayuda de los desamparados de la ciudad, se me llenaban los ojos de lágrimas. En realidad, la sensibilidad de Wilde mataba, hacía que una sintiera que había un tremendo dolor y mucha injusticia en la ciudad. El príncipe era capaz de amar hasta autodestruirse. Wilde solía decir: «Mi talento lo he puesto en mis libros, y mi genio lo he derrochado en mis conversaciones». O sea, quienes lo conocieron disfrutaron del placer de hablar con un escritor sensitivo y erudito.

Pienso que mi aceptación de los homosexuales viene de haber tenido una familia proleta, porque en el medio donde yo nací, cuando un cabro era medio especial, las viejas decían: «Pobrecito, parece que es maricón». Le tenían lástima y más bien lo consideraban un defecto, pero jamás le habrían

impedido entrar a sus casas por ser distinto. Diría que había en mi época más tolerancia hacia estas personas.

Desde muy chica escuché que las autoridades discriminaban a los homosexuales. En la época de Ibáñez oía cómo los mayores hablaban de que se habían fondeado a muchos maricones en alta mar. También se decía que habían hecho lo mismo con los dirigentes de los obreros. En esa época aprendí que las tiranías eran asesinas y de una crueldad mucho más allá de toda razón. Lo que se contaba era que se llevaban a estos hombres, les colocaban bloques de cemento en los pies y los hundían en el mar para que nunca sus cadáveres regresaran a la superficie.

Siento que son personas de gran sensibilidad. Así como Wilde escribía como un dios, Pedro Lemebel lo hace maravillosamente. A tal punto que es uno de los escritores más «pirateados», pues todo el mundo lo quiere leer. Con Pedro somos tan amigos que juntos hemos ido a comprarle pañales a un señor al que se le sueltan los esfínteres. Cuando murió su madre, que era su gran soporte, estuvo muy decaído durante bastante tiempo.

Con su padre no tenía una muy buena relación, porque le pegaba mucho, pues no le gustaba que su hijo fuera maricón. El padre era panadero, y es probable que en su ambiente no hubiera tolerancia hacia el mundo homosexual. En cambio, Violeta Lemebel era totalmente su amiga y compañera. Fue tanto que Pedro decidió llevar el apellido de ella.

En una oportunidad me invitó al lanzamiento de su libro *Tengo miedo torero*. La presentación se realizó en el salón de honor del ex Congreso Nacional, en el mismo lugar donde Allende recibió la banda presidencial en noviembre de 1970. Es un sitio de grandes recuerdos. Mi padre tenía como cien años y lo llevamos a que presenciara ese momento histórico. Bueno, con esos recuerdos al hombro entré al salón de honor y me senté en las primeras filas, cuando de re-

pende alguien dijo: «Está entrando Pedro Lemebel». En ese momento quedó encendida solamente la luz de la entrada, e hizo su aparición, casi irreal, Pedro. Venía con unos vestidos rojos y unos tacos de punta. Se veía realmente hermoso. Traía puesta una cosa en la cabeza y atrás una especie de cuello con forma de abanico.

Completamente maquillado, portaba en sus manos un gran ramo de claveles. Todos nos paramos a aplaudir y él pasó entregando flores.

Subió al estrado y habló. Hizo referencia a Gladys Marín, íntima amiga suya. También recordó a Mario Palestro, y destacó especialmente: «En este lugar juró como Presidente de Chile Salvador Allende». Mario Palestro, que estaba entre la concurrencia, lanzó un grito: «¡Viva Chile, mierda!». Luego, Pedro me saludó así: «Y aquí está la gran mujer, esa brillante morena que se llama Carmen Lazo». Acto seguido me regaló todos los claveles que tenía en ese momento en las manos, y los jóvenes que estaban allí me pidieron: «Señora, por favor, denos una florcita». Me quedé con un ramito chico.

Cuando regresé a mi casa vi que le quedaban tres patillitas y las planté. Salió una mata de claveles hermosísima y, cosa rara, las flores que eran originalmente rojas me salieron rosadas. Y yo le decía a la mata, cuando estaba chica: «¡Cuidado, Pedro! No te vayas a secar, no te voy a aguantar esa mariconada». La verdad es que lo quiero mucho. Sé que ha sufrido bastante por la muerte de su madre y que la vida le ha sido más o menos esquiva en el plano amoroso, porque hay tipos que se acercan a él, porque piensan que tiene mucha plata y sólo desean aprovecharlo. Él ha ganado algo de dinero, porque ha estado arreglando su casa.

Para su cumpleaños le regalé unas cortinas de baño, porque me parecían muy feas las que tenía. También le llevé de obsequio las obras completas de Huidobro.

Otro tema que también crea polémica es el de la eutanasia. Pienso que uno de los avances más importantes que ha dado la humanidad ha ocurrido en el campo de la ciencia. Esa fue la tónica del siglo XX y seguirá poniéndose énfasis en esta materia en el siglo XXI. En la medida que la ciencia evoluciona, se toma conciencia de que una persona que está desahuciada no debe sufrir indebidamente si no existe una razón valedera para que siga viva.

Hoy es común conservarles la vida a enfermos que están sufriendo terriblemente, sin que haya argumentos para alargar la agonía. En estos casos no pueden imperar normas de carácter religioso, sino que motivos éticos, nada más. Lo demás es ridículo.

Tengo un pensamiento muy racional, ni siquiera tengo experiencias de tipo paranormal, como se dice. Soy absolutamente agnóstica, aunque cuando mi madre falleció y para mí fue una prueba terriblemente dolorosa, debo reconocer que pasó como un año y medio en que sentía su presencia, pero racionalmente me fui dando cuenta que todo era producto de la enorme necesidad que tenía de ella. Hubo momentos en que sentí que hasta me tocaba, pero concluí que era yo misma la que creaba esa sensación.

Con mi hija Millaray también hubo un capítulo extraño. Ella tenía cinco años cuando murió su padre. Vivíamos en la población Huemul, que estaba cerca de una escuela. Allí fue a estudiar, cuando un día me llamó la profesora para decirme: «Millaray es una niña muy rara. Fíjese que a veces yo estoy hablando y ella está mirando para el techo. Hasta que le pregunté: ¿por qué siempre miras para arriba?, y la niña me respondió: “Porque tengo un amiguito que está ahí”». Me largué a reír y le dije a la profesora: «Lo que pasa es que la niña tiene un amiguito imaginario».

Cuando era una cabra muy joven, en el norte escuché muchas veces a los mineros contar cuentos de aparecidos, y



En el IX Congreso Internacional de Defensa Social.

confidenciaban que cuando los hombres son muy avarientos, los minerales se corren. Ellos ven una luz que se corre, pero la explicación científica es que hay minerales que en la noche producen una luminosidad por su composición química. Eso no sucede porque haya brujería ni nada que se le parezca. Estas historias las escuchaba cuando iba con mi hermano Manuel, quien me acompañaba para repartir y vender el periódico *Consigna*. Íbamos en mula o en burro y llegábamos a lugares muy lejanos. Había una zona que se llamaba Chinchillón, y cuando se hacía de noche encendían fogatas y asaban papas tomando mate.

Todo esto daba paso a los cuentos de aparecidos y de corrimientos. Algunos sentían unas cadenas que tiraban y después las buscaban. A veces encontraban herramientas o metales enterrados. Pero se sabe que esos ruidos y las luces son producidos por los minerales. Era una época en que iba a los lavaderos. A mi papá lo habían echado de El Tofó; tenía una mina y yo iba a Agua Grande y Chinchillón. Como era muy puntuda, me ponía a hablar de socialismo, ¿y qué sabía yo de socialismo en esa época?, pero igual me ponía a con-

versar y armaba grupos con los cuales imaginábamos cómo podría transformarse el mundo en una sociedad más justa para los trabajadores. Yo tenía entre catorce y quince años. El norte siempre ha sido un territorio muy magnético para mí.

Hace poco fui con mi hijo, quien quería que sus «japonesitos», como le dice a sus retoños, conocieran Chuquicamata, donde había nacido su madre. Anduvimos en la Cordillera de la Sal, que es preciosa, y sentimos cuán pequeños éramos en esas inmensidades. Las estrellas estaban encima de uno y daban ganas de acostarse de espaldas y mirarlas por largo tiempo. Así fuimos recorriendo Tarapacá. Visitamos San Pedro de Atacama, el Valle de la Luna, que parecía un fondo de mar. Era como si un pedazo de océano se hubiera quedado metido en la cordillera.

VIII

FRAP, UP y otros recuerdos

Me resulta difícil hablar de aquellos tiempos. Este era otro país, un Chile en que el menos educado pensaba y sabía lo que quería. La gente tenía un sentido de clase, de lo que debía ser una persona revolucionaria. Era otra educación y otro tipo de conciencia, que es diferente a lo que se siente ahora. No hay comparación entre ese país y lo que ocurre hoy en el ámbito político. Había una férrea clase obrera, con los defectos que se quiera, con las limitaciones que se argumenten, pero era una clase trabajadora que tenía clarito lo que esperaba de sus dirigentes y gobierno. Había una democracia que será muy difícil volver a equiparar. Lo que tenemos hoy día no es para nada una democracia. Se observa en pequeños y grandes detalles que hay poderes fácticos que lo controlan todo. No quieren reformas constitucionales ni ninguna ley que permita modernizar nuestra vida y, sobre todo, mejorar en el campo social.

En el año 1964 ya se había formado el FRAP. Fue en esa época cuando se produjo el famoso «naranjazo» y todos pensamos que Allende sería electo. Pero Julio Durán, sintiéndose perdedor, se descolgó y la derecha votó por Frei. Eran los tiempos de la Patria Joven, en que los demócrata cristianos hacían su famosa marcha a lo largo del país. Como yo siempre he sido fanática del ideario socialistas, nunca me gustaron las ideas socialdemócratas ni socialcristianas. Pero en aquella época teníamos una buena relación con esos sec-

tores, porque nuestra principal pelea era con la derecha. Con los comunistas nos costó mucho abuenarnos, porque ellos querían tener todo el manejo de las masas y nosotros también queríamos controlarlas. Así que fue una pelea con hacha y martillo. Pero al final nos pusimos de acuerdo. En el año 1952, yo andaba en el norte con Allende y nos acompañaban en el mismo grupo el *Chico* Corvalán y Volodia Teitelboim. Donde llegábamos actuábamos de tal forma de lograr que nos votaran. No éramos tantos, pues en todo Chile sacamos cincuenta y dos mil votos. Ya después fue un poquito más, pero nunca tanto.

En el año 1958, cuando Allende se enfrentaba a Alessandri, se nos cruzó el cura de Catapilco y Allende perdió por poco más de treinta mil votos, los mismos que computó el sacerdote.

A pesar de todo, esa campaña fue muy bonita. Me acuerdo que en el sur estaba Allende sentado en una piedra y se le acercó una niña y el *Chicho* le dijo con mucha gracia:

—Cuando yo me muera van a poner una piedra parecida a ésta en mi tumba, la que dirá: «Aquí yace Salvador Allende Gossens, futuro Presidente de Chile».

Suelo ser muy imprecisa en fechas. Creo que el «naranja-zo» fue un poquito antes del año 1964, cuando los demócrata cristianos y la derecha terminaron unidos porque se dieron cuenta que la izquierda podía doblar su votación. Fue una época en que hubo un trabajo muy lindo en el campo. Uno de los que hicieron una labor magnífica en esos lugares fue nuestro senador Salomón Corbalán, quien murió cuando andábamos en plena campaña, en un accidente automovilístico.

Los demócrata cristianos tenían su propia reforma en el campo, y pese a ser bastante primitiva, cualquier avance que se hiciera en el agro era bienvenido. La oligarquía hacía lo que quería con los campesinos. Cuando había elecciones, los subían a los camiones para que votaran como si fueran carneros,

les colocaban el voto en el bolsillo, después los llevaban a comerse un asado con harto vino tinto y, luego, si te he visto no me acuerdo. Y así se acababa el cuento. Eso era porque la ley electoral, aún no reformada, permitía todos esos excesos.

La chilenización del cobre que hicieron los demócrata cristianos resultó para algunos un poco rasca. Daba esa sensación porque se hizo al gusto de los gringos. Fue como hacerle un rasguño a esta cosa dura que había. Desde que era chica me tocó ver lo que pasaba con el hierro y con el cobre, y tenía bien clarito lo que debía hacerse. Baste recordar lo que pasó con el salitre, porque el negocio de esta riqueza no lo mató solamente el salitre sintético que descubrieron los alemanes, sino que lo jodió el ímpetu que tenían en Chile las compañías que explotaban el mineral. Eran compañías inglesas y también norteamericanas. Había de todo, en realidad.

O sea, que la chilenización de Frei fue como rasguñar metal de alta dureza. La nacionalización que hizo la Unidad Popular fue a fondo, y formaba parte de un programa que, además de la reforma agraria, planteaba cuarenta medidas que se podrían concretar sin mayores problemas en el período de gobierno de la UP. Pero había gente apurada en todos lados, los que llevaron las aguas a otros molinos.

Si en un primer período de la Unidad Popular se hubieran desarrollado las cuarenta medidas, habría sido suficiente para lograr un avance enorme en el bienestar del pueblo. Recuerdo que entre las que se concretaron de inmediato figuró la del medio litro de leche diario gratuito para cada niño. Sabido es que muchos miles de pequeños, al no tener una alimentación adecuada en el primer año de vida, sufren daños irreversibles para el resto de la vida. Esa fue una parte del plan que se llevó a cabo sin ninguna dilación en todo el territorio.

Otras medidas eran tan simples como suprimir los sueldos fabulosos, no más viajes fastuosos al extranjero, no más asesores, honestidad administrativa; el Fisco no fabricará nue-

vos ricos; jubilaciones justas para todos y rechazo a los retiros y pensiones millonarios; previsión para todos; educación gratuita para todos, con respaldo total al estudiante; asistencia médica y sin burocracia para todos los chilenos; medicina gratuita en todos los hospitales, suprimiéndose el pago de medicamentos y exámenes en los centros asistenciales; no más estafas en los precios de los remedios importados, reduciendo los derechos de internación de las materias primas; casa, luz, agua potable para todos; no más cuotas reajustables CORVI; arriendo a precios fijos. No se debía gastar más del 10% de la renta familiar en pagar alquiler; liberación del pago de contribuciones, sólo deberían pagar las mansiones.

El que vivía en una propiedad de no más de ochenta metros cuadrados y habitaba en ella, quedaba exento de pago; fin del impuesto de la compraventa; no más amarras con el Fondo Monetario Internacional; consultorios legales en las poblaciones; fin a la justicia de clases; fin a la cesantía, con creación de nuevas fuentes de trabajo, dando un gran impulso a la construcción, a los planes de obras públicas, a la creación de nuevas industrias. No se dejaba de lado el deporte y la recreación, fomentando el establecimiento de campos deportivos y actividades físicas y, al mismo tiempo, incrementando el turismo. Estas son algunas de las medidas que agregaban, como corolario, la fundación de un Instituto Nacional del Arte y la Cultura, con escuelas de formación artística en todas las comunas.

Apenas se pudo empezar con estas medidas, porque prácticamente en los tres años de la Unidad Popular se logró hacer mucho, pero gran parte de la energía se gastó tratando de detener a los golpistas, que además recibían el apoyo del gobierno de Nixon, con el maquiavélico secretario de Estado Henry Kissinger.

Hay unos libros de Orlando Millas que son muy reveladores de lo que sucedió en aquellos años. Planteaba que Chi-

le, al igual que el resto de los países de América Latina, es tremendamente dependiente. La riqueza nuestra es el cobre, es lo que llamábamos entonces el «sueldo de Chile», es el único gran patrimonio que tenemos. Hoy hay más de cuarenta compañías que están sacando el cobre y el oro de nuestro territorio y los han explotado de tal manera que no han declarado nunca ganancias. Siempre han dicho que tienen pérdidas, ya sea por un motivo o por otro. Hay un libro de Jorge Lavandero que se llama *El cobre no es chileno*, donde se revela cómo se han estado robando nuestra riqueza. La nacionalización tal como se quería se fue desdibujando. Lagos dijo una vez algo que parece que él mismo ha olvidado: «La Constitución del 80 ha dejado todo atado y bien atado». Aylwin aguantó esa Constitución, es famosa su frase «democracia en la medida de lo posible». Frei y Lagos también la han soportado. Quiere decir que seguimos atados por todos lados y así no tenemos ninguna posibilidad.

En la medida que pasa el tiempo, la derecha sigue diciendo que la Constitución no hay que tocarla, porque a ellos lo que más les conviene es que todo siga igual, como «el gato-pardo». El texto lo hizo Jaime Guzmán con la mujer de la burbuja, la Madariaga, y otros que fueron muy hábiles para dejarnos amarrados de pies y manos. Pero lo concreto es que nos jodieron. Ellos son geniales para defender sus intereses. Habría que luchar por una reforma que obligue a las compañías que hoy explotan nuestros minerales, como el oro, la plata, el molibdeno, litio, yodo y otros, a no llevarse lo que se les dé la gana y después de un tiempo digan: «No hemos tenido ganancias»; por lo tanto, al Estado chileno no le dan un peso.

Todo esto, el chileno común no lo sabe, no tiene idea que lo están saqueando. Y ahora, cuando se discute el tema en el Parlamento, la derecha se sigue dando el lujo de torpedear cualquier intento por modificarla, defendiendo como siempre los intereses del gran capital.

De acuerdo con la Constitución de Pinochet, si uno es diputado o senador no tiene —como lo planteaba la carta fundamental de 1925— derecho a lo que se llamaba iniciativa parlamentaria. Por ejemplo, yo era una diputada proleta, que representaba a los más proletas de este país. Cuando llegué a la Cámara había ejercido como relacionadora pública del área hospitalaria de la zona sur de Santiago y tenía bastante conocimiento en esta materia, pues estudié seguridad social.

En esa calidad yo trabajaba en el Seguro Obrero y estaba en una oficina que se llamaba de Relaciones Gremiales. Allí había, además, abogados y «pollos» de abogados, o sea los que aún no se recibían. Estudiábamos a fondo la materia de seguridad social. Teníamos conocimientos y cultura suficiente en estos temas, así es que nos pusieron a enseñar en los sindicatos los alcances de la Ley 10.383, que reformó la 4.054, ley que creó el Seguro Obrero. Llegábamos a los centros obreros, o sea a los sindicatos, y enseñábamos la ley. Éramos como ocho personas y juntábamos alrededor de un millar y medio de trabajadores, en empresas grandes como la Papelera, y les aclarábamos la ley.

Yo me pregunto: ¿en qué parte se hace o sucede esto en nuestro país? ¿Qué obrero tiene un servicio público, como era el Seguro Social, que llegue al mineral El Teniente y enseñe a los trabajadores los alcances de una norma o de otras leyes que rigen las distintas actividades en el país? Esos dirigentes podían acceder al Congreso y conversar con los distintos honorables, porque éramos muy honorables. Nosotros los recibíamos y ellos hablaban con total conocimiento de las materias, demostrando su gran preparación. Hacíamos hasta congresos para tratar los temas que preocupaban a los trabajadores y nosotros, los parlamentarios, podíamos tener iniciativa en el Congreso.

Clarificando esto se podría poner el siguiente ejemplo: venía un dirigente de Coya o de Caletones y me decía: «Mi-

re, señora parlamentaria, yo traigo un proyecto para arreglar la situación que afecta actualmente a los trabajadores de nuestro mineral». De inmediato se tomaban las medidas para juntar a la comisión respectiva de la Cámara y a los dirigentes sindicales. Se les invitaba a una reunión y con ellos se discutía y a veces estos dirigentes terminaban enseñándole a uno muchas cosas que desconocíamos, porque ellos eran los que sufrían los rigores en sus tareas diarias en el mineral. Así íbamos analizando lo bueno y lo malo hasta lograr acuerdos positivos, que eran llevados a los debates de la Cámara como iniciativa parlamentaria.

Fue una época en que hubo gran conciencia de clase. Hoy día, en cambio, en la gran minería del cobre hay una aristocracia que son los dirigentes sindicales, inamovibles, igual que en los partidos políticos. Los pitutos son muy grandes. Hasta tienen aviones para viajar por todo Chile. ¿Para qué se movilizan, para mejorar a los tipos de la minería chica o para ver cuáles son las condiciones de ellos o sus familias?, porque es evidente que el trabajo de los mineros es inhóspito.

Estuve el año pasado en Chuquicamata con mi hijo. Vimos la mina en su totalidad, cómo se trabaja, los laboratorios, las fundiciones, los equipos. Es un trabajo salvaje. Allá hay tipos que ganan algo que se llama el patrón oro, o sea obreros especializados que ganan en dólares, pero eso significa que también hay en la minería chilena una aristocracia sindical y económica.

Una de las vergüenzas ajenas que me dan es que no existe ningún diputado que se haya dedicado a decir que la Constitución del 80 es mala. Traté de volver dos veces a la Cámara, porque quería preocuparme de estos temas. Me presenté el 93 y el 97, y la última vez me perdí por mil votos. Me da una tremenda rabia cuando pienso que pude llegar al Parlamento, porque hay que hacer tanto por los trabajadores. He visto cómo tratan a los empleados de las grandes tiendas en los dis-

tintos malls del país. Cómo deben estar de pie doce horas. He visto hijas de amigas mías que trabajan en esos lugares, muchachas muy decentes, muy lindas y serias, que son registradas al salir de sus pegas como si fueran delincuentes.

Me indigna ver a gente que revisan porque suenan los timbres al salir del local comercial. Me da rabia porque nadie reclama, dejan que los basureen. Si a mí un tipo me va a revisar porque piensa que robé algo, le advierto que voy a reclamar y que se atenga a las consecuencias. Vuelvo a decir que los chilenos somos una nación de borregos, como se afirmaba en aquel libro. Si hubiera llegado al Parlamento me las habría arreglado para conversar con la derecha respecto de la Constitución de Pinochet y buscar para que ellos dieran quórum para hacer cambios.

La Constitución del 25, con todo lo retrógrada que pudo haber sido, era infinitamente más democrática que la del 80. Una vez dije una frase maldita y que los canales la recogieron: «Prometo que si soy diputada voy a ser la piedra en el zapato de Pinochet». A raíz de eso me atacaron como quisieron. Fue una embestida con todo.

Me presenté el 93 como candidata en Peñalolén, y el 97 en el distrito de Camilo Escalona, cuando a él se le ocurrió postular como senador. En una de las fases de la campaña me tocó participar en un foro con Angélica Cristi, una mujer muy elegante, muy buena moza y ninguna tonta, a decir verdad. Pero sin falsa modestia, me la comí en el debate. Sin embargo, tuve una reunión con las mujeres de la zona a las que quería representar y conversé con varias de ellas. Eran unas viejas que hablaron a calzón quitado:

—Mire, señora Carmen —dijo una de ellas—, queremos decirle que nosotros la admiramos y, además, usted nos encanta, porque es muy franca. Pero también queremos decirle que como usted es muy atrevida y habla contra Pinochet, puede ser que en un futuro a este caballero se le ocurra hacer otro te-

rremoto, y como usted es de la clase política se va a prevenir y más de alguien la va a proteger, pero nosotros quedaremos como siempre queda el pueblo, desamparado. Por eso le venimos a comunicar que, gustándonos tanto usted, no la vamos a votar. En cambio, lo vamos hacer por la Cristi, que es de nuestra comuna y a su manera se preocupa de nosotros. En suma, a usted no la vamos a votar porque es muy polémica; en otras palabras, no la elegiremos porque usted es muy hocicona.

Luego que hablaron me sentí tranquila y quedamos tan amigas como siempre. Valoré que no me lo mandaran a decir con nadie. Fue en vivo y en directo. Sentí que había mucha gente que era de ideas socialistas y comunistas y siempre adherían a la izquierda. Pero también muchos de ellos habían sido perseguidos, torturados y habían pasado las mil y una peripecias, hasta trabajar en el PEM y en el POJH. Les quedó algo como que algunos políticos igual pueden irse. En cambio, los que no emigran tienen que afrontar lo que venga. Por eso escuché con respeto a esas mujeres.

Esa segunda campaña fue muy sacrificada, pues no contaba con medios. Me costó mucho financiar mi candidatura. Alguien buena persona me prestó una camioneta y con mis escuálidos ingresos contraté un chofer, pues yo no sé manejar. Fue así que logré trasladarme de un lado a otro.

La noche del recuento final vi llegar a nuestro hogar a Miguel. Venía muerto de frío, pero lo más triste era su cara cuando me dijo: «Perdiste por mil votos».

Reitero que si hubiera llegado al Parlamento no me iba a dedicar a cositas chicas. Mi gran deseo era pelear a fondo para cambiar la Constitución de la dictadura. Eso exige un trabajo de relojería. No podrá haber democracia plena mientras no se cambie ese texto.

Lo que más me llama la atención es que apenas llegan al Congreso, los nuevos parlamentarios no se acuerdan más del tema. Es una materia que hay que plantear todos los días y

machacarla hasta el cansancio. ¿Cómo puede ser que cuando alguien está frente a un micrófono y se enciende la lucecita desaproveche la oportunidad de hacer cada vez más conciencia? Yo me pregunto: ¿qué diputado del PPD, de los radicales o de la democracia cristiana habla de esto? ¿Quién alega algo acerca de la Constitución? Es más, he escuchado a camaradas míos hablar de «nuestra Constitución». Bueno, será la de ellos. Para mí no es mi Constitución.

Hace algunos años, Carlos Briones hizo un discurso en la Universidad de Chile. Era una defensa del socialismo revolucionario y en contra de la Constitución del 80, y dijo con todas sus letras: «Ese texto es una vergüenza para los chilenos y es una Constitución ilegítima». Y es ilegítima porque se habían destruido los registros electorales. ¿Cómo no va a ser una afrenta para el pueblo que haya tenido que votar y como agregado le cortan la punta del carnet de identidad? Es como si hubieran cercenado el derecho a pensar. Ese hombre que hizo ese discurso tan bueno, desgraciadamente falleció. Pero sus palabras deben estar en algún archivo de la Casa de Bello.

Siempre he tenido amigos con los cuales nos respetamos y adoramos. Ese era el caso de Carlos Briones. Cuando estuvo enfermo lo llamé un día a su casa y me atendió su esposa, que es de origen alemán, y me dijo: «Fíjate que Carlos quiere que te vengas a almorzar aquí». Y para allá me fui.

Carlos estaba leyendo ese día una novela de Marcela Serrano, la cual a mí no me gusta mucho, pero él me la dedicó y regaló. Tiempo después, la esposa de Briones quedó muy agradecida de mí, cuando yo le rendí un homenaje a él en un comunal.

Fue durante el período en que di un ciclo de conferencias en el comunal de Providencia del Partido Socialista. Fueron cinco charlas sobre algunos célebres, como Eugenio González, Raúl Ampuero (en esa oportunidad fue toda la familia Ampuero) y otros. También di la charla de Carlos Bri-

nes y desgraciadamente fui un día de esos insoportables, pues se produjo una tormenta hasta con relámpagos. Pero con lluvia y todo, llegó su mujer y su hijo (que había venido de Estados Unidos) y se agregaron al grupo tres tías.

Cualquiera no habría dado la conferencia, porque estaba todo inundado. Podría haber dicho que se suspendía, pues todo el mundo se hallaba en la onda de dejar de hacer cosas por el implacable aguacero. Pero decidí dar una lección de ética, porque no me importó el tiempo y tampoco que el salón no estuviera lleno.

De paso dije que no me gustaba mucho Marcela Serrano. De Isabel Allende diría que escribe bien y, además, ella es una mujer muy graciosa y agradable. Muchos dicen que es una seductora de la palabra. Personalmente, soy muy amiga de su mamá y de su padrastro, Ramón Huidobro, quien crió a la escritora desde su infancia.

IX

Campañas, triunfos y derrotas

Fui diputada por Santiago desde el año 65 al 73. Me eligieron el 65, el 69 y el 73. El Santiago electoral de esa época no era como hoy. Había diez comunas, pero la derecha se las arregló siempre para hacer cambios que la favorecieran en su acceso al poder. Total, ellos tenían la sartén por el mango, y como dice la canción, «el mango también».

En esas inolvidables campañas conté con la ayuda del partido. Mi mamá era hincha mía; fue la más grande de mis seguidoras, siempre estuvo para apoyarme con todas sus fuerzas. ¿Para qué digo cómo me ayudó Miguel? Es y ha sido siempre un gran compañero y camarada.

Era una época en que había que tener otra manera de trabajar. No había que armarse una imagen de campaña, ni se obligaba a tener lo que se llama pedantemente un «look», ni ninguna de esas huevadas que se les parezcan. Se tenía que contar con buen cerebro, corazón, gran capacidad y nada más. Con eso se formaban los equipos.

Hoy ni siquiera se recurre a los símbolos de los partidos. Nosotros tenemos un senador que usa una naranja, porque él tiene el apellido Naranjo. Eso me decepciona, porque siempre pensé que era una persona más inteligente. Es el mismo que tenía a su señora como secretaria. Le pagaba un millón y medio de pesos y cuando le preguntaron por ella, el muy imbécil dijo que no la conocía. Se podría haber disculpado de tantas formas. Podía haber dicho: «Sí, es verdad.

Es mi secretaria, porque necesitaba tener una persona de confianza, ¿y quién mejor que mi esposa?».

El *Flaco* Lira escribió dos libros sobre el Congreso. En uno de ellos, dedicado a la Cámara, al referirse a mí, dice: «Hay pocos parlamentarios más auténticos que ella. La *Negra* es popular y es luchadora. A los quince ya estaba recorriendo Chile a caballo, en lo que fuera, predicando el socialismo». Eugenio dijo cosas muy buenas acerca de mi persona y lo valoro, porque él fue un periodista muy agudo y que no se casó con nadie.

Cuando fui diputada me hice un propósito y lo cumplí. En ello me ayudó Miguel, con quien me había casado hacía dos años, cuando llegué al hemiciclo. Era un tipo muy consecuente como socialista y como compañero. Muchas personas me preguntaron qué sentí cuando juré por primera vez como diputada.

Para ser franca, me pasó lo mismo que cuando salí elegida regidora por Santiago. Me pregunté cómo era posible que una mujer proletaria pudiera alcanzar este lugar y sentí, por lo tanto, que mi obligación para con los que me habían elegido era más fuerte que la de otros que venían a defender los intereses de otros sectores. Eso mismo les respondí a mis consultantes. Me organicé tan bien que cuando llegaban las mujeres con sus problemas, yo les decía: «¡Por favor!, vénganse bien lloradas, porque no tengo mucho tiempo para atenderlas».

Les tenía que decir eso porque todas las viejas tenían unos dramas tan terribles que todas sin excepción se ponían a llorar desconsoladamente, y en eso perdía tiempo para buscar soluciones y para escuchar a otras que esperaban pacientemente en los pasillos de la Cámara.

En esta parte de mi relato quiero referirme a lo que fue la lucha en el Parlamento en esos tres años de la Unidad Popular, intensos en conflictos, maravillosos en cuanto a logros

que nunca habíamos visto en este país, como observar que el pueblo estaba contento con su gobierno y luchaba por preservarlo de las amenazas de la oligarquía. Antes de ganar la elección hubo una campaña de terror espantosa en contra de Allende.

Luego de elegido hubo que enfrentar todo tipo de rumores: que nos iban a dejar sin créditos, que nos iban a invadir, que no éramos capaces de sacar el país adelante por nuestro propio esfuerzo, que no teníamos técnicos; en fin, toda una escalada de miedo, de cobardía, de impotencia, de falta de creación, incluso hasta de espíritu nacional, de ese del que hablan tanto los momios, porque son todos un poco parcelas del imperialismo norteamericano.

Siempre han creído que no pueden vivir si no les mandan oxígeno del norte. Nunca creyeron en la capacidad de los nativos de este país, que negros como yo, negros como otros, que no tenemos complejo de ser morenos, y algunos rubios estaban seguros de que se podía vivir sin el oxígeno norteamericano. Teníamos fe en nuestra capacidad y talento para sacar al país adelante.

Fue un período intenso en debates y en luchas en que un pueblo honesto se enfrentaba a la hipocresía y el engaño de la clase que siempre tuvo el poder.

Las cosas empezaron muchísimo antes de que Allende fuera investido como Presidente. Lo primero que hicieron fue enfrentarnos a un estatuto de garantías, que era, como dijo Allende, un asalto a mansalva, considerando que habíamos ganado con todas las de la ley. Recuerdo que cuando llegaron estas garantías, que era condición previa que se ponía para que Allende pudiera asumir, me correspondió hablar en la Cámara, a nombre del Partido Socialista. Dije en esa oportunidad:

«El pueblo de Chile, organizado en sus sindicatos, en sus juntas de vecinos, en sus centros de madres, en sus or-

ganizaciones deportivas, en sus organizaciones de la clase media, en sus organizaciones en general, no sólo le ha dado una victoria política a Salvador Allende y a la Unidad Popular, sino que ha probado su voluntad de que nunca más nuestro país siga entregando sus riquezas fundamentales al imperialismo extranjero y que nunca siga manejado por una minoría que considera que el poder le pertenece como un derecho al nacer.

»El pueblo de Chile, a través de los partidos y movimientos que forman la Unidad Popular, y mucho más de eso, a través de las organizaciones que he mencionado, no sólo ha demostrado esa voluntad, sino que está decidido a tomar lo que le corresponde en este momento que vive nuestro país. Porque —lo hemos dicho en muchas ocasiones— el 4 de septiembre no hubo en Chile un cambio de gobierno, sino un golpe de timón que hará que nuestro país, a partir del 4 de noviembre, camine de otra manera.

»Por eso, en nombre de los socialistas chilenos, que de una u otra manera, durante mucho más de treinta años hemos estado luchando con la clase trabajadora de nuestro país, queremos que no se llame nadie a engaño y que no se piense que Salvador Allende representa a algún continuista. Salvador Allende tampoco representa un contubernio político ni una ambición personal. Salvador Allende representa lo que durante mucho tiempo ha querido y ha soñado, por ejemplo, el obrero de las pampas, que vio al salitre y lo ha visto durante tantos años partir como un río blanco para enriquecer a otros; y también, contra las opiniones torcidas que se han dado, representa el interés de los obreros del cobre, quienes, a través de su presidente, nuestro camarada Héctor Olivares, y a través de la Confederación de Trabajadores del Cobre, han declarado hace poco que ellos están en condiciones, una vez nacionalizada esta riqueza fundamental, de hacerse cargo de esta industria, no sólo con la mano dura del obre-

ro, sino también con la capacidad de nuestros técnicos, y han manifestado que en el gobierno de la Unidad Popular estarán en condiciones de aumentar la producción de nuestro cobre para que Chile no sólo salga de la enajenación imperialista a que hemos estado sometidos, sino principalmente para que Chile pueda solventar aquellas cosas indispensables que nosotros consideramos para la vida del hombre.

»Y Salvador Allende también representa el sueño de miles y miles de mujeres de nuestro país que durante tantos años no han tenido otro horizonte que no sea la artesa, el trabajo despreciable y despreciado y la subcondición de mujer, pero en un límite, en un plano doloroso para miles y miles de ellas.

»Y Salvador Allende también representa el sueño de la juventud de nuestro país, de esa juventud que no es la que se juntó, hace poco, en un parque para demostrar el cansancio de una raza y de una clase, sino de esa otra juventud, de la que concurre a la Universidad Técnica, de la que concurre a las aulas de la Universidad de Chile y de la Católica, de la juventud que va a los liceos y escuelas de nuestro país y, sobre todo, de aquella juventud que, egresada de las universidades, se ve constreñida a vivir una vida distinta de la que le corresponde.

»Salvador Allende también representa a los miles y miles de campesinos chilenos que se han acostumbrado a saber que ellos no son siervos de la gleba, que se han acostumbrado a saber que ellos no son una parte del migajón de la tierra, sino que se han acostumbrado a saber que ellos son compatriotas nuestros, que ellos, con sus manos y con sus largas jornadas de trabajo, no sólo son capaces de hacer florecer la producción de la tierra, sino que como clase social, ellos forman parte del conglomerado de nuestro país.

»Salvador Allende representa el sueño de miles y miles de profesores, de empleados, de trabajadores “de cuello y

corbata”, de hombres y mujeres de la clase media de nuestro país que han sido utilizados en la feria política y electoral con los eslóganes del engaño y la mentira, pero que han abierto los ojos y que, como clase, comprenden perfectamente bien que nunca más servirán para los intereses mezquinos de la derecha, de la reacción, sino que tendrán el deber y la obligación de usar en el futuro de su capacidad, sus conocimientos, su inteligencia, su talento y generosidad, para ayudar al pueblo de Chile, para ayudar a los hombres y mujeres que apenas saben leer, para ayudar a las clases que no tienen perspectivas; o sea, para ayudarnos a todos nosotros a sacar a nuestro pueblo del estancamiento en que se encuentra.

»Salvador Allende representa, en este momento, la aspiración de los hombres que en la estepa magallánica se sacrifican arrostrando los fríos y las inclemencias de un clima duro y que muchas veces tienen que irse de nuestro país a ganarse afuera su pan cotidiano.

»Por encima de esta pequeñez de la triquiñuela política hay cosas que nosotros deseamos situar esta tarde.

»Salvador Allende no es el Presidente al que le da el paso la burguesía de turno para que sirva a los amos internacionales de turno, sino que, por primera vez en la historia de nuestro país, Salvador Allende es el resumen, podríamos decir el “summum” de todos los dolores, de todas las lágrimas, de todas las esperanzas y, por qué no decir también, de todas las decisiones de lucha y de combate que se acuñan en el corazón del pueblo chileno. Porque sería necesario que hiciéramos un poco de memoria. ¿Cómo se ha gobernado a nuestro país? Se le ha gobernado, en general, salvo excepciones honrosas, con el criterio de que Chile es un fundo, donde hay una mayoría de inquilinos y donde los patrones tienen derecho, incluso, de robarse el dinero y llevarlo al extranjero. Se ha gobernado a nuestro pueblo pensando que

es América Latina una pequeña parcela perdida de la que se sacan muy buenos dividendos y de la que no tienen derecho, o no lo tenían hasta ayer, las grandes mayorías a obtener un beneficio.

»No sé, señor presidente, si acaso no estamos de acuerdo todos en que ni ayer ni hoy, ni el 4 de septiembre se ha iniciado en Chile un proceso y ese proceso, colóquesele el eslogan que se le coloque, en el fondo significa que no estamos dispuestos a retroceder nada y que no estamos dispuestos a ceder nada más.

»Por eso, señor presidente, en este momento nosotros, que hemos diferido de la democracia cristiana; nosotros, que en un momento dado no estuvimos de acuerdo con los convenios del cobre; nosotros, que le ayudamos a hacer un proyecto de reforma agraria; nosotros, que, así como ellos lo anuncian, estuvimos con lo bueno que hizo este gobierno, nosotros reconocemos que al sembrar por Chile la esperanza de una revolución, aunque fuera con apellido, tenemos conciencia de que a los trabajadores, a los hombres y mujeres que nunca han leído un texto de marxismo, a los hombres y mujeres que no han leído a Maritain, a los hombres y mujeres que no han tomado contacto con el conocimiento de su época, se les dio, sin embargo, el embeleco de una palabra nueva.

»Cuando se discutían aspectos del proyecto de reforma constitucional, unos colegas decían que se estaban incorporando palabras nuevas. ¡Sí, señor! ¡Vivir de una manera nueva, abrir el camino a posibilidades nuevas significa enseñar a la gente a pensar de una manera nueva, y, por qué no decirlo, significa también tratar de formar un hombre nuevo!

»Algunos se asustan porque ahora se ha incorporado una palabra; pero hay varias palabras que, les guste o no, se van a tener que acostumbrar, y otras de las que se van a tener que despedir, porque así es el curso de la Historia. La Historia

no retrocede. La Historia camina hacia delante, y nosotros caminamos con ella porque pertenecemos al pueblo, al pueblo que recién empieza a ver que ha llegado su momento.

»Señor presidente, cuando nosotros escuchábamos al diputado Maturana [de derecha], pensábamos que él estaba representando, con sus palabras, el pasado de nuestra patria, un pasado que nosotros sabemos que definitivamente está liquidado. Y en este momento casi no nos importa mucho saber quiénes pagan a los “técnicos” que preparan las bombas con las que se pretende mantener el miedo como imperio en nuestro país. No nos interesa mucho, porque ya sabemos quiénes son, incluso los políticos que en las noches, en Santiago y en Viña del Mar, se reúnen con los “gusanos” y los elementos contratados para tratar de destruir lo que al pueblo tanto le ha costado. Por eso, no nos importa mucho que digan palabras que parecen ofensivas y de desconfianza, porque resulta que el pueblo chileno, en este momento, no tiene ninguna desconfianza, ni siquiera les tiene miedo; y no les tiene miedo porque no sólo los sabe una minoría, sino porque aprendió a no tenerle miedo a los ricos, le perdió el respeto a la riqueza, y porque el pueblo de Chile sabe ahora que debajo de su suelo, convertido en cobre, en salitre, en carbón, está la riqueza, y que el único que la sabe sacar es él, con sus manos y su trabajo. El pueblo chileno le ha perdido el miedo y el respeto a la derecha chilena, pero no porque hubiera querido perderselo, sino porque ella ha hecho méritos para que esto suceda.

»Señor presidente, antes el hombre de nuestro pueblo se inclinaba reverente ante el dueño o el gerente de un banco, ante el dueño de un fundo, o ante el patrón. Pero ahora ya le perdió el respeto porque sabe que el patrón, durante muchos años, lo estuvo esquilmando y usando políticamente.

»También deseo expresar esta tarde, en nombre de los socialistas, que, desgraciadamente para ellos, sabemos los días

y las horas en que se reúnen, sabemos quiénes son los cabecillas que han estado orquestando esta campaña de terrorismo; pero que no nos asusta en nada, porque el pueblo de Chile, sin bravuconerías, sin tomar ninguna decisión teatral, está dispuesto a defender lo que por más de treinta años ha estado persiguiendo. Por eso decía, al empezar estas palabras, lo que Allende representa para nosotros, que entraña todo el respeto, toda la consideración y también toda la decisión de los trabajadores de nuestro país.

»Decía un señor diputado que este proyecto de reforma constitucional era una especie de barrera de papel. Yo deseo decirles que realmente nosotros, los socialistas, no somos técnicos constitucionalistas, pero sin duda alguna, si hemos aceptado, como lo han hecho todas las fuerzas populares, el juego electoral actual, si hemos aceptado también las instituciones como ellas son, y si a pesar de ser así las instituciones, si a pesar de *El Mercurio*, si a pesar de las falsedades, si a pesar de la campaña del miedo, si a pesar de las intrigas hemos triunfado, quiere decir que nosotros tampoco necesitamos mentores intelectuales para que nos digan cómo el pueblo va mañana a gobernar, cómo el pueblo va a rescatar sus riquezas fundamentales, y no necesitamos tampoco que nos vengán a enseñar cómo sacar al país de la miseria, del subdesarrollo y del atraso en que lo han mantenido.

»Nosotros nunca le dimos consejos a otros cuando iban a tomar el poder y el gobierno. Es verdad que ahora estamos votando estas reformas constitucionales y seguramente mañana, como lo decía el señor Lorca, agoraramente en un discurso, tiempo atrás, se va a cambiar el Estado de derecho. Lo decía el 23 de junio de este año [1970]. Resulta, señor diputado, que en la Rusia zarista, cuando empezó a surgir el movimiento revolucionario, había un Estado de derecho distinto, y que en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en el siglo pasado, cuando su clase advino como cla-

se revolucionaria, había otro Estado de derecho. Entonces, esa clase revolucionaria, que era la burguesía, no sólo irrumpió cambiando los moldes de la estructura e infraestructura, sino que irrumpió como consecuencia de eso, cambiando las reglas del juego y, por lo tanto, lo que su señoría llama el “Estado de derecho”. Para que sepa —y eso lo ha dicho la Unidad Popular y a nadie se lo ha ocultado—, de lo que se trata en el gobierno de la Unidad Popular es que el pueblo sea poder. Tampoco hemos dicho que mañana se va a dictar un decreto que diga: “Desde mañana el gobierno entra a ser poder”.

»Señor presidente, el 4 de septiembre nos enseñó que en Chile, como caso único, era posible que una combinación política de este tipo llegara al poder. Nos queda por demostrar, nos queda el desafío de tener que probar que dentro de la institucionalidad burguesa nosotros podemos realizar cambios que van a ser fundamentales para abrir las puertas a un Estado de derecho que sea realmente para el pueblo de Chile. Resulta que hay cosas bastante curiosas que queremos anotar. Esta tarde daban a entender algunos señores diputados como que el hecho del triunfo de Salvador Allende entrañaba un peligro para la democracia, entrañaba un peligro para las instituciones, entrañaba —ayer lo dijo un señor diputado— un peligro para el Poder Judicial. Nosotros los socialistas, hace dos años o un poco más, incluso acusamos constitucionalmente a la Corte Suprema. Nunca hemos ocultado que nosotros consideramos que la justicia en nuestro país todavía se hace para los ricos y no para los pobres. ¿Y por qué no vamos a decir que nosotros queremos que un día haya justicia para todos? No sólo para quienes tienen dinero para pagar un abogado caro, que pueda mentir por cuenta propia y ajena, sabiendo muy bien que se está burlando a los ojos de todos y pisoteando los más caros y nombrados conceptos de democracia y li-

bertad que tanto se manosean y se cacarean en nuestro país. Sin ir más lejos, yo pregunto: ¿quiénes financian a los abogados que ahora con tanta prontitud sacan a los terroristas de la derecha que por denuncias del pueblo han estado cayendo detenidos? Resulta que cuando un estudiante o un obrero cesante comete un delito se pudre en la cárcel. Y no sé si todos los colegas saben qué pasó, por ejemplo, con los obreros de SABA. Y aquí está Laura Allende y algunos de los diputados demócrata cristianos que visitaron la fábrica, los cuales se dieron cuenta que era un autoincendio provocado para ocultar robos y depredaciones cometidos en la industria. Sin embargo, ¡cuánto tiempo estuvieron pudriéndose en la cárcel una cantidad de muchachos no mayores de veintisiete o veintiocho años! Esa es la justicia que nosotros queremos enjuiciar y que queremos cuestionar, y que nadie se deje engañar.

»Hoy día me decía una persona vinculada con el Poder Judicial que de los trece magistrados que integran la Corte Suprema, hay siete que se van. Le tienen miedo al miedo. Y yo desde aquí les digo: ¡señores, que les vaya bien! Están demasiado viejos, demasiado fuera de la época para que sigan donde están. De los seis que quedan, hay cuatro que tienen más de treinta años en el ejercicio de su cargo, pero se quedan porque están esperando que se les dé una jubilación perseguidora, ya que ellos no tienen todavía sesenta y cinco años de edad. O sea, señor presidente, no es ni siquiera un problema de conciencia, sino que para estos señores, altos magistrados, altos dignatarios, es un problema de pesos más o de pesos menos, como para un jubilado cualquiera.

»Nosotros, los que nos llamamos revolucionarios, tendríamos muchas otras cosas que decir, porque lo que sabemos no se nos ha enseñado en un libro, en un folleto o en un discurso, sino que hemos aprendido a través de una experiencia vivida.

»Por eso decía denantes qué es lo que representa Salvador Allende y cómo representa todo eso el trabajo, el esfuerzo, el sacrificio y la esperanza de miles y miles de patriotas; de miles y miles que no pudieron ir a votar porque no tenían quien los acarreará, como en otros casos, y porque no tenían dinero para trasladarse, les anunciamos que en el futuro vamos a hacer una reforma tal para que el hombre pobre pueda vivir donde vive y donde esté y no tenga que ser trasladado de una parte a otra del territorio nacional. Les anunciamos también que en el futuro vamos a hacer lo posible para que la educación llegue a todos y no en forma menguada y a gotas, sino una educación en que el hombre y la mujer, con su talento, puedan llevar adelante su país. Les anunciamos, señores, que vamos a hacer posible que los trabajadores tengan una real participación, no sólo en la fabricación de elementos y en la creación que es necesaria, sino también en las ganancias que hasta ahora sólo han sido para unos pocos y que para los obreros ha significado una larga miseria. Les anunciamos, señores, que vamos a hacer posible que se construyan casas, pero no viviendas miserables y vergonzosas que se llaman mediaguas, donde el hombre pierde su dignidad, sino casas que, sin ser palacios, lo hagan sentirse que vive con dignidad y respeto. Les anunciamos muchas cosas, porque estamos decididos a hacerlas. Y el día, señor presidente, que empecemos a trabajar —y téngase bien en cuenta— muy unidos con los radicales, con los comunistas, muy unidos con toda esa gente que nos ha demostrado su capacidad y su talento, no nos va a parar nadie, porque nosotros somos como esas máquinas lentas que, una vez puestas a funcionar, no va a haber fuerza ni martingala, ni diario *El Mercurio* que pueda detenernos en nuestro camino victorioso.

· »Anunciamos que hay muchas cosas que estamos resueltos a hacer. De manera que quienes ahora se arrastran en la

sombra, tratando de destruir lo que al pueblo tanto le ha costado, se van a romper los dientes contra nuestra decisión. Hoy buscan al señor Viaux; otro día a un señor no sé cuánto; un día anterior visitando a un señor no sé cuánto.

»Nosotros ahora estamos preocupados de organizarnos y de mantener nuestra organización, no para andar buscando las bombas o cohetes que andan dejando esos bomberos locos, ya sea en un canal de televisión, en el aeropuerto de Pudahuel o en un puente. Estamos preocupados de buscar lo mejor de los intelectuales, lo mejor de los técnicos, lo mejor de los hombres y de las mujeres de nuestro país, para echar a andar todas estas esperanzas tanto tiempo contenidas. Y para que nunca más haya un representante de la derecha que diga que esto es una martingala. Nosotros, con la democracia cristiana, no hemos hecho ninguna martingala. Ayer, Tomic, en una declaración, dijo que lo que ellos habían hecho —su partido, la juventud de éste y él personalmente— había sido tender un puente hacia la Unidad Popular para que no hubiera ninguna justificación de una salida totalitaria. Eso es una dedicatoria. Y esa dedicatoria no es para el pueblo de Chile, que nunca ha sido golpista y que jamás ha tenido en su pasado una negra historia de conspiración contra la democracia y contra la libertad.

»De manera que aquí está la explicación. Tomic y su partido comprendieron que era en la Unidad Popular donde estaba el concepto de justicia. Que era en la Unidad Popular donde estaba la posibilidad de que Chile siguiera progresando. Por eso no existe pacto secreto ni pudo haberlo. Lo que hay son estas reformas constitucionales, que están explicitadas en el programa de la Unidad Popular y que significan reconocer, por el momento, a los trabajadores y a sus organizaciones el carácter que ellos deben tener y también para reconocer a los partidos políticos el derecho a sostener opiniones, porque resulta que siempre se ha dado a enten-

der que somos los marxistas los totalitarios, que somos los marxistas los que no queremos que el hombre piense, que somos los marxistas los que no queremos que el hombre hable. No es verdad. Nosotros, los marxistas, queremos que todos hablen, pero esperamos que algún día aprendan a decir la verdad. Resulta que para el hombre y la mujer revolucionarios la mentira es un baldón y una vergüenza; en cambio, para los que dominan a la clase trabajadora, la mentira es un arma y un argumento. ¡Esa es la diferencia! Nosotros queremos que existan partidos políticos; nosotros queremos y esperamos que existan hombres y mujeres que se organicen como quieran. Lo que no deseamos es que, como los ratones o los búhos, se oculten en madrigueras para atentar contra nuestra patria.

»Los socialistas queremos expresar que hemos concurrido a aceptar estas reformas constitucionales, porque ellas no lesionan en nada los principios que tanto ha conocido el pueblo chileno. Nosotros, como lo han hecho los comunistas, los radicales, el MAPU y los movimientos que forman la Unidad Popular, no habríamos podido aceptar ningún compromiso que significara estafar al pueblo de Chile. Cualquiera de nosotros tiene una vida entera formada luchando y sacrificándonos y no la vamos a vender por un entendimiento de pasillo.

»Nosotros, por cierto, no estamos desvelados pensando en quiénes van a ser los ministros y los subsecretarios. No estamos desvelados por nada de eso, porque tenemos clara conciencia de que si mañana nos llaman a construir casas, lo haremos con orgullo y alegría para enseñarles a los desclasados y descastados de nuestra patria cómo debe ser el hombre nuevo que sueña el continente latinoamericano».

He reproducido este texto porque grafica muy bien lo que fue el comienzo de los tres años de la Unidad Popular, en que por todos los medios hubo un constante boicot de la

derecha contra todas las medidas del gobierno de Allende. Luego de aprobadas las garantías constitucionales que exigió la oposición demócrata cristiana para reconocer a Allende como triunfador de una elección ganada limpiamente en las urnas, un grupo de la aristocracia chilena asesinó al general Schneider. Su objetivo principal era impedir que asumiera el nuevo Presidente, tratando de producir un caos.

Entre los mentores intelectuales de esos hechos estaba el senador Raúl Morales Adriazola, quien –en un programa radial en que participé– dijo que él actuaba dieciocho años en política y que en ese lapso sólo había tenido tres escándalos públicos: uno, la internación ilegal de automóviles; dos, un juicio contra su suegra, que fue declarada interdicta, y tres, el proceso por la muerte del general Schneider, en el cual el fiscal pidió su desafuero para poder someterlo a juicio. En esa conversación radial, en la que había varios periodistas y estaba yo, Morales tuvo la desfachatez de decir que esto último era una «inmensa mala suerte».

Se le dijo que cómo era posible que otros parlamentarios y otros hombres y mujeres políticos, con el doble de tiempo de su actuación, jamás hubieran tenido escándalos de la magnitud de los que había mencionado. Insistió en que le seguía la mala suerte.

Pienso que cuando la Corte Suprema absolvió a Morales Adriazola, cuando lo amparó para que no fuera sometido a juicio, lo condenó realmente, y creo que la Corte Suprema se condenó a sí misma, porque en el corazón de los hombres y mujeres de nuestro país hay un tribunal en el que no existe apelación posible.

La Corte Suprema, a mi juicio, en ese momento sirvió para cubrir con la impunidad a un personaje que, de haber tenido como norma en su vida la decencia, habría exigido ser desafortado para que se aclarara su participación en un delito que, sin duda alguna, tuvo trascendencia mundial, un

delito que reveló que se estaba maniobrando no sólo para detener el avance de las fuerzas populares, sino para escamotearle al pueblo una victoria legítima.

En un homenaje que rendí al ex comandante en jefe del Ejército de Chile, señalé: «No fue un accidente. Fue asesinado por manos cobardes, movidas por cerebros aún más cobardes, culpables que nunca han querido mostrar el rostro y que se han ocultado tras mercenarios o tras aristócratas desesperados y, tras todos ellos, una clase social movilizada por el odio ante la pérdida de sus privilegios.

»En un juicio criminal se ha estado investigando y condenando a los responsables inmediatos; al mismo tiempo, se ha venido incoando un juicio histórico contra el orden capitalista y contra la minoría oligárquica que generaron la causa última del homicidio. Desde octubre de 1970, los trabajadores y el Partido Socialista han venido exigiendo castigo a los terroristas y a su liderazgo político».

Agregué que por defender la herencia constitucional y democrática, el general Schneider fue asesinado, porque él demostró tener una conducta ejemplar, que honró a las Fuerzas Armadas en ese instante. «Es justo recordar al general mártir, pero también es preciso que no se olvide a sus asesinos. Si René Schneider tiene discípulos que sigan su ejemplo doloroso, necesario es reconocer que los homicidas también los tienen.

»¡Cuánto contrasta la figura del ex jefe del Ejército con la de los líderes de la antipatria, con la actitud vergonzante de los sediciosos de hoy, cómplices del agresor extranjero, violadores impúdicos de la legalidad, defensores desesperados de sus riquezas mal habidas; cobardes, por naturaleza y por ubicación social».

Recalqué en esa oportunidad que nosotros los marxistas, contra la opinión que hemos escuchado reiteradamente, podemos mirar a los ojos y cara a cara no sólo a cada uno de

los uniformados de Chile, sino a la mujer del general Schneider, a sus hijos, porque en las filas marxistas no hay criminales, ni encubridores de los asesinos del general.

Luego vinieron largos debates para lograr la nacionalización del cobre. Los defensores de las grandes compañías norteamericanas eran muchos en el Congreso y estaban dispuestos a desarrollar cualquier tipo de argumentos para impedir que prosperara el proyecto.

Las discusiones eran fuertes y muy apasionadas. Recuerdo que un diputado tenía un discurso destinado a indicar nuestros bajos conocimientos técnicos y científicos para explotar nuestras riquezas. Creo que era un señor de apellido Carmine quien aseveraba que Chile estaba perdiendo toda una tecnología muy avanzada y, además, a técnicos que iban a abandonar el país, tentados por mejores ofertas económicas.

Le señalé que él era un hombre acomplejado, que despreciaba al chileno, «ese chileno subdesarrollado que a juicio de usted es un ser incapaz de levantarse por sus propios medios».

«No se trata —agregué— de si es una expropiación justa o adecuada, sino de lo que se trata es saber si Chile en este momento de su historia está en condiciones “adecuadas” para ponerse pantalones largos, o si sigue siendo un pobre país, indefenso, que tiene que andar con pantalón corto porque la mamá creció y porque quiere sentirse joven haciéndolo aparecer como un niño chico. Creo que el señor Carmine ha cometido una equivocación, y es seguir mirando a nuestro país como si fuera lo que han dicho otros, lo que ha dicho la prensa extranjera, lo que han dicho los economistas extranjeros, lo que han dicho los interesados que miran a Chile como un negocio que es conveniente no largar; o sea, como si fuéramos todos subdesarrollados y no sólo subdesarrollados físicamente, como parece creer el diputado Carmine, sino

que, lo que es más desgraciado, intelectualmente. Porque si fuéramos justos tendríamos que mirar a nuestro país como lo que es esencialmente. Más de una vez se ha dicho en esta Cámara que Chile no es un país pobre, porque si acaso, con inteligencia, se observara nuestro suelo, nuestro subsuelo, nuestro mar, las millas marítimas que nos corresponden legalmente, si viéramos nuestros parques, usted, señor Carmine, que dice que es agricultor, tendría que convenir conmigo, que soy marxista leninista, en que Chile no tiene razones históricas para ser un país subdesarrollado.

»Se parte de un equívoco, se parte de un complejo cuando se supone que no somos capaces de tener buenos técnicos, cuando se supone que no somos capaces de administrar bien, cuando se supone que no somos capaces de guiarnos por nuestros propios medios. Ahí está el error garrafal que comete no el señor Carmine, porque él es como la quinta voz de una voz subterránea que pertenece un poco al pasado de nuestra patria; pero el futuro de Chile, en el mañana de nuestro país, el hombre de Chile que nosotros estamos esperando, tiene otra idea. Yo le pregunto a Millas, le pregunto a Mireya Baltra, le pregunto a mi compañero Olivares, que es trabajador del cobre, por suerte para nosotros, si acaso ellos creen que no hay en Chile capacidad para que mañana suplantemos a los técnicos.

»¿Sabe lo que pasa, señor Carmine? Hay un cuento chileno que habla de un míster Guzmán. Míster Guzmán empezó barriendo en una mina, siguió enmaderando en una mina, continuó siendo capataz en una mina y terminó de jefe en una mina. Llegó un momento en que, como los gringos, fumaba pipa, se ponía pantalones de pana y terminó haciéndose llamar míster Guzmán. O sea, que se vayan en buena hora los malnacidos que no saben ser chilenos y que se consideran buen míster Guzmán. Que se vayan, que se vayan. No les digo adónde deben irse, porque en el

Parlamento está prohibido decir palabras indebidas; pero que se vayan, señor Carmine, porque resulta que mañana los vamos a reemplazar con los Olivares, los Lazo, los González, los Pérez, los cuales no tienen vergüenza de tener la cara morena, de tener el pelo crespo ni de tener una cultura "made in Chile".

»Ahora, a mí me extraña mucho que se le diga al ministro de Minería: "Mire, señor ministro, resulta que usted se equivocó en este término". Ocurre que el ministro de Minería, el Presidente de la República y todos nosotros, los "rotos" de la Unidad Popular, no nos llamamos "nacionales", pero queremos que las riquezas de Chile sean nuestras y, aunque a usted no le guste mucho, el cobre que hay bajo nuestro suelo, por nuestra Constitución Política, nos corresponde. De manera que la gran diferencia legal, el gran problema legal es éste: la riqueza que hay en el subsuelo chileno, ¿le pertenece a la Anaconda, a la Kennecott, o a la no sé cuánto, o realmente le corresponde a Chile? Ustedes, como son "nacionales" [Partido Nacional] discuten y dicen: "No le corresponde a Chile, le corresponde a las compañías extranjeras". Algunos de ustedes, para ser clara, porque los más inteligentes piensan, sin duda alguna, que es chileno; pero como todos no son inteligentes, algunos dicen: "No, señor. Es de los americanos". Nosotros pensamos que ha llegado el momento de la historia de Chile en que tenemos que decir que es nuestro y por qué es nuestro.

»Ahora, yo también tengo el trabajo del profesor don Eduardo Novoa. Pareciera que se trata de una palabra que en el Senado fue malinterpretada. Es una expropiación o es una nacionalización. Pero en definitiva, en buen chileno, para el hombre de la galería, si estuviera alguno, para el hombre de nuestro pueblo que no entiende de estas palabras tan sutiles, ¿de qué se trata? ¿Hemos estado nosotros todos estos años robando el cobre a los norteamericanos, o

han sido ellos los que no solamente se han llevado el cobre, sino que también los pulmones y la dignidad de nuestros trabajadores?

»Yo nací en Chuquicamata y resulta que hace poco, cuando me tocó ir a una elección sindical, me encontré con que estos benefactores, estos señores norteamericanos, todavía tienen un campamento que se llama El Lata que tiene cien años de vida. Y, señor Carmine, usted que se llama nacional, para que sepa, todavía en Chuquicamata, una de las minas de cobre más grandes del mundo, hay un solo excusado para trescientos sesenta nativos. Siento indignación por el hecho de que, a pesar de todos los retornos, de todas las reivindicaciones, los nativos tienen que seguir yendo a bañarse en un baño colectivo.

»Por eso queremos nacionalizar el cobre, porque aquí ha habido robo y por eso no hablamos de expropiación, sino que de recuperar lo que pertenece al Estado chileno y de pagar lo que realmente debemos pagar, porque lo demás lo hemos pagado con creces y con ganas.

»Quiero decir que nosotros, a pesar de la vieja mentalidad de la derecha chilena, no vamos a cometer ningún crimen contra la Anaconda ni contra las compañías del cobre, sino que vamos a recuperar lo que Chile necesita para seguir respirando y para seguir llamándose un país con independencia. Porque a estos caballeros siempre les ha gustado mucho enjuagarse la boca con la palabra independencia: “Somos un país independiente. Nosotros fuimos los primeros republicanos...”, y hay ahí unos caballeros con unos apellidos macanudos que dicen: “Nosotros somos nietos de tal fulano”. Sin embargo, fueron esos caballeros los que entregaron no sólo el cobre, sino el salitre, el yodo y hasta la dignidad de Chile. ¡Eso es lo que les da rabia!

»Me da risa que en un debate como éste, que se supone inteligente, haya un señor que diga: “Fíjese que hay una pa-

labra"... , como que es un intrínquilis. "Resulta que no debió decirse expropiación; se debió decir así". ¿Cómo es la palabra adecuada? ¿Indemnización "adecuada"? A mí me da una risa loca. ¿Acaso han sido "adecuadas" las matanzas que ha habido en el cobre, en el salitre? ¿Ha sido "adecuada" la explotación que ha habido en las minas durante cuántos años? Creo, señor Carmine, que usted y yo nos hemos encontrados con los trabajadores del cobre más de alguna vez en otro plano, como nos hemos encontrado con nuestro compañero Olivares. Pero me interesa, en nombre del Partido Socialista, dejar establecida una cosa: aunque se lleven en una palabra, en no sé cuántas sesiones, aunque se pongan palitos y aunque no fuera "adecuada", señor Carmine, de todas maneras vamos a hacer que el cobre vuelva a ser nuestro, porque nunca debió dejar de serlo, y creo que hay diputados demócrata cristianos que esto lo tienen claro.

»No vamos a aguantar más esta prepotencia de quienes vienen a decir aquí "que las compañías del cobre... que no somos capaces". Sí somos capaces, señor. Lo que pasa es que todavía no les hemos querido probar cuán capaces somos.

»Lo que quiere toda la Unidad Popular y algunos diputados de la democracia cristiana es que les comuniquemos a los señores retrógrados de nuestro país que, quiéranlo o no, vamos a hacer caminar la historia, porque si eso no ocurre quiere decir que estamos haciendo una estafa. Y aunque sea "adecuado" o "no adecuado", las cosas las vamos a realizar, de manera que no se equivoquen y no sigan con esto de la culebrita».

La situación se hacía cada vez encendida y se creaban, paralelamente, climas de intranquilidad, de inquietud, de sabotaje y de rumores que llevaban a decir a los defensores de las grandes compañías del cobre que este metal iba a ser reemplazado por un sustituto y que los precios caerían, provocando un colapso enorme en nuestra economía.

En esa misma ocasión señalé estos hechos. Les dije a los parlamentarios del Partido Nacional:

«Ustedes conocen demasiado bien las cosas que han pasado en el último tiempo. Se han echado a perder los hornos. Se ha hecho “correr” el cobre al mar, no para hacerle daño a usted, señor Bulnes, ni al señor Arnello ni a ninguno de los diputados, sino para hacerle daño a Chile. Han hecho que se pierdan miles y miles de toneladas de cobre, y yo me pregunto: ¿quién ha sido el diputado que ha protestado por esto, que además de una burla a un Estado soberano es una agresión? Porque no sólo se agrede a un país cuando desembarcan marines en una costa, sino cuando también, a conciencia, se le hace perder un río de su riqueza, que desemboca en el mar y que no le sirve a nadie.

»Si usted, señor Bulnes, visitara el puerto de Chañaral, o los sectores cercanos a Rancagua, se daría cuenta que eso es una agresión, pero como, en el fondo, todos somos más o menos maricuecas, hemos aguantado esa agresión callados, porque la han hecho los norteamericanos; pero si la hubiera hecho Fidel Castro, ¿cómo habrían gritado sus señorías! Habrían dicho: “¡Cuba nos invade!”. ¿Acaso no se dan cuenta que hay una forma de invasión cuando se dejan correr ríos de cobre, sabiendo que no los pierde ni la Kennecott ni la Anaconda ni ninguna compañía, sino el pueblo?».

Las sesiones acerca de la reforma agraria, que la Unidad Popular quiso profundizar, provocaron ardientes debates, así como hasta discusiones y peleas callejeras. La tensión derivó, en un momento, a la movilización de un gran número de campesinos que, transportados por la derecha, se tomaron los jardines del Congreso. Les habían informado falsamente que las modificaciones que se estaban introduciendo a la ley ya existente les quitaban los huertos, los animales, el atalaje y hasta las gallinas.

Al iniciar el debate en el Congreso planteé que «por el hecho de tratarse del sector de trabajadores que ha sido más explotado, más traído, más llevado y más vejado, entramos en este debate con profundo respeto hacia los campesinos, y sentimos que el lenguaje que se ha usado con ellos, a veces hipócrita, a veces sibilino, entraña una falta de respeto para esta gente cuya vida ha sido de constante sacrificio.

»En primer lugar, aquí ha habido parlamentarios que han afirmado que ellos representan a los campesinos. Esos diputados tienen como profesión la de abogados y creo que jamás han defendido gratuitamente a un campesino. Además, en su oportunidad han colocado a muchos familiares en la CORA, a hermanos de fiscales en distintas reparticiones públicas y no veo qué tiene que ver con eso la representación de los campesinos para hablar en nombre de ellos esta tarde. Lamento, también, que el lenguaje que aquí se ha utilizado por algunos parlamentarios, tratando de demostrar un preciosismo jurista, deje en realidad no sólo a los campesinos, sino que a algunos diputados no especializados, en condiciones de no poder responder, porque, como muy bien dice la gente del campo, “hablaron mucho, pero no dijeron nada”.

»Ni el Presidente de la República ni un solo funcionario quiere en estos momentos estafar las perspectivas de los trabajadores en el proceso de la reforma agraria. Cuando se voten los proyectos de acuerdo vamos a ver quiénes son los que quieren favorecer a los campesinos y quiénes los que han venido a hacer una trágica comedia, a costa de gente que merece mucho más consideración.

»Yo nunca olvido que una vez el ex Presidente dijo que él daría la última gota de su sangre por defender una reforma agraria profunda, que realmente trajera paz, confianza y trabajo en el campo de Chile. Sin embargo, con argumentos leguleyos, incluso leyendo mañosamente sólo algunos ar-

títulos de la Ley de Reforma Agraria, se ha querido emborrachar la perdiz para que crean los campesinos que en el gobierno popular se quiere hoy herir sus intereses. La verdad es que no se quiere repartir la miseria ni hacer una chacota con lo que ha sido la eterna vida de sufrimiento de los campesinos. Lo que se quiere, creo yo, con honradez y seriedad, es hacer las cosas para que nuestro país progrese.

»No cuesta nada contratar unas pocas micros y traer a la gente contándole una historia. La verdadera historia de nuestro país se está escribiendo ahora, con hechos. De manera que pueden decir muchas cosas, pero una vez que se conozcan los proyectos de acuerdo —porque supongo que esta sesión también se ha hecho para cosas constructivas y no hemos estado tantas horas aquí para que algunos se autoescuchen—, vamos a ver cuál es el aporte de estos “patriotas” que han bajado del monumento para intervenir esta mañana. ¡Y vamos a ver si acaso no es otra cosa con guitarra!

»Algunos que ayer eran latifundistas, ahora están de defensores de los campesinos. A nosotros, que somos de profunda raíz proletaria, nos da vergüenza ajena y risa ver que estos lobos se han puesto hoy día un cuero de oveja para engañar a gente que no tiene por qué ser engañada».

En esa oportunidad hice hincapié en que en otra sala, donde estábamos trabajando por emergencia, un diputado que se había puesto a favor del proceso, incluso defendiendo a los campesinos, dijo que Hernán Mery estaba bien asesinado. Mery fue una persona que creyó realmente que en Chile debía hacerse una profunda reforma agraria.

Él no era un marxista. Sin embargo, fue acribillado por los latifundistas. Su único pecado fue hacer cumplir la ley en su calidad de director zonal de la CORA, durante los últimos meses del gobierno de Frei, cuando tomaba posesión legal del fundo La Piedad, al interior de Linares.

Junto a la discusión de iniciativas tan importantes como la profundización de la reforma agraria y la nacionalización del cobre, la oposición se concertó para acusar constitucionalmente a numerosos ministros de Estado de la Unidad Popular. Ya estábamos en marzo 1971 y nada de lo que habían anunciado los momios, como aves agoreras, ocurrió, porque anticiparon cosas tremendas que hoy no pueden negar.

Como el pueblo dice, ahí están escritas en letras de imprenta en el decano y en otros diarios más y en miles y miles de volantes, y quedaron grabadas en la conciencia de la gente, en millones de palabras aterradoras: «Chileno, si no votas por don fulano, el honesto, el limpio y el puro, Chile caerá en el abismo». «Chileno, el 5 de septiembre, si gana el marxismo, un soldado ruso golpeará a tu puerta para quitarle el hijo a tu mujer». «Chileno, los tanques rusos llegarán a La Moneda», etc., etc., etc. Ya mucho antes, muchísimo antes, la derecha se había lanzado en una escalada desesperada. Somos muchos los que tenemos muy buena memoria.

Cuando alguien tomó los documentos de un funcionario de los representantes de la derecha política, se develaron los antecedentes en una investigación solicitada por un diputado demócrata cristiano, en la llamada «campaña del terror». Y en vista de que nada les daba resultado, empezaron a instar a los chilenos a que se portaran firmes, «machos reacios», para que votaran por la derecha.

En otra intervención en la Cámara me referí a la acusación en contra del ministro José Oyarce, de la cartera del Trabajo, a quien le imputaban una serie de supuestos delitos. Dije en esa oportunidad:

«Conozco muchos años al compañero Oyarce. Le tengo respeto por su vida limpia, porque no lo conocí negociando nada, porque lo conocí y nos conocimos en una larga lucha en favor de los trabajadores. Y por eso, por eso

sólo, creo que es una vergüenza, para las palabras que tanto cacarean ustedes todos los días en nombre de la dignidad, de la democracia y de la libertad, qué se atrevan a acusar constitucionalmente a un hombre que saben que no ha delinquido y, sobre todo, porque da la impresión, como lo dijo el diputado Silva Solar, que les gustaría que este hombre hubiera sido un enemigo de su clase por el hecho de haberse convertido en ministro. ¡Cómo les gustaría que los obreros que han llegado al gabinete de Allende se convirtieran no sólo en nuevos ricos, sino que en desclasados que mandaran a matar o a apalear a sus propios compañeros! Pero eso no lo van a ver.

»Muchas cosas han pasado, pero nosotros los socialistas, la gente de la Unidad Popular, queremos notificar a la derecha que hay cosas que nunca más van a pasar. Nunca más, mientras tengamos la posibilidad de impedirlo, se asesinará a estudiantes, como pasó en Puente Alto; nunca más se asesinará a trabajadores, como ocurrió en la Escuela Santa María, en Ranquil, en La Coruña, en Magallanes, en Puerto Montt, en todas partes.

»Ahora acusan al ministro Oyarce, ex obrero ferroviario, viejo luchador de la clase trabajadora; mañana, si quieren, acusen a Cortés, acusen al que quieran, pero ustedes están acusados ante la historia, porque ustedes, que todos los días se enjuagan la boca con la palabra democracia, con la palabra libertad, andan financiando rufianes que se disfrazan con los gorros de la brigada Ramona Parra para salir a echarle la culpa a esa brigada de las cosas que ustedes, como hombres, no se atreven a hacer.

»Como también lo puso de manifiesto, con calmadas palabras, Julio Silva Solar, joven abogado que entiende el momento que estamos viviendo, y lo bueno es que van a seguir quedando en ridículo, por mucho que se rían de los dientes para afuera, porque la historia se ha pegado una

vuelta en redondo, y porque, como dice el eslogan, ahora le toca al pueblo, ahora les toca a los campesinos, que se les respete, ahora les toca a los mapuches —a quienes ustedes han convertido en una subraza— que tengan también derecho a la palabra y a la vida; ahora le toca a los hombres y a las mujeres que siempre han sido preteridos en nuestro país. Y aunque ustedes sonrían, a mí sus sonrisas me parecen simples máscaras de desesperación, porque saben que estoy diciendo la verdad».

Posteriormente, en el mismo año, fue acusado el ministro Pedro Vuskovic, que desde el Ministerio de Economía había tenido una energía y un talento enorme para adoptar medidas que molestaron a los poderosos. También intervine en su defensa. Dije: «Los que hemos sido empleados antes de ser parlamentarios tuvimos la experiencia de que nuestros sueldos simplemente eran congelados y no tuvimos esta gente generosa que fuera capaz de hablar por nosotros y por los obreros, por los que nunca hemos tenido otra cosa para vivir que un sueldo o un salario y que al quedar congelados, al no existir ningún tipo de reajuste, teníamos que hacer malabares, teníamos que hacer maravillas para seguir subsistiendo.

»A mí me extraña que algunos parlamentarios se pres-ten a este juego sucio, porque es un juego sucio que ahora la derecha chilena venga a sacar la cara para decir que se han amañado los índices, para defender los sueldos y los salarios; realmente a los que hemos sido asalariados nos suena a burla sangrienta, que no merecemos. Porque la verdad se desprestigia por estas cosas, se desprestigia por estas burlas sangrientas, se desprestigia porque hay momentos en que los que han sido el peor cuchillo de los trabajadores aparecen aquí muertos de la risa, con una careta, diciendo que ellos son los defensores de los trabajadores; se desprestigia porque desorientan a aquella gente que cree

que en el Parlamento los honorables se reúnen para discutir cosas serias.

»Señor presidente, quiero expresar en nombre de los socialistas que rechazamos esta nueva mascarada porque cuando se acusa en serio a un ministro, cuando se tienen razones reales, entonces contestamos también en serio; pero en este momento que vive nuestro país, con grandes problemas que no ocultamos ni negamos y con errores de los cuales nos responsabilizamos, porque no somos de aquellos que esconden la cabeza en la arena, rechazamos esta acusación porque en el momento en que el Parlamento debiera estar viendo otros proyectos que interesan a los trabajadores, sabiendo ya el resultado, tenemos que estar perdiendo horas de horas precisamente para prestarnos a una nueva mascarada en que no sólo se hace burla del Parlamento, sino de la democracia que tanto defienden algunos señores diputados».

A comienzos del año 1972 fue acusado el ministro José Tohá, y nuevamente se iniciaron los debates intensos en el Congreso. Cuando me correspondió hablar empecé diciendo: «Un ministro de este régimen, un camarada nuestro, se “reventó” trabajando. Era obrero y se llamaba Carlos Cortés. Otros ministros de este gobierno, el señor Barraza, el señor Oyarce, el señor Zorrilla, son obreros. Todo Chile conoce los cientos y miles de chistes que se han hecho circular para hacerlos aparecer como ignorantes, como analfabetos; pero nunca nadie, ni del Partido Demócrata Cristiano ni del Partido Nacional, ha podido decir que alguno de estos hombres tenga un negro pasado. Y si yo recuerdo esta noche que Cortés murió trabajando es porque ese debiera ser el signo de este gobierno, que pretende construir algo muy grande, algo que escapa a la imaginación de algunos parlamentarios que siguen dialogando con sus abuelos de apellidos vinosos, en un pasado que nunca volverá. Porque muchos de nosotros, en vez de estar aquí

desde las once de la mañana, dispuestos a enterar doce horas, tenemos conciencia de que ese mismo tiempo podríamos utilizarlo con nuestra fuerza creadora, con la capacidad de nuestro talento, en estar construyendo algo por nuestra patria. En cambio, aquí estamos un poco dejándonos llevar por el juego de quienes se entretienen con lo último que les queda, con este juguete que utilizan, con este elástico que estiran, pero que, por último, no los va a hacer reventar trabajando, aunque sean muchas las horas que pasen escuchando la brillantez o el que surge de un cerebro de un Carmine o de otros.

»Señor presidente, yo quiero recordar que muchos de nosotros leímos en algunos diarios que decían que Tohá era el único gente que había en el gabinete, y esto de que era gente entre comillas quería decir que era una persona decente, un hombre educado, un hombre de buena presencia incluso. Yo lo escuché siempre. Sin embargo, este hombre, el ministro José Tohá es el que está en este momento enjuiciado. Pero lo que ocurre, en definitiva, es que no les importa mucho lo que está sucediendo aquí adentro. Sin embargo, sería bueno que a ustedes, no a toda la democracia cristiana, a los reaccionarios, les preocupara lo que está ocurriendo en el alma del hombre de Chile, de la mujer de Chile.

»La verdad es que fuera de aquí, fuera de lo que se llama este famoso hemicycle, se está desarrollando otro debate y otra votación, y en esa votación son ustedes los que están perdiendo. Están perdiendo prestigio, están perdiendo en el tamaño que tiene cada uno de ustedes, intelectual y moralmente hablando. Están perdiendo porque muchos de ustedes se siguen enjuagando muchas veces la boca con la palabra "libertad", con la palabra "democracia". Sin embargo, como lo dijo un diputado recientemente, se amarran de cualquier modo y a cualquier precio con tal de realizar una revancha contra un hombre al que, incluso, algunos se atre-

ven a calificar de amigo. Yo me acuerdo que anoche, un señor diputado decía: "Yo soy amigo del señor ministro del Interior". Nosotros, los trabajadores, la gente proletaria, cuando somos amigos de alguien, lo defendemos en la buena y en la mala. Esa manera de ser, el dar de puñaladas arteras a un amigo, es el símbolo de un sector, de una clase decadente. Es por eso, porque hay una lucha entre el pasado y el futuro, que nosotros rechazamos la acusación constitucional deducida en contra del ministro Tohá».

Otra acusación que se me viene a la memoria es la que se presentó en contra del intendente de la provincia de Santiago, Alfredo Joignant. Cuando me correspondió intervenir me referí especialmente a las jornadas históricas, cuando el pueblo se enfrentó al paro sedicioso de los camioneros, financiado por Estados Unidos y cacareado por *El Mercurio*. Entonces dije:

«Miles y miles de trabajadores se trasladaron a pie desde las poblaciones marginales, desde todos los centros suburbanos y urbanos de nuestro país, y concurrieron a sus labores. Y no se paró una sola fábrica. Por el contrario, señor presidente, en muchas de ellas se aumentó la producción y también, cuando el matonaje desencadenado empezó a tratar de liquidar la locomoción, que de todas maneras funcionó y trasladó a las dueñas de casa a los centros de abastecimiento, estuvo la presencia del pueblo trabajador y de las mujeres humildes de nuestra patria, que sabían muy bien que estaban asistiendo a una nueva medida tomada por la reacción de nuestro país. Por eso, señor presidente, esta tarde nosotros estamos de acuerdo con un colega que ha dicho que esta era una acusación política. Porque hemos asistido, uno a uno, al drama del imperialismo, por un lado, y al drama de la derecha chilena, por otro, que a pesar de su fortaleza aparente ha quedado demostrado que no es capaz de parar a este país.

»El otro día —y aquí no se ha dicho nada; nadie lo ha dicho con lágrimas en los ojos, porque sólo se trataba de un niño proletario—, un pobre mocoso de nueve años fue víctima, en San Miguel, de esos jovencitos irresponsables de la Rolando Matus y de Patria y Libertad, que lanzaron los famosos “miguelitos”, permitiendo el accidente que todos conocemos, horrorizados. Pero, a pesar de eso, a pesar del amedrentamiento de los comerciantes; a pesar, señores diputados, como lo dijo uno de ustedes, de que esta ha sido una nueva acción política, nosotros, aquellos que leímos con detención los famosos cuadernos de la ITT, sabemos que estamos asistiendo a otro paso más de lo que ha sido una escalada sediciosa. Por eso, esta nueva acusación a un alto funcionario de gobierno, a un intendente, es una de las tantas que se han presentado. Los motivos que se han dado, de la más diversa naturaleza, así también se ha acusado a ministros de Estado. Pero hay una cosa que sería bueno que recordaran los diputados que forman los bancos, en este momento, del llamado Frente Democrático. Los demoniacos debieran recordar que el pueblo es innumerable y que si sacan a uno de apellido Lobos o González o como quiera que se llame —en este caso uno de apellido difícil: Joignant— miles surgirán, porque el pueblo chileno, repito, es innumerable.

»Hemos asistido a la comedia que aquí han desarrollado algunos diputados. Como dijo denantes nuestro camarada Schnake, hay algunos que lo hacen porque saben muy bien hacia dónde están apuntando sus armas, pero hay otros que se dejan utilizar o, ingenuamente, al acusar al intendente de Santiago, quien realiza una fatigosa labor por un sueldo miserable, se están cubriendo de gloria. La verdad es que están prestándose para un escalón más de una escalada de sedición en nuestro país. Por eso, los diputados socialistas asistimos muy tranquilos a esta acusación, porque mientras el pueblo

vaya a las fábricas, a los telares, a las minas, a las industrias; mientras los trabajadores conduzcan, como sea, taxis, camionetas y camiones; mientras Chile siga, como país, enfrentando al imperialismo norteamericano, a nosotros no nos importa que aquí, una mayoría política solicite la destitución del intendente de Santiago».

A fines de diciembre de 1972 se presentó la acusación constitucional en contra de Orlando Millas, líbelo que dio lugar a una áspera y muy interrumpida sesión en la Cámara de Diputados. Entre las cosas que pude decir manifesté textualmente:

«Señor presidente, hay un poco de razón en lo que afirma un señor parlamentario. Son culpables los hombres de la Unidad Popular de no tener contentos a la derecha y al fascismo en Chile; son culpables de no merecer de ellos ni la sonrisa ni el halago. Si acaso los hombres de la Unidad Popular recibieran el aplauso de la derecha, querría decir que lo están haciendo mal.

»Por otra parte, aquí se ha dicho que esto obedece a una verdadera escalada. Hoy en la tarde supe que seguramente veintiséis personas que trabajan en el departamento de prensa del Canal 9 de televisión van a quedar cesantes. Yo les pregunto a los colegas si esto es porque se ha gobernado mal o si es, simplemente, porque el rector de la Universidad de Chile está persiguiendo a esa gente porque le ha dado a ese canal una línea a favor del pueblo.

»Resulta, señor Godoy, que me sigue interrumpiendo, que si usted aplaudiera a Millas, nosotros tendríamos que dudar de su actuación como ministro de un gobierno popular. En Chile las cosas han quedado de tal manera que nosotros sabemos quién aplaude a quién y por qué. Por ejemplo, puedo decirle al caballero que grita que denantes expresamos algo en broma, pero que ahora lo decimos en serio: a las acusaciones vienen honorables señores a quienes ni

siquiera conocemos en la Cámara, porque vienen sólo a entregar su voto. Nosotros lo dijimos en broma, pero es cierto. ¿Cómo se atreven a venir a levantar la mano cuando están ausentes del proceso que vive nuestro país? Yo considero que eso es una inmoralidad, porque para entrar en un debate hay que estar de un lado o de otro, pero no ser usado sólo cuando se requiere el voto.

»A Orlando Millas usted lo conoce, señor presidente, y lo conoce toda la Cámara, porque ha sido nuestro colega; y resulta que si hay un individuo que debería merecer respeto por su trabajo, por su honradez, por su hombría de bien, es Orlando Millas.

»Pero el odio es más grande que la razón, a veces. Por eso, nosotros, la gente del pueblo, la gente de la Unidad Popular casi agradecemos que voten en contra de nuestros hombres, porque eso quiere decir que los nuestros están manteniendo una línea firme junto a los trabajadores. Por eso, nosotros, sin falsedades, sin postizos y sin rellenos estamos a favor del pueblo y votamos que no».

A las acusaciones constitucionales se agregaban los incidentes callejeros entre estudiantes y diversos grupos no identificados, que creaban la idea de que se estaba atropellando la legalidad y creándose una situación de caos. Se actuaba con violencia tremenda, y aparecían grupos armados, algunos de los cuales, luego de ser investigados, se descubría que eran de derecha, y los diarios vociferaban señalando que el país estaba entregado a las bandas armadas y que debían venir quienes pusieran orden a este clima; o sea, ya se estaba instando a que los militares abandonaran los cuarteles. Se mataba a campesinos, mapuches y estudiantes.

En una de esas oportunidades, en septiembre de 1972, hablé en la Cámara para denunciar: «En el día de ayer, un joven, Mario Avilés Oyarce, de diecisiete años, cayó muerto mientras un grupo de estudiantes, de elementos políticos,

incluso elementos del hampa, provocaban desórdenes que todos conocemos y hemos vivido en las calles de Santiago. Y hace pocos días, en Frutillar, en una verdadera masacre, porque no hubo enfrentamiento en igualdad de condiciones, fueron asesinados varios campesinos. Uno de ellos era el joven Luis Hernán Rivas, de diecisiete años, militante del Partido Comunista, que no iba armado, como tampoco lo estaba el muchacho muerto ayer.

»Deseo hacer notar estos hechos porque hace muchos años, con dirigentes de la que entonces era la Juventud Socialista, salíamos a enfrentar las hordas del nazismo; pero entonces salíamos a correr el riesgo por ser dirigentes, o sea, los dirigentes salíamos a la cabeza de aquellos que luchaban en un enfrentamiento directo y franco con los que nosotros considerábamos y consideramos enemigos, no sólo enemigos políticos, sino enemigos de nuestro país.

»Esta tarde, señor presidente, más que todo como mujer, no sólo quiero rendir un homenaje a estos muchachos, sino hacer un llamado de atención a la juventud que, loca y ciegamente, se deja empujar por malos elementos. Hemos visto cómo a veces de algunos departamentos céntricos, de pisos altos, les lanzan “guateros” con bencina o parafina o les lanzan elementos contundentes para que ellos combatan. En cambio, estas personas adultas se mantienen lejos, resguardadas en la impunidad de la sombra y de la cobardía.

»Y llamo la atención, señor presidente, porque no es posible que en nuestro país, esgrimiendo cualquier razón, se lance a la juventud a las calles, sabiendo muy bien que, en estos casos, van al suicidio.

»Y hago un llamado —condoliéndome de estos hechos en nombre de mi partido y de la Unidad Popular— a aquellos padres que en estos momentos todavía no comprenden por qué la tragedia ha llegado a sus hogares. Llamo también a la reflexión a esos elementos políticos o politiqueros que están

utilizando a esos jóvenes en beneficio de sus mezquinos intereses, y lo hago recordándoles que cuando nosotros éramos jóvenes, hace muchos años, teníamos el valor de salir a luchar sabiendo que nuestra vida se ponía en juego.

»Al rendir homenaje a estos muchachos y pedir el envío de condolencias a sus familias, quiero decir que nosotros, viejos luchadores, si mañana es necesario y el pueblo así lo ordena, saldremos a ponernos al frente, si fuere necesario a luchar con la propia vida, pero de ninguna manera nos escudaremos en la cobardía, porque pensamos que, cuando están en juego los ideales, hay que saber dar el ejemplo, como lo han dado en Chile muchas mujeres y hombres que han demostrado que el valor es una moneda que se cambia en todos los mercados y es respetada en todos los lugares.

»Las mujeres sentimos lo que ha pasado; sentimos que todos los días hay zozobra en el comercio, cuando comienzan los desórdenes callejeros. En varias ocasiones, al escuchar al ministro de Educación, he pensado en cuánta razón tiene al llamar a los estudiantes a la reflexión. Desde esta tribuna, también los llamo a estar tranquilos y llamo, sobre todo, a los elementos políticos que los dirigen a que adopten alguna de esas dos actitudes: o afrontar ellos, con sus personas, la responsabilidad de salir a combatir, o dejar a los jóvenes estudiar tranquilos y prepararse para una patria que necesita, mañana, de hombres justos, preparados y responsables.

»Nuestro sentido homenaje a los padres de estos muchachos, en nombre de las fuerzas que represento, y nuestra protesta más airada contra la cobardía que ha hecho en estos días en nuestro país campo raso con lo que ha sido siempre respetado y considerado, porque es lo que más queremos: nuestra juventud».

Paralelamente a la violencia había una escalada de boicot y desabastecimiento. El comercio cerraba cuando se le daba la gana, y los canales de distribución de alimentos ha-

cían causa común, desatendiendo las necesidades de la mayoría. Sin embargo, la creatividad del pueblo era enorme y se iban planificando espontáneamente nuevos canales populares de abastecimiento que desesperaban a la derecha, porque en la medida que se conspiraba para negar la sal y el agua al gobierno, iba emergiendo un poder popular que impedía que el objetivo de los reaccionarios se concretara. Durante la UP se mejoraron contra viento y marea los ingresos populares y, por lo tanto, los trabajadores aumentaron su poder adquisitivo. Tratamos de debatir en el Congreso un proyecto de ley que tipificaba el delito económico y condenaba el acaparamiento y el mercado negro, pero se buscaron todos los subterfugios para que no se tratara. Cuando intervine denuncié que quería dejar constancia que la mayoría reaccionaria del Senado había cometido una arbitrariedad por cuanto «estoy segura, la mayoría de los sectores de la Cámara tenían interés en conocer y discutir dicho proyecto. De manera que dejo constancia que los parlamentarios de la Unidad Popular no solamente lamentamos este hecho, sino que recriminamos a esa mayoría política que ha impedido el conocimiento de un problema de carácter nacional».

Tratamos de mejorar las remuneraciones de los trabajadores, pero nos encontramos con sucesivas trampas de la derecha. Nosotros estábamos tratando de aliviar la situación de una gran mayoría de chilenos, los asalariados, las personas con un salario mínimo y con un sueldo base, y ese es el fondo del problema. Por eso dije:

«Hay trabajadores que tradicionalmente sobre sus espaldas han sentido gravitar el peso de la inflación y, como se acaba de expresar aquí, incluso se está previendo la posibilidad de solucionar el problema ante la inminencia del alza, incluso de la movilización colectiva que, como saben los señores diputados, es solamente utilizada por los sectores de

trabajadores y empleados que no disponen de coche, como la mayoría de las personas de rentas altas.

»Nosotros estamos conscientes que esta no es una materia simple, y también estamos conscientes de lo que significa este proyecto para los elementos de alta renta. Pero resulta que nosotros estamos tratando de legislar para las grandes mayorías y sobre todo para aquellas mayorías que en definitiva son las que amasan la riqueza de nuestro país, y en el caso de los empleados son éstos los que en realidad contabilizan el trabajo realizado por los trabajadores en general.

»Cuando nosotros hemos visto cómo se han descubierto bodegas completas con mercaderías ocultas para producir desabastecimiento; cuando nosotros hemos visto en comunas adyacentes a Santiago mercaderías enterradas; cuando hemos visto en algunos ríos, incluso, botadas cantidades inmensas de medicamentos, sabemos, entonces, y entendemos muy bien por qué hay sectores que de ninguna manera aceptan el planteamiento básico de este proyecto del Ejecutivo.

»Nosotros vamos a luchar por este proyecto, porque sin duda alguna él es también una de las promesas básicas que se hicieron cuando se elaboró el programa de la Unidad Popular.

»Se trata, señor presidente, y no cabe duda, de gravar especialmente a quienes nunca afectó la inflación, a quienes han producido acaparamiento, a quienes han permitido la bolsa negra y a quienes han ocultado mercadería y han favorecido el contrabando».

Otro hecho muy relevante de la época de la Unidad Popular fue un fenómeno ocurrido en los medios informativos. Hasta el advenimiento de dicho gobierno no se habían producido problemas al interior de las empresas, que podían comunicar sus mensajes sin inquietudes.



Con el Presidente Ricardo Lagos y otras personalidades de la política en el Palacio de la Moneda.

Pero los periodistas tomaron conciencia de su propio sentir y esa actitud repercutió en sus trabajos, terminando con persecución política e ideológica por parte de los patrones. Los conflictos surgieron en los medios escritos, radiales y televisivos, y no sólo en Santiago, sino también en provincias. Se empezaron a suceder los despidos arbitrarios y las huelgas. El problema de fondo era que los periodistas querían que se informara objetivamente acerca de los hechos relacionados con el proceso de la Unidad Popular.

Se planteó que si un periodista trabajaba en una empresa y públicamente manifestaba un pensamiento contra esa empresa, era un traidor. Yo no sé cómo el señor que afirmó eso no se cayó de la estatua al decir esas tremendas palabras, porque, realmente, eso sí que es una negación de la democracia y del pensamiento libre.

Hubo largas intervenciones de todos los parlamentarios en la Cámara de Diputados. A mí también me correspondió

hablar, y empecé abordando el caso de los radios. Dije que «en la Radio Nuevo Mundo fueron despedidos dos demócrata cristianos, don Héctor Rolla y don Ignacio González. A estos señores los despidió un señor Antonio Cabello, que también es demócrata cristiano. De manera que aquí no se trata de defender solamente a la gente de la UP, sino, como se ha dicho, de defender el derecho de los periodistas a tener opiniones personales.

»En la Radio Cruz del Sur, los trabajadores tienen problemas y son demócrata cristianos, señor presidente, pero tienen problemas porque no se les pagan los sueldos y no se les hacen imposiciones.

»Por lo tanto, respondo al señor Monares, que no es gente de la Unidad Popular solamente, que es gente de su partido. Pero como son periodistas, creemos que tienen derecho a que se les paguen sus sueldos y se les hagan sus imposiciones.

»Un señor diputado ha planteado una teoría muy peregrina que tiene “olor a nazismo”. Expresó que era una traición que un periodista manifestara una opinión contraria a la de su empresa. Ahora, nosotros queremos agregar otros antecedentes».

Me referí a los problemas de trabajadores de prensa del Canal 13, quienes apelaban ante el directorio de la corporación la reafirmación de conquistas ya obtenidas en el pasado y no aceptar remociones ni disminución de la planta del personal.

Estos acuerdos habían sido adoptados por la unanimidad de los ciento cincuenta y dos trabajadores del canal. Dije que nosotros estábamos dando a conocer hechos, no estábamos inventando nada ni nos interesaba saber quiénes eran de la UP o quiénes eran demócrata cristianos.

Ahora, con respecto a *El Mercurio*, en esa sesión dimos varios antecedentes, pero decidimos darlos cronológicamente, como se había ido desarrollando este proceso:

«El domingo 5 de septiembre, el famoso Pablo H. Rodríguez visita los talleres del diario y otras dependencias. Es pifiado. Un jefe amonesta por ello a los trabajadores.

»El lunes 6 continúan los artículos editoriales y de crónica su campaña sistemática contra el gobierno de la Unidad Popular, tanto en *El Mercurio* como en los otros diarios de la empresa. En el caso de *El Mercurio* los ataques van dirigidos directamente a la persona del compañero Allende. La situación de la Compañía de Cervecerías Unidas, perteneciente al clan Edwards, ha endurecido la posición de los diarios controlados por este grupo financiero.

»El martes 7, el compañero Presidente de la República responde a *El Mercurio*, carta que es publicada ese día.

»El miércoles 8, el CUP de los trabajadores de la empresa *El Mercurio* solidariza públicamente con el Jefe del Estado.

»El jueves 9, el Movimiento Laboral Independiente, grupúsculo fascista que opera dentro de la empresa, siguiendo los postulados de Patria y Libertad, pide al director de *El Mercurio*, René Silva Espejo, también fascista, el despido de los militantes del CUP. La carta, publicada por *El Mercurio*, señala en parte que “no es posible seguir soportando pasivamente a este grupo de exaltados”.

»Ese día, otros diarios traen otra denuncia del CUP. Ocho ejecutivos de la empresa están utilizando dinero de los trabajadores para cancelar el 30% de un millón y medio de escudos que, por concepto de global complementario, les corresponde pagar este año.

»A las 15.30 horas, el presidente del consejo, Fernando Léniz, habla a los trabajadores de la empresa. Asegura que en el diario existe pluralismo ideológico, razón por la cual todo obrero o empleado es dueño de profesar cualquiera posición política. Dice que mientras esté a cargo de la empresa no habrá persecución a los trabajadores. Ese día vuelven

a operar dentro del edificio de calle Compañía guardias armados, dirigidos por el coronel en retiro de Carabineros don Guillermo Arancibia Arratia.

»A las 17 horas de ese día, Sergio Gutiérrez, presidente del CUP, a quien no se dejó hablar en el “show monólogo” de Léniz, es amenazado a través de una llamada telefónica interna de la empresa, de que si no dejaba *El Mercurio* en una semana, su hijo de nueve años sería raptado. Se daba, además, la dirección del menor. La denuncia respectiva quedó estampada en la 3ª Comisaría de Carabineros.

»Viernes 10. La empresa comunica los despidos de los cinco dirigentes del CUP. La medida fue dada a conocer a las 18 horas, en vísperas de fin de semana y cuando la mayor parte de los trabajadores ya se habían retirado de la empresa.

»¡Valientes todavía los *dunnys!*

»Fernando Léniz abandonó la empresa con destino desconocido, con el objeto de que los sindicatos no lo pudieran localizar.

»Sábado 11. Los trabajadores injustamente despedidos empiezan a recibir el apoyo de diversos sectores políticos y gremiales.

»Domingo 12. Léniz se digna recibir a dirigentes de los cuatro sindicatos de la empresa.

»Lunes 13. Los cinco despedidos no aceptan las condiciones lesivas impuestas por la empresa para dejar sin efecto sus despidos.

»A las 20 horas son recibidos por el compañero Allende, quien es informado ampliamente de los hechos».

Esta intervención, desgraciadamente, no la pude completar, porque se me acabó el tiempo reglamentario; de manera que me fue imposible referirme a esa extraordinaria persona que fue Sonia Edwards, quien desde la vicepresidencia de la empresa no sólo apoyó a los trabajadores, sino que, junto a los integrantes del CUP, inició una huelga de hambre en su ofi-

cina, destacando en sus declaraciones a la prensa que había sido sorprendida con la noticia de los despidos, «decisión que no me fue consultada», según dijo, «quizá por saber ellos que yo también comparto la posición de los trabajadores que han sido arbitrariamente despedidos».

He hecho el resumen de algunas de mis intervenciones en la Cámara para dar una idea de lo que fue ese período dentro del Parlamento, que era un reflejo de lo que ocurría afuera, donde se objetaba al gobierno y donde surgían voces valientes para defenderlo.

Esto sucedía en todos los lugares del país y tenía una fuerza tal que era como salir de la ignorancia y la dependencia en que se había vivido por siglos. Por eso, el golpe para acabar con nuestro proyecto tenía que ser cruento y de larga duración para que nunca más los trabajadores pretendieran convertirse en conductores de su propio destino.

X

Ata tu carro a una estrella

Mientras fui parlamentaria me correspondió observar el trabajo de muchas mujeres que eran colegas diputadas, de diversas tendencias políticas y todas muy interesantes a su manera. Una de ellas era Inés Enríquez, una mujer estupenda, de una facha regia, que era lanzada y desbocada cuando ameritaba. Era muy seria, correcta y superinteligente.

Otras eran las demócrata cristianas: Vilna Saavedra, a quien siempre consideré bastante mediocre, aunque muy trabajadora, y Juanita Dipp, que murió el año pasado, luego de dar una larga lucha para conseguir que nos devolvieran el 20% que Pinochet nos quitó. Siempre me llamaba por teléfono y me decía: «¿Por qué no reclamas tú?, porque creo que a ti te podrían hacer caso». A su manera y a su estilo, fue una buena diputada. Había otras de la misma colectividad que prefiero no recordar.

No todas podían ser brillantes oradoras. En este grupo coloco a las comunistas Gladys Marín y Mireya Baltra, que eran enormemente activas, trabajadores y peleadoras. A propósito de Mireya, siento que ella me hizo una «mariconada» en un foro a micrófono abierto que tuvimos luego del regreso del exilio. En esa oportunidad se anunció que ella iba a estar y empezaron a llamar varios comunistas y preguntaban cosas destinadas a joderme, señalando que cómo yo podía pensar de la forma en que estaba hablando y al mismo tiempo pertenecer a la Concertación. Todo esto que estaba

planificado para «sonarme» hizo que me enfureciera y empecé a responderle a la gente y, al mismo tiempo, le dije a ella: «Esto no lo hace una persona decente y menos si tú dices que eres amiga mía».

No quise que el programa se cortara y seguí defendiendo mis puntos de vista. Ella se puso a llorar y sentí que estaba usando un recurso barato. ¿Por qué, si me hacen una porquería así y yo la aclaro, ella se pone a llorar? Me parece, por decir lo menos, de muy mala clase. Si yo hubiera querido, también le habría avisado a algunos socialistas para que la hubieran jodido. Pero no se trataba de eso. Lo que interesaba era que la gente que estaba escuchando la radio supiera cómo piensan las mujeres de izquierda. Y así le dije: «No se trata de quién es más chora, quién es más diabla o quién hace más pillerías, sino quién es más de izquierda o quién tiene más inteligencia para defender sus ideas».

Otra parlamentaria, conservadora o nacional, era Silvia Alessandri. Había gente que decía que era tonta a la vela. La verdad es que no era nada de quedada, sino que al revés, se hacía la lesa y sacaba lo que ella quería. Para mí, era una representante de los momios muy habilidosa. Tengo la certeza de que ayudaba mucho a la gente.

A veces, la veía que se acercaba al *Negro* Olivares, que era un socialista muy querido en el Congreso, y con el mayor de los encantos le decía: «Ay, negrito lindo, dame ese votito que lo necesito para ayudar a esta gente». El *Negro* se dejaba querer y le respondía muy coqueto: «¡Convénzame, reina, convénzame!». Así, Olivares, entre pícaro y diablo, bromeaba con su oponente, y Silvia, que no era ninguna tonta, conseguía lo que quería. A mí ella me gustaba mucho como parlamentaria, y tengo una idea diferente a la de otros diputados.

La senadora comunista Julieta Campusano era como todas las comunistas que he conocido. Muy aplicada. Andaba con un cuadernito, anotando todo, para no dejar nada al

azar. Era una buena mujer, correcta y empeñosa. No metía bulla, no se hacía notar, pero estoy segura que cumplía muy bien con todas las tareas que se proponía. Jamás faltaba a una sesión. No hablaba mucho, pero concretaba lo que le correspondía en sus tareas parlamentarias.

Hay una mujer, María de la Cruz, que no era de mi tiempo y que fue senadora, la primera con ese cargo en Chile. Yo la encontraba regía. Era una gran oradora y estimo que el Congreso, al expulsarla, le hizo una gran mariconada, pues en un caso similar, no habrían procedido así con un hombre. La echaron por lo que se dijo había sido un contrabando de relojes. Había cosas oscuras en ese hecho. Nunca creí lo que se decía, y siempre me pareció que con ella el Senado estaba incómodo, en vista de sus calidades.

Muchas veces la vi por la calle, y siento que se la denigró demasiado, pues todo el mundo la observaba como si fuera una pobre loca. Creo que no se le ha hecho justicia.

También hay mujeres en el campo del feminismo, como Elena Caffarena, ya fallecida, a quien se le ha rendido un homenaje merecido en los últimos tiempos. Otras son las educadoras, como Amanda Labarca y Olga Poblete. Esta última, una comunista que hizo escuela como docente.

Las integrantes del Movimiento Feminista denominado MEMCH se caracterizaban por ser casi de la *high class*, pero tenían clarita la película de la lucha de las mujeres, especialmente de las proletas. Hay que reconocer el gran trabajo que hizo esa organización en su época.

Asimismo, a menudo me han preguntado acerca de qué opino de María Elena Carrera, y digo que ella es una gran doctora, pero bastante perezosa o negligente. Yo se lo he dicho muchas veces. En las dos oportunidades en que llegó al Senado fue como si le hubieran caído los cargos directamente desde el cielo. La primera vez se la eligió porque era la viuda de Salomón Corbalán, y todo el mundo estuvo de



Con María Elena Carreya.

acuerdo en que el cargo vacante debía ser para su cónyuge, luego que éste muriera trágicamente en un accidente. Corbalán se distinguió como uno de los dirigentes más importantes e interesantes del Partido Socialista. Por ejemplo, cuando se discutió la reforma agraria dio muestras de un profundo conocimiento acerca del tema, y lo mismo sucedía en otras materias.

La segunda vez que fue candidata, todos trabajamos como chino por ella. El distrito por el que postulaba era tan grande que había que estar todo el día en acción. Yo salía a promover su postulación al Cajón del Maipo, mientras ella se quedaba en su secretaría. Muchas veces se hacían reuniones para juntar fondos para su campaña, y ella era la única que no llegaba. ¿Qué sucedió? Pues perdió, pero como todo le cae del cielo, su compañero de lista Eduardo Frei fue elegido Presidente de Chile y ella, de acuerdo con la ley electoral, le correspondió asumir.

Mucho se la criticó porque no iba a las reuniones del Senado. Entonces le dije: «¿Cómo puede ser que una mujer tan

inteligente, tan culta y tan buena, se deje estar en un trabajo que es tan importante?». Hoy está más preocupada que nada de sus nietos y de su hijo. Ese es el centro de su existencia. La reto cuando la veo y le digo que debería dedicar un tiempo al partido. Eso sí, que quede bien claro, somos amigas.

Soy exigente, porque me esfuerzo a concho en todas mis actividades, especialmente en las campañas. La primera vez que fui elegida saqué por rebalse a Schnake. En la última campaña, en 1973, logré el 47% de los votos. El único que me ganó fue «mi hermano Bernardo». No es falsa modestia, pero yo era grito y plata.

Me gusta hablar y siempre improviso, y logro entrar en lo que la gente desea, porque tengo bastante psicología para saber cuáles son sus necesidades. Por lo tanto, siempre que me dirijo a un grupo más o menos grande, mi oratoria es bien recibida. Creo que para ejercer el arte de la oratoria hay que nacer con algo de disposición para eso, pero también hay que tener un discurso que valga la pena, que inste a luchar y a mejorar la situación desmedrada de cientos de miles de personas.

El arte de hablar en público se cultiva. Allende, como ya lo conté, me indicó que siempre hay que tener presente cuatro o cinco ideas principales y darles fuerza con cifras y documentos que demuestren que lo que uno dice tiene validez. Tengo ochenta y cinco años, y hace un tiempo me correspondió hablar en Talca. Cuando se ha llegado a esta edad no se tiene la misma cabeza que con varias décadas menos, pero yo en aquella oportunidad pensé, en la misma noche, lo que quería decirle a la gente.

El motivo de la reunión era nada menos que el Día Internacional de la Mujer. Decidí que iba a decir un discurso que hice durante una gira con Allende en el Tren de la Victoria. En ese viaje me tocó alojar en la piececita de una compañera en Chillán. El pequeño cuarto tenía entre sus adornos

un banderín que decía: «Mujer, ata tu carro a una estrella». Esa frase me quedó dando vuelta. Era el año 1958, y al día siguiente teníamos unas once en Talcahuano, con más de quinientas mujeres que proclamaban a Allende. Me sorprendí porque Allende decidió que yo sería la única oradora. Me llamó la atención porque el día anterior habíamos tenido una pelea, y yo lo había regañado. Cuando me anunció como oradora, pensé que al igual que él yo era un animal político, y me puse de pie señalando a la jovencita que me había cedido la habitación, le agradecí su gesto y conté que allí había un letrero que decía simplemente: «Mujer, ata tu carro a una estrella». Yo usaba mucho una palabra que ahora nadie la dice: «proleta».

Las mujeres presentes en el lugar, casi todas proletas, no sólo trabajaban, sino que muchas de ellas eran mujeres de proletas. Ahora nadie pronuncia esa palabra. Tampoco dicen «revolución» o «pueblo». Es como si las palabras se hubieran degradado. Planteé que en el lugar estaban, además de las proletas, mujeres que estudiaban en escuelas y liceos y otras, más afortunadas, que habían llegado a la universidad. «Creo —les dije— que sería bueno que ataran su carro a una estrella, porque eso es lo más brillante y lo más alto que vemos en la noche, y si deseamos que nos sucedan cosas que sean fáciles, aunque parezcan imposibles, todo depende de cómo miremos y alcancemos lo que deseamos». Enseguida, me fui volando, igual que el carro atado a las estrellas, y hablé de las mujeres y de su mundo quimérico, y de las utopías, del encanto y la maravilla de ser mujer.

Cuando terminé de hablar, Allende se paró y me dio un beso. No se trata de sólo tener facilidad de palabra, sino de pensar como lo hacía Walt Whitman, quien recordaba que «hasta el pasto para crecer necesita un principio amoroso», porque si uno quiere hacer algo que valga la pena tiene que usar el sentido del amor.

Pero, ¿qué pasó en Talca para el Día Internacional de la Mujer? Llegué a la zona y me fui directo desde la estación del tren a la sede del Partido Socialista. Me dijeron que allí me pasarían a buscar para llevarme a una casa y después al local de la reunión. El lugar era bastante agradable, y me fijé que tenían una fotografía de Allende de cuando era muy joven, tal como yo lo había conocido cuando él tenía veintiséis años, era diputado y usaba una especie de barba. Se me ocurrió inmediatamente una idea parecida a la de «ata tu carro a una estrella».

Cuando subí al estrado empecé diciendo que no me parecía bien que en un lugar del Partido Socialista, en vez de colocar el nombre de la colectividad o de Salvador Allende, estuviera el de un senador o de un diputado. Eso indicaba que el partido no tenía alma. «Por ejemplo —dije—, aquí a mi espalda hay una hermosa foto de Salvador Allende, el mismo que conocí cuando era un veinteañero, cuando la decían el *Pije* Allende, porque era muy elegante, usaba lentes con marco de oro, andaba siempre engominado, además de ser bastante atractivo. Le conocí en ese tiempo, cuando aún no tenía la banda presidencial en su pecho. Así, podría decir que a ese hombre lo vi crecer. Era el pije auténtico. Venía de la clase media alta y tenía unas hermanas que eran muy pitucas y vivían en Viña del Mar. Bueno, ese pijecito se recorrió todo Chile y llegaba a una oficina pequeña, recóndita, llena de moscas, donde apenas lo querían escuchar seis o siete personas. Yo lo acompañé en esa época, y fui viendo su transformación. Poco a poco fue cambiando su indumentaria, sin dejar de ser elegante. Buscó ropas más apropiadas para caminar por todos los lugares donde él tenía necesidad de llegar y llevar un mensaje. Comparando a este hombre con los que ustedes tienen ahí representados, que ni siquiera están aquí, en el Día Internacional de la Mujer, les quiero hablar hoy de una mujer emblemática, que se llamaba Laura. Ella

no nació proleta. Ella fue reina de la belleza en Viña del Mar, pues era hermosísima, y llegó a la Cámara de Diputados a los sesenta años y ni siquiera tenía la menor idea de lo que era la clase trabajadora ni de viejas que vivieran en Conchalí, luchando contra el barro y la mierda para poder parar la olla y darle algo a sus hijos. Ella ignoraba eso, porque nació en otro mundo, pero conoció esa realidad y la asumió como suya. Luchó a la par con todos los que deseamos un mundo más justo. Esa mujer sufrió terriblemente, pues por sus ideas, como otros miles, debió emigrar. Esa mujer mandó cientos de cartas pidiendo volver a Chile, pero el hijo de puta de Pinochet nunca le dio el permiso, y ella se suicidó en La Habana, al darse cuenta que jamás regresaría a su terruño. Yo la conocí en su desempeño parlamentario, y a mi modo de ver equivalía a más de ochenta mujeres formadas en la clase trabajadora y que se han sacado la cresta lavando a mano o arrancando matas en el campo. Ella y su hermano Salvador llegaron a la política siendo unos chiches pirulos y terminaron convertidos en verdaderos proletas y revolucionarios. No sólo se matricularon con la realidad de su tiempo, sino que fueron consecuentes hasta la muerte».

Cuando se habla se une la experiencia que la vida ha dado; se acumulan todas las rabias que se han tenido, que si no fueran tantas, los discursos serían mucho más mansitos. Es bueno juntar enojos. Hay que remecerlos, porque los partidos de ahora no tienen nada que ver con los de antes. Hoy se mueven sólo en la esfera electoral. Viene el que se siente como líder, como es, por ejemplo, Escalona o la patota que él maneja, y le dicen que van a poner camionetas y que van a llevar gente, porque acarrea igual como lo hace la derecha. Si uno hubiera dicho que había que organizar en forma diferente ponían una cara como si fuera de otro planeta.

Me acuerdo que nosotros salíamos al campo a hablar con los gallos en los mismos lugares donde estaban traba-

jando. Siempre estábamos en función de ser los diputados del pueblo.

Hace poco fui a un lugar que queda cerca de San Fernando, a una zona en la que íbamos a ver a los Marambio. Nosotros, en otras épocas, tratábamos de ir a descansar, pero apenas entrábamos al hogar de Joel, él venía e invitaba a Miguel y terminábamos con los viejos de la Zanja del Gato y yo me quedaba con la Eudomira, esposa del diputado Marambio, preparando una comidita y otras cosas, pero el plan era hacer partido. Por eso, en otras ocasiones nos íbamos a la parte de los pescadores, donde arrendábamos una modesta habitación que era de puras tablas. Allí terminábamos haciendo unos tremendos cocimientos, pero mientras tanto con versábamos cosas de la clase trabajadora. O sea, que nunca dejábamos de ser diputados.

Ahora no se acostumbra a actuar así. Los gallos empiezan a desaparecer a mediados de diciembre o de enero y recién aparecen en escena en marzo y, lo que es peor, se presentan a media máquina. Nosotros no parábamos nunca. Como decía antes, viajamos hace un tiempo a Nancagua con dos compañeros. Fuimos a una playa que se llama Bucalemu, que no es la de Pinochet. Estoy refiriéndome a una playa repicante. Era un lugar pequeño pero muy solitario, tanto que la Eudovina se empezó a empelotar para bañarse y yo le decía: «Por aquí no te puede ver nadie», y ella me respondía: «Es que yo no miro para ningún lado». La Eudomira Rodríguez es una profesora que fue la esposa de Marambio, ya fallecido en esa época.

Bueno, llegamos a Nancagua y el cabro que nos había invitado nos informó: «Fíjense que el presidente comunal, como es renovado y sabía que venía usted, no citó a nadie». Nosotras lo único que hicimos fue lanzar un «¡chitas!, el medio viaje que nos pegamos para llegar al interior de San Fernando». El muchacho nos trató de consolar diciéndonos que

había hablado con un amigo y que igual íbamos a tener una reunión. Llegamos a una casa muy pobre, con un parrón y unas uvas, y debajo del enramado frutal, todos sentados.

Como siempre pasa, lo del comunicado de oído a oído permitió que empezara a llegar más gente, y en media hora había como veintiséis personas. Todos eran trabajadores de campo. Lo más lindo es que me empezaron a hablar de Joel Marambio como si fuera ayer, y él murió en 1970. El comentario de todos fue que jamás habían vuelto a tener un diputado como él. Es que era de otro estilo.

XI

Pinochet y el exilio

Es muy importante revisar algunos documentos, como el Plan Camelot y los cuadernos de la ITT, porque existen evidencias de que la CIA estaba complotando para dar un golpe en Chile desde el año 1963. Ya en esa época había brazos armados y huelgas campesinas. En la década de los sesenta hubo toda una conmoción mundial con los movimientos de mayo de París y con la influencia de pensadores como Marcuse, que inspiraban los agitados días de los hippies en Estados Unidos y las marchas contra la guerra de Vietnam. Estaba prohibido prohibir. Se hablaba del amor como el único motor para unir a los hombres en la paz.

Todo lo que ocurrió fue como una oleada que refrescó al mundo entero. Fue como un baño de humanidad en todo sentido: seamos más amigables, respetemos a todos, rompamos todos los esquemas, liquidemos todas las reglas que entorpecen la convivencia, acabemos con el estilo burgués; en el fondo, pongámosle fin a todo lo que oprime. Hagamos la revolución, digamos que no a la guerra, y eso en todas partes tomó dimensiones diferentes, de acuerdo con la cultura y los intereses de cada lugar. Uno sentía lo que estaba pasando, nada nos era ajeno.

En el mismo período empezó a desarrollarse la Revolución Cubana, y yo hice un saludo al país que iniciaba un proceso tan importante. Mucho de ese material fue destruido luego del golpe militar del 73. Eso constituye un delito, pues se están

borrando las huellas de la historia. Cuando vino el trágico 11 de septiembre anduve escondiéndome con mi marido por la comuna de San Miguel. El problema era que yo pertenecía a los imbéciles que se querían entregar, porque escuché que estaba entre los llamados por el régimen militar. Las primeritas de la lista eran María Elena Carrera, Laura Allende y Carmen Lazo. Había que ir a presentarse al Ministerio de Defensa.

Lo primero que le señalé a Miguel fue: «Me voy a entregar, porque yo no he cometido ningún delito». Entonces, empezamos por buscar apoyo, porque los dos salimos esa mañana de nuestra casa y ya después no pudimos regresar. Paralelamente, empezaron a circular rumores lanzados por la dictadura acerca de que todos los dirigentes habíamos sido ajusticiados, lo que volvió locos a mis hijos: Millaray, que estaba en Cuba, y Claudio, que estaba en Londres. Narré antes que ese día fui a la zona más conflictiva, que era la de los cordones industriales.

Siguiendo con la historia, me junté con Miguel y nos encontramos con un diácono, que era un señor que tenía una fábrica de cortinas y que siempre me invitaba a tomar un cafecito y se molestaba mucho y me cobraba sentimientos cuando no lo pasaba a ver. Al venir el golpe, no sé por qué motivo, nos encontramos con él y nos llevó a recorrer un largo camino para pedir ayuda. Visitamos un montón de gente que tenía espacio en sus hogares y podían escondernos. Era gente de medio pelo, que me habían pedido innumerables favores, pero nadie abrió sus puertas, nadie me dijo en aquellos momentos: «Quédese aquí».

Al final nos juntamos con el Peyuco Palestro y quedé en medio de los ultras del partido. No hay que olvidarse que yo era del sector de los guatones, de los que estaban en un ciento por ciento con Allende. Estos ultras andaban trayendo hasta guardaespaldas. Me correspondió alojar esa primera noche en una casita muy pobre.

Hasta que un día alguien me anunció: «La vamos a llevar a la Embajada de Colombia». Fue en ese instante en que cambié de categoría. Pasé a ser VIP, porque era de los importantes de la UP. Me llevaron a una casa, la de Julián Infante, donde me echaron los pantalones en una lavadora, me permitieron aseo en profundidad y me prestaron ropa. En fin, tuve un día de paz en ese lugar.

Me di cuenta también que había categorías de refugiados. En las embajadas sólo querían recibir a ministros, senadores y diputados. El día que llegué a la sede diplomática de Colombia estaba el embajador en persona en la puerta esperándome. Era una casa muy bella, no muy grande, cerca de la Escuela Militar. Cuando nosotros llegamos nos dieron un dormitorio, pero pude observar que había cualquier cantidad de gente colombiana que alojaba en el lugar y dormían en el suelo, en la alfombra, y otros lo hacían en el subterráneo.

El problema de estos pobres colombianos era que los pocos los confundían con cubanos, pues hablaban cantadito y decían «chico». No sé por qué se piensa que ese es un término propio de los cubanos, pero no es así, es caribeño.

En la embajada, además, estaban Óscar Guillermo Garetón, Edgardo Condeza y Adonis Sepúlveda, que en ese entonces era el subsecretario del partido. Como cosa pintoresca, Adonis había propuesto, en algún momento, por supuesto mucho antes del golpe, que había que expulsar a Allende por socialdemócrata. Creo que era medio trotsko. Él vive aún, enfermo de diabetes y está medio ciego.

Estuvimos en ese lugar nueve meses, porque el viejo Pinochet no aceptaba que nos fuéramos exiliados. De repente me hacían llamados en que me amenazaban: «Te vamos a lanzar una bomba, negra concha de tu madre». La vida era bien difícil dentro de la embajada. Lo que ahí pasaba daba para escribir una obra de teatro.

Un día recibí un llamado muy extraño de una periodista: «Mira, Carmen, por razones de seguridad no te puedo decir quién soy». Siempre sospeché que era la María Eugenia Oyarzún. Bueno, pero este personaje anónimo me planteó: «El general Pinochet ha dicho que la única persona allendista con la que él admitiría hablar es contigo. Aceptaría que tú te entrevistaras con él». No sé para qué querrían una entrevista. Mi respuesta fue: «Entrevistarme con ese carnicero sería lo último que haría en mi vida. Por ningún motivo». Fue así como estuve nueve meses encerrada en la embajada.

Pinochet es el ser más despreciable que he conocido. Allende ni siquiera sospechaba de él. Más bien pensaba que era un pobre gallo, buena persona, que él había nombrado comandante en jefe. Pinochet fue el que estuvo más solapado el día del golpe. No dio la cara hasta muy avanzada la jornada del 11. Diría que fue el más desgraciado y vivo de todos, el más hijo de puta y el más perverso. Luego se las dio como que ellos, los valientes soldados, habían salvado el país, pero con el correr del tiempo, cuando todo se sabe, la CIA ha informado cuánto le costó el golpe y ha contado por qué lo hicieron y cómo lo hicieron. Porque a los norteamericanos, de vez en cuando, les da por decir la verdad para quedar en paz con ellos mismos.

Son así. El otro día, mi hija me contaba con bastante inquietud: «Bush es un imbécil, es un poseso. Cree que tiene que matar a todos los que, bajo su punto de vista, son malos. El fondo del problema es que quiere quitarles el petróleo, pero tiene como pretexto matarlos, porque, a su juicio, son los malos de la película».

Pinochet es un tipo bastante raro. No es inteligente, pero tiene una perversidad tremenda. Es que hay maneras de ser. El marqués de Sade sí era inteligente, pero inventó toda una teoría de la perversidad. En el momento de dar el golpe, Pinochet demostró ser el más cazurro de los complota-

dores. Estuvo, como se dice, al «aguaite» para ver cómo marchaba todo. Total, la CIA con los civiles de la derecha habían hecho todo el trabajo anterior al golpe: el desabastecimiento, la desinformación, los dólares que se repartieron a los camioneros y la plata que se entregó a *El Mercurio* y a los dueños del comercio para que cerraran las tiendas y hubiera un Santiago muerto.

Cuando hablo de que Pinochet estuvo al «aguaite» es porque también esperó a saber con cuánto se iba a poner la CIA, porque para atreverse a hacer un golpe tan feroz como éste tiene que haber sido muy grande el precio que pagó la agencia yanqui. No era llegar y lanzarse, teniendo un ejército con una tradición tan grande de respeto a la Constitución. Hay que pensar que asesinaron a Schneider y luego de concretado el magnicidio había que seguir asesinando.

Así fue que no se libró nadie de los que estimaban peligrosos. Le colocaron una bomba a Orlando Letelier en plena capital norteamericana, como habían hecho antes con el general Carlos Prats y su esposa en Buenos Aires, e intentaron muchos otros crímenes en el exterior, sin considerar la masacre que hicieron dentro del país. Por lo menos dos generales, que no eran de izquierda ni jamás lo habían sido, murieron en extrañas circunstancias: uno fue Bonilla, que se «cayó» de un helicóptero justo cuando estaba presionando para que llamaran a elecciones, y el otro fue Lutz, quien falleció de un extraño mal, provocado aparentemente por manos anónimas mientras era atendido en el Hospital Militar y cuando el pobre trataba de decirle a su familia que lo sacaran de ahí.

Lutz tenía fama de momio, había estado a favor del golpe, pero esperaba que el país tomara nuevamente el giro hacia la democracia. De Lutz supe por un libro escrito por su hija. Ella, que no es ninguna izquierdista, vio cómo se iba apagando la vida de su padre y se puso a investigar hasta que logró reunir el material que le permitió dar a conocer al país

cómo lo habían asesinado. Para mí, ella es muy respetable, más respetable que mucha gente de la nuestra, porque no teniendo nuestras ideas se atrevió a decir la verdad, sin importarle sus nexos de infancia con otros hijos de generales con los que convivió durante la niñez, la adolescencia y, en fin, parte de su vida. Incluso sé que está escribiendo algo acerca de Lucía Hiriart, ese otro personaje, digno de lady Macbeth, porque muchos afirman que ella es la más dura del clan Pinochet. Ella es la dictadora y tal vez uno de los personajes más crueles de nuestra historia.

A esto habría que agregar las investigaciones que se hacen en torno a la muerte del ex Presidente Eduardo Frei Montalva, ya que existen serias sospechas de que los servicios de inteligencia de la dictadura habrían ideado la fórmula para sacarlo del escenario político.

Los largos nueve meses que pasé en la embajada fueron muy tensos. Traté de organizarme de forma de hacerlo menos complicado. Allí estaban, como ya dije, Garretón con su mujer y sus hijitas. Fueron los primeros en ser enviados en avión al exterior. Nos fuimos quedando algunos en el lugar. Entre ellos recuerdo al periodista Eduardo Labarca, que es hijo de Miguel Labarca, ese intachable personaje que ofició de secretario privado de Allende. Otro era el escritor Carlos Cerda, quien murió hace ya un tiempo de cáncer, siendo aún muy joven. Escribió un libro que se titula *Morir en Berlín*.

Los embajadores no hallaban qué hacer con su casa, llena de gente, sin los medios suficientes para todos. Los únicos que teníamos cama éramos Miguel y yo y los embajadores, desde luego. Había una casa de empleados al fondo del jardín, luego de una especie de parque. Esa construcción les sirvió a muchos para vivir, y se la conocía como «el Sheraton». Mientras tanto, el pobre embajador se amanecía sacando a compatriotas de las comisarías, que caían por su acento parecido al cubano.

En todo ese tremendo lío había que organizarse, y yo terminé siendo una especie de dueña de casa. Había que cocinar todos los días para una enorme cantidad de personas. La embajadora me abordó francamente y me dijo: «Yo no me la puedo con tanta gente». Ella era una mujer muy bonita y muy fina. Se llamaba Elisa. Entonces, empecé por decirle: «Para toda esta gente necesita comprar tantos pollos, papas, choclos, verduras y frutas, en general».

Empezamos formando equipos. Había uno a cargo del aseo. Condeza tenía que barrer, Óscar Guillermo Garretón estaba en el grupo que tenía que pelar papas, picar cebollas y cosas por el estilo. La empleada que tenían cocinaba mal y todo se les complicaba al embajador Fernández y su esposa. Lo que pasa es que ellos nunca habían sido embajadores. Él era un joven muy rico en su país, y se había casado con una niña preciosa, que era la Elisita, y cuando estaban haciendo su debut diplomático en Chile les cayó el golpe.

Esta era una situación que no se la habían jamás imaginado. Entonces, era natural que nosotros nos organizáramos para ayudarlos y, a la vez, también nos beneficiábamos con el orden. Fue así como terminé transformándome en la dueña de casa. Traté de hacerlo lo mejor posible, nunca me alteré, porque afortunadamente no soy de personalidad neurótica. Todo marchó bastante bien. Incluso, una vez se celebró una boda en el interior del recinto. Era un colombiano que se casó con una chilena. Un tío de Rafael Agustín Gumucio ofició la ceremonia en su calidad de sacerdote.

La vida en el lugar transcurría recibiendo las copuchas que circulaban en todo Chile, como era la persecución que se hacía de Altamirano y de otros personajes. Había vecinos de mi casa que me llamaban para decir que habían entrado a mi hogar y que habían roto toda mi loza y llevado todos mis libros y archivos personales. «Señora Carmen, vinieron unos camiones verdes cerrados, que eran de Carabineros, y

se han llevado todas sus cosas». Así podía saber que en mi casa no quedaba nada y que hasta adjudicaron como premio el Fiat 600.

Otras veces eran los recolectores de basura quienes nos informaban. Ellos llegaban a buscar la basura y nosotros les dábamos desayuno y nos contaban todo lo que pasaba mientras tomaban café y comían sándwich. Otro que se comunicó con nosotros fue un amigo que estaba casado con una española, y que personalmente, debo reconocer, era muy buen tipo. Sin embargo, no se atrevió a ir a verme porque tenía miedo, pero mandó a un empleado con un «turro» de billetes para que yo tuviera dinero para comprar y enfrentar mis necesidades.

A todo esto, a Miguel se lo habían llevado por error, pues buscaban a un Morales que no era él. Así es que ante nuestra sorpresa, a mi compañero lo metieron en un grupo que fue enviado a Colombia, junto con los hijos y la señora de Garretón. Así, de a poco nos fuimos quedando solos Adonis Sepúlveda, Garretón, Del Canto y yo. Afortunadamente, pasaban hechos simpáticos y anecdóticos al interior. Finalmente, decidí hacerme cargo de la cocina, pues todas las mujeres que pasaron por el lugar o metieron las patas o cocinaron pésimo.

Yo hacía la comida, pero todos eran mis ayudantes. Un día se nos ocurrió hacer congrio frito, y todavía éramos como treinta y dos en la embajada. Al congrio le agregábamos puré, y éste lo preparábamos en unos bolos, usando para moler unos palos de escoba que habíamos lavado y raspado muy bien. Cuando entrábamos en el comedor con las bandejas de la comida, nos brindaban aplausos. Con el correr del tiempo fuimos quedando menos, y el cocinar ya no era problemático.

Uno de los mejores ayudantes era Garretón, quien dedicaba las tardes a tocar la guitarra e inventaba canciones para sus niñitas, con frases como «mis palomitas volaron», y

cada uno hacía una gracia. Cuando estábamos muy aburridos, jugábamos naípe. Así pasaron nueve meses y quince días, cuando nos echaron para Colombia.

Al arribar a Bogotá cometimos el error de irnos a vivir en pleno centro. Porque allí teníamos cerca el correo, los ministerios para hacer trámites, porque cuando uno empieza el exilio todo se transforma en trámites, pues se necesitan muchos documentos para vivir en otro país.

Para colmo de males, la dictadura chilena me envió todos los papeles cambiados, de tal forma de «joderme», y tal fue así que aparecí inesperadamente como bígama. Yo me había casado con Carlos Videla y era viuda de él, y de Gustavo Vidal me había separado. Pero cuando llegué allí estaba casada con los dos, sin que hubiera una muerte y una separación de por medio.

Nos fuimos a vivir en el centro, cuando allá se estila residir lejos, igual que en Santiago. Nosotros, que éramos entre ingenuos y pajarones, nos sentíamos regios en el centro. Allí encontramos un departamento, en edificio de cuatro pisos, bastante pequeño, sin ascensores y muy barato. Para nosotros, que veníamos recién saliendo de un país que estaba en el infierno, tener un espacio de estas características era una verdadera oportunidad, por no decir una maravilla.

Me sentí muy querida en Colombia. El canciller de ese tiempo, Vázquez Carrizosa, me llamaba por teléfono y me invitaba: «Señora diputada, ¿por qué no se viene a tomar un tintico conmigo y aprovechamos de conversar?». Estaba invitándome a tomar un tintico, un café muy agradable, porque él era un gran conversador, al igual que yo. También teníamos otros amigos entre los parlamentarios.

En ese período llegó Aniceto Rodríguez. No sé por qué, pero apareció de repente en Colombia. Aniceto le confidenció a Miguel haber sabido que varios chilenos jóvenes y de muy buena facha habían entrado a la Escuela Militar de

Colombia y que, como eran muy buenos para tomar whisky, porque allá se toma veinte veces más whisky que en Chile, habrían comentado –sin fijarse que en el lugar en que libaban había garzones chilenos– que algunos exiliados iban a ser repatriados. Entre los que se nombraba estaban Garretón, Sepúlveda, Condeza, Miguel y yo.

Lo terrible era que esos rumores nos hacían estar muy inquietos, pues nadie deseaba regresar a ser juzgado por la dictadura militar. Se rumoreaba que seríamos llevados subrepticamente en un avión a Chile. El *Chico* del Canto, apenas supo de la hablilla, apretó para Alemania, y Aniceto convenció a Miguel que nos fuéramos a Venezuela. Y así fue que llegamos a Caracas y nos quedamos allí catorce años, que fueron de dulce y agraz.

Allá nos dedicamos a juntar plata para mandar a Chile. Las pocas joyitas que yo tenía las coloqué en una bolsa de esas que usaban antes las viejas y que eran tejidas con hilos de plata. Allí puse todos mis haberes. La señora de Manuel Mandujano, Amina Araya, mi entrañable amiga, también reunió pertenencias de valor y, junto a otras mujeres, mandamos todo con una persona a la Vicaría de la Solidaridad. Con mucha pena supimos después que nuestra enviada jamás entregó las joyas y menos qué pasó con ellas.

La única vez que se nos informó lo que había ocurrido con el dinero recolectado de beneficios de tejidos que hacíamos y cosas que rifábamos, fue cuando llevó nuestros encargos Fabiola Letelier. En esa oportunidad supimos que nuestros envíos habían llegado al lugar preciso.

En pleno exilio, en Caracas, hubo una reunión muy interesante. Se efectuó en el año 1975, en Colonia Tovar, un sitio cordillerano habitado por alemanes, quienes tienen todo tipo de instalaciones, desde restaurantes y alojamiento hasta lugares de descanso, todo en el estilo de la cultura germana.

Aniceto Rodríguez organizó este encuentro, con el financiamiento de la Fundación alemana Ebert, de tendencia socialista. Duró tres días y concurren muchas personas, que participaron en un acto más grande. Sin embargo, hubo un grupo pequeño que estuvo reunido los tres días en forma más privada. Allí se estudió la posibilidad de un retorno a Chile, que era el sueño de todos. Entre los asistentes hubo representantes demócrata cristianos, radicales, socialistas, mapucistas y de Izquierda Cristiana. Estaban Rafael Agustín Gumucio, Gabriel Valdés, Bernardo Leighton, Anita Fresno, Clodomiro Almeyda, Carlos Morales, Esteban Tomic, Sergio Bitar, Renán Fuentealba, Anselmo Sule, Hugo Miranda, Aniceto Rodríguez y yo.

En el lugar se sirvieron comidas típicas alemanas, muy opíparas, con embutidos de cerdo y papas. Después del almuerzo pantagruélico y muy rico, los hombres se recogían media hora a dormir una siesta, en tanto la secretaria alemana que había allí y yo caminábamos por los cerros para no subir de peso, luego del abundante banquete.



Exiliados políticos chilenos en Venezuela, durante la reunión en Colonia Tovar en 1975.



Con Sergio Bitar, Gabriel Valdés, Clodomiro Almeyda y Aniceto Rodríguez.

Para mí, lo importante de esta reunión del grupo de Colonia Tovar fue que varios de los presentes fueron capaces de reconocer hidalgamente «nos equivocamos». Nosotros no sabíamos lo que se conoció con el correr del tiempo: que este golpe lo había financiado el gobierno norteamericano a través de la CIA. Tampoco teníamos conocimiento de que los militares habían hecho todo un trabajo y que la central de inteligencia yanqui había desarrollado una tarea similar desde hacía bastantes años; por ejemplo, desde el año 1963 se conocían documentos como el Plan Camelot y años después, los cuadernos de la ITT, que revelaban el interés de Estados Unidos por interrumpir nuestro proceso democrático.

En ese encuentro reflexionamos acerca de todo esto, y allí hubo gente muy clara, como Renán Fuentealba, quien dijo: «Aquí nos equivocamos todos». En el mismo partido nuestro, el PS, había gente que creía que la UP llevaba al país al marxismo y al despeñadero. Otro que dijo «nos equivocamos grandemente» fue Gabriel Valdés. Lo que Allende quería era llevar a cabo las «Cuarenta Medidas», que no tenían nada que pudiera cambiar el curso de la democracia, nada que pudiera trastocar el orden. La reunión fue buena por

eso, porque fue una reflexión profunda de todas estas personas que, de una u otra manera, tuvieron que ver con los acontecimientos ocurridos en Chile.

El objetivo de esto al final se desdibujó un poco, porque tuvieron que pasar muchos años para que se pudiera formar lo que a la larga se llamó la Concertación. Entre la reunión de Colonia Tovar y nuestro regreso pasaron doce años. Hubo muchas causas por las cuales demoró. Por ejemplo, en dicho encuentro estuvo Almeyda, que era muy dúctil, pero no concurrió Altamirano. En Venezuela estaban exiliados varios demócrata cristianos que se opusieron al golpe, como Fuentealba y Claudio Huepe, lo que era favorable. Además, vino Bernardo Leighton, que era como el papá de los demos. Fue en Colonia Tovar donde se empezó a sentir la responsabilidad en la pérdida de la democracia. Fue importante porque marcó el inicio de todo; porque el conjunto de los distintos sectores políticos concluyó que la gran tarea era restablecer en Chile la libertad y la democracia.

En Venezuela costaba que ahorráramos, porque vivíamos al día. Por eso hacíamos fiestas y beneficios para ayudar a los chilenos que estaban sufriendo las crueldades de los milicos. Tan mal trataban a nuestros coterráneos, que mi hermana María, que estuvo presa, lo pasó horrible por el delito de haber sido elegida con la primera mayoría como alcaldesa de Conchalí. Hasta hoy —cuando ya supera los setenta años— debe tomar montones de pastillas, porque tiene la salud a la miseria, todo a consecuencia de las torturas.

En Caracas luché como si fuera una jovencita para ganarme la vida. No quisimos pedir favores especiales a nadie, por mi condición de parlamentaria exiliada. Yo tengo la especialidad de seguridad social. Sucedió que una vez recibí una llamada del Presidente de la República, Jaime Lusinchi, quien se había hecho amigo mío, pues los venezolanos son personas muy agradables y simpáticas. No son como los pre-

sidentes chilenos, que poco menos que se creen dioses. Por supuesto que hubo excepciones, que fueron Salvador Allende y Pedro Aguirre Cerda, que eran hombres muy sencillos. Todos los demás son como extraterrestres. En cambio, en Venezuela, un presidente está hablando al pueblo y de repente se siente que alguien lo interrumpe y dice: «Chico, si la vaina no es así», y en ese mismo instante se empieza a dialogar. ¿Cuándo en Chile es así?

Lusinchi me llamó personalmente y me pidió que fuera a hablar con su hermano, director del Servicio Social de Venezuela. Fui a visitarlo y me encontré con un amigo muy agradable que me anunció: «Diputada Lazo, le voy a dar un trabajo aquí». Por supuesto que me alegré y lo único que quería era trabajar, especialmente en cosas que eran de mi total conocimiento. Me entregaron una oficina y me enviaban todos los días los diarios y revistas y me servían café cuando yo lo pedía. Pasé quince días solamente haciendo acto de presencia, pues de trabajo no había nada que hacer.

Me pusieron una secretaria y nos pasábamos mirando la cara y contándonos historias y experiencias. Se me ocurrió contarle cómo eran las leyes de protección del trabajo en Chile y todo lo que yo conocía acerca de la materia y de la famosa Ley 4.054, que había creado el Servicio de Seguro Social, además de la que creó el Servicio Nacional de Salud, la ley del cobre y todas esas leyes que yo me conocía, porque mal que mal había estado bastantes años en la Cámara de Diputados.

Un día la secretaria me confidencia: «Señora Carmen, usted le prepara informes al doctor y él los coloca en un sobre y los guarda y ni siquiera los lee». Me di cuenta que si bien el trabajo era de buena paga, yo no podía estar en esas condiciones. Me acerqué a él y le expuse lo que me preocupaba:

—Doctor Lusinchi, tengo una gran impresión suya, pero no me gusta lo que estoy haciendo aquí, porque no estoy

haciendo nada y eso no está en mi ética, en mi formación y en lo que pienso debe ser un trabajo serio.

—Pero usted, señora Lazo, está en una situación tremendamente difícil. Usted viene de un país donde ha habido una masacre y está viviendo su exilio en nuestro país, y nosotros le hemos buscado una forma de existir acá.

—Desgraciadamente, doctor, tengo una manera de ser que me impide seguir trabajando sin hacer nada. Por lo tanto, si usted no me da una tarea que justifique estar aquí, no me queda otra cosa que renunciar.

—Bueno, si es así, la voy a mandar como jefe del Servicio Social del Hospital Pérez Carreño.

Sus palabras me volvieron el alma al cuerpo, y me sentí feliz, pues iba a ganarme los porotos como todos los que trabajan. Me colocaron de jefa en ese establecimiento.

Cuando entré al centro asistencial me pusieron seis trabajadores sociales a mi disposición, pero a poquito andar me di cuenta que no tenían idea de lo que debían hacer. El problema era que trabajo social se estudia en institutos que imparten la carrera en seis meses y, luego, entregan un cartón. Generalmente, los muchachos que optan por esa profesión son los menos aptos intelectualmente y sus familias sólo desean que tengan un título que les permita ganarse la vida.

El Hospital Pérez Carreño tenía setecientas camas. Era uno de los más dotados de Caracas. Ahí llegan todas las urgencias, es como la Posta Central de nuestro país. Cuando me vi de directora, lo primero que hice fue conocer al personal y sondear más o menos cuáles eran sus capacidades. Poco a poco, me di cuenta que no sabían nada. Ni siquiera para qué estaban allí. Había ahí un doctor, el director, que era realmente muy hermoso, alto, rubio, de ojos verdes. Era tan lindo que daba placer mirarlo. Yo me decía: «¿Por qué no tendré cuarenta años menos?». Era el doctor Rotundo. Pasó el tiempo, yo recibía un buen sueldo y trataba de co-

nocer cómo funcionaba todo el hospital. Fue una época en que leí bastante, porque en el mismo sector había una tremenda librería y me pasaban textos para que leyera.

Me fui dando cuenta, a medida que transcurrían los días, que el sistema del lugar era demasiado tropical, pues yo venía de otro método. Por ejemplo, cuando fui elegida diputada me transformé en una especie de relacionadora pública del área sur, desde San Miguel hasta San Bernardo. Siempre me venía el recuerdo de la tremenda disciplina con que se trabajaba en Chile. Las auxiliares debían llegar a la hora y tenían horarios prefijados para sacar las chatas y para lavar utensilios, y dejar todo limpio, porque los médicos pasaban exactamente a las ocho de la mañana a visitar a los enfermos. Todo debía estar listo y el enfermo desayunado y, por supuesto, aseado.

Todavía me acuerdo cuando de un policlínico de Santiago vi salir a un gallo con una pata cortada a la que le faltaban los dedos y el pobre iba sangrando. Y le dije: «¿Y usted para dónde va?». El tipo me respondió: «El médico ya dio todos los números». Lo obligué a quedarse y le planteé que yo iba a conseguirle una atención de inmediato. Me acerqué a uno de los doctores, de apellido Aguilera, de muy mal genio; sin embargo, era amigo y camarada del partido y a sus hermanos los conocía desde que estudiaban medicina. Me acerqué y le dije:

—¿Pero cómo vas a dejar a ese pobre hombre sin ninguna atención?

Aguilera, que ya estaba muy cansado de trabajar una larga jornada en la Posta, me preguntó:

—Y vos, ¿no me tenís lástima a mí, que estoy rendido como un animal?

—Sí, la verdad es que me das lástima, pero más pena me da este hombre. Mírale cómo tiene el pie.

Por supuesto que el médico atendió al paciente, porque la labor mía en ese policlínico era no dejar irse a ninguna

persona que necesitara atención de urgencia. Y como los doctores, casi todos eran amigos míos, a las buenas o a las malas, siempre terminaba metiéndoles a todos esos pacientes que no alcanzaban número y que estaban mal.

Pero en Venezuela la cosa era distinta. Allá entendí lo que quiere decir la palabra «relajo». Ya en el mes de octubre estaban pensando en la Navidad, y la fiesta es grande. Esa sí que es una fiesta de verdad. El Año Nuevo también es otra tremenda fecha, igualmente celebrada con bombos y platillos.

Un día me dijeron que me tenía que quedar porque iban a hacer un ponchecito, que es un ron con Pepsi, porque allá no toman Coca-Cola. Y vinieron los jefes, todos con su bottellita de whisky y cositas para picar. Esto ocurría en las oficinas del hospital, y yo pensaba: «¿Qué irá a pasar ahora?». De repente aparecieron el doctor Rotundo, con toda su belleza viril, y una negra del personal menor, que tenía un culo redondo que llegaba a dar envidia, quien le dijo al médico, mostrándole su poto de zapallo: «Oye, chico, tengo un fuerte dolor lumbar». Y le mostró la zona de sus glúteos. El director, con toda la sencillez del mundo, le respondió que fuera a su oficina, que la iba a examinar y que le daría algún remedio para su dolor.

Creo que hay una gran diferencia entre la manera de ser de los venezolanos y la de los chilenos. Allá no sólo la negra del traste descomunal, sino que un mozo del aseo y cualquiera se acerca al director y le pide que lo atienda y que le entregue remedios para su mal. Los médicos en Chile hablan a sus pacientes como si éstos fueran seres inferiores. Los doctores, en nuestro país, se creen de otra casta, conforman una especie de élite. Fue así como todo aquello que yo consideraba como un defecto se derrumbaba ante el hecho de que el pueblo venezolano es mucho más democrático que el chileno.

Había cosas que no podía entender, como que siendo el hospital más grande de Caracas tuviera una sola ambulan-

cia. Me acerqué al director y le dije que eso no podía ser. Había visto madres ancianas sacando a sus hijos enyesados a pulso. Las pobres viejas afirmando a sus hijos para salir. ¿Cómo era posible que un centro de estas características, con tantos espacios, porque todos los médicos tenían autos y había lugares donde estacionar, careciera de medios tan imprescindibles para los enfermos? No obstante, había una sola ambulancia. Insistí en que el hospital debía tener los vehículos necesarios para atender bien.

Otro día me metí a la sala de diálisis y una mujer me planteó: «He traído a mi hija como veinte veces, y todavía no la han dializado porque no hay equipos para atenderla». Me acerqué nuevamente al doctor Rotundo a comunicarle las falencias que había en las diálisis. Él me respondió algo que me pareció increíble. «No me va a creer, señora Lazo, lo que ha sucedido es que nos han regalado los equipos para este tipo de asistencia. Pero se han robado las piezas. Luego, esas mismas piezas han sido vendidas a las clínicas privadas y los equipos o lo que resta de ellos han salido a remate en dos mil bolívares».

Si bien observé que era un país con tremenda democracia, sin complejos ni dobles estándares, había una tremenda corrupción. Mientras estuve allá me tocó sacar muchos documentos, y cuando una llegaba a las oficinas públicas muy arregladita, se acercaba un guardia o un portero y ofrecía sus favores: «Mire, señora, usted va a estar desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde. Yo se lo puedo hacer en pocos minutos, pero usted me da doscientos bolívares y tendrá sus documentos sin mayor demora».

Por eso, cuando supe que había ganado Chávez las elecciones me puse muy feliz. Porque me dije: éste va a acabar con la corrupción. Pero, en mi opinión, pienso que le quedó grande el poncho. No tiene la capacidad para terminar con la corrupción, porque es algo que está enraizado en el

sistema. Aunque él tenga de su lado a las Fuerzas Armadas, es tremendo luchar contra los poderes que han manejado ese país desde siempre, y además la CIA ya está haciendo su trabajo, igual que lo organizó en Chile.

Me reconozco que soy chavista, pero le veo muchos problemas y por eso tengo mis reservas. No ha sabido encontrar la gente adecuada y necesaria para acabar con tanta corrupción y porquería. Además, Chávez es, como todos los venezolanos y caribeños, tremendamente mujeriego. Mientras más mujeres puedan coger, mejor para ellos, y los hijos que quedan por ahí no le significan ningún problema. Lo que favorece a Chávez es que tiene al pueblo a su favor, es decir a las clases más desposeídas, y son ellas las que, junto con los militares, le dan un piso para mantenerse. Podría analizar en un capítulo entero de lo que sucede en Venezuela, pero seguiré hablando de mi exilio.

Pude haber pensado más en mis conveniencias y haberme quedado en el hospital, enfrentando las dificultades, porque nadie me iba a mover. Pero cometí el error de renunciar, porque no me gustó el sistema. Para mí, había muchos reparos; me enfermaba de ver a los médicos que iban a operar y estaban en la sala fumando, en lugar de estar, como lo hacen en Chile, lavándose las manos con una escobilla durante diez minutos, por lo menos. Ellos allá llegaban y operaban nomás.

Así como yo fui bastante honesta para demostrar que había cosas que no iban conmigo, también observé como los chilenos, algunos, abusaban. Llegaron muchos exiliados dándoselas de profesores universitarios y resulta que allá las universidades son gratis y, más encima, son buenas. Por lo tanto, no era cosa de llegar y decir: «Yo voy a ser profesor de tal universidad», sin tener el más mínimo currículo para eso. Desafortunadamente, fueron muchos los que abusaron con los beneficios que les ofrecieron.

«Cometí el error de renunciar —le dije a Miguel— No aguanto más el sistema. No puedo acostumbrarme a como trabajan ellos».

Después me enteré que si me hubiera aguantado hasta los sesenta años habría jubilado en estupendas condiciones, porque tenía un puesto importante. Una amiga me dijo que mi problema era que yo no sirvo para estar desocupada.

Entonces, debimos enfrentar con Miguel muy difíciles momentos. Él es constructor y tenía que levantarse todos los días, entre las dos y tres de la mañana, para ir a trabajar donde había obras en edificación. Tomaba trenes y buses para ir y regresar. Lo peor era que volvía como a las siete de la tarde; o sea, la jornada para él era como de dieciséis horas, incluyendo los viajes.

Debo reconocer que mi viejo es bien sacrificado. Una vez se cayó de un edificio y casi se mató. Entonces decidí aprender a hacer cerámica con una amiga. En esa época hice unas lozas para Isabel Allende (la escritora), fueron unas tazas de color blanco y azul, con relieves. Eran bien bonitas mis tazas, pero cuando se las fui a dejar, vi que no habían quedado al cien por cien como yo las quería. Intenté regresar con ellas, pero Isabel me detuvo: «No te las lleves, porque las encuentro bien choretas y, además, abajo tienen el nombre de Carmen Lazo. Así es que déjemelas». Se quedó con el juego de tazas y con un azucarero, que tenía una técnica muy trabajosa y difícil.

A mí me encantaba este trabajo. Si yo pudiera tener en la actualidad una escuela de este tipo de cerámica me alegraría, pero es una labor en que todo se ensucia mucho, por lo que hay que trabajar en un taller. Fue tanto lo que me gustó que hasta mi nieto Carlos Manuel aprendió a hacer pequeñas cosas. Fue una tarea que me resultó, pero me sacaba la miéctica para realizarla a la perfección.

Luego inicié la era del tejido. Un día me encontré con una amiga periodista, y ella me comentó que tenía una má-

quina de tejer y que nunca la usó. Me la ofreció para que yo me pudiera ganar la vida en otra cosa.

—La compré —me confidenció—, pero nunca aprendí a usarla. ¿A ti te molestaría que yo te la regalara?

Acepté el obsequio, pese a que nunca había aprendido a tejer con máquina. Como en esa época tenía un departamento grande y un living que era como doble, coloqué allí mi nuevo instrumento de trabajo. Me compré un libro para aprender a usarla. Y con bastante esfuerzo e interés empecé a tejer cosas chicas. Pero un día hice unos suéters.

Aunque parezca raro, en el trópico, en el mes de diciembre, cuando hay una temperatura de veinte grados, a la gente le gusta ponerse chalecos y blusas de lana, porque ellos consideran que los días se ponen muy helados. Una amiga me aconsejó que fuera a ofrecer mis productos a una venezolana que era gente muy bien y que gustaba de este tipo de blusas. Me fui con mis prendas y las tipas quedaron fascinadas. Una que tenía aptitudes para el comercio me preguntó:

—Si yo le compro unas revistas que son fantásticas, ¿sería usted capaz de copiar en la máquina aquellos tejidos que me gustan?

—Por supuesto, porque a estas alturas he aprendido a manejar tan bien la máquina que puedo aumentar, disminuir o agregar puntos.

Me trajo un libro de moda italiana, donde salían suéters y trajes de dos piezas preciosos. Me fue increíble con esta niña, quien me encargaba trabajos y me pagaba al día. Ella, naturalmente que los vendía y le iba muy bien. Total, yo ya tenía otra experiencia, pues cuando estuve exiliada en Colombia hacía vestidos de fiesta tejidos a mano. Tenía una ayudante que hacía la parte de los tejidos lisos y yo les ponía el relleno. Allí gané tanta plata con esta actividad que pude hasta mandarme a hacer cómodos zapatos a la medida y de los más exclusivos diseños.

También me gané la vida enseñándole español a un japonés. Era un ingeniero de la Mitsubishi, y nos reuníamos a la hora de almuerzo, que era el único momento que él tenía para las clases. Me resultó excelente como alumno. En dos meses aprendió lo necesario para ordenar comida, andar en bus, en auto, ir al cine y salir de compras. Aprendía cuarenta palabras diarias. Lo cómico era que de repente le venía un tremendo amor por su esposa y se dedicaba a contarme de ella y mostrarme su fotografía.

Así fue mi vida en el exilio, supervariada en cuanto a trabajo, pero mi producción de tejidos fue lo último que hice.

Yo tenía una hermana y una amiga que vivían en el Ministerio del Interior pidiéndoles a los gallos que me dejaran regresar, y un día les resultó. El señor Pinochet, luego de catorce años de tenerme proscrita, me dejó entrar. Me vine con Miguel y mi nieto cubano de trece años, Carlos Manuel, hijo de Millaray. Mientras viajábamos en el avión los tres dormíamos, en tanto en una pantalla exhibían la película *Cocodrilo Dundee*. De pronto se acercó una azafata a Miguel y le comunicó:

—Dígale a su señora que una gran manifestación la espera en Pudahuel.

Eso constituyó una sorpresa, porque Pinochet reinaba en gloria y majestad, y yo sabía que era difícil hacer esas manifestaciones. Pero igual la gente llegó al aeropuerto en micros arrendadas. Cuando salí de la aduana vi los carteles de bienvenida y escuché los gritos de mis amigos, conocidos y desconocidos, que decían: «¡Volviste, negra, volviste!».

Miguel se separó de mí y tomó fuertemente de la mano a Carlos Manuel, y todos los periodistas se me lanzaron encima preguntándome acerca de lo que sentía al volver a Chile. Fue en ese instante que un periodista de *El Mercurio*, diría que por lo joven casi parecía un niño, me dijo con esa soltura que da la ignorancia:

—Señora, ¿es verdad que usted pasó un exilio dorado en Venezuela?

—Sí, huevón —le respondí—. Estuve catorce años tirada a la orilla del mar Caribe con un negro regio que con una hoja de palmera me echaba aire, mientras tomaba piña colada.

El cabro tonto se sintió bastante avergonzado y se fue mientras el resto de los periodistas lo agarraron para el tandeo. Yo sé que mi respuesta fue superhumillante para el periodista, pero si alguien pregunta huevás tendrá que recibir lo que merece. Siempre he pensado que la gente debe aprender y saca a colación el chiste del Potoco, un niño chico repuntado.

«Potoquito —le decía la profesora—, ¿cuánto es dos más dos?». «Cuatro, señorita» —respondía el niño—. Pero esta pregunta se la hacía siempre, y el niño estaba recabreado. Un día llegó un inspector, y la profesora lo interrogó: «¿Cuánto es tres más dos?». Y el niño contestó: «Ocho, señorita». La profesora se indignó y le insistió: «¿Cuánto es tres más dos?». Y Potoquito repitió nuevamente: «Ocho». La profesora se



En el aeropuerto de Santiago, de nuevo en Chile, respondiendo a los medios de comunicación.

enfureció, mientras el inspector salía de la sala riéndose. Entonces, la vieja, exaltada, volvió al ataque: «¿Cuánto es tres más dos?». Y Potoco, muy sereno, respondió: «Cinco, señorita». La profesora no lo podía creer y le dijo con rabia: «¿Por qué no dijiste eso delante del inspector?». Entonces, el niño dio una razón: «Porque mi papá me dijo que cuando me pregunten huevadas conteste huevadas».

Y con este ejemplo quiero decir que soy como el Potoco. Cuando me dicen los periodistas que no hay preguntas indiscretas, sino que las respuestas son las indiscretas, yo me planteo que los periodistas también deben manejarse con un poco de respeto.

En el aeropuerto me estaba esperando la llamada clase política. Manuel Mandujano estaba allí, también Carlos Altamirano. Pero llegado el momento en que debía irme a mi casa, eso no pudo ser, porque el señor Pinochet y sus funcionarios habían dado mi casa a otras personas.

Fue muy chocante, porque durante un tiempo muy largo estuve viviendo en residenciales. Yo había conocido un pueblo bastante ignorante, como era el venezolano, pero eran tiernos, dulces y cariñosos. Y me encontré con un chileno que te miraba de reojo, que no conversaba y se encerraba en sí mismo. Entendí que durante los catorce años que estuve ausente la dictadura había calado tan hondo que cambió la forma de ser de la gente. Antes, los chilenos no eran así. En Venezuela uno sube a un «carrito», como llaman al bus allá, y la gente saluda y dice: «Buenas tardes», «buenos días» o simplemente «hola». Si alguno está cantando, todos se ponen a cantar, porque son así. En cambio, aquí había unos gallos terriblemente chupados y más ignorantes que en el pasado, porque se acabó aquello de que anden todos con un diario bajo el brazo o en el bolsillo.

Después que llegué, *El Mercurio* me hizo una entrevista a dos páginas. Ya habían pasado algunos meses, y me tocó ir

a una población en Renca. Allí una mujer se me acercó para contarme:

—¿No sabe, señora Lazo, que de casualidad leí su mensaje, una entrevista tan linda que le hicieron en *El Mercurio*?

—Ah!... ¿y cómo fue eso?

—Es que en el puesto de mariscos me envolvieron el pescado y allí estaba su entrevista. Cuando me di cuenta limpié el diario.

Eso me revelaba que cuando la gente quiere leer algo, no importa en qué forma lo haga. Ella simplemente había accedido a la entrevista de esa manera.

Me dediqué durante un tiempo a saber qué había pasado con mi auto y mi casa. Acerca de lo segundo, lo único que me dijeron fue que se la habían entregado a un milico. Como no hubo una explicación, me fui a investigar en el Registro de Propiedades, que funciona en la calle Morandé, en uno de esos edificios viejos que aún se mantienen intactos. Encontré los archivos donde estaban inscritos el auto y la propiedad. No pensaba hacer nada, pero un día le pedí una entrevista a Stange, el director de Carabineros, y le planteé:

—Ustedes me robaron el auto.

Se puso colorado y me dijo:

—Mire, señora. Aquí están los papeles, pero ya ese auto debe estar convertido en chatarra.

Le mostré las fotocopias que llevaba del conservador, y le indiqué:

—Yo no le vengo a cobrar a usted. Sólo le vengo a decir que ustedes son unos ladrones.

Acto seguido le tiré los papeles en el escritorio. Parecía casi reventado de rabia y de vergüenza, pero qué me importaba a mí. Total, no tenía nada que perder.

Un día que estábamos en nuestra casa, celebrando el cumpleaños de alguien, de repente apareció un gallo chascón, que entró, se metió a la cocina y me dijo:

—Señora Lazo, firme aquí.

—¿Y para qué es eso?

—Yo soy el abogado Bulnes, y estoy defendiendo a *Tencha* para que le devuelvan su auto, y quiero que le restituyan el auto a usted también.

Y le firmé, porque me dio confianza. El pobre lleva años en eso y ha llegado hasta la Suprema, logrando que salga un fallo que obliga a que me devuelvan el auto o, en caso contrario, me lo tienen que pagar. La cosa tuvo cierta publicidad, pues salió hasta en *Las Últimas Noticias* una información que decía: «Le devolverán el auto a la *Negra*». Pero al final resultó una mentira, porque si bien la Suprema dictaminó a mi favor, el Consejo de Defensa del Estado se metió y todavía estoy esperando. A lo mejor será hasta que me muera.

Lo de mi casa fue otra odisea. Llevábamos como nueve meses viviendo en una residencial, que nos costaba bastante cara y nos alimentaban como las tristes. A Carlos Manuel tenía que comprarle cosas extras, como bistecs, leche y otros alimentos. Me hacía sufrir el hecho de que nuestra casita, que no era ninguna mansión, pero había sido mi hogar durante muchos años y donde fui muy feliz, estuviera en manos de personas que nunca se sacrificaron para tenerla. Por eso, un día le mentí a Miguel. Jamás entre nosotros ha existido la mentira, pero ese día decidí que iba a visitar a los actuales ocupantes de mi casa en la calle Santa Victoria, entre Portugal y Lira. Tomé un taxi y le dije al chofer que me esperara. Era como la una de la tarde. Toqué el timbre y salió la empleada, quien al verme trató de darme con la puerta en las narices, pero yo, como un vendedor cualquiera, le puse el pie en la puerta y con mucha rabia le dije: «Hazte a un lado». Adentro estaba el milico que la ocupaba. Tenía abierta la guerrera y encima de la mesa un arma, y lo primero que me dijo fue:

—Usted no tiene nada que hacer aquí.

—Ah, sí. Eso es lo que ya se quisieran. Yo estoy enterada que ustedes son unos patos malos, pero les notifico que también tengo amigos que son patos malos.

Esta gente había gastado bastante plata en abogados para evitar que nosotros recuperáramos la casa, y tenían papeles que los acreditaban como dueños, que eran los que les había entregado la dictadura de Pinochet. Luego, con toda la fuerza que a uno le da cuando se tiene conciencia de que la están prácticamente cogoteando, sin que nadie salga en nuestra defensa, los amenacé:

—Si ustedes no me devuelven esta mierda de casa en tres días, esto va a volar, porque voy a hacer colocar una bomba.

No sé cómo tuve la fuerza de decirle eso, porque jamás sería capaz de hacer una cosa así. Sentí que el corazón se me salía por la boca. Acto seguido me fui en dirección al taxi que había dejado esperando.

Cuando llegué a la casa le conté todo a Miguel, y él me respondió, muy sorprendido:

—¿Cómo se le ocurrió hacer eso? Ese tipo la pudo haber baleado.

—Sí, pero no pasó nada.

—Creo que usted procedió precipitadamente, sin atenderse a que pudo haber malas consecuencias.

—¿Qué quiere que le diga? Ya lo hice.

Pasaron tres días, y como a las nueve y media de la mañana me llamó el milico por teléfono.

—Aló, ¿quién es? —pregunté. Y escucho la voz del tipo que me dice:

—Señora Lazo, ya puede disponer de su casa.

Corté, y mirando a Miguel le informé:

—¿No ves?, ahí está la casa. Ya la podemos ocupar.

Cuando entré nuevamente al que había sido mi hogar, comprobé que estaba muy deteriorada, pues esta gente cocinaba en el piso con leña o con carbón. El techo de la coci-

na estaba negro, por más que pasábamos manos y manos de pintura blanca, volvían a aparecer las manchas.

Estaba todo tan sucio y tan inmundado. Sin embargo, Miguel se dedicó por entero a arreglarla. Le ampliamos el comedor e hicimos un patio con terraza. Además, agrandamos la entrada de auto. Trabajamos incansablemente hasta que cambiamos la cara de la casa, y nosotros nos sentimos conformes, porque nos quedó muy bien. Perdí muchas cosas personales, tanto al irme de Chile como al regresar. Cuando veníamos de Venezuela, LAN me anunció que no podía traer más de treinta kilos. Tuve que dejar como quince bultos en el aeropuerto de Caracas. ¿Qué iba a hacer? Allí quedaron libros y gran cantidad de archivos de diarios que había hecho durante el exilio. No teníamos plata como para pagar el exceso de equipaje. Cuando fue el golpe salimos con lo puesto de nuestra casa, y allí quedaron muchas cosas que fueron quemadas. Entre todo ello, libros de Recabarren, poemas de grandes autores la *Historia de Chile*, de Barros Arana, en una edición muy antigua. Eran esas obras de las que uno siempre piensa que las va a empastar. Lo que más siento son las fotografías, que eran cajas y cajas, que contenían las giras con Allende durante el año de 1952, la famosa gira del Tren de la Victoria. Estaba también todo lo de Vietnam y algunas fotos que me tomé con Indira Gandhi y Valentina Tereshkova, y tantas otras cosas.

Cuando me pagaron la jubilación que tramitó Ramón Silva Ulloa, me fui a un remate. El martillero, un amigo, Óscar Zárate, que me quería mucho, me dijo que fuera un día determinado, porque iban a salir unos muebles que a mí me gustarían. Llegué en la fecha indicada, y estaba lleno el local de gente que sabía de remates. Me dijo que me sentara adelante y que parara el dedo cuando él ofreciera lo que yo quería. Como anteriormente había ido, conocía los números. Cada vez que él decía «lote tanto», yo levantaba el de-

do y él dejaba caer el martillo, hasta que un tipo muy enojado gritó:

—La señora todavía no para el dedo y usted deja caer el martillo.

—Bueno, si usted sabe tanto, venga usted a dirigir. ¡Venga, agarre el martillo! Le ruego que recuerde que el martillero soy yo, y le voy a informar una cosa. Esta señora estuvo quince años fuera de Chile... quince años que vivió como una paria, así es que si me da la gana, le regalo todo. ¿Alguna otra cosita?

Afortunadamente, el dinero que llevaba me alcanzó para pagar todo.

Otro día llegó a la residencial un joven que venía de Fabelbella. Durante muchos años yo había sido clienta de esa casa comercial y, por motivos que no recuerdo, dejé de comprar ahí. Bueno, el joven venía a decirme que ellos me fiaban y yo ponía las condiciones de pago. Para mí era muy bueno en esos momentos, porque necesitaba armar nuevamente una casa.

Hubo otro gesto, a mi regreso, que me hizo el diario *La Segunda* y *La Tercera*. Me enviaron una carta en la que me decían: «Señora Lazo, como usted sabe, este diario no comparte sus puntos de vista, pero tenemos muy claro lo que usted ha pasado, de manera que le mandamos una parte de la historia de su vida que está en nuestros archivos». Así, recibí un material muy bueno, en el que había hasta fotos de mi juventud en la Cámara, que eran francamente muy buenas.

Algo interesante me sucedió en esa época: me invitaron a ser panelista en un programa del Canal 13, que dirigía un periodista bastante momio, Gonzalo Bertrán. Sin embargo, debo reconocer que era muy correcto. En esa etapa yo era vicepresidente del Partido Socialista, y me propusieron ser panelista del programa «Lo mejor es conversar». Me pagaban doscientos mil pesos por presentación. Me compraron has-

ta ropa y la verdad es que me trataron a todo dar, pues me iban a buscar y a dejar en auto a mi casa.

Allí vi cosas que me desagradaron bastante. Entre otros panelistas, estaban Javier Miranda y Pilar Cox. Esta última es una muchacha muy bonita, que me sorprendió porque se dejaba basurear por ese locutor con cara de chuncho, que estaba a lo que es manoseo con la cabra y ésta se dejaba. Lo peor era que la mujer de Miranda le echaba la culpa a Cox, pero el de los manoseos era él. Un día que estábamos en la sala de maquillaje, le planteé:

—Mire, mijita, usted va a decir que soy una vieja intrusa, pero no me importa; no se deje sobajear por viejos huevones. Usted es una mujer muy linda, y una mujer linda se debe sentir como que tiene un tesoro, pero no permita que unos pobres tipos que manejan cierto poder la manoseen. Cuando le digo esto es porque tengo experiencia. Yo podría ser su madre o su abuela, pero una vieja buena onda que cuida a su hija o a su nieta. Es feo que cualquier imbécil se sienta con derecho a tocarle. Otra cosa es si un gallo joven que



Con integrantes del programa de Canal 13 «Lo mejor es conversar».

te gusta te hace cariño, ahí podrías pensar que estás bien manoseada, porque el tipo es joven y hermoso como tú. Me da pena observar esos escarceos tan ordinarios y chabacanos de parte de viejos feos, más encima que denigran a una joven.

Ella me observó con una mirada triste:

—Creo que usted es buena onda, señora Lazo.

Lo terrible fue constatar que no sólo se portaban poco caballerescos Miranda y otros, sino que hasta el propio director la trataba en forma extremadamente dura, pero al parecer Bertrán era así con todo el mundo. Afortunadamente, conmigo fue siempre gentil. Un día me preguntó:

—Señora Lazo, ¿está usted cómoda aquí?

—Sí, me gusta el programa y además tengo clarito que usted me invitó porque yo soy la mosca en la leche.

Él se largó a reír, porque era verdad. Era socialista y muy puntuda, capaz de decir lo que me diera la gana.

A tal punto era así, que el propio Miranda se molestó cuando supo que yo era una de las panelistas. Comentó delante de un amigo mío: «¿Cómo es posible que hayan elegido a esta vieja de mierda?». Me alegra que él pensara así, pues después de conocerlo me di cuenta que era un huevón y, más encima, un ordinario, aprovechador de su estatus.

El programa consistía en comer platos exquisitos traídos del Hotel Sheraton, mientras los panelistas se enfrentaban a un invitado. Del grupo, yo era la única de izquierda. Otra de las personalidades de planta era Andrés Rillón, de la misma camada de Miranda.

Un día, Bertrán me informó que iba a invitar a una mujer que vivía sola con su marido en el punto más austral de Chile. La novedad era que la mujer no se relacionaba con nadie, pues vivía en una geografía muy difícil y con un clima endiablado.

Los invitados llegaron. Era un matrimonio muy modesto, muy proleta. Lo primero que nos pidieron fue que fuéramos

a conocerlos. Estaban comiendo donde almorzaba el personal, en tanto que nosotros lo hacíamos en un lugar especial. Me molestó esa diferencia, pero le pregunté a Bertrán:

—¿Puedo traerle un obsequio a la señora?

Me quedó mirando muy serio:

—¿Qué piensa traerle, señora Lazo?

—Un libro.

Bertrán asintió y me fui a comprar *El principito*, de Saint-Exupéry. Lo hice envolver bien encachadito, y llegó el momento de la entrevista, en la que también estaban Pilar y Javier.

—Señora —le dije a la invitada—, como usted vive en soledad, y yo también he conocido la soledad, porque hay distintas formas de soledad, la física y la obligada, yo viví esta última fuera de mi país. Por eso mismo le quiero regalar este libro, porque la lectura es la mejor compañía para un ser humano.

La mujer, que era muy sensible, se puso a llorar, porque estaba impresionada de que le regalaran un libro. Era tan repleta y estaba tan sola que a lo mejor jamás le habían regalado un libro. Sin embargo, en ese momento, Pilar interrumpió:

—Pero, señora Carmen, ¿cómo se le ocurre hacer eso?

En ese mismo instante se escuchó una voz potente y dura que gritó:

—¡Corten...! Mira, conchaetumadre, ¿qué tenís que meterte tú y echar a perder esta parte del programa?

Yo me sentí mal por ella, pero esa parte fue cortada y no salió la interrupción. Me sentí muy mal porque el reproche resultó ser demasiado violento. Por eso, siempre recuerdo a la Cox como una niña desprotegida frente a ese núcleo de varones que trataban de aprovecharse de su insensatez.

En otra oportunidad invitaron a Cardoen, a quien yo identificaba como el gallo de la bomba de racimo. Ese día es-

taba muy arreglada y pintada, pues había todo un equipo para recibirlo. De repente apareció un niño muy arregladito, que se dirigió a mí y me entregó una rosa. Era el hijo de Cardoen. En ese momento sentí que yo lo había conocido antes. Me traía recuerdos de la época en que con Miguel íbamos a Colchagua a visitar a Joel Marambio. Cardoen, como me vio cara de interrogación, se acercó y me dijo al oído: «Marambio». Claro, lo había conocido cuando él tenía quince años y era amigo de los hijos de Marambio: Marcel, Max y Marcia. Todos quedaron metidos de dónde yo podía conocer a Cardoen. En aquella época el muchachito era un joven radical.

Finalmente, como todo tiene su fin, el programa se acabó, pero me pagaron dos millones de pesos, con los que compré una lavadora, una cocina y hasta la puerta de mi casa. Esto ocurrió entre los años 1996 y 1997, si es que no me falla la memoria. Pienso que fue algo positivo, pues permitió que pudiéramos hacer arreglos en nuestro hogar recuperado.

El buen pasar del Canal 13 contrastaba con el ambiente que vivimos en el Canal 9 de la Universidad de Chile, en la época de la Unidad Popular. Me correspondió trabajar allí con Ana González, en un programa en que ella me representaba. Había un capítulo en que, imitándome, iba a ver al presidente de la Cámara de Diputados, que era Luis Pareto, y le llevaba un paquete muy bonito, envuelto en papel de regalo.

Pareto le preguntaba:

—¿Por qué me trae este regalo, señora Lazo?

—Para que enriquezca un poco más su oratoria —le respondía la Anita.

Pareto abría el paquete, en cuyo interior encontraba una caja muy hermosa llena de cabezas de pescado.

La pobreza con que trabajábamos en ese programa, en el que se le daba tribuna a todas las ideas, era terrible, tanto que un día en que grabábamos como a las nueve de la mañana, Anita se quejó:

—¡Por la cresta que hace frío! Estoy segura que todos los tramoyistas y técnicos que nos acompañan no nos van a convidar ni siquiera un vaso de agua, mientras ellos toman cafecito con malicia. Así son los hombres con las mujeres. Te apuesto a que nos van a traer pura agua.

Uno de los técnicos escuchó el comentario de Anita y, muy amoroso, nos trajo un gran vaso de agua para cada una de las panelistas. Después agregaron unas tacitas con café.

Los vasos quedaron en una mesita y empezamos el programa, que era de conversación improvisada. En un momento de la charla, Anita tomó uno de los vasos de la mesa y se lo empinó con mucho entusiasmo. Empezó a toser y a carraspear y, medio ahogada, dijo cuando ya estábamos hacía rato en el aire:

—¡Chuchas, es pisco!

Todo salió tan cómico y, por supuesto, lo vieron los televidentes. Y como ella es una mujer francota, sin medias tintas, siguió tomando el pisco frente a las cámaras, como si nada. En cambio, las otras mujeres que estábamos ahí, como éramos tímidas, se lo echamos al café.

Me enfrenté luego a una tarea adicional: ubicarme en el plano político. El partido se dividió en el exilio. Creo que fue en el año 1979 en África, donde destruyeron al Partido Socialista. Yo, que era la encargada del PS en Venezuela, llamé inmediatamente por teléfono a Ampuero en Italia y a Altamirano, que estaba en París. En suma, traté de todas las formas posibles de reagrupar al socialismo, porque tal como se daban las cosas le estábamos haciendo el mejor de los obsequios a Pinochet. Cuando regresamos a Chile, Aniceto, Almeyda y Ampuero empezaron a conversar para recomponer el partido. Entonces, fui invitada al Congreso que se llamó de la Unidad y que se realizó en Valparaíso. Fue ahí cuando me incorporaron como miembro del Comité Central. O sea, yo entré a la unidad como almeydista, lo que no me parece

mal, pues quería mucho a Clodomiro. Creo que él es una de las grandes pérdidas que ha sufrido el socialismo, sobre todo porque era un tipo joven aún y extraordinariamente inteligente. Si estuviera vivo, nuestra colectividad no habría dado los tumbos que ha tenido en los últimos tiempos, porque, además de su lucidez y capacidad, no era ambicioso en lo personal y menos aventurero y liviano en las cosas en que no hay que ser liviano.

Almeyda tenía mucho ascendiente en todas las generaciones del socialismo. Hizo una defensa pública de sí mismo, que fue memorable, pues abogó por su derecho a vivir en Chile. Estaba condenado a todas las penas del infierno por Pinochet, y escribió un libro que es un legado. Muchos de sus escritos son verdaderos orientadores de opinión. Por eso, no me extrañó que sus funerales fueran los más grandes que he visto de un personaje público. Tuvieron que reunir a la gente fuera del cementerio, porque adentro no cabía ni un alfiler.

XII

China y Vietnam

Uno de los momentos más interesantes de mi vida fue una invitación que recibí para viajar a China. Yo era muy amiga de los chinos de su embajada en nuestro país, pues presidía el Instituto Cultural de ese país en Chile.

Ellos eran gente muy ceremoniosa y un día me llamaron para decirme que querían que fuera a su país como jefa de una delegación de mujeres, un grupo de dulce y agraz. La VOP, Vanguardia Organizada del Pueblo, mandó a tres representantes. Una, flaquita, morenita, me llamó la atención, porque era una mujer muy joven y le faltaban dos dientes. Cuando partimos me dio mucha pena, porque todo su equipaje consistía en un paquetito. Otra era una compañera del partido, a la que se agregaban dos niñas dirigentes sindicales comunistas.

En total éramos ocho. Viajamos en un enorme avión, de los que ya no hay, de la British Columbia, realmente espectacular por lo grande y alhajado. Pasó algo muy cómico, pues a mí me llevaron en primera clase y a mis compañeras en clase turista. Yo me entretenía en recolectar botellas de whisky chiquititas de las que dan en los aviones, y bolsas de maní brasileño. Luego, me iba a la parte trasera del avión y les decía a mis compañeras: «¡Proletas!, aquí les traigo cosas de la primera clase».

El viaje fue tremendamente largo. Primero llegamos a Hong-Kong, que era un nombre que siempre me había lla-

mado la atención, porque iba unido a muchas películas que había visto. Era parte de China, pero en esa época aún estaba bajo dominio inglés, lo mismo que Macao, que me parecía exótico.

Bueno, en Hong-Kong me dediqué a buscar unas perlas que me había encargado la Carmen Sáenz, esposa del *Pato Phillips*. Ella me había dado dólares para que adquiriera ciento sesenta y tres perlas. Allí había de todo. Con la compañera socialista Eliana Piwonka, nos compramos hasta ropa antes de entrar a China. También adquirimos cosas para las otras integrantes de la delegación, incluyendo maletas para que no llegaran con paquetitos en lugar de los equipajes tradicionales. Todo esto fue posible porque Hong-Kong era muy barato. Las compras incluyeron ropa interior, blusas, faldas y hasta peluquería, y además le compré de inmediato las perlas a Carmen para salir de eso y no hacerlo después.

La permanencia en China duró dos meses, y las niñas de la VOP comenzaron a engordar. A los pocos días no les quedaba nada bueno. Una me comentó que se comía seis huevos con jamón revuelto, aparte de otras viandas, porque nos ponían en la mesa todo lo que uno quisiera comer. Un día oí a una de ellas que le dijo en español a uno de los chinos que nos atendía:

—Chino, huevón, todavía no nos traes el desayuno.

Me indignó y le llamé la atención:

—¿Sabe, señorita? Estos chinos hablan español mejor que usted, así que por muy suelta de boca que usted sea, va a tratar a estas personas como corresponde.

Por primera vez en un viaje, yo era VIP. En el avión me dieron ese trato y me ubicaron en el hotel más elegante de Pekín. Con una habitación que era a todo dar, con unos jarrones que me quitaban el habla por lo hermosos. Igual eran sus jardines y las otras habitaciones que ocuparon los miembros de mi delegación.

Antes de llegar a China estuvimos en Japón, y cuando seguíamos a Hong-Kong, Eliana Piwonka me dijo:

—Fíjate que una de estas cabras se guardó una bata y unas zapatillas que nos pusieron en el Hotel Golden Gate y acabo de ver que las tiene en su equipaje.

Me fui de inmediato a la habitación de una de estas niñas y la desafié:

—Señorita, muéstreme la bata y las zapatillas que traje de Japón.

—Es que me las traje de recuerdo.

—Envíelas de inmediato a Japón, con una carta de disculpa.

Apenas estuvimos dos días en Tokio, pero pasé bastante rabia con esas mujeres, y había otra, de cuyo nombre no me quiero recordar, que en todas partes se acostaba con alguien, costumbre que cultivaba desde hacía mucho tiempo. La verdad es que era muy linda y conseguía unos regalitos nada despreciables, generalmente eran anillos, pulseritas o collares, y siempre se las arreglaba para cumplir con su ritual. Hasta que un día le paré el carro:

—Mire, amiga, yo sé que usted es muy linda, pero esta cuestión no es para putear, porque este es un país con una tradición muy larga, muy grande, con una cultura muy profunda, pero con un sentido de que siempre hay que respetar las reglas. Así que si usted sigue haciendo leseras, yo la mando para Chile, porque si quiere seguir actuando así, hágalo allá y no aquí.

Ella se disculpó y entendió que mientras estuviéramos allí, en calidad de invitadas del gobierno chino, había que guardar la compostura.

Otro día tuvimos un gran banquete que dio en nuestro honor el alcalde de Shanghai, y Eliana Piwonka me dijo:

—Fíjate que María Ramírez no tiene nada que ponerse, porque todo le queda chico.

Sabíamos que debíamos ir bien presentadas y ¿qué hacíamos? Yo tenía una especie de secretaria china, que era muy encantadora. Ella se llamaba Li. Le planteé que había una de nosotras que no tenía ropa adecuada para ir a esta reunión.

Li se demoró una hora y media en encontrar la ropa precisa, y por unos pocos yuanes, pues ella sabía dónde se compraba mejor y más barato. Llegó con una falda y una blusa que le quedaron tan bien a María, que se parecía a esas mujeres muy buenas mozas que de repente engordan pero se siguen viendo estupendas.

Yo era muy estricta, porque estábamos representando a nuestro país en tierras tan lejanas y de costumbres tan diferentes. Sufrí lo indecible cuando íbamos a la ópera china, porque entre los movimientos y saltos, mis acompañantes se quedaban dormidas y hasta roncaban. De repente tocaban esos platillos que tiene el espectáculo y las muchachitas se despertaban sobresaltadas. Yo establecía estrategias para que en estas funciones no se quedaran dormidas. Afortunadamente, no pasaba lo mismo con el circo chino. Allí las dormilonas se entretenían. Visitamos las provincias y regalamos un traje completo de mapuche, con todos los atuendos de plata, a la Federación de Mujeres Chinas. Yo les llevaba de regalo nuestros sencillos cacharritos de greda de Quinchamalí o Pomaire, y ellos nos obsequiaban sus trabajos en barro, que eran detalladamente perfectos.

Conocimos lugares increíbles, como las doce tumbas de la dinastía Ming. Un lago artificial que mandó hacer la última emperatriz; a ella se le ocurrió que en un lugar determinado quería navegar en su barco de jade rosado, y los chinos tuvieron que derribar una montaña y cavar para hacer un lago, y después llenarlo de agua, para que ella hiciera realidad su deseo de navegar en ese lugar. Cuando uno piensa en esas cosas se da cuenta por qué hubo una revolución ahí.



Con la presidenta de la Federación de Mujeres Chinas.

Durante este viaje tuve que dar charlas. Ellos te invitan porque encuentran que estás calificada para algo; no era que quisieran que fuera un grupo de viejas a demandarle un tremendo gastadero, sino que había que entregar una visión de nuestra cultura. Mis charlas fueron en inglés, porque resultaban más fáciles para las audiencias. En las visitas, tanto por Pekín como por las provincias, comprobé que allá nadie roba, y si se llega a hacerlo se paga con reclusión, porque así es el sistema.

Cuando finalicé el viaje sentí bastante alivio, porque había perdido mucho tiempo cuidando a mi delegación. Pero al momento de regresar me encontré con una sorpresa. Tenía una invitación a Vietnam, donde estaban en plena guerra. Así, sin mediar mayor trámite, salí de Pekín a Hanoi. Aprendí bastantes palabras en chino y me di el trabajo de saludar como lo hacen ellos. Cuando iba a partir me dijeron: «Lo único es que la vamos a llevar en un avión de guerra». Y yo respondí de inmediato que no me importaba, porque lo único que quería era conocer Vietnam y su heroico pueblo.

Al comienzo no tuve miedo, pero cuando visité la zona de guerra empecé a sentir inquietud y temor. Estuve como tres meses en el lugar más conflictivo del planeta en esa época, que creo que era como el 65 o 66. Los cubanos que estaban allí me advirtieron:

—Si tú les caes bien, te van a dar seis grandes banquetes, pero si tú los conquistas, te van a llevar a la zona de guerra.

Los cubanos eran médicos y paramédicos que trabajaban allá, mujeres y hombres en permanente acción para ayudar a los patriotas vietnamitas heridos en las batallas.

Yo les planteaba:

—¿Y cómo voy a saber si les caigo bien a los vietnamitas?

—Te va a costar bastante saberlo, porque los asiáticos son un misterio.

Recuerdo que llegué a las cinco de la tarde a Hanoi, me hice amiga inmediatamente de los cubanos. Con el poco francés que sabía, averigüé dónde estaba el mercado. Afortunadamente, lo encontré y caché que en Hanoi la vida cotidiana empieza muy temprano, pues el calor no deja trabajar. En el transcurso del día se llega a cuarenta y cinco grados. A esa altura, todas las audiencias se suspenden, porque allá uno no transpira, sino que suda a chorros.

Luego de llegar a Hanoi, le pedí a un niño del hotel que me acompañara. Los mercados son muy parecidos a las pinturas de Van Gogh. Se ven manchas amarillas, rojas, verdes y se forman verdaderas policromías.

Compré cinco ramos de flores para las cinco mujeres cubanas, y a los hombres, que eran cuatro, les compré una flor a cada uno. Me preocupé de averiguar cuál era la mesa donde ellos se ubicaban y le puse a cada mujer un ramo de flores con una tarjeta que decía: «Carmen Lazo, diputada chilena, saluda a las mujeres cubanas en el Día Internacional de la Mujer». Ellas se conmovieron y me agarraron a besos, porque realmente se sorprendieron y me hicieron bromas, anun-

ciándome que las almohadas eran de madera y las camas también.

Fui aprendiendo de a poco. Cuando recién llegué, muerta de calor, traté de bañarme: abrí la llave y el agua salía caliente, y eso que era el agua fría. Las habitaciones eran enormes, donde había dos termos: uno con agua fría y el otro con agua caliente. Cuando me fui a dormir, los cubanos me hacían bromas: «No se te vaya a caer la almohada».

Como el calor era insoportable, decidí dormir sobre la alfombra, pues no me quedaba otra. En la noche empezaba a sonar un motor, que parecía que movía unas aspas que había en el techo.

Luego supe que ellos llenaban en la madrugada la tina con agua, porque a las cuatro de la mañana ya no estaba tan caliente. Así uno se podía jabonar y bañar a esa hora. Era la única manera de quedarse limpia.

Prácticamente, tuve que cambiar mi reloj biológico. En la calle, las mujeres me tocaban, porque iba con los brazos descubiertos. Allá las mujeres deben cubrirse, porque no pueden andar en la calle con los brazos desnudos. Ellas usan unas mangas largas y unos pantalones bien anchos, de seda. Toda su estética es bien cerradita.

Al día siguiente me recibió el presidente de la Asamblea Nacional, porque me dieron mucha «pelota», como se dice vulgarmente. Durante la entrevista sudaba espantosamente, y mi anfitrión me echaba aire, mientras hablábamos del Parlamento. En todas las entrevistas, lo primero que preguntaban es cómo estaban mis hijos y cómo estaba mi esposo. Después se hablaba de otros temas y mientras tanto servían cositas, al igual que los chinos. Luego de la entrevista me llevaron al Museo de la Revolución, y puedo afirmar, después de recorrer la ciudad, que Hanoi es hermosísima. Mientras tanto, yo soñaba algo que era imposible: quería ir al frente de batalla, quería estar en la guerra.

—Oye —me dijeron los cubanos—, prepárate para el Primero de Mayo, que es una fecha fundamental aquí. Es posible que entonces sepas si se van a cumplir tus deseos.

Otro día me advirtieron:

—Parece que vienen buenas noticias, porque vimos a los vietnamitas vestidos de punta en blanco. Cuando se han ataviado así es porque hay novedades importantes.

A mí me saltaba el corazón, y los vi llegar impecables, de blanco, hombres y mujeres. Y uno de ellos me anunció:

—Señora Lazo, nosotros hemos estimado mucho a su persona, y le tenemos una gran consideración, así que le venimos a comunicar que está invitada a una gran ceremonia con nuestro líder Ho Chi Minh, la que se hace un día antes del Primero de Mayo, porque al amanecer del primero está invitada al frente.

Mi alegría fue tan grande que los agarré a todos a besos, saltándome todas las reglas del protocolo.

Acto seguido me llevaron con mucho sigilo a la fiesta que hacían antes del Primero de Mayo. Fue en un teatro de Hanoi. Me puse muy elegante, me había comprado un vestido de seda con mangas largas, para no andar mostrando nada. Mi anfitrión me hizo pasar a un lugar especial del gran teatro, donde había una especie de balcón hacia abajo. Allí estaba Ho Chi Minh: traslúcido, la piel como pegada y los ojos brillantes. Me saludó en inglés, idioma que aprendió perfectamente cuando ofició de marinero en diversos barcos.

—How are you?

—Very, very happy.

La entrevista fue muy breve. Él me preguntó a continuación: «¿Cómo la han tratado?». Le manifesté que excelente, que para mí era un gran honor estrechar su mano. La verdad es que pocas veces en la vida me he sentido más honrada. Luego me llevaron a escuchar y a ver un espectáculo de música. Después asistí a un banquete, pero todo era con

cambios, pues suponían que los podían bombardear. De regreso me llevaron en un jeep. Eran como las cuatro de la mañana cuando vi, en un paisaje que por un lado era un bosque y por el otro había mar, a una pareja abrazada tiernamente, y pensé: pueden estar en guerra, pueden estar pasando las miserias más terribles, pero igual hay amor.

Los vietnamitas hablan un idioma monosilábico, y eso los hace muy especiales. Conocí a mujeres muy jóvenes que eran heroínas de guerra. Siempre pensé que, pese a las tremendas dificultades, ellos iban a ganar a Estados Unidos. Más que nada, observé cómo eran los vietnamitas. Los gringos infelices los regaron con napalm y les liquidaron cualquier cantidad de cosechas, además de la vida. Los yanquis atacaron de preferencia los árboles de pan, que era prácticamente el alimento principal, pero los vietnamitas habían hecho excavaciones y construido cocinas subterráneas, y tenían una verdadera vida bajo tierra.

Un día, en una zona, les bombardearon todos los puentes y caminos. Para tranquilizarme me decían: «No se preocupe». Ellos en la noche, en los bosques, fabricaban un material parecido a la pita. Eran unos cordeles tan poderosos que los tiraban y tendían unos puentes para unir los caminos. Eran personas increíblemente sacrificadas. Se alimentaban con una pelota de arroz cocido y endurecido. Cuando tenían mucha hambre, lo rallaban con un aparato que andaban trayendo colgado de la guata, tomaban agua y quedaban listos para caminar, a pie pelado, por los difíciles senderos de esa geografía.

Me llamaba la atención cómo las viejas del pueblo le sacaban punta al bambú, al que convertían en un arma tremendamente poderosa, al punto que el Ejército norteamericano tuvo que cambiarle a todos sus soldados sus zapatos de combate, porque la punta del bambú traspasaba la pequeña lámina de acero que tenían. Los vietnamitas utilizaban un

millón de formas de combatir, además de inteligencia y perseverancia.

Un día me condujeron donde tenían a los presos de guerra. Allí, los yanquis eran metidos al agua, y ellos los bañaban y afeitaban para que no se fueran a suicidar y no dijeran que ellos los mataban. Vi eso y, además, que les recibían todas las cartas que ellos hacían y se las mandaban a Norteamérica. Eso explica que cuando perdieron la guerra los veteranos tiraban todas las medallas que ganaron al Potomac, simplemente porque sabían cómo había sido esa guerra. Así y todo, se atrevían a decir en las películas y en otros medios que los vietnamitas eran malos, lo que es una de las grandes mentiras, porque, además de ser un pueblo sacrificado, son tremendamente nobles.

Ese Primero de Mayo empezó al día siguiente del acto de Ho Chi Minh y me llevaron a una parte que de lejos veía como pura montaña, pero toda esa montaña estaba revestida con bambú, de tono cafecito. O sea, que de lejos se veía nada más que tierra y piedras, pero en realidad era una cortina inmensa que cubría un campamento, donde había militares y periodistas extranjeros.

Hasta ahí condujeron a esta viejita, porque también iban los delegados extranjeros, y volví a la misma cama dura. Esa era la provincia de Suin Lap. Conocí otros pueblos, como Da Nang.

Los gringos observaban en el día las aldeas desde sus aviones. Entonces, los vietnamitas auguraban que ese día iban a tirar cosas, y el pueblo se preparaba, pues caían bultos con ropa. Lanzaban camisetas de esas con palmeras bien chillonas, radios, muñecas barbies y hasta dinero. La gente del pueblo juntaba todo eso, luego lo quemaba para que los yanquis vieran desde el aire lo que hacían. Esa era para ellos una actitud patriótica y digna, frente a la intención de ablandarlos que tenían los invasores.

Me impresionó que me pusieran a un joven militar para cuidarme, dado que yo tenía carácter de delegada extranjera. La tarea de este hombre era que a mí no me pasara nada. Un día sacó un cortaplumas y podó una rama de palmera, e hizo una serie de movimientos destinados a darle alguna forma a la rama. En menos que canta un gallo me pasa un matapijos hasta con ojos. Cuando vi la tremenda ductilidad y arte para hacer una cosa tan perfecta y hermosa, dije: este es hijo de una cultura superior.

Vi tantas cosas en Vietnam... Por ejemplo, yo tenía vitiligo, una especie de manchas blancas que me salían en la piel. Un día le dije a un médico cubano:

—No sé si te has dado cuenta que tengo vitiligo.

—Pero aquí hay una doctora vietnamita que es experta en esas enfermedades. Yo voy a hacer que te vea.

Me anotó la dirección en un papel, y al día siguiente fui a ver a la doctora, que me pareció una niña chica, pues las vietnamitas no representan la edad. Lo primero que hizo fue que estirara la mano, y me hizo un rasguñón. De inmediato se me produjo un verdugón, pues yo soy de lo más alérgica que hay. Me dio una receta, pero me entregó los remedios que tenía que echarme todas las noches en las partes blancas, y al día siguiente debía enjuagarme. Cuando regresé ya no tenía vitiligo, y regalé todos los frascos, con la receta que me dio la doctora, a la madre de una compañera que mi hija tenía en el Liceo N° 1 de Santiago.

Ya en Santiago, cuando Allende supo, se indignó:

—Morena, pero si ese remedio podía haberse hecho aquí.

—Mala pata, no se me ocurrió.

Podría estar un día entero contando cosas que vi en Vietnam. Luego de dos meses que estuve allí, me llevaron a China de nuevo. Yo a esa altura estaba bastante agotada, pero recordaba a cada momento lo feliz que había sido en ese país del sudeste asiático. Me daba risa cuando rememoraba mis

conversaciones con los vietnamitas, pues prácticamente no aprendí a hablar nada, pero ellos me decían Kar-Men. No tenía apellido. Ese era todo mi nombre.

Hubo momentos de intensa emoción en Vietnam. La noche del Primero de Mayo salí afuera del lugar donde me alojaron. Había como un pilón de agua, pero era como una cortina y no se veía nada. Salí con la intención de mojarme en ese chorro de agua, cuando escuché que estaban cantando *La Internacional*. Me puse a llorar como una niña chica. Eran las doce de la noche, y todo el mundo se puso a cantar a esa hora, incluso los que estaban en los lugares más estratégicos con sus ametralladoras antiaéreas.

Sentí que era un pueblo al que le faltaba todo y que gracias a su tremendo espíritu fueron capaces de ganarle la guerra al imperialismo. Juro que esa noche me sentí tan poca cosa, tan chiquitita ante ese pueblo, que me preguntaba: ¿quién soy? Una diputada que ha tenido el privilegio de llegar hasta aquí. Apenas una hormiga delante de una gente de enorme dimensión humana. Fui como VIP a ese lugar, pero los verdaderamente importantes eran ellos.

Cuando me sacaron hacia China me condujeron por una región fronteriza con Vietnam. Allí me dejó un avión. Me alojaron en un hotel en que todo era de vidrio. Muy elegante. Todas las murallas eran peceras con especies exóticas. Allí estuve como tres días. Después viajé en un avión comercial a Pekín y luego regresé a Chile. Apenas arribé, le dije a mi marido:

—Los vietnamitas van a ganar la guerra.

—No sea soñadora —me respondió, incrédulo.

Hasta el día de hoy, hay muchos como Miguel que no lo pueden creer, porque en aquellos momentos era un pueblo miserable, pobre, no tenían nada y, sin embargo, inventaban y creaban las cosas más insólitas para hacer frente al enemigo más poderoso del planeta.

Mucha gente dice que el Che Guevara quería hacer un Vietnam en América Latina, a lo que respondo que América Latina está llena de latinoamericanos, y Vietnam está lleno de vietnamitas, que son capaces de crear e imaginar en medio de los ambientes más terroríficos.

Un periodista chileno que llevaba viviendo muchos años en el sudeste asiático, me dijo cuando llegué a China:

—Ten cuidado, negra, no te equivoques, que acá te van a dar a comer perro.

Yo nunca fui prejuiciosa. Sin embargo, creo que en Hong-Kong cené hasta culebras. Comía lo que me daban; hallando rico lo que me ofrecían, me importaba un comino lo que fuera. Nunca me he hecho la exquisita. Debe ser porque soy proleta.

El periodista me bromeaba frecuentemente. Me contó que él les decía siempre a sus anfitriones que ellos serían capaces de darle a comer cualquier cosa: gato, ratón o lo que fuera, pero que él se daría cuenta, que era muy difícil que lo hicieran lesa. Un día lo invitaron a un banquete y le ofrecieron guisos muy sabrosos. Como era glotón, se lo comió todo. Cuando al final estaba por tomarse un trago de bajativo, apareció un mozo con una bandeja en que le traía la cabeza del perro que se había comido. Lo único que pudo hacer fue soltar una risotada.

Otro periodista, Murillo, que conocía Corea, China, Vietnam y Japón, me dio un papelito escrito en tinta verde en el que decía todo lo que no debía aceptar en el Oriente.

Una de las prohibiciones para una dama era la aceptación de masajes. No obstante, yo fui a una peluquería, y un chino me hizo masajes en la cabeza. Fue algo maravilloso. Lo único que quería era dormirme de inmediato. No lavan la cabeza como aquí. Te sientan en una silla, te ponen un paño por si te llegara a caer una gota de agua, te echan champú y con puras esponjas mojadas lo van sacando. Hacen el

masaje capilar y con esponjas sacan el agua y la cabeza nunca se mueve. Después echan unas colonias en el pelo y en pocos minutos hacen el peinado que uno eligió; van recibiendo sin ningún problema todas las indicaciones que uno les pueda ir haciendo.

Muchas veces les he comentado a mis amigos que, mal que mal, me he educado y he ido creciendo en conciencia: leí a Marx, a Engels, a Lenin, a Rosa Luxemburgo y a Trotski. Todos magníficos pensadores, pero allí –en el Oriente– las cosas tomaban otra dimensión. Para mí tuvo el mayor valor, pues se había reafirmado lo que yo había estudiado, pero ahora era de una manera inconvencible que ya no se podía borrar jamás. A uno, con los años, se le van desapareciendo los recuerdos, pero lo que viví en Vietnam no se me olvidará jamás.

XIII

Socialismo y democracia

Creo que aún el socialismo tiene una posibilidad; si no lo creyera, ya me habría muerto. Pienso que el hombre tiene mucha capacidad para hacer cosas, y que esa perspectiva de que Chile logre una democracia plena está totalmente vigente. No estoy hablando de revolución todavía, estoy refiriéndome a una democracia plena, a una democracia verdadera. Si Chile fuera capaz, como sucede en otros países de América Latina, de defender sus etnias, ya estaríamos dando un paso cultural importante.

Por ejemplo, yo soy del Colo-Colo. Siempre me gustó ese equipo de fútbol, fui directora del club. Sin embargo, sentí vergüenza cuando en el estadio escuché a los hinchas tratar de «negro culiao» al jugador Asprilla, y hasta lo cantaban. Me sentí muy decepcionada, porque ese racimo de gente tan ignorante era incapaz de respetar y reconocer las identidades de cada jugador. Me pareció que eran personas que no valían nada.

Es aquí donde tengo que pensar que todo esto es obra de Pinochet, que hizo todo lo posible para matar el alma del pueblo chileno. Porque ese infeliz no sólo mató a los militantes que se oponían a él, no sólo ejecutó a los intelectuales, escritores y poetas, sino que mató el sentido del valor que tenía la política. Acostumbró a hablar siempre con mucho desprecio de «los señores políticos», y la gente despreció a los políticos porque este caballero machacó esa idea durante die-

cisiete años. Siempre pensé que era un «analfabestia». Sin embargo, estimo que en estos aspectos fue un verdadero maestro de la destrucción de conceptos.

El pueblo chileno tenía sentido de clase y dignidad de clase. Mi padre era un obrero y cuando un gerente trató de obligarlo a que reprobara el ingreso de su hija al Partido Socialista, él le paró el carro. Cuando uno lleva ese acervo en la mochila, ¡puchas que te sientes bien armada! Estando en Colombia llegó a vernos un sobrino del doctor Condeza, y nos dimos cuenta que el muchacho hablaba bajito, y le preguntamos:

—¿Por qué hablas tan despacito?

—Porque en Chile he aprendido a tenerle miedo a las murallas.

Cuando regresé, todo el mundo hablaba bajito, como si tuviera miedo de que alguien escuchara lo que decía. Yo viví en Venezuela, donde cualquier vieja que encuentras en la calle te dice: «Oye, chica, ¿y tú dónde vives?». Y la vieja te sigue conversando sin ningún temor. Aquí, la gente cree que todo el mundo está espiondo.

Cuando fui candidata a diputado en ese distrito infame que se llama 27, El Bosque, La Granja, La Cisterna, etc., un día me dijo un gallo:

—La voy a llevar a una reunión de gente de la tercera edad.

Yo estaba buscando votos y, por lo tanto, acepté la invitación. Llegué a un local pequeño donde había dos clases de viejas: mujeres viejas y viejas mujeres. Unas eran jóvenes envejecidas, sin dientes, muy descuidadas, que andaban con los zapatos del marido. Mientras yo miraba a ese grupo de personas, apareció una mujer maciza con un pito. Al llegar, pegó un tremendo pitazo y conminó a las presentes:

—Ya, chiquillas, se acabó el hueveo.

Todas se quedaron calladitas, y sólo se limitaban a decir: «Hola, señorita».

Acto seguido, la mujer me presentó:

—Esta señora las viene a ver porque ella es candidata a diputado. Viene a conversar con ustedes.

—Yo preferiría —interrumpí— que ellas se reunieran e hicieran lo que hacen siempre.

—Ah, sí —dijo una de las viejas—, aquí nosotras jugamos bingo.

Observé que pusieron unos cartones y unos granos de maíz. Empezaron las señoras a cantar números hasta que una dijo: «Bingo». Y vi que le pagaron dos huevos. Yo compré unos cartones para mí y para la persona que me acompañaba. Ambas jugamos un rato. Había llevado, además, una torta. En un momento, la mujer del pito le ordenó a un viejo, el único hombre que había ahí:

—Oye, Juan, reparte la torta.

Entonces, el cabro que me acompañaba me dijo:

—Señora Carmen, ¿usted no va a decir nada?

Justo interrumpió una señora:

—Queremos que el Juanito recite.

Y el Juanito empezó su rutina:

—Una vieja con un viejo fueron a pasear al bosque; cuando la vieja se descuida, el viejo le mete el pilote...

Las carcajadas se sentían por todos lados. Estaban todos felices, y yo pensaba: «¿Este es mi pueblo, mi pueblo chileno? ¿Esta mierda es mi clase?». Me sentía mal, no porque dijeran garabatos, sino por la forma en que se rifaban los huevos, porque escondían los pedazos de torta para que les dieran otro. No pude contenerme más y pregunté a la mujer del pito:

—¿Y a ti te pagan por esto?

—Claro, yo soy monitora.

—Ah, tú eres la gallita que tiene la UDI.

—Sí, poh, ¿que a usted no le gusta?

—Bueno, yo no estoy diciendo si me gusta o no. Yo te estoy diciendo que eres la monitora que tiene la UDI.

Salí muy triste de ver en el estado que se tenía a nuestros viejos y al nivel que la vida los había llevado.

Pasó algún tiempo, cuando me llamaron algunos amigos jóvenes que tengo en BancoEstado y me contaron que me habían juntado un millón y medio de pesos entre ellos. Entonces, organizamos un asado en un local muy bonito que consiguieron en El Bosque. Invitaron a gente que fuera de la tercera edad. Un embajador de un país centroamericano me dijo que él iba a cantar canciones tropicales a los viejitos. Cuando llegué estaba lleno y todos sentados, pero caché que todos tenían bolsas en las que traían trago a escondida. Las amigas mías y sobrinas que se habían ofrecido para servir se dieron cuenta que los viejos echaban lo que se les servía en una bolsa de plástico. Yo, a pesar de ver esto, les dije a las que servían que les ofrecieran las veces que quisieran, porque se trataba de gastar toda la carne.

Empezó el show, salió el embajador a cantar, y repitió varias veces las canciones. Luego, una vieja se puso a recitar, pero puros garabatos, puras porquerías, y yo me preguntaba: ¿en qué nos hemos convertido? Todas las viejas estaban medio curadas, porque entre ellas se pasaban el trago a escondidas. Me daba cuenta porque no soy imbécil. En esos instantes me sentí con ganas de tirar la esponja y mandar todo a la mierda. Al otro día me llamó una galla de nombre María Olivera, que se presentó como presidenta comunal de La Granja.

—Oiga, usted hizo un asado con esa gente que es mía. Ese grupo es un padrón mío.

Luego, me contó que eran del acarreo que se usan para las elecciones internas y que las viejas están acostumbradas a agarrar lo que más pueden y a tomar en cantidades.

Comprobé que en este país al que había regresado no había ningún espíritu de clase ni de tercera edad. Era una cosa muy baja; me sentí terriblemente mal, porque no me podía explicar cómo puede descender tanto la dignidad del

ser humano. Cómo pudieron acostumbrarse a que los piteara una mujer.

—Ustedes no se tienen respeto, ustedes son abuelas, son madres, ¿cómo es que han llegado a esto?

—Es que hay que darse una alegría —me respondieron.

—Esto que ustedes viven no puede llamarse alegría. Al contrario, observarlas me daba una profunda tristeza.

Saqué en esa elección treinta mil votos, y me perdí por mil. Me dio rabia la derrota, pero me dije a la vez que con este pueblo es poco lo que se puede hacer.

Muchos se preguntarán por qué, después de todas estas experiencias, sigo siendo socialista. Mi respuesta es que creo que ser socialista es justamente estar por encima del daño que se ha hecho a nuestra clase; que se le ha hecho al pueblo chileno, y que si no somos capaces de luchar contra eso, quiere decir que estamos en un carnaval, en un farreo de lo que es nuestra patria.

Tengo una cosa muy clara, y es que en América Latina, por ejemplo, personas como Sandino, Martí, Zapata, el Che, Allende y otros no pueden haber muerto por las puras. No podría dormir tranquila y estar bien con mi conciencia olvidando todos los sueños que tenía, todas mis ilusiones. Hay algo que me dice que no puede ser así.

Junto a dirigentes del PS hemos creado un movimiento de identidad socialista, al que le hemos agregado la frase «¡Allende vive!», pues hoy más que nunca el legado de nuestro Presidente mártir adquiere plena validez.

Los regímenes que reemplazaron a las dictaduras en nuestro continente y, sobre todo, en nuestro país, han creado una democracia perversa, que sólo sirve al fortalecimiento del capitalismo. La actual estructura del Estado chileno es producto de las ideas diseñadas por el neoliberalismo durante el período de la dictadura, con el propósito de crear y mantener per se una superestructura política y jurídica que permite

el desarrollo exclusivo del capital privado y garantiza su predominio en todas las esferas de la actividad nacional.

La introducción del neoliberalismo requirió de regímenes militares y de terrorismo de Estado, única forma de contener el descontento popular, y Chile, para nuestra vergüenza, se rige por la Constitución del 80.

La agenda política neoliberal recibe a diario el rechazo hasta de los partidos integrantes de la coalición de gobierno: privatizaciones, ajustes económicos, congelaciones salariales, aumento del precio del combustible, cesantía, entrega oficial de nuestros mares a los grupos financieros, hipócrita privatización de la salud y de la previsión.

En el terreno de la educación, basta con el informe publicado por la Pastoral Universitaria, señalando que los estudiantes provenientes de hogares ricos llegan a las pruebas de ingreso a la universidad con una ventaja de ciento sesenta puntos por sobre los estudiantes provenientes de hogares pobres, dando cuenta así de una educación clasista y discriminatoria.

A pesar de las huelgas y movimientos de protesta, el gobierno de Lagos no da señales de rectificación. Al contrario, premunido de prepotencia y tozudez, insiste en continuar avanzando nacional e internacionalmente en la aplicación de políticas ajenas y contrarias a Chile y su pueblo.

Por eso, estoy cada vez más segura de que el avance electoral de fuerzas de la derecha hace más necesario que nunca la conformación de un programa socialista para el corto, mediano y largo plazo, que sea capaz de crear conciencia nacional en los sectores populares acerca de la necesidad de modificar ahora la Constitución Política, el Tribunal Constitucional, el Consejo de Seguridad Nacional, la Ley Electoral, el Plan Laboral, definir el rol del Estado y garantizar una propiedad que permita solventar la obra social del Estado y orientar el desarrollo nacional en lo económico, social y cul-

tural. Para esto, el socialismo debe jugar un rol de vanguardia junto a los trabajadores y a la izquierda chilena.

Como pensamiento, dentro del Partido Socialista, hemos ganado todas las batallas, pero hemos perdido la guerra. Obtuvimos un triunfo en el congreso de Concepción, donde se acordó que cuando nos devolvieran las platas de las casas que nos robó la dictadura se iban a construir sedes partidarias en cada lugar de Chile. Eso se escamoteó con el correr del tiempo, y los acuerdos del congreso se mantuvieron fondeados durante cinco años, porque, como me decía un día un chofer de taxi, «ahora son las cúpulas las que mandan». O sea, se elige una directiva y se forma una capa que lo único que le interesa es no molestar al Presidente de la República, y creo que ni a veces el Presidente sabe las porquerías que están haciendo o tramando. No sólo se burlaron los acuerdos de un congreso, no es lo único que se escamoteó, sino que fueron muchas otras cosas.

Tiempo después les volvimos a ganar en la Conferencia de Organización. ¿Quiénes fuimos los que les ganamos? Los de abajo, los que nos metemos en la base, los que tenemos autoridad moral. Los otros delegados a veces ni siquiera nos conocen, pero nos votan, porque nos tienen confianza. Ganamos dicha conferencia, pero nos pasó exactamente lo mismo que en el congreso de Concepción. El asunto es que el Partido Socialista actualmente ha frustrado a sus militantes. La gente se ha ido para la casa. Yo quiero contar solamente una anécdota. Me pidieron en la otra elección de candidatos a concejales que fuera a Chiloé. Llegué a una de las islas y me informaron:

—Aquí hay una profesora joven que es candidata a concejal. Queremos que la acompañe a hacer un puerta a puerta por la isla.

—No —dije—. Voy a salir con la candidata a visitar a todos los viejos que ya no quieren estar en el partido o que es-

tán enfermos. Si la candidata quiere hacer un puerta a puerta lo hará otro día.

Afortunadamente, estuvieron de acuerdo, y fue así que llegábamos a las casas y los viejos se ponían a llorar cuando me veían. Es terrible ser pobre, pero en una isla es peor. Uno de los ancianos que estaba enfermo se puso tan contento que gritó a su mujer:

—Maten una gallinita para que le hagamos una cazuela a la Carmelita.

A la candidata no la conocían, pero ese viejo tenía hijos, nueras, yernos, sobrinos y nietos; o sea, que en esa casa había como doce votos. Así visitamos a varios viejos, muchos de los cuales no estaban enfermos, pero vivían indignados con el partido. No querían nada. Pero, sin embargo, yo les planteaba:

—Es lo mismo que si fuéramos todos en un barco y le encendiéramos fuego a la nave porque la cosa está mala. Sí, los que son malos son los dirigentes, pero el partido tiene principios, tiene historia, y eso no lo podemos dejar botado.

Entonces, los viejos respondían:

—Mire, Carmelita, vamos a votar porque usted nos vino a pedir. Y si esta señorita dice que va a cumplir, creemos en su palabra.

Acto seguido nos daban la mano y cuando se da la mano es que la mitad del camino está ya hecho. En todas partes fue lo mismo: viejos y viejas enojados o viejos y viejas enfermos que me decían:

—Si tú lo vienes a pedir y si tú lo dices de esa manera, a ti te creemos.

Esto es como un botón de muestra. En otra oportunidad me invitaron a Osorno, donde me recibieron con enojo:

—No queremos nada con el partido. El diputado de esta zona lo único que hace es buscarle pega a sus hermanos y familiares. Anda con una patota por todos lados.

Ha sido una batalla eterna la que hemos estado dando. Esa es la experiencia que nosotros tenemos ahora. Antes de ir a Canadá, donde estuve recientemente dos meses, pasé una semana en Arica, y los compañeros me llevaron a todas partes. ¿Qué había pasado en Arica?: el senador de la zona, a quien no han visto más, el señor Fernando Flores, regaló veinte computadoras, obsequió no sé cuántas horas en la radio y cosas por el estilo, pero nunca más lo volvieron a ver. El diputado que hay allí, que no quiso ir por el partido, sino que lo hizo por fuera y que ahora está metido nuevamente en el partido, no es querido por la gente, porque saben que es un sinvergüenza. O sea, los compañeros se sienten frustrados, engañados y dolidos. Por lo mismo, no quieren votar, porque reflexionan: «¿Qué se saca con votar si todo va a seguir siendo igual?».

Un ejemplo de lo que digo es el caso de Escalona, que negoció cinco diputaciones por una senaturía que perdió en el sector Poniente, donde sacó la misma votación que Gladys Marín. Allí salieron la UDI y la democracia cristiana, en tanto se perdieron las cinco diputaciones negociadas que correspondían a cinco mujeres, entre las que estábamos Carolina Rosetti y yo. Lo peor fue que nos perdimos por pocos votos.

Miguel siempre dice que el partido se transformó de una colectividad proletaria en una pluriclasista, donde hay empresarios del primer nivel. Hay gente que uno conoció que eran humildes y hoy son tipos de mucho dinero. No importa que un fulano progrese trabajando, que primero sea maestro, después técnico y después profesional. Y si se hace de plata, está bien. Pero los que describo no corresponden a este estilo de personas, sino que de repente aparecieron millonarios, y uno no se puede explicar de dónde sacaron tanto dinero.

Otra cosa de la que hay que darse cuenta es la idiosincrasia de este país. Chile perdió la identidad. Los partidos políti-

cos son amorfos, siguen a los candidatos por una prebenda, son amorfos por lograr cosas de carácter personal, por una pe-guita. Se acabó el tiempo de los jóvenes idealistas que estaban preocupados porque su papá o su tío, o sus hermanos mayores eran dirigentes sindicales. En las casas siempre existía alguien que peleaba en forma organizada y que influía en los otros miembros de la familia para hacer lo mismo. Ahora eso no existe, porque si van a formar un sindicato los echan y nadie los defiende, porque la ley laboral no sirve para nada. Está llena de prohibiciones. Hay personas que trabajan tres días a la semana, porque hay agencias que los alquilan. ¿Qué es lo que va a ocurrir en el futuro? Y eso va a pasar muy pronto: al Estado se le va a crear un problema enorme, porque es mucha la gente que trabaja a honorarios, otros laboran tres días a la semana y otros boletean, pero no tienen ni previsión ni salud. ¿Qué van a hacer con ellos cuando tengan más edad?: no van a tener acceso a la salud ni podrán jubilar.

Cada vez son menos los que van acumulando muchos bienes y dinero y cada vez más los que no tienen nada. Entonces, la gente está indefensa y sumida en la ignorancia de los derechos que debiera tener. Sólo saben cuáles son sus deberes, pero desconocen a qué beneficios podrían acceder si tuvieran mecanismos de lucha.

Creo que la dictadura acható aquello que tenía el pueblo chileno, aquel orgullo que le era propio. A esto se agrega la poca ética que han tenido los dirigentes de la izquierda. Se nota mirando la vida social de los diarios, el coctelito aquí, la comida allá junto a los personajes que detentan la riqueza. Antes, estos dirigentes decían abiertamente: «Yo no me meto en esto, porque no son de mi nivel, porque no me gustan, porque yo me reúno con los míos». Ahora el arribismo ha llegado a un grado máximo.

Hace algún tiempo fui al cóctel donde presentaron el libro de Ominami con su hijo. Era tanta la gente que había

en el lugar, que no se podía escuchar. Me acerqué lo más posible para oír a Tomás Moulian, que estaba presentando la obra. Prácticamente, no supe lo que dijo. Luego hubo un discurso de Max Marambio, que afortunadamente capté y era muy bueno, porque además él es una persona muy talentosa. Es el que ha dicho: «Ahora soy un pobre que tengo mucha plata».

¿Qué vi yo en ese cóctel? Una cantidad enorme de asistentes y un impacto masivo de bocaditos y pisco sour. La gente estaba más preocupada de servirse sanguchitos y tragos que del acto mismo. Yo no estoy en contra de que ellos se sirvieran lo que quisieran, pero se frustró lo que yo pensaba iba a ser un evento cultural. Todo se convirtió en apretarse unos contra otros y sudar todos juntos. Es importante, cuando se presenta un libro, sacar alguna conclusión, llegar a algo. Para mí, un libro es igual que parir. Es darle vida a algo. Entonces, ¿por qué presentar un libro para que un grupo vaya a comer y a tomar trago? En ese caso, mejor es hacer una reunión en un bar para conversar.

¿Qué me ocurre a mí con Ominami? Él es uno de los que manipulan en el partido, a quien yo no le tengo mala barra, porque es más transparente y, por último, es uno de los que muestran el juego, no hace pillerías, sino que hace cosas inteligentes a toda cara. Lo encuentro que es un cínicco; él es un gallo que perteneció al MIR y después se le ocurrió ser senador por la región de Valparaíso; se lo trabajó y lo logró. Un día le dije en una reunión del partido que él pertenecía, dentro de la colectividad, a los que llaman los «príncipes». Éstos son los que dicen «no en mi distrito», porque son como dueños, porque el sistema binominal les permite ser dueños de tal o cual pedazo. Deciden para los cargos más pequeños del distrito. Advierten: «Tienen que preguntarme a mí quién va a ser gobernador y quiénes los candidatos a concejales, porque yo hablo de eso con el Presidente».

Al final se hace lo que quiere el príncipe, lo que quiere el señor que manda en la región. Entonces, ¿dónde quedó la democracia interna? Hace pocos días, un chofer de taxi me dijo:

—Señora, usted no me conoce, pero yo sé quién es usted. ¿Por qué ahora no respetan cuando uno elige un candidato en su comuna y después le meten otro?

—¡Ah! —le respondí—, porque ahora la política es de otra manera.

Estas son las cosas en que yo creo que no debemos quedarnos de brazos cruzados, mirándolas pasar y ocurrir, porque por otro lado vemos jóvenes que cada vez con mayor frecuencia le dicen a uno: «Me gustaría haber conocido a Allende».

Me viene el recuerdo de Raúl Choque que, junto a otros mariscadores, ganaron el campeonato mundial de pesca submarina. Él era un muchacho de una familia muy pobre, dotado de un gran talento natural. Venció en un medio donde el mar no es muy favorable, pues son profundidades muy frías y turbias, donde la pesca es muy difícil, pero demostró de lo que es capaz el roto chileno cuando se ve enfrentado sólo a su valor, a su capacidad y a su audacia. Eso ocurrió en el mes de septiembre de 1971. Hoy, Choque se cuenta como uno de los cientos de seres que fueron avasallados por la dictadura.

Tal vez fue por eso que me produjo desilusión ver a Nicolás Massú hacer un tremendo show en el abierto de tenis de Nueva York. Fue muy desagradable observarlo histérico, pateando la caseta del árbitro del partido y rompiendo raquetas. En mi humilde corazón de vieja proleta, pensaba que él no es hijo del esfuerzo y del sacrificio, porque ha tenido una familia que ha podido financiarle su carrera en este deporte. Hay una gran diferencia con la mentalidad de los que se meten al mar a mariscar o a lo que sea. Estoy muy orgullosa de que él y González hayan obtenido laureles y ganado olivas, porque

nos enorgullecen a todos los chilenos. Comprendo sus esfuerzos, pero me sentí defraudada por esas actitudes, pues me parece que desmerecieron un poco el brillo de un triunfo tan grande. En el caso de Choque, son pescadores que desde niños fueron practicando y llegaron a ser buenos y de repente lograron ser muy hábiles en este deporte que, en la mayoría de los casos, lo desarrollaban como una forma de trabajo.

El caso de Massú y González sucede en un país en donde no hay una política deportiva. La gente que tiene condiciones no puede cultivarlas, porque a veces se trata de carreras muy caras. Afortunadamente, tuvieron cómo hacerlo, y ellos tenían condiciones. Tuvieron que ganar dos batallas: la primera, lograr que los padres no les exigieran seguir estudiando, porque siempre los familiares desean que sus hijos sean profesionales. Luego, los padres empezaron a ver cómo hacían plata para que fueran preparados en los lugares debidos.

Regresando al tema del partido, Miguel y yo siempre analizamos que quienes manejan la colectividad ahora pertenecen a otra clase; por decirlo desde un punto de vista estrictamente socialista, no son de la clase trabajadora.-Entonces, ¿qué ocurre?, que inventaron una falacia que se llama renovación, que dice que como la ciencia y la tecnología tienen un avance tremendo, que cada día se hace más vertiginoso, entonces hay que meterse en esa cuestión, pero la renovación ¿adónde lleva a los trabajadores? Con decirles «estamos renovados», ¿qué ganan ellos?; ¿qué ganan con que se diga que el partido se renovó?; ¿pero qué se renovó?; ¿se renovaron sus modos de vida?; ¿tienen la posibilidad de mandar a los niños al colegio y que luego éstos lleguen a la universidad con la sola renovación de los líderes?, o ¿siguen teniendo los mismos problemas de siempre, miseria, desempleo, desigualdad de oportunidades?

Sucede que en las poblaciones, un chiquillo tiene que tomar cuatro micros para ir a trabajar de gañán en una obra.

Gasta cuatro pasajes diarios y ni siquiera le pagan cien mil pesos. Ese cabro, como dice Miguel, prefiere vender un «pito», porque le pagan el doble. Le dicen: «Véndete estos cincuenta pitos», con los que gana muchísimo más que lo que le pagarían en un trabajo formal. Miguel se ha dado el trabajo de observar cómo lo hacen: primero empiezan en una esquina y luego se van poniendo malos y van agarrando territorios y eliminan a los otros que les compiten. Las grandes empresas tratan mal a sus trabajadores, les pagan poco y, si éstos reclaman, les dicen: «Si te gusta, bueno, o si no, te vas». Tan simple como eso.

Conozco el caso de una funcionaria de La Moneda, cuyo hijo se puso a trabajar en el McDonald, porque quería juntar plata para seguir estudiando. Ganaba cuarenta mil pesos y lo echaron de la noche a la mañana sin ninguna explicación, y fueron unos abogados a la Dirección del Trabajo en representación de los empresarios, los que lo atemorizaron y ganaron, y se acabó el problema. ¿Cuáles son los incentivos? No los hay ni siquiera para trabajar. Esa es la renovación de ahora.

A los antiguos militantes nos dicen: «Los viejos se quedaron en el pasado». Nosotros éramos los puntos de referencia, los instrumentos que tenían los trabajadores chilenos. Eso éramos nosotros. Ahora nadie dice: «Voy a ir al Partido Socialista para que me ayuden, para que defiendan». ¿Adónde van a ir si son todos los lugares iguales: los de la UDI, los socialistas, etc.?

Reforzando estas ideas pienso, en primer lugar, que la renovación ha significado un atropello a los principios del partido.

Me llevé una sorpresa al escuchar a la entonces ministra de Relaciones Exteriores Soledad Alvear, a quien supongo más reaccionaria que uno para pensar, cuando un tipo le dio a entender que meterse con América Latina no tenía ningun-

na importancia, y ella le dijo: «No». A mí me gustó escucharla, porque le paró el carro. Siempre he pensado que América Latina no es tan sólo rica potencialmente por lo que tiene: cobre, oro, plata, magnesio, manganeso, platino, estaño, petróleo, etc. Toda América Latina debería unirse, como fue el sueño bolivariano, porque no es tan loco Chávez cuando habla del tema. Por ejemplo, Argentina era el granero del mundo; han venido los renovadores y se han robado la plata, porque son unos «yes men» del FMI. No es que América Latina sea un continente que no sirve.

Cuando estuve en México, el año pasado, tuve largas conversaciones con un amigo que es ingeniero forestal, Adrián Vásquez. Él me decía: «Aquí todavía están saliendo tesoros de la tierra. Acaban de descubrir otras partes del pasado de México, como la Ciudad de la Luna y otras». Resulta que México está cada día más jodido y lo único que tratan muchos mexicanos es de arrancarse por un tubo y pasarse para el otro lado y trabajar allí. Me pregunto dónde quedó la defensa que como revolucionarios latinoamericanos íbamos a hacer de toda la cultura del continente y de todas sus riquezas.

En *La Tercera* he leído un artículo de un tal señor Rodríguez que explicaba lo mismo que yo digo. Si no es ningún pecado aplicarle un royalty al cobre, porque es un pequeño impuesto a lo que se están llevando veintitrés compañías de aquí, y esto es por hablar de algo que es sólo la puntita del iceberg. ¿Qué es lo que nosotros queremos decir? No es que seamos un montón de viejos empecinados que estemos agarrados del marxismo-leninismo, pero resulta que no hay otra cosa mejor para orientar el pensamiento de la gente.

Ahora que estuve en Canadá, me leí el diario del Che, y a medida que avanzaba en el texto me daba rabia, porque nosotros sabemos quiénes mataron al Che. Los que estuvieron detrás de eso eran tipos que querían poder, que querían

quitarle a él esa aureola que tenía, porque la gente lo amaba, la gente lo seguía porque le creía, pero otros observaban que si triunfaba la guerrilla el Che iba a ser poderoso, y por eso contribuyeron a dejarlo solo y a matarlo. Esa juventud que dice: «No estoy ni ahí»; pero cuando uno los ve en Bolivia y en otras partes, andan todos con la chapita del Che. ¿En cuántos planteles de enseñanza superior los muchachos preguntan si uno conoció al Che? O: «Usted que conoció a Allende, hábleme de él». ¿Qué quiere decir eso? ¿Que los renovados tienen razón o que nosotros los viejos socialistas tenemos la razón? Uno saca como conclusión que los tipos que dirigen al partido o que están alrededor de ellos en la periferia no han llegado nunca a estos jóvenes. ¿Cómo se explica que los muchachos pregunten por próceres de otros tiempos? Porque ellos reconocen que hubo hombres importantes en el trabajo o en la lucha por el pueblo chileno.

Los dirigentes actuales dicen con todas sus letras: «Somos renovados». ¿Renovados qué? Quiere decir que están dando mejor la lucha, porque cuando uno va a la guerra se dice: «Ahora no sirven las pistolas, sirven los cañones», como una forma de conseguir ganar. Entonces, para que la gente tenga todo lo que debe tener, vamos a modernizarnos. Bueno, a modernizarnos, pero para lograr beneficios para el pueblo y no para que emerja otra clase.

En esa investigación que está haciendo la jueza Chévesich, ¿qué pasa? Que ahí hay metida gente hasta de la comisión política. Hay un tipo al que denunciaron dos mujeres, por treinta millones de pesos. No me van a decir a mí que esa persona es inocente, si hizo que se robaran hasta las computadoras que lo comprometían allí en el ministerio. Entonces, nosotros, los socialistas, hemos pasado vergüenza por individuos que son renovados y que usan el nombre del Partido Socialista para su beneficio. Incluso, tenemos parlamentarios socialistas, yo lo he oído, que dicen en un discurso: «Nuestra Constitución».

¿Qué Constitución es esa? Es la de Pinochet. ¿Qué gracia tiene esa Constitución? Que si uno le quiere mover una coma a una de las leyes de amarre, se tiene que tener quórum especial en el Congreso, y en ese quórum deben estar los senadores institucionales, o sea no se puede; de manera que yo seguiré siendo revolucionaria hasta que se vea que en Chile por lo menos haya democracia real, porque ésta no puede ser una democracia real con un individuo que se sabe que ha robado millones de dólares y no puede ser juzgado. Pero este individuo, a juicio de muchos, es el que ha recibido sólo las propinas, porque los que estaban alrededor de él lograron cincuenta veces más. Claro que son propinas bastante contundentes, que, según las investigaciones actuales, alcanzan por lo menos a treinta y cuatro millones de dólares.

Y todo eso por hacer el trabajo sucio. Baste recordar lo que le dio a los bancos en el año 1982. Nadie habla en Chile de la deuda subordinada, que era de miles de millones de dólares. En cambio, se dice que con Pinochet vino el progreso, pero no se admite que se sacó plata del Banco Central, que era de todos los chilenos, para salvar a los grandes financistas y cubrir la famosa deuda.

Me gustaría hablar también de lo que es nuestra familia, de los hijos, de los nietos, y decir que ni los Morales ni los Lazo han transado sus ideales. No tenemos ningún enemigo ni ningún adversario dentro de nuestro núcleo familiar. El único defecto que se nos podría sacar es que somos proletarios y que, por lo tanto, no nos hemos renovado, porque nosotros no andamos diciendo esas barbaridades con las que justifican algunos su cambio de pelaje, como que «si la globalización es algo de lo que no se puede escapar».

Hay algo que es peor que todo y que parece una necesidad. Estos tipos eran los guatapiqueros, los de avanzar sin transar, los que sabotearon a Allende con tomas por aquí y por allá. A nosotros nos decían los «guatones», porque está-

bamos aquí en un punto y ellos estaban más a la izquierda. Después de todos estos años, se pegaron el tremendo salto hacia la derecha mientras nosotros seguimos en el mismo punto. Continuamos en el partido. Ahora vemos a esos señores con autos de treinta y cuarenta millones. Si sus padres resucitaran, no lo podrían creer.

Nosotros, con toda firmeza, podemos sostener que en nuestra familia no hay ni nunca ha habido un ladrón ni un sinvergüenza. Nosotros, por suerte, podemos ser insolentes y darnos el lujo de decir lo que nos dé la gana, porque hemos tenido siempre el techo y el piso bien reforzado. Nos ha servido el hecho de tener una familia que nunca ha tenido una «yayita».

Lo que sí le pasó tanto a los Lazo —que fuimos siete hermanos: Idolia, Manuel, Juana, Pedro, Norma, María y yo (la mayor)— como a los Morales es que estuvieron exiliados. Fueron víctimas y se les persiguió y hostigó, pero supieron aguantar a pie firme y ahí están, viviendo existencias modestas, y yo quiero, al cerrar este libro, decir que por lo menos me produce una tremenda satisfacción y un orgullo observar que hay mucha gente que se quebró, que se adaptó, que se vendió y se entregó; en cambio, entre nosotros no hay ninguno.

Claudio, que es el filósofo de la familia, el sociólogo que está en Canadá, me decía: «Mamá, aquí me puedo dar el lujo de dictar una clase de marxismo, y este es un país más capitalista que Chile, pero aquí hay más democracia que allí». Si uno dice en nuestro país «voy a dar una clase de marxismo», es como si se eructara en la catedral. Muchos se acercan a uno con tono ofensivo y lanzan expresiones como ésta: «Ustedes son marxistas, pero yo no estoy de acuerdo con el marxismo». Estas personas ni siquiera saben lo que es el marxismo y ni siquiera han leído un libro sobre la materia. Antes había trotskos, comunistas y socialistas que se manejaban con propiedad en este frente.

Hace unos años, cuando fui vicepresidenta del partido, estuve buscando conversaciones con otras gentes para ver la forma de que el PS fuera el que tuviera la iniciativa de juntar a la izquierda de Chile, de servir como referente para llevar a cabo esta tarea. Por ejemplo, me llevé una sorpresa cuando leí en una revista que la escritora Marcela Serrano dijo algo que me gustó mucho: «No sé qué dirán en Chile, pero yo sigo siendo de izquierda». ¿Cuántos habrá que piensan lo mismo? A esa gente habría un día que llamarla y juntarse. ¿Por qué? Porque la diablura de los renovados es que ellos conversan con la derecha.

El Presidente, con el respeto que le debo, cuando le piden una audiencia las mujeres y familiares de detenidos desaparecidos, los tramita un mes, pero en cualquier momento conversa dos horas con la UDI. Estas son cosas que uno entiende poco.

Es por eso que me dan ganas algún día de ser el referente para tener una conversación con la gente de izquierda que está enojada, que se fue a su casa y que busca desesperadamente que en Chile haya democracia de verdad.

A mí me importa que en Chile, donde tenemos dos poetas Premios Nobel, no haya una democracia verdadera. Si me preguntaran «¿le gustaría que una mujer fuera Presidenta?», yo respondería que no soy feminista. Pero si fuera Michelle Bachelet, porque la conozco, me gustaría.

¿Podría gobernar en las condiciones actuales, en este juego salvaje e infame de cómo se lleva la política chilena? ¿Cómo se explica que la Gema Bueno, que para mí es una persona malvada, haya tenido a todo Chile preocupado durante meses cuando en nuestro país hay realmente gente inteligente, creativa, que tiene ideas, gente que quisiera dar una opinión? Esa gente no es escuchada. Pero esto que se llama el «cahuín», esto que se llama la cosa baja, pequeña, mezquina y miserable, eso sí que tiene fotos y páginas enteras.

Cuando voy al partido me da pena ver cómo en los pasillos hay siempre unos quince viejos sentados, esperando que los reciba algún dirigente. ¿Para qué? Para pedirles un favor, sea para apurar un trámite sobre los retornados o exonerados o por alguna cuestión médica. A mí me da vergüenza, porque yo conocí otro Partido Socialista, otros locales del partido, donde la gente llegaba y había que atenderlos y hacerlos sentirse como si estuvieran en sus casas. Se habla mucho de modernidad y desarrollo, pero pienso que es un país en vías de subdesarrollo, porque hay un problema real en lo económico y también en lo mental.

Como soy medio reumática, un día se me ocurrió ir a las Termas del Flaco, porque había una promoción. Me fui a tomar el bus al terminal y como éste se demoraba, me puse a conversar con una señora que era profesora y trabajaba en la Municipalidad de Santiago. Era simpática y de agradable apariencia. Me dijo:

—Tengo cincuenta y un años.

—Tiene la edad de mi hija Millaray.

La mujer no se sorprendió, pues me ubicaba y me agregó:

—Conocí a su hija en el Liceo N° 1. Nosotros somos una generación perdida. Éramos unas muchachas estudiantes y estábamos en la Brigada Elmo Catalán y los carabineros nos sacaban la cresta cuando salíamos a defender nuestra causa y a hacer rayados. Usted era diputada y salió al exilio en esa calidad, pero ¿quién se acuerda de nosotros, de esa generación perdida?; ¿a quién le importamos? Yo era de izquierda, pero con el correr del tiempo tuve que aprender a vivir sin mis ideales y a adaptarme a las exigencias del medio. Hoy hago clases en una escuela municipalizada, pero esos no eran mis sueños. Tuve que resignarme a esta realidad.

La deuda que tiene este país con esa gente, que para el golpe eran adolescentes, que creían en los ideales de izquierda, que jamás contribuyeron a sembrar el descontento

ni a avanzar sin transar, sino que eran jóvenes que creían en la revolución, que creían en lo que Allende decía, esa deuda es enorme. También se frustró la generación siguiente, que se quedó aquí y que fueron los que participaron en las protestas contra la dictadura.

Debo reconocer que en la época en que fui parlamentaria se vivía un sistema más democrático que el actual. En una oportunidad concurrí a un Parlamento Latinoamericano que se efectuó en Bogotá. Durante esa reunión, nosotros, con Lucho Guastavino, decidimos hablar sobre marxismo. Él lo hizo sobre materialismo científico y yo sobre el materialismo histórico. En esa época, hablar de estos temas en un evento de esa naturaleza era como una herejía. Nosotros hicimos uso de nuestro tiempo y dijimos lo que nos habíamos propuesto.

Al otro día, un parlamentario, representante de una república caribeña —un señor con dientes de oro y anillos y otros adinículos del mismo metal— pidió la palabra y reprochó que los chilenos se hubieran atrevido a hablar en ese lugar de marxismo. Le respondí, indignada, y lo menos que le dije era que parecía «chanchito cebado por la CIA». Esto se constituyó en escándalo y salió a grandes titulares en los diarios. En la reunión estaba el escritor Germán Arciniegas, quien invitó a varios parlamentarios a comer a su casa. Entre éstos estaba el *marqués* Bulnes, como le decían a Francisco Bulnes Sanfuentes. La casa del anfitrión tenía una gran biblioteca. Sacaron un libro y yo dije:

—Ese es *La amortajada*, de María Luisa Bombal.

Luego empecé a hurgar las páginas de un libro de Oscar Wilde. Estaba muy entretenida cuando Bulnes me comentó:

—Tú eres una sorpresa, Carmencita. No me imaginaba que hubieras leído tanto.

—He luchado mucho —le respondí—. He sufrido mucho, pero en vista de que me hice socialista tan joven, he leído todo lo que he podido.

Fue ahí que me hice amiga de Bulnes, y esa noche conversamos como hasta las cuatro de la mañana, discutimos y recitamos a Verlaine, Valery, Baudelaire...

Al otro día llegamos a la sesión del Parlamento, y el representante que había criticado el hablar de marxismo en esa reunión propuso la inmediata expulsión de Guastavino y la mía. La delegación nuestra era como de quince personas, de todas las tendencias políticas. Cuando terminó de hablar el parlamentario caribeño, pidió la palabra el senador Bulnes:

—Yo soy el jefe de la representación chilena, y si se atreven a votar la expulsión de la señora Lazo y del señor Guastavino, la delegación chilena se retira completa.

¡Díganme si eso no era más democrático que lo que vivimos hoy día! ¡Cuán lejos estamos de eso!

Ahora, cuando doy fin a este relato, me ha tocado trabajar a mi manera, a mi estilo, en la campaña de Michelle Bachelet, en estrecho contacto con la gente, en la calle. Lo hago así porque en torno a la candidata presidencial se incrustaron, como ocurre siempre, un lote de «moluscos» que tienen nombre y apellidos y que se acercan a los candidatos, como decía Manuel Mandujano, pensando en futuras canonjías. A mí, eso no me agrada. Es el estilo que esos señores han escogido.

Venía de vivir una experiencia muy agradable y otra muy amarga. En el último congreso del partido me condecoraron, se hizo un acto muy grande y hermoso, pero después se juntaron las patotas y se repartieron el animal, sin respetar a los militantes que habían viajado de todo Chile y sin pensar que un evento como ese valía miles de millones de pesos. Me pareció que era una desvergüenza. Por eso, preferí salir a la calle a trabajar por Michelle y no andar, como otros, poniéndose para la foto y aparecer al lado de ella.

Cuando recién me avisaron que me iban a rendir un homenaje, en el último congreso del partido, les respondí que no lo iba a aceptar. Pero después conversé con la almohada

y me dije: ¿por qué no? Entonces, llamé a Martner. Él se alegró con esta decisión. En el acto mismo improvisé unas palabras. Manifesté que aceptaba con emoción el homenaje y que quería traspasar este honor a los jóvenes socialistas, hombres y mujeres, para que tomaran mi modesto nombre, así como en lejanos años yo inicié un camino que para mí no ha terminado. Destaqué que uno de los apoyos que siento y he sentido siempre es haber surgido de un hogar proletario y no haber entregado nunca la oreja, en ningún sentido.

Con muchos jóvenes fuimos los que atajamos el fascismo en Chile, con nuestras manos y unos hermosos cinturones que no sé quién hizo desaparecer, que tenían un símbolo que a algunos no les gusta mucho, pero que a mí me encanta, que es la América Latina con un hacha.

Para terminar, como diría Violeta Parra, traigo el recado de los viejos socialistas, algunos de los cuales se han ido a sus casas amurrados y taimados, porque no les gusta tanta cesantía, porque no les gusta a los viejos jubilados que todavía no



En el 27º Congreso del Partido Socialista de Chile.

se les devuelva el 10,6% que les quitó el ministro de Pinochet, el señor Büchi; porque no les gusta mucho a los viejos camaradas amigos míos que hoy no tengamos locales partidarios en todo Chile; que se disgustan, porque esas casas que quitó la dictadura se construyeron con los pesos de los militantes. Tampoco nos gusta y nos da vergüenza que sigamos teniendo el sistema binominal.

Ya estamos cansados de que en Chile haya tantas ambigüedades, en un sistema en el que reina un nepotismo feroz y un amiguismo tremendo. Anhelamos que vuelvan a reinar los principios, esos principios que deben ser el norte que dirija este país para que algún día se produzcan cambios y tengamos una verdadera central de trabajadores, un régimen que respete realmente el trabajo de la mujer y el derecho de los niños. Porque es mucha la gente que sueña con poner las cosas en su lugar y acabar con esta política económica que sólo beneficia a los ricos.

He considerado el homenaje a mi larga militancia como si se hubiera hecho a todos aquellos que fueron muriendo en el camino y que ni siquiera son visitados en los cementerios. Son muchos los nombres que se me vienen a la memoria, como Raúl Ampuero, Carlos Briones, Aniceto Rodríguez, Manuel Mandujano, Eudaldo Lobos, Clodomiro Almeyda... Éramos pobres, pero teníamos una dignidad más grande que una casa. Quiero entregarles a los jóvenes socialistas la memoria de toda una vida, que incluye las cuatro campañas en que trabajé junto a Salvador Allende y el recuerdo de tantas jornadas y compañeros que lo dieron todo por nuestros ideales. Por favor, hagan lo imposible para que sus sacrificios no hayan sido en vano.

Epílogo

Conocí a Carmen Lazo a fines de la década de los sesenta, cuando ella era una fogosa parlamentaria del Partido Socialista. En esa época yo cubría las noticias políticas para el vespertino *La Segunda* y mis trajines diarios los hacía en el Congreso. Conversar con senadores y diputados era parte de nuestro oficio. En cada jornada nos transformábamos en investigadores acuciosos y competíamos por el golpe periodístico, a tal punto que nos cuidábamos unos de otros para impedir la sorpresa de una noticia que, por ignorarla, nos dejara sin trabajo. Nuestra vida era de un ajetreo intenso en esa manzana de las calles Compañía, Bandera, Catedral y Morandé. Eran pocos los parlamentarios que lograban evadir el asedio de los medios con cierto éxito. Un día conversaban con un reportero y a la mañana siguiente lo maldecían; luego de conocer los titulares de diarios como *Clarín* o *Puro Chile*, y muchas veces *Las Noticias de Última Hora*. También hacían lo suyo los diarios de la derecha, capaces de barrer el suelo con el más mentado de los políticos, especialmente si era de izquierda.

En ese escenario, Carmen Lazo difícilmente pasaba inadvertida, pues combatía con lo que tuviera a mano. Era capaz de apabullar al más aguerrido antagonista. Siempre tenía salidas oportunas y juicios terriblemente certeros, que daban en el blanco y, por lo general, ponían en ridículo al adversario que pretendía agredirla verbalmente.

Carmen logró que la totalidad de los periodistas, representantes de distintos medios y diferentes ideologías, concordaran todos los años en considerarla la mejor parlamentaria, tanto en su trabajo en la sala como en comisiones. Pero lo principal era la capacidad de ella para comunicarse con todos con la más absoluta transparencia y una autenticidad a toda prueba. Jamás pretendió representar lo que no era.

Eugenio Lira Massi, nuestro recordado *Flaco* Lira –fallecido prematuramente en el exilio–, escribió en uno de sus libros acerca de Carmen y mostró lo que, a su juicio, era la esencia de esta mujer.

«La *Negra* es cosa seria –decía–. Muchos le critican su lenguaje vulgar y su tono agresivo. “¿Y qué quieren, que me haga la ‘colijunta’, si no soy? ¿Por qué no se van un rato a la cresta? Yo defiendo a los de mi clase con las armas que tengo”.

»Y es verdad, hay pocos parlamentarios más auténticos que ella. La *Negra* es popular y es luchadora.

»Un día se vio envuelta en una trifulca callejera, y en la noche no podía dormir porque la dejaron morada entera a lumazos. Fue a Vietnam y visitó el frente de batalla. Los vietcongs le prestaron un casco y la llevaron hasta la línea de fuego para que conociera por dentro la guerra. A su regreso, lo único que lamentaba era no ser más joven para quedarse allá peleando».

Lira afirma sentencioso: «Quien la tome solamente como una mujer buena para el garabato y para contar chistes picantes se está pegando un ensarte del que puede arrepentirse seriamente cuando ya sea tarde.

»Y cuando se pone seria, la cosa cambia. Es, lejos, la mejor diputada de su partido. Y sin poses de ninguna especie. Es experta en seguridad social, titulada en México, y nadie sabe. Ha leído cuanto libro sobre marxismo se ha publicado y no hace ostentación. ¡Hasta su hija se sorprendió al escu-

charla hablar inglés! No tenía idea de que la mamá, aparte de buena para la cocina, tenía esa gracia.

»Ella misma lo echa a la chacota. “Lo que pasa es que me quedé viuda joven, y como en esa época era medio tonta, estuve como cuatro años sin saber lo que es canela. ¿Qué iba a hacer en las noches? Leía. Una ducha helada y vuelta a leer. Otra ducha y otro libro. Me ‘curtivé’, como dice el huaso”».

El *Flaco* Lira destaca que «sus carcajadas se escuchan en toda la Cámara, mientras comadrea y cuenta chistes en los pasillos».

«Dos, tres, cuatro chistes. “Ya está bueno de risas. Ahora voy a legislar”. Se levanta y entra a la sala. Adentro cambia. Es otra persona. Atenta, despierta, con la respuesta a flor de labios, defendiendo con calor sus ideas. Las mujeres de la democracia cristiana no le hacen el peso, y la mayoría de los varones, tampoco».

Otro hecho resaltado por Lira es su condición de trabajadora incansable. «No es raro que llegue a su casa a las cinco o seis de la madrugada, después de haber asistido a reuniones políticas, de visitar gremios en huelga, de llevarles ayuda, de contarles el último chiste para levantarles la moral antes de ir a dormir. Después tiene que tomarse un “librium”. Y todos los días lo mismo, con el mismo ánimo, con la misma sonrisa. Riéndose hasta de sus propios vestidos, todos de colores vistosos. Hasta chillones a veces. “Es que estoy de luto, se me murió un tío payaso, ja, ja”. Y sigue trabajando con alegría. Su único descanso es el domingo, cuando se pega unos “atrachones” de películas con su marido. “A la matiné, una de cowboys, con hartos combos y balazos; en la vermut, una de amor. Y en la noche, una cómica, porque todo no va a ser sufrir”».

Lira termina su texto quejándose: «No hay caso con la *Negra*. Lástima que el Partido Socialista tenga una sola».

Baltasar Castro, un político considerado por sus contemporáneos como un escritor de pluma muy aguda y fina,

no se pudo sustraer al carisma de Carmen Lazo, y en sus «Crónicas de don Balta», una columna que tenía en un tabloide santiaguino, comparaba a la parlamentaria con la *Carmen* de Bizet, interpretada magistralmente en esa época por la cantante de ópera Victoria Vergara.

La *Carmen* de Bizet era una mujer bastante «parada en las hilachas». Así lo destacaba don Balta: «Sucede que la Carmen Lazo, que motiva estas líneas, también es más que parada en las hilachas y, si bien su garganta no tiene parentesco alguno con las orquestas de las catedrales musicales del orbe, cuando tiene que cantar cuatro claras no necesita atenerse a un registro de voz determinado, sino que lanza las andanadas, bien hilvanadas y de contenido, con la misma voz que trajo desde Chuquicamata, afiló en el desierto de Atacama y en los centros de trabajadores del país.

»Nunca pretendió ocupar puestos en las cúpulas. Iba por el Estado llano haciéndose entender con oratoria de fuego, con la piel morena, con los soles del norte, con los ojos aceitunados. Trabajador y compañera entendían que ese personaje pertenecía a los suyos, nada tenía que ver con las pechugonas premunidas del último toque de perfume parisino, que iban a leer discursitos frunciendo la nariz ante la proximidad del rotaje.

»He sabido de su exilio duro. Reemplazando a Bizet, nosotros podríamos dar forma a una obra criolla por los cuatro costados: “Carmen Lazo, chilena hasta la pajarilla”. Para subsistir, confeccionaba empanadas, tejía a máquina, qué sé yo, cuanta cosa, a fin de parar la olla y suavizar las vigiliadas. Carmen andaba con su marido querendón, con su hija, su nieto, sin tener acceso a los grandes centros de la alta política y de las internacionales que dispensan afrecho a los preferidos. ¡Chilena firme!».

Castro agrega: «Como era de esperar, Carmen ha vuelto hablando con sinceridad: “Cometimos muchos errores”, di-

ce. Ni más ni menos. Quienes me vienen leyendo desde tiempo saben que he repetido hasta el cansancio que es menester reconocer los errores si se desea reconstruir una izquierda con proyecciones, hablarle al pueblo en lenguaje honesto y cristalino, llevar a todos el convencimiento de que las amargas experiencias de ayer no volverán a gravitar en la marcha de los grupos populares, predicar con el ejemplo, de manera que en el lenguaje nada manido, así como en los hechos, el pueblo encuentra la justificación de la mística del trabajo y la responsabilidad para iniciar la construcción de la sociedad moderna que se anhela. La lucha por la libertad y la democracia no debe entenderla el dirigente de los movimientos renovadores como la necesidad de refugiarse en la sacristía o de sessionar en la mansión del embajador extranjero, solicitando consejos paternales. Todo termina en un "picoteo" de hablantines que enronchan el espinazo del pueblo».

Don Balta termina diciendo que Carmen es un personaje digno de respeto, aunque sus conceptos sean filudos y que «comprenderá que queda mucho por afinar para crear las condiciones que permitan pensar en un cercano régimen democrático. La existencia sacrificada de esta mujer constituye un magnífico aval para presentarse de nuevo ante los trabajadores chilenos a plantear deberes y derechos. No dudo que Carmen entiende que hay que encarar; pertenece a la gente honesta sin "cuoteos" ni flojeras».

La descripción de don Balta hace justicia a lo que es Carmen, al igual que la gracia con la que la reseña Lira, sólo comparable al ingenio y seducción de ella. És por eso que, al redactar este relato, me acomodó el estilo testimonial. Había leído hace algún tiempo una biografía de Chavela Vargas, titulada *Y si quieres saber de mi pasado*, cuyo atractivo principal está en la manera de hablar de doña Chavela. Su estilo duro, burlón y despojado de zalamerías y debilidades me motivó a trabajar estrictamente con el lenguaje usado por Carmen. Pa-

ra ello no debía caer en la narración de tercera persona. Lo más apropiado era que contara su propia historia, con los términos y giros que la caracterizan, sin esconder nada, sobre todo en sus opiniones, que suelen ser bastante gráficas para calificar a aquellos que estima que son personas que tienen pocos valores o en las que priman el egoísmo, la avaricia o la estupidez. Habla emocionada de aquellos a quienes admira, respeta o ama. Lo hace con tal sinceridad que nadie se podrá engañar acerca de lo que piensa.

Carmen utiliza términos que podrían parecer despectivos, porque tiene un lenguaje especial. Llama, en general, a las mujeres con el término «viejas», pero lo dice con cariño, casi con ternura. La primera vez que me encontré con ella, después de muchos años, me quedó mirando con mucha picardía, y tratando de ubicarme en la galería de rostros de sus recuerdos parlamentarios, me dijo: «No sé si eres la misma vieja que pienso que conocí o a lo mejor eres otra vieja, pero igual tu cara me es familiar». Me gustó esa manera de recordar, y el término «vieja» me pareció muy coloquial para el reencuentro de dos personas que se estimaron en el pasado.

Tampoco le hace ascos a colocar en su lugar a cualquier tipo que trata de molestarla con acciones o palabras. Para ello usa las mejores expresiones de nuestra jerga popular; es tan rápida en sus reacciones y tan oportuna y asertiva, que en vez de provocar indignación hace reír y descoloca hasta al más enconado de sus enemigos.

Así es ella. Creo que en el texto que usted ha leído, ese carácter se ve reflejado en toda su autenticidad o, por lo menos, en una parte de esa magia que ha sabido crear para quienes la rodean.

España

Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
Tel. (34) 93 492 80 36
Fax (34) 93 496 70 58
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Argentina

Av. Independencia, 1668
C1100 ABQ Buenos Aires
(Argentina)
Tel. (5411) 4382 40 43/45
Fax (5411) 4383 37 93
Mail: info@eplaneta.com.ar
www.editorialplaneta.com.ar

Brasil

Rua Ministro Rocha Azevedo, 346 -
8º andar
Bairro Cerqueira César
01410-000 São Paulo, SP (Brasil)
Tel. (5511) 3088 25 88
Fax (5511) 3898 20 39
Mail: info@editoraplaneta.com.br

Chile

Av. 11 de Septiembre, 2353,
piso 16
Torre San Ramón, Providencia
Santiago (Chile)
Tel. Gerencia (562) 431 05 20
Fax (562) 431 05 14
Mail: info@planeta.cl
www.editorialplaneta.cl

Colombia

Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11
Santafé de Bogotá, D.C.
(Colombia)
Tel. (571) 607 99 97
Fax (571) 607 99 76
Mail: info@planeta.com.co
www.editorialplaneta.com.co

Ecuador

Whymper, 27-166 y Av. Orellana
Quito (Ecuador)
Tel. (5932) 290 89 99
Fax (5932) 250 72 34
Mail: planeta@access.net.ec
www.editorialplaneta.com.ec

Estados Unidos y Centroamérica

2057 NW 87th Avenue
33172 Miami, Florida (USA)
Tel. (1305) 470 0016
Fax (1305) 470 62 67
Mail: infosales@planetapublishing.com
www.planeta.es

México

Av. Insurgentes Sur, 1898, piso 11
Torre Siglum, Colonia Florida, CP-01030
Delegación Álvaro Obregón
México, D.F. (México)
Tel. (52) 55 53 22 36 10
Fax (52) 55 53 22 36 36
Mail: info@planeta.com.mx
www.editorialplaneta.com.mx
www.planeta.com.mx

Perú

Grupo Editor
Jirón Talara, 223
Jesús María, Lima (Perú)
Tel. (511) 424 56 57
Fax (511) 424 51 49
www.editorialplaneta.com.co

Portugal

Publicações Dom Quixote
Rua Ivone Silva, 6, 2.º
1050-124 Lisboa (Portugal)
Tel. (351) 21 120 90 00
Fax (351) 21 120 90 39
Mail: editorial@dquixote.pt
www.dquixote.pt

Uruguay

Cuareim, 1647
11100 Montevideo (Uruguay)
Tel. (5982) 901 40 26
Fax (5982) 902 25 50
Mail: info@planeta.com.uy
www.editorialplaneta.com.uy

Venezuela

Calle Madrid, entre New York y Trinidad
Quinta Toscanella
Las Mercedes, Caracas (Venezuela)
Tel. (58212) 991 33 38
Fax (58212) 991 37 92
Mail: info@planeta.com.ve
www.editorialplaneta.com.ve

El discurso amapolado irradiosamente popular de Carmen Lazo emerge en el estallido confesional de estas páginas que se abren como si fuera el oleaje mujer y nos permite compartir su vida con la generosidad desatada de un revolucionario corazón socialista y marxista.

Al leer estas memorias, también escucho a Carmen recitar en mi cumpleaños: *Madre, la selva canta, y canta el bosque, y canta la llanura*, y me pregunto cómo supo ella que ese poema le gustaba a mi madre y fue lo primero que aprendí a recitar en mi escuela pública.

Al leer, también me llega su voz de metal grave y conversamos como viejas comadres, y la veo radiante parlamentaria y briosa en el moreno arrebatado de nuestra realeza proleta, porque ella no reniega de nada, escupe al fascismo, critica sarcástica el socialismo con pantuflas renovadas y relampaguean sus ojillos nortinos cuando se le viene en mente el *Chicho* Allende al caudal emotivo de su memoria.

Por Dios, qué fresca evoca la historia la Carmencita, el viento fúnebre de la dictadura y el exilio no logró callarla, y el dulce estruendo de su voz aún baila con tacos afilados en los salones vacíos del antiguo Parlamento chileno.

PEDRO LEMEBEL

 Planeta

